

REVISTA DE LA SOCIEDAD ARGENTINA DE PSICOANÁLISIS

Psicoanálisis en el tercer milenio Femenino ↔ Masculino



Sociedad Argentina de Psicoanálisis

Número 23. Año 2019

ISSN 1514-089X

Buenos Aires



Revista de la
SOCIEDAD ARGENTINA DE PSICOANÁLISIS
Componente de la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA)
Integrante de la Federación Psicoanalítica de América Latina (FEPAL)

Número 23 • 2019
Buenos Aires, Argentina

ISSN: 1514-089X

Revista incluida en Base de Datos LILACS

Propietario/Publisher

© Sociedad Argentina de Psicoanálisis

SOCIEDAD ARGENTINA DE PSICOANÁLISIS

Virrey Olaguer y Feliú 2462, 8 "A" (1426) Buenos Aires, Argentina

Tel. (54-11) 4781-3236 www.sapsicoanalysis.org.ar • e-mail:

secretaria@sapsicoanalysis.org.ar

Sociedad Componente de la Asociación Psicoanalítica Internacional

Sociedad Integrante de la Federación Psicoanalítica de América Latina

COMISIÓN DIRECTIVA

Dr. Francisco Kadic

Presidente (Coordinador del Área de Relaciones Exteriores)

Lic. Graciela Cervato

Secretaria (Coordinadora del Área de Organización Interna)

Lic. María Caride

Tesorera (Coordinadora del Área de Tesorería)

VOCALES TITULARES

Lic. Liliana Fudin

(Coordinadora del Instituto de Formación)

Lic. María Haydée Canteli de Gallesio
(Coordinadora del Área Científica)

Lic. Beatriz Celorrio
(Coordinadora del Área de Cultura)

Lic. Gabriela Cassoli
(Coordinadora del Área de Extensión e Investigación)

Lic. Luisa Irene Acrich
(Coordinadora del Área de Publicaciones y Biblioteca)

Dra. Silvia M. Koziol
(Coordinadora del Área de Prensa y Difusión)

ÓRGANO DE FISCALIZACIÓN

Dra. Adela Leibovich de Duarte (Titular)

Lic. Eleonora Umansky (Titular)

Lic. Elena Irma Monis (Suplente)

(Coordinadoras del Área de Análisis y Gestión Institucional)

La Revista de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis es una publicación destinada a la difusión de los trabajos científicos que se realizan en la institución. Está abierta a los aportes de sus lectores. Las críticas, comentarios, ideas que surjan de la lectura de los trabajos publicados, serán bienvenidos para los siguientes números de la revista. Es propósito de la SAP generar un ámbito polémico, donde se pueda acordar o disentir con las ideas postuladas por los autores, dentro de un marco riguroso en los fundamentos.

Invitamos a nuestros lectores a ponerse en contacto con el Comité Editor, por carta a Virrey Olaguer y Feliú 2462, 8 "A" (1426), Buenos Aires, por teléfono al (54-11) 4781-3236 o por correo electrónico a nuestra casilla secretaria@sapsicoanalisis.org.ar.

La reproducción total o parcial del contenido de esta revista debe ser autorizada por los editores y los autores de los artículos firmados, citando la fuente.

ARBITRAJE

Juan Aguilar; Carmen Cuenca; María Graciela Cardó Soria;
Berta Kemelmajer de Levin; Guillermo Lasebnik;
Carlos Nemirovsky; Sodely Páez; María Lourdes Rey; Rodrigo Rojas Jerez;
Pablo Santander; Jean Marc Tauzik



COMITÉ EDITOR

Luisa Irene Acrich
Directora y Editora

COMITÉ EDITOR LOCAL

Daniel Biebel
Eduardo Issaharoff
Francisco Kadic
Rubén Zukerfeld

COMITÉ DE TRABAJO Y EDICIÓN

Constanza Duhalde
Silvia M. Koziol

BIBLIOTECARIO

Ignacio Mancini

COMITÉ EDITOR INTERNACIONAL

Silvia Amati Sas
(Trieste, Italia)

Ricardo Bernardi
(Montevideo, Uruguay)

Claudio L. Eizirik
(Porto Allegro, Brasil)

Yolanda M. Gampel
(Hertzliya, Israel)

Juan Pablo Jiménez
(Santiago, Chile)

Ana María Rizzuto
(Córdoba, Argentina)

Índice

Cubierta

Portada

Sobre la Sociedad Argentina de Psicoanálisis

Sobre la Revista de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis

Editorial, Luisa I. Acrich

1. Psicoanálisis en el tercer milenio

Igual y diferente, Daniel Biebel

Psicoanálisis en el siglo XXI: neutralidades, rostros y sentimientos,
Rubén Zukerfeld

Variedades clínicas del video-jugar, Lucio Gutiérrez Herane

Los cambios de prejuicios de una psicoanalista: el modo de
entender a las madres solteras por elección en la década de 1980
y hoy, Margarita Cereijido

“Si supieras quién realmente soy...”, Deborah Sherman

2. Femenino ← → Masculino

Diferencia sexual. De nunca acabar, María Alejandra Tortorelli

El binarismo interrogado. Nacimiento de un niño con ambigüedad
genital, Graciela Woloski

Reflexiones sobre lo femenino, Mery Pomerancblum Wolff

Del sueño a la corporeidad: ¿El sexo / género del analista tiene alguna relevancia en el proceso analítico?, Cándida Sé Holovko

El padre ausente. Reflexiones sobre la paternidad y el deseo de hijo en el hombre, Patricia Alkolombre

Lo maternal y lo femenino en relación con la bisexualidad psíquica, Bernard Golse

3. Homenaje a Alicia Casullo

Breve narración de su trayectoria, Constanza Duhalde

Palabras de despedida, Daniel Biebel

Palabras de despedida, Pablo Goldin

Introyección y/o incorporación Explorando los vínculos narcisistas entre generaciones, Alicia B. Casullo

4. Reseñas

Soñar la realidad, reseña: María Pistani

Ensayos del psicoanálisis, reseña: Ruth Rajchenberg

Violencias y subjetividad, reseña: Luisa Irene Acrich

Créditos

Editorial

Siempre con el deseo de mantener la continuidad, una vez más tenemos la satisfacción de dar a luz un nuevo número de la *Revista*, en esta oportunidad la número 23. No podemos decir que este sea especial porque todos y cada uno de los números de una realización de esta naturaleza tienen su peculiaridad, no sólo por su contenido sino también por las características singulares de su gestación que en esta oportunidad estuvo ligada a una ausencia, el fallecimiento de nuestra querida Alicia Casullo, el 15 de abril.

En general, en SAP, decir Alicia Casullo es casi sinónimo de decir *Revista* de SAP, ya que esa era una de sus pasiones. Durante su gestión realizó ocho revistas. En lo particular, quiero agregar que la he extrañado en el armado de este número de la *Revista* ya que ella funcionaba cual una maestra de turno completo, a cualquier hora disponible para una consulta. Así que esta vez me fui conformando con la Alicia que supe incorporar a lo largo de los años y afirmándome en sus enseñanzas.

Por esto y algunas cosas más, le dedicamos una sección, la llamamos *Homenaje* y en ella incluimos las cálidas palabras de Daniel Biebel y Pablo Goldin, miembro y candidato de SAP, respectivamente. Una breve narración sobre su trayectoria, realizada por Constanza Duhalde. Finalmente, nos dimos el gusto de publicar un artículo inédito de su autoría gracias a la colaboración de su hija. El que presentó en Florencia, Italia, en

mayo de 2018, en el 13º Congreso Internacional Sándor Ferenczi, “Ferenczi en nuestro tiempo. Un renacimiento del psicoanálisis”.

Dan vida a este número dos ejes: “El psicoanálisis en el tercer milenio” y “Femenino ← → Masculino”.

El eje “El psicoanálisis en el tercer milenio” coincide, como es tradición, con el nombre de nuestro Symposium anual. En el mismo incluimos artículos presentados en su transcurso y otros de autores que tratan temas que nos ayudan a pensar y proyectar nuestro quehacer de psicoanalistas. Abre esta sección Daniel Biebel con su escrito *Igual y diferente*, donde nos invita a pensar cómo imaginamos el psicoanálisis en el futuro, a representarnos futuros posibles y la manera de prepararnos para ellos. Indica cuáles podrían ser las capacidades que los psicoanalistas podríamos desarrollar para contribuir a alguna clase de futuro deseable y ante cuáles situaciones sería importante prepararnos y qué sería necesario aprender. Alienta propiciar la comprensión y el ejercicio de diversas virtudes psicoanalíticas para así poder seguir formando parte de la extensión del proyecto del Iluminismo, el que comprende el respeto por los hechos, el valor de la verdad, la tolerancia y el valor ético del amor.

Rubén Zukerfeld, en *Psicoanálisis en el siglo XXI: neutralidades, rostros y sentimientos*, describe el problema de la neutralidad psicoanalítica en relación con los sentimientos contratransferenciales atravesados por las circunstancias y cambios culturales, sociales y políticos. Haciendo hincapié en la diferencia entre el pensamiento y el sentimiento del analista señala que la neutralidad de su pensamiento puede tolerar diferencias que resiste o rechaza su sentimiento. Presentando algunos datos de investigación empírica muestra la influencia del contexto sociopolítico en las intervenciones del analista y sobre la relación entre rostros y sentimientos.

Lucio Gutiérrez Herane, en su escrito *Varietades clínicas del videojugar*, presenta una serie de observaciones teóricas y clínicas sobre el uso que se le da a la experiencia del videojugar en relación con diversas dinámicas del funcionamiento psíquico y necesidades de la personalidad, mencionando características diferenciales del videojugar respecto de otras experiencias de juego tradicional.

Margarita Cerejido, en *Los cambios de prejuicios de una psicoanalista: el modo de entender a las madres solteras por elección en la década de 1980 y hoy*, nos describe cómo ha cambiado su pensamiento sobre la maternidad soltera, donde ya no la piensa como un proyecto narcisista tal como lo hacía en la década del 80. Relata el estudio que condujo sobre las fantasías de las madres solteras con respecto a sus niños y la relación con ellos, analizando de qué modo tanto ella como dichas madres fueron cambiando en consonancia con el cambio cultural, haciendo énfasis en el rol de las teorías y los prejuicios del analista.

Deborah Sherman, en su artículo *Si supieras quién realmente soy*, describe el trabajo de una analista de raza blanca, lesbiana, con un paciente gay, incluyendo y procesando dentro del campo que se despliega en el análisis el campo social y político más amplio de la América de Trump signado por misoginia, intolerancia de género y racismo.

El eje “Femenino ← → Masculino”, tema de nuestro Symposium anual del año 2018, lo componen seis artículos. *Diferencia sexual. De nunca acabar*, texto de Alejandra Tortorelli, filósofa polémica, que nos introduce en el entrapamiento que el binarismo masculino-femenino le ha impuesto a la diferencia sexual. De la mano de Derrida, Heidegger, Nancy y Deleuze, nos invita a pensar, haciéndonos detener en cada párrafo para mostrarnos cómo intenta liberarla –a la diferencia sexual– no sólo del binarismo sino también del género y de la diferencia específica.

En el escrito *El binarismo interrogado. Nacimiento de un niño con ambigüedad genital*, Graciela Woloski desarrolla la temática de la intersexualidad y el recorrido de la construcción subjetiva a través del material clínico de una adolescente intersex en consulta hospitalaria, contrastándolo con un planteo sobre otra joven, también intersex, presentado en la película argentina “XXY”, de Lucía Puenzo. Destacando cómo estos cuerpos que presentan ambigüedades genitales interrogan el contexto social en el que prima un binarismo hegemónico varón/mujer.

Cândida Sé Holovko en *Del sueño a la corporeidad: ¿El sexo/género del analista tiene alguna relevancia en el proceso analítico?* se pregunta si el sexo/género del analista favorecería reacciones transferenciales y contratransferenciales específicas y, a partir de una breve exploración teórica sobre el tema y la ilustración con un material clínico, procura señalar la importancia que este factor puede tener en determinados procesos analíticos.

Mery Pomerancblum Wolff en *Reflexiones sobre lo femenino* aborda lo femenino como una dimensión psíquica arcaica, fundante, no ligada a lo sexual o al género, situándolo como parte estructurante de la subjetividad y de las identificaciones sexuales y de género posteriores.

En *El padre ausente. Reflexiones sobre la paternidad y el deseo de hijo en el hombre*, Patricia Alkolombre, a partir de reflexiones sobre la observación clínica de las paternidades contemporáneas y sus transformaciones, propone un recorrido en torno a la paternidad y el deseo de hijo en el hombre y explorar la figura del padre ausente, aquél que no es tomado en cuenta lo suficiente dentro de la crianza, en el campo social y en las teorías. A partir de los desarrollos teóricos que ubican al padre como interdicción en su rol como portador de la ley en su función de simbolización, se propone avanzar sobre una perspectiva de la paternidad

que incluya su función de sostén y amparo en la crianza, como un importante aspecto en los procesos de subjetivación de los hijos.

Por último, Bernard Golse, en *Lo maternal y lo femenino en relación con la bisexualidad psíquica*, plantea que lo materno y lo femenino no son el dominio exclusivo de la mujer, como tampoco los hombres tienen el monopolio de lo masculino y lo paterno, considerando que esta idea implicaría admitir la utopía de una bisexualidad psíquica absoluta, aseverando que los adultos tienen la tendencia a adherir a tales utopías a diferencia de los bebés, que no se engañan.

Como es costumbre incluimos una pequeña sección de reseñas de libros. En esta ocasión son tres. *Soñar la realidad* de Lía Pistiner de Cortiñas, reseñado por María Pistani; *Ensayos de psicoanálisis aplicado a la creación literaria* de Juan Vives Rocabert, reseñado por Ruth Rajchenberg (UNTreF/Conicet) y *Violencia y subjetividad. Género, infancia y sociedad*, libro compilado por Patricia Alkolombre y Ema Ponce de León, que he reseñado.

Agradezco a quienes confiaron en mí, a quienes acompañaron, y a quienes ayudaron. A los autores por confiar la publicación de sus artículos a *la Revista* de la SAP, a los referatos, que con compromiso y dedicación han enriquecido la producción de los autores. A Silvia M. Koziol y Constanza Duhalde, ambas integrantes del Comité de Trabajo y Edición, por el trabajo compartido y su contribución con la ardua tarea de traducción de artículos. Muy especialmente a Ignacio Mancini, nuestro bibliotecario, siempre presente, colaborador y atento, que supo acercarnos y conseguir autorizaciones de escritos de autores extranjeros, para que *la Revista* pueda arrimar a los psicoanalistas de habla hispana artículos de otros idiomas y así poder seguir manteniendo una publicación plural.

Mis palabras para concluir este editorial están dedicadas a despedirme de mi función de coordinadora del Área de Publicaciones y Biblioteca y, por ende, Directora y Editora de la *Revista*. Fueron cuatro años de mucho trabajo, mucha responsabilidad y mucho aprendizaje, dedicados a mantener la difusión del pensamiento psicoanalítico –uno de los puntales del ideario de la SAP.

Luisa Irene Acrich

1.

Psicoanálisis en el tercer milenio

Recibido: 17/7/2019

Aceptado: 6/9/2019

Igual y diferente

Daniel Biebel

Sociedad Argentina de Psicoanálisis

RESUMEN

Buscamos hacernos una idea acerca de cómo podría ser el psicoanálisis en el futuro. Se indican para ello diversos caminos para representarnos futuros posibles y la manera de prepararnos para ellos. También se indican diversas maneras para representarnos futuros deseables y cuáles podrían ser las capacidades que los psicoanalistas podríamos desarrollar para contribuir a alguna clase de futuro deseable. Entre estas capacidades destacamos la expansión de la imaginación, la preparación en la actitud del antropólogo ante las diversidades presentes y las que se avizoran del futuro y el respeto por la diversidad, para pensar esa diversidad y reconocer lo humano específico en ellas con sus múltiples variantes.

Debemos prepararnos respecto de los migrantes, inmigrantes y emigrantes de las diversas subculturas, aprender a lidiar con los conflictos y crisis que conllevan, así como reconocer y desarrollar modalidades de resolución de conflictos.

Necesitamos aprender cómo la inteligencia artificial y la robótica se incorporan a la mente y a la práctica. Comprender cómo esto cambia las

relaciones consigo mismo y con los demás.

Es menester avanzar en el reconocimiento de todas las modalidades de rechazo y falseamiento de los hechos, y de las razones por las cuales los humanos construimos grupos cerrados ideológicamente, que desconocen radicalmente muchos aspectos de la realidad.

Alentamos propiciar la comprensión y el ejercicio de diversas virtudes psicoanalíticas para así poder seguir formando parte de la extensión del proyecto del Iluminismo, el que comprende el respeto por los hechos, el valor de la verdad, la tolerancia y el valor ético del amor.

ABSTRACT

Psychoanalysts should consider the methods used in formulating ideas of how psychoanalysis could be in the future, to highlight ways of representing possible futures and ways of being prepared for them. Analysts also need to note their methods of imagining desirable futures and to think which capacities have to be developed to contribute to desirable futures. Among these capacities, the expansion of the imagination is of key importance, in preparation for the anthropological attitudes towards present diversities and those others we may imagine in the future. Analysts must therefore respect diversity and note ways of thinking about it, and recognise the specifically human in diversity, with all its multiple variations.

Analysts have to prepare for and consider the situation of migrants, immigrants and emigrants of various cultures and subcultures, to learn ways of dealing with their conflicts and crises and to realize and develop ways of conflict resolution.

Analysts need to learn how artificial intelligence and robotics are embodied in our mind and practice, and to understand how it changes the relationship with oneself and with others.

It is a need to advance the recognition of all of the modes of refusal and falsification of the facts, and the several reasons humans have for building closed ideological groups, who radically deny facets of reality.

Analysts should promote understanding of and put into practice the various psychoanalytical virtues, in order to continue participating in the extension of the Enlightenment project, which means respect of the facts, the value of the truth, and the ethical value of love.

DESCRIPTORES: PSICOANÁLISIS – IMAGINACIÓN – VERDAD –
CONFLICTO – CRISIS.

KEYWORDS: PSYCHOANALYSIS – IMAGINATION – TRUTH –
CONFLICT – CRISIS.

Igual y diferente

Esta presentación es un intento de compartir pensamientos, inquietudes, temores, esperanzas y una forma de alentarnos a trabajar en conjunto. Es ante todo una exhortación. De antemano me disculpo por las reiteraciones, vacilaciones, énfasis y desprolijidades. Empecemos.

Si consideramos la temática “El psicoanálisis en el tercer milenio” y esta convocatoria a escribir como una oportunidad de prepararnos para el futuro, tendríamos que pensar en varios futuros, desde los más próximos a los más lejanos y del mismo modo contar con grados decrecientes de certidumbre, hasta llegar, tal vez, a la máxima imprevisibilidad imaginable.

Tendremos así futuros cercanísimos, cercanos, medianos, lejanos y lejanísimos. Esta periodización de entre casa, nos puede servir a los fines de considerar permanencias y variaciones a ojo desnudo, con catalejos de mediana potencia, hasta llegar a usar asombrosos telescopios. Puras metáforas visuales para hacer jugar a la imaginación, nuestra facultad más preciada en estas nuevas inquisiciones.

Recordemos una conocida cita del célebre físico Niels Bohr, “Predecir es difícil, especialmente cuando se trata del futuro”.

Tratemos entonces de soñar el futuro, y para ello realicemos maniobras distorsionantes y mezcladoras insensatas. Consideremos nuestros anhelos y los anhelos incumplidos de la humanidad de todos los tiempos así como los horrores ya acontecidos y los que todavía nunca han ocurrido y su plena vigencia en el futuro. Recurramos a la frondosa imaginación de utopistas sociales y milenaristas así como a los grandes creadores de la ciencia ficción y de relatos fantásticos. Podemos también interrogar a nuestros sueños en su carácter manifiesto, en su figuración plástica extravagante y suponer realizaciones que los emulen. Podemos magnificar hasta lo inconcebible y empequeñecer hasta lo minúsculo. Y mezclar especies y mezclar géneros. Mezclar individuos y mezclar clases. Permitir que todas subsistan o sólo algunas. Imaginar infinidad de mundos posibles, aislados, coexistentes, sucesivos y/o paralelos.

Expandir la imaginación es prepararnos para el futuro. En el futuro muy lejano, difícilmente lo de hoy pueda ser reconocible, aunque si llegara a persistir alguna continuidad de la especie humana, esta será el resultado de las sucesivas transformaciones. Y por lo tanto algo similar ocurriría en el futuro con el psicoanálisis o lo que lleguen a ser sus descendientes o herederos.

Queríamos hacernos una cierta idea acerca de cómo podría ser el psicoanálisis en el futuro, para lo cual tendríamos que realizar dos cosas. Una, situarnos respecto de cómo podría ser el mundo en el futuro y otra, cómo ese psicoanálisis del futuro, cambiado, tratará de entenderlo y desarrollará su actividad específica en ese mundo del futuro.

Algo de esto, creemos, podemos imaginar. Por cierto, acá resuena ensordecedoramente, la cita de Niels Bohr, las dificultades para predecir el futuro. Aún así, podemos considerar las tendencias, los procesos en curso. Si el futuro estuviera de algún modo preanunciado parcialmente por las tendencias que ahora caracterizamos como tales. Si estas tendencias se despliegan, se desarrollan, algunas, tal vez, se concreten. Si en el futuro llegaran a verse plasmadas estas configuraciones que ahora describimos en sus comienzos y avizoramos, anticipamos, conjeturamos, imaginamos la concreción de sus potencialidades, será entonces a partir de ahí que podríamos pensar de qué manera sería necesario que se desarrolle el psicoanálisis para dar una respuesta a ese futuro.

Continuemos estas reflexiones apelando a un enfoque desarrollado por Fernand Braudel, quien refiere que los cambios que se dan en la cultura, en el devenir del proceso histórico de las civilizaciones se despliegan en procesos de corta, mediana y larga duración. Los procesos, por lo demás, tienen también sus peculiares ritmos y velocidades.

Podemos enmarcar parte de esos distintos futuros dentro de estos esquemas generales de duración de los procesos, en cuyo caso también podemos pensar en qué momento nos encontramos de cada uno de estos procesos según sean de corta, mediana y larga duración.

Nos preguntamos si el cambio en los propósitos fundamentales de la actividad psicoanalítica cursará en un proceso de larga duración. Me refiero a la posibilidad de mantener en consonancia, hacer perdurar sus propósitos

originarios, originales, hacer perdurar el programa freudiano. Una práctica psicoterapéutica, un método de investigación, y una teoría acerca de la mente y aledaños, una antropología. Una de las características que querríamos mantener viva en el psicoanálisis es su conexión amplia y respetuosa con la realidad, de manera que, en ese estado de comunicación entre las necesidades de la gente y la necesidad de darles una respuesta, no se produzca una desconexión. Que no se esté alejado de lo que las personas van necesitando según cada una de las nuevas circunstancias se vayan dando en el ambiente social y en la relación entre las personas, cambios en las maneras, la forma de convivencia. Y los cambios se producen a una velocidad mayor o menor según los momentos, períodos, épocas.

Podemos ensayar, también hablar muy en general respecto del futuro. Si no se da el caso de que provoquemos una catástrofe que nos aniquile o nos lleve a una regresión del proceso civilizatorio hacia la Edad de Piedra, se prevé un incremento de la globalización, una creciente interconexión. Esta globalización va produciendo un acercamiento progresivo de culturas al mismo tiempo que la promoción de una cierta uniformidad de los modos de relacionarse aún a través de las diferentes culturas, creando también una suerte de cultura común.

Es así, entonces, que se multiplicaría la posibilidad de la interconexión con diferentes culturas simultáneamente, y al mismo tiempo se podría dar la posibilidad de que existan regiones de modalidades culturales diferenciadas que prefieren aislarse. Esto requiere aproximaciones a la manera de los antropólogos. Respeto por la diversidad, pensar esa diversidad y reconocer lo humano específico en ellas con sus múltiples variantes. Reconocer su complejidad, los valores, y las funciones que se ponen en juego en cada una de esas mini o grandes culturas, subculturas, tribus y sectas que conviven.

De esta manera el psicoanalista va a necesitar cada vez más una importante formación en el modo en que los antropólogos encararon estos encuentros interculturales, maneras de situarse ante culturas ajenas. Respeto y posibilidad de reconocer cómo cada uno vive y actúa con relación a los demás. Al mismo tiempo que se van dando estas subculturas y variaciones en el modo de vivir, sentir y pensar, también se van a estructurar modos y subculturas altamente cerradas y que rechazan el contacto con los otros. También debemos prepararnos respecto de los migrantes, inmigrantes y emigrantes de estas subculturas, aprender a lidiar con los conflictos y crisis que conllevan así como reconocer y desarrollar modalidades de resolución de conflictos.

En este futuro en curso, debemos considerar también el influjo creciente de la tecnología, su incorporación, literalmente, a nuestros cuerpos y las conexiones a distancia en una medida aún mucho mayor de lo que ya ocurre.

Por lo tanto vamos a necesitar aprender a tomar en cuenta esa interacción y comprender cómo funcionan la inteligencia artificial y la robótica. Cómo se incorporan a la mente y a la práctica. Y comprender cómo esto cambia las relaciones consigo mismo y con los demás.

Otro de los fenómenos con los que nos vamos encontrando: crecientemente se van aceptando cada vez más las elecciones personales de identidad, de modos muy variados, alternativos y contraculturales y que a su vez pueden engarzar en otras subculturas. Gran variabilidad en las identidades y elecciones sexuales y no sexuales. Todo esto favorecido por las transformaciones anatómicas que la tecnología y la cirugía van desarrollando, las transformaciones culturales, de ideales de vida y así como los cambios en la moral sexual cultural. Esto requiere de parte del psicoanalista un esfuerzo creciente en aprender a demorar, a inhibir la

acción impulsiva, a detectar los juicios apresurados propios y ajenos, aprender a pensar, a desplegar los criterios y marcos a partir de los cuales se configuran las elecciones y las preferencias.

En el futuro de mediano plazo, se concretarán los avances en la conquista del espacio. Progresivamente nos iremos encontrando con fenómenos extraños y novedosos, la presencia de personas que habitarán fuera de la Tierra y que van a traer otras maneras de pensar y de sentir. Al mismo tiempo nos preguntamos si esta búsqueda llegará o no a poner en contacto o aparecerán otras civilizaciones extraterrestres. Es una posibilidad.

Pero desde ya podemos contar con que la robótica y la inteligencia artificial van a generar sistemas de inteligencia y robots con similitudes humanas muy marcadas. Por lo tanto la relación entre el humano y el robot va a ser muy estrecha, tal como lo vienen planteando los cultores de la ciencia ficción. Asimov entre otros.

Como dice Ignasi Belda en su libro *Mentes, máquinas y matemáticas*:

De hecho, poco a poco, la inteligencia artificial va penetrando en nuestras vidas, tarde o temprano, llegará el día en que podremos interactuar con máquinas con el mismo nivel de creatividad, percepción e inteligencia emocional que un ser humano, entonces, esta vez sí, sabremos que no estamos solos. (2011, p. 139)

Algunas de esas cosas podemos avizorar respecto del futuro.

Hay algunas cuestiones que podemos desear que perduren. Forman parte de nuestro bagaje actual, de nuestro conocimiento y valores y probablemente sean necesarias para el futuro. ¿Se conservarán el afán de conectarse entre las personas, dialogar, reproducirse, asociarse en actividades comunes? Es muy probable que así sea. Pero tal vez haya más

espacio para vivir según muy variadas preferencias. De hecho ya las hay, no en todos los países aun, pero estimo que habrá mayor variedad de opciones y diversificación de las preferencias. Podrán proliferar comunidades con diferentes preferencias. Siempre ha existido, pero es posible que lo sea más aún en el futuro, si la conducta o moral social respecto de diferentes temas se va tornando más permisiva. Puede serlo con o sin inclusión o con grados variables de inclusión y o de auto y hétero segregación.

Ahora bien, si por un momento retrocedemos y decimos que no podemos saber absolutamente nada cierto respecto del futuro, en particular el de larga duración, el futuro que contempla un milenio, tampoco podemos decir entonces cómo será el psicoanálisis del futuro si es que lo hubiere. Entonces lo que sí podemos es plantearnos cómo querríamos que fuera ese psicoanalista del futuro cualquiera fuere ese futuro. ¿Cómo nos gustaría que se enfrente a los problemas desconocidos que han de venir? ¿Qué virtudes básicas tendría que tener?

Una de ellas, aunque tal vez de siempre lo ha sido o debió serlo es el alto respeto por la variabilidad, la plasticidad, la novedad. También tendrá que darle un gran papel a la imaginación y la creatividad. Y también, mucho más que siempre, saber poner entre paréntesis las preferencias propias. En otro lugar valoré la sensatez y la integridad, la cabalidad y la sabiduría práctica. Lo sigo haciendo.

A la imaginación insistimos en darle un sitio privilegiado. Decíamos que será este juego de la imaginación el que en su momento nos podrá orientar respecto de cómo estructurar, cómo armar nuevas formas de conexión, interacción con las personas y nuevas formas de generar teorías y modelos aptos para desarrollar la labor básica que planteó Freud, curar, investigar y producir teoría, comprender y explicar.

Pensemos qué sería bueno propiciar para que los analistas estén más capacitados para los desafíos que les va a plantear el futuro. Tenemos que reflexionar en conjunto acerca de qué contactos estimulamos, qué experiencias promovemos. De esta manera también, a quiénes podremos recurrir para que nos ayuden a desestructurar algunas de las respuestas habituales que solemos dar a los problemas.

¿Cómo tendrán que ser nuestras prácticas, cómo tendrá que ser nuestra educación, cómo será, qué características tendrán que tener nuestros conceptos y de qué manera la articulación entre ellos? ¿Cuál es el grado de estructuración fuerte y el grado de estructuración débil que necesitamos para esta relación entre los conceptos y la descripción de los acontecimientos y las regularidades que se vayan encontrando?

He venido sosteniendo que buena parte de lo que aparece como novedoso en la realidad social ha aparecido en el pasado, en otros tiempos, en otros lugares. En el pasado y en diversas regiones del planeta se han hecho diversos ensayos para llevar adelante modos de convivencia, de relación con el cuerpo propio, de formas de conocimiento. Podemos seguir bebiendo y aprendiendo de esa fuente inagotable de experiencias y de fantasías que han nutrido y se han desarrollado profusamente en los albores de cada civilización bajo la forma de los mitos y los ritos y en los que se han plasmado enormidad de respuestas a problemas que mantienen su vigencia actualmente y tal vez la sigan teniendo en el futuro. Fantasías e ilusiones, proyectos y modos de considerar la variabilidad del ser humano y sus infinitos deseos que con los medios técnicos de la antigüedad no tenían otra manera de ponerse en juego que a través de la imaginación mítica, pero que en la actualidad la técnica está haciendo posible algunas concreciones fácticas. Por lo tanto, tomar contacto y comprender, escuchar al mito,

acercarse de un modo cabal a ese desarrollo que lograron las mitologías forma parte decisiva de la educación que tenemos que darnos.

Como psicoanalistas, nuestro suelo natal ha sido la medicina y muy en particular en íntima conexión con la psiquiatría, pero a partir de allí hubo nuevos suelos, nuevos territorios a explorar. Se deben seguir ampliando los territorios que ofrezcan nuevas experiencias para las cuales necesitamos avanzar en la construcción de teorías, en la deconstrucción de modalidades de acercamiento que de una u otra manera tienen la forma de los prejuicios que todos y cada uno de nosotros tiene.

Necesitamos para ahora y para el futuro un entrenamiento y una técnica que nos confronte y nos permita situarnos y entender la importancia, la profundidad y la influencia de nuestros prejuicios y de nuestras ideologías. Quiero insistir: tenemos que avanzar en el reconocimiento de todas las modalidades que tenemos de rechazo de los hechos, de falseamiento de los hechos y de las razones por las cuales construimos grupos cerrados ideológicamente, que desconocen radicalmente muchos aspectos de la realidad.

Es este un problema que me ha desvelado, las variedades de formas y motivos que nos llevan a desconocer y a engañar, sus mecanismos y antecedentes. Hoy por hoy nos enfrentamos a un desarrollo notable de estos fenómenos como el deep fake, las fake news y los denominados hechos alternativos. La Inteligencia artificial genera los modelos lógicos, la tecnología da los medios para la ejecución y disseminación rapidísima de las mentiras. Se desarrolla asimismo una justificación argumental ideológica o pseudo ética de estos fenómenos políticos, comunicacionales, de la voluntad de poder. Se desarrollan paralelamente las técnicas para hacer frente a estos fenómenos. Creo que ésta es una de las zonas de participación necesaria de los psicoanalistas si es que pensamos que se requieren conocimientos,

investigaciones y técnicas especiales para hacerle un lugar más prominente a la verdad. Y para contrarrestar el enorme poder de nuestra propensión a falsear. ¿De qué manera lograremos profundizar la capacidad de la imaginación? ¿Y cómo podremos desarrollar la capacidad que necesitamos para abordar nuevos fenómenos?

Tal vez el gran desafío que implica la tesis nietzschiana del *Dios ha muerto*, es que ahora tenemos que poder entre todos los seres humanos, entre todas las culturas, dialogar y deliberar en profundidad porque ninguna de nuestras éticas está respaldada por la autoridad divina, por lo tanto es a través del juego de la razón, de la deliberación, de la razonabilidad, de la comprensión, de la comunicación, que tendremos que poder llegar a algún modo de establecer pautas de convivencia entre las personas y entre las naciones. Pero como dice Nietzsche en el aforismo 108, Nuevas Luchas, del Libro Tercero de *La Ciencia Jovial, La Gaya ciencia*:

Nuevas Luchas

Después de que Buda hubiera muerto, su sombra siguió mostrándose aún durante siglos en una caverna, una sombra monstruosa y terrible. Dios ha muerto: pero tal vez, dada la naturaleza de la especie humana, sigan existiendo durante milenios cavernas en las que se muestre su sombra. Y nosotros -¡también nosotros tenemos todavía que vencer su sombra! (2018, p.425)

Mucho tiempo todavía la sombra de Dios estará en algunas cavernas. Los psicoanalistas podríamos contarnos entre los detectores de sombras no solamente en las personas individuales sino también en los grupos y en la cultura. Detectar las distintas formas en que aparecen estas sombras de Dios

y también del demonio. Estoy hablando del análisis del superyó y de los ideales.

Pensar al psicoanálisis para el milenio. Una propuesta desmedida. ¿Cómo pensar la duración prolongada, los proyectos de largo aliento en tiempos de intensa volatilidad, de valores en transición, de la mentira erigida como sistema de intercambio regular, de falsificaciones y simulaciones más allá de todo pudor, de toda vergüenza?. El proyecto psicoanalítico freudiano se ancló en los valores de la Ilustración. Prolongar a Freud, repensar las transformaciones que hacen viable la continuidad de sus enfoques y perspectivas, es para nosotros un imperativo. Persistir en el talante de lo que ha sido hasta ahora su némesis, razón de ser, ideal y cometido. Curar y desenmascarar.

Sostenemos el análisis de los sueños y de los mitos. ¿En dónde se expresan o se pueden reencontrar los temas míticos hoy en día? En el cruce de las creencias religiosas, políticas e ideologías, así como en las diversas concepciones acerca de la salud y del destino del planeta. Acerca de las relaciones entre los que detentan poderes que nos sobrepasan y nos determinan, en la mitología urbano política, en los prejuicios que regulan la relación de los ciudadanos con los inmigrantes, en los prejuicios que condicionan la valoración de las conductas y de los valores religiosos, éticos, estéticos, políticos y religiosos de los grupos respecto de sus grupos de referencia.

¿Cómo creemos que tenemos que educar hoy a quienes constituirán las futuras generaciones de analistas? ¿En qué disciplinas, de qué manera? ¿Cómo potenciar la capacidad de pensamiento y de creatividad en los grupos?

Contamos con un sistema de preferencias que nos identifica. Un estilo, una mística, un compromiso ¿Qué lugar reservamos para las nociones de salud y enfermedad? Respuesta breve: recuperación y búsqueda de la alegría.

Una pregunta incómoda. ¿Por qué desconocemos los delitos y bajezas de los líderes propios y juzgamos con una vara muy diferente a los líderes de nuestros adversarios? Respuesta apurada: las distorsiones que produce la idealización en la facultad de juzgar son universales.

¿Qué habilidades, qué virtudes, qué conocimientos, qué valores, qué metas e ideales, qué aptitudes, y fuerza de voluntad, se requerirán para ejercer con probidad y eficacia en los tiempos venideros el oficio de analista?

Tenemos que hablar sobre la perseverancia y la paciencia, sobre el amor y la empatía y dar su lugar reconocido y soportado a todas las emociones propias y ajenas. Del respeto y de la irreverencia. De las transformaciones que nos descolocan hoy y de las que apenas podemos vislumbrar en futuros no tan lejanos. Trabajar la noción de preferencia y su lógica. La noción de importancia, la de futilidad y de lo precedero. Entrenarnos en avanzar, detenernos, esperar y persistir en el empeño. Coraje y perseverancia.

Otra vez Nietzsche en *La ciencia jovial*:

No somos ranas pensantes ni aparatos de objetivación o de registro, con las entrañas heladas –nosotros continuamente tenemos que parir nuestros pensamientos desde nuestro dolor y proveerles maternalmente de todo cuanto hay en nosotros de sangre, corazón, fuego, placer, pasión, tormento, conciencia, destino, fatalidad. (2001, p. 313)

Somos todos iguales. Somos todos diferentes. Estas dos proposiciones, si en un sentido, y por cierto muy pertinente, se pueden considerar afirmaciones contrarias, en un otro sentido y también muy pertinente, se pueden pensar que son ciertas al mismo tiempo. Tiene alguna utilidad que nos detengamos a examinar cuál podría ser, o mejor cuáles podrían ser las verdades que allí se pueden encontrar. También vale la pena pensar qué significa igualar y qué significa diferenciar. De qué operaciones se trata, según las diferentes esferas de la vida social. Algunos desacuerdos y la dificultad para entender el punto de vista opuesto en una contienda, puede resolverse considerando estas afirmaciones según diversos respectos, según diferentes juegos de lenguaje, diferentes referentes, diferentes actos de habla. De un mismo objeto se recortan a menudo diferentes configuraciones en el mismo nivel estructural, por debajo o por encima, sin avisar al interlocutor que se está realizando esa operación.

A menudo la conformación y construcción de prejuicios se produce en torno a las nociones de igualdad y diferencia sin la correspondiente higiene discursiva. Parejamente hay que considerar las nociones de semejanza y de diferencia significativa o no significativa, su uso en las investigaciones, en las consideraciones clasificatorias, según el propósito de las mismas. En la clínica psicoanalítica podemos constatar el reconocimiento y las operaciones de construcción de diferencia y construcción de igualdad.

Otras de las cuestiones decisivas que se despliegan intensamente en este tiempo, referidos a la identidad, la identidad sexual, las elecciones de objeto, se podrían resumir en que se despliegan las variedades desde querer ser uno mismo, querer ser otro, querer ser todos, querer tenerlo todo, lo muy específico y lo más general, procurando derribar las barreras de lo convencional y aun de lo posible. Querer serlo todo y tenerlo todo ya o en movimientos sucesivos, simultáneos o alternativos. Construir la identidad,

restringida al cuerpo propio, o la referida al cuerpo de otro, hijo o ciudadano, la cuestión de una identidad ampliada a la familia y a los grupos, y tal vez con el tiempo, a la compenetración hombre-máquina-software, o entre los hombres y mujeres la construcción de algún tipo de conexión cerebral que construya el yo entre varios. Disolución y reconfiguración de los locus de integración de la identidad y de la conciencia, cambio de las sedes del yo y del tú.

Las posibilidades lógicas se van concretando en realizaciones materiales.

Estas referencias, además de lo atractivas o preocupantes que puedan ser en sí mismas, nos instan a procurar entender, profundizar, comprender los modos de vivir y procesar las diferentes vicisitudes de la vida de las personas y mediante sus testimonios, recoger y aprender de nuevas experiencias y reflexiones acerca del vivir y del “sentido de la vida”.

Para terminar quiero compartir un fragmento de una entrevista que se le realizó a Bertrand Russell en 1959:

Una última pregunta, suponga profesor Russell que esta grabación sea vista por nuestros descendientes, como los Manuscritos del Mar Muerto, dentro de mil años. ¿Qué piensa Ud. que valdría la pena decirle a esa generación sobre la vida que Ud. vivió y las lecciones que usted de ella aprendió?

Me gustaría decir dos cosas: una intelectual y una moral. Lo intelectual que me gustaría decirles es esto: cuando estés estudiando cualquier tema o considerando cualquier filosofía, preguntarte a ti mismo solamente: ¿Cuáles son los hechos? ¿Y cuál es la verdad que los hechos revelan? Nunca te dejes desviar, ya sea por lo que desees creer, o por lo que crees que te traería beneficio si así fuese creído.

Observa única e indudablemente sobre cuáles son los hechos. Eso es lo intelectual que quisiera desear decir.

Lo moral que quisiera decir es muy simple. Debo decir: El amor es sabio, el odio es tonto. En este mundo, que cada vez se vuelve más estrechamente interconectado, tenemos que aprender a tolerarnos unos a los otros. Tenemos que aceptar el hecho de que alguien dirá cosas que no nos gustarán. Podemos sólo vivir juntos de esa manera. Si vamos a vivir juntos y no morir juntos, debemos aprender un tipo de caridad y un tipo de tolerancia, que sea absolutamente vital para la continuación de la vida humana en este planeta.

Podemos decir, aquí y ahora, 60 años después de esta entrevista, que a pesar de lo vertiginoso de los cambios de los últimos tiempos, también podemos constatar la pobreza o lentitud del progreso en estos dominios a los que se refiere Bertrand Russell. Tenemos que repetir que los diferentes dominios evolucionan a velocidad y ritmos muy diversos. Desde este punto de vista, lo que al principio me había parecido prácticamente impensable, si se lo consideraba en plenitud, la idea de trazar para el milenio ninguna línea sensata, observamos sin embargo que respecto de ciertas cuestiones, un milenio no es demasiado tiempo.

Cuando Jesucristo predicaba, hace 2000 años, parece ser, creía que el fin del mundo no estaba muy lejos, no más que decenas de años. Se equivocó. Sin embargo algunos de sus mayores influjos morales y las instituciones que se gestaron perduran. También perduran el Talmud, las pirámides mayas y egipcias, los diálogos de Platón y las desventuras de Edipo.

¿Podemos nosotros como analistas sumarnos, contribuir, procurar ayudar a sostener estos elevados ideales culturales, brillantemente condensados por

Bertrand Russell? Siguen siendo en nuestra cultura, los ideales de la Ilustración.

Sabemos que la batalla por el reinado de estos ideales es continua, en el interior del psiquismo, en las relaciones interpersonales, institucionales, dentro de los países y entre naciones y bloque de naciones. Es además una batalla cultural en el terreno de las ideas, de los valores. Nuestra tarea clínica es con cada persona, pero nuestra actividad psicoanalítica global desborda y es multifocal. Tiene alcance social, colectivo, cultural. Creo que a partir de comunicar y valorar nuestras experiencias y desarrollar nuestras herramientas intelectuales y prácticas éticas y técnicas, podemos sumarnos y contribuir a la evolución intelectual y moral propuesta por Bertrand Russell para el próximo milenio.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Bella, I. (2011). *Mentes, máquinas y matemáticas. La inteligencia artificial y sus retos*. Colección El mundo es matemático. España: RBA Coleccionables.

Biebel, D. (2006). ¿Puede mejorar el hombre?. *Revista de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis*, n.10, (59-76) (2006)

Biebel, D. (2014). Las virtudes del psicoanalista. Panel 30° Congreso de Fepal “Realidades y Ficciones”, Buenos Aires.

Braudel, F. (1975). *Las Civilizaciones actuales. Estudio de Historia Económica y social*. 1a edición 1966. Madrid: Tecnos.

Frankfurt, H. G. (2005). *On Bulshit*. EEUU: Princeton University Press.

- Guariglia, O. (2010). *Ideología, verdad y legitimación*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Heinlein, R. (1980). *The number of the Beast*. NY: Fawcett Columbine
- Kirk, G. S. (2006). *El mito, su significado y funciones en las distintas culturas*. Buenos Aires: Paidós.
- Lévy-Strauss, C. (1973 [1958]). *Antropología estructural*. Buenos Aires: Eudeba.
- Live Science Planet (2018) email@emails.livescience.com
- Migraciones (2017) *Psychoanalysis. Today* 3a. Edición www.psychanalysis.today
- MIT Technology Review. (2018). newsletters@technologyreview.com
- Moro, T. (1993 [1516]). *Utopía*. Barcelona: Editorial Tecnos.
- Nietzsche, F. (2018 [1882]). *La Ciencia Jovial [La gaya Scienza]*. Trad. de Germán Cano Cuenca. RBA Coleccionables S.A.U. España: Gredos.
- Platón (1971). *La República*. México: Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria.
- Russel, B. (1959). Entrevista. https://youtu.be/kwLrm3_55vU

Recibido: 23/8/2019

Aceptado: 26/9/2019

Psicoanálisis en el siglo XXI: neutralidades, rostros y sentimientos

Rubén Zukerfeld

Sociedad Argentina de Psicoanálisis

Asociación Psicoanalítica Argentina

RESUMEN

Se describe el problema de la neutralidad psicoanalítica en relación con los sentimientos contratransferenciales atravesados por las circunstancias y cambios culturales, sociales y políticos. Freud plantea la necesidad de sofrenar la contratransferencia, pero es diferente el pensamiento del sentimiento del analista y la neutralidad de su pensamiento tolera diferencias que muchas veces su sentimiento resiste o rechaza. Además en el siglo XXI, con una gran cantidad de pacientes, el campo está construido cara a cara. Y es el rostro de ambos el que ahora expresa sentimientos que muchas veces las palabras ocultan. No se trata de pensar diferente del paciente sino de tener un sentimiento de rechazo a lo que expresa el paciente, que el análisis de la contratransferencia no necesariamente modifica de raíz. Se presentan algunos datos de investigación empírica sobre la influencia del contexto sociopolítico en las intervenciones del analista y sobre la relación entre rostros y sentimientos.

ABSTRACT

The problem of psychoanalytic neutrality is described in relation to the countertransferential feelings crossed by cultural, social and political circumstances and changes. Freud raises the need to soften the countertransference, but it is different the analyst's thought and his/her feeling, and the neutrality of his/her thinking tolerates differences that his/her feelings often resist or reject. Also in the 21st century, with a large number of patients, the field is built face to face. And it is the face of both that now expresses feelings that many times the words hide. It is not about thinking differently from the patient but about having a feeling of rejection of what the patient expresses. That problem the countertransference analysis does not necessarily change at the root. Some data on empirical research on the influence of the socio-political context on the analyst's interventions and on the relationship between faces and feelings are presented.

DESCRIPTORES: AFECTOS – CONTRATRANSFERENCIA –
NEUTRALIDAD – ROSTRO – INVESTIGACIÓN.

KEYWORDS: AFFECTIONS – COUNTERTRANSFERENCE –
NEUTRALITY – FACE – RESEARCH.

Psicoanálisis en el siglo XXI: neutralidades, rostros y sentimientos

Introducción: cuatro problemas generales

*Si el hombre es formado por las circunstancias,
entonces es necesario formar las circunstancias
humanamente.*

K. Marx & F. Engels,
La Sagrada Familia

El psicoanálisis ha tenido un desarrollo en el siglo XX que ha significado la consolidación de algunas de sus bases teóricas y la revisión y reformulación de otras, en relación a su actividad clínica asociada a profundos cambios culturales. En este sentido es sabido que la Viena de principio del siglo XX no es la Europa de posguerra y esta a su vez no es la Francia de la década del 60. Y ninguno de estos marcos culturales es el Estados Unidos que conoce Freud, ni el de la guerra fría ni el de las invasiones imperiales. Y por supuesto ninguna de estas condiciones es comparable a la de los países de América Latina en democracia o bajo dictaduras militares o del mercado neoliberal. O sea, los desafíos epocales son variables. El psicoanálisis se ha desarrollado bajo todas estas circunstancias pero es ingenuo suponer que la clínica psicoanalítica sea homogénea o pueda referenciarse simplificadaamente a los historiales paradigmáticos freudianos. Estos conservan el importante valor de involucrar al lector en la epopeya del descubrimiento y puesta a prueba de la teoría y son en la actualidad una fuente inspiradora de nuevos planteos y controversias. Pero como es sabido, hoy en día nuevas problemáticas psicopatológicas y exigencias terapéuticas han ido definiendo lo que suele llamarse “psicoanálisis actual”, que oscila entre la apertura interdisciplinaria y la tendencia a acantonarse en lo planteado en sus momentos históricos fundacionales. Así es que hay alejamientos de Freud, hay vueltas a Freud, hay exégesis de Freud, hay simplificaciones de Freud,

hay discusiones con Freud y hay reverencias religiosas a Freud. Lo que es imposible es no referenciarse en Freud en algún sentido y esa referencia tiene que ver con la existencia de lo inconsciente, de los fenómenos transferenciales y con la valoración de la historia subjetiva y la psicosexualidad. En este sentido son importantes los variados desarrollos que han aportado postfreudianos de diferentes corrientes.

Sin embargo ya en la segunda década del siglo XXI son conocidos los nuevos problemas que se plantean en la teoría y clínica psicoanalítica:

- a. el acelerado cambio en los dispositivos comunicacionales que puede plantearse como el reinado del algoritmo binario.
- b. el profundo cambio en el lugar de la mujer y en la sexualidad a partir de la perspectiva de género que puede plantearse como el colapso del pensamiento binario.
- c. las condiciones sociales, políticas y económicas que dependen de los ideales epocales dominantes que tienden a plantear concepciones binarias.

Pienso que para realizar un acercamiento psicoanalítico a estos problemas es conveniente primero partir de dos reglas básicas:

- a. evitar resoluciones rápidas de problemáticas epocales complejas aplastando procustianamente los hallazgos nuevos en categorías psicoanalíticas tradicionales o por el contrario creando incesantemente una pléyade de neologismos supuestamente explicativos.
- b. moderar los juicios de valor frente a lo nuevo que pueden caer fácilmente en la demonización o en la fascinación. En el primer caso el

riesgo es patologizar comportamientos sociales triviales y en el segundo idealizar creatividades o progresos inciertos.

Creo entonces que conviene pensar junto con Paula Sibilía (2006) acerca de lo que significan subjetividades que se construyen enfatizando *la visibilidad y espectacularización del autor, que lograría ahuyentar la soledad existencial a través de la mirada potencial de un otro universal que le daría realidad a su vida.*

Psicoanálisis en el siglo XXI: neutralidades epocales

Pero más allá de dichas cuestiones, para pensar en el psicoanálisis en el siglo XXI puede ser útil problematizar algún aspecto de nuestra práctica clínica. Me refiero al problema de la neutralidad psicoanalítica en relación con los sentimientos contratransferenciales atravesados por los cambios culturales y presentes en el campo analítico. En principio estimo que es más prudente hablar de *neutralidades* por la necesidad de respetar la concepción básica de singularidad propia de cada pareja analítica.

Pero es interesante señalar que se trata de un concepto técnico-clínico¹ no tematizado en el libro clásico de Horacio Etchegoyen (1986) como si estuviera sobreentendido dentro de un texto que aborda exhaustivamente una gran cantidad de problemas del encuadre y el proceso analítico.

Cuando Laplanche y Pontalis (1974) se ocupan del concepto ‘neutralidad’ es posible observar que su definición en realidad incluye tres aspectos superpuestos a la noción de abstinencia pues –considerando que se trata de una indicación para el analista– alude a *abstenerse* de manifestar opiniones religiosas, morales y sociales, *abstenerse* de entrar en el juego transferencial del paciente y *abstenerse* de “conceder a priori una importancia preferente, en virtud de prejuicios teóricos, a un determinado

fragmento o a un determinado tipo de significaciones”. Es decir, ser neutral es abstenerse de dar consejos, satisfacer demandas y elegir temas en el discurso del paciente. Se trata de una prescripción negativa que implica una ética instrumental –como señala Paz– de lo que *no* hay que hacer. Como prescripción positiva se tendería a pensar que ser neutral es registrar el efecto contrasferencial, ser paciente, tolerante y ecuánime en la intervención.

Al final de su texto Laplanche invita a reflexionar sobre la imposibilidad de llevar a cabo tales prescripciones, ya que establece una diferencia marcada entre función analítica y persona real del analista, que en cualquier concepción de analista involucrado o implicado en dicho campo se diluye. Como señala Baranger (1956) el analista “está entero en su trabajo” por ende la neutralidad es un esfuerzo imposible, pero la no aplicabilidad de la regla de abstención ideológica “no significa que podamos, ni debemos, prescindir de ella”.

Es claro aquí que la presencia de lo social –de los mundos superpuestos²– que conviven en el campo influye decisivamente en el mantenimiento de la neutralidad. Cuando los analistas piensan que el contexto no influye se puede inferir que les importa poco la realidad exterior o que logran dissociar con sospechoso éxito al hombre del analista. Pero esto puede también ser una creencia racionalizadora del analista como sucede en el caso siguiente, trabajado en una supervisión.

La paciente relata muy angustiada su actual situación laboral. Se queja porque unos colegas alineados con la nueva gestión obtuvieron mejoras económicas y nuevas posiciones que los han beneficiado mucho. La analista le pregunta qué era lo que más le preocupaba, si haberse perjudicado económicamente o haber perdido espacios en su actividad. La paciente dice “es fundamentalmente un problema de ética, en el anterior gobierno esto no

pasaba”. La analista le responde: “No te llama la atención que teniendo una posición tan clara acerca de la ética defiendas al gobierno anterior”. La analista en la supervisión explica que su intervención fue debida a procurar desidealizar la actitud de la paciente que –según la analista– generaba en ella un fanatismo desmentidor de la realidad.

Esta viñeta se utilizó en una investigación en curso sobre influencia del contexto sociopolítico en la neutralidad analítica, (Carlisky, N., Rodríguez Raffaelli, N., Falcone, J., et al, 2019) de diseño parecido a lo realizado por Aprá, A., Banchemo, L., Beccar Varela, E., Goldin, P., Mizrahi, G., Otazúa, S., y Pollitzer, M. (2019) en el ámbito de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis (SAP).

De acuerdo a preguntas similares de ambos estudios preliminares un 92% de los sujetos de las muestras considera que la neutralidad es fundamental en la técnica analítica, pero solo un 65% afirma que es posible mantenerla y la mitad de los analistas expresan que la condición neutral se ve afectada por el contexto social. Estos datos parecen plantear en forma empírica lo que el sentido común clínico muestra de un concepto que es simultáneamente valorado e imposible de llevar a cabo en su totalidad prescriptiva.

Viñar (1994) escribe que

[...] las teorías y creencias del analista, su acervo cultural y psicoanalítico son parte de la neutralidad, la que, bien entendida, no consiste en rituales de asepsia y formalidad protocolar, sino en no ejercer el *poder sugestivo e indocinador* que la regresión del paciente le otorga. (la cursiva es mía, p. 256).

Hay aquí planteado el problema de esa némesis de la teoría y la clínica psicoanalítica llamada sugestión –siempre existente por el poder de la

palabra de quien ha recibido y soporta un lugar de ideal– confundida con la actitud inductante, hipnótica que constituye un operación activa con un fin determinado. (Zukerfeld,1988).

Braier (1990), quien se ha ocupado exhaustivamente de la neutralidad remarca que la misma “[...] contribuye a generar la atmósfera analítica que es regresiva y también –por esta misma razón– sugestiva para el analizado” (p.178). Aquí neutral significa no abusar del poder, una clara posición ética que Etchegoyen (1986) describe como algo que “[...] se integra en la teoría científica del psicoanálisis no como una simple aspiración moral sino como una necesidad de su praxis” (p. 27).

Sentimientos, rostros y dos paráfrasis pascalianas

Recientemente Mark Solms (2019) en un estudio sobre depresión desde una perspectiva neurocientífica jerarquizó el valor de los sentimientos solo estudiado por el psicoanálisis, haciendo una crítica a las corrientes de la psiquiatría biológica, cognitivista y conductual, que no los tiene suficientemente en cuenta. En este sentido los procesos analíticos definen con profundidad su eficacia cuando en ellos se logran transformaciones de sentimientos, que es parte de la lógica del insight, coherente con la idea del psicoanálisis como un “saber pasional” (Paz, 2008). La estratificación que implica la noción de la “profundidad” por lo general alude a que el nivel del comportamiento es más superficial y el nivel del pensamiento es más profundo, pero la modulación del sentimiento concomitante es el epítome de la cura.

La intelectualización –por ejemplo– es una de las resistencias más sutiles en ciertos procesos analíticos y ha favorecido algunas de las críticas irónicas e insidiosas contra su eficacia terapéutica. De todos modos es

importante aclarar que en ciertas condiciones clínicas solo modificaciones de los hábitos y de la forma de pensar son condiciones necesarias para la modificación afectiva.

Pero en cuanto a la cuestión afectiva en el analista, es aplicable una primera paráfrasis de la fórmula pascaliana pues *en su neutralidad su pensamiento tolera diferencias que muchas veces su sentimiento resiste o rechaza*.

Así es que las intervenciones analíticas en el campo singular son el resultado de distintas variables dentro de las cuales sus sentimientos previos a la llegada del paciente sumados a los sentimientos contratransferenciales, ocupan un lugar principal para pensar el problema de la neutralidad. Freud no utilizó nunca el término “neutralidad” en sus escritos técnicos. Aquí es donde la afirmación freudiana visibiliza –a mi modo de ver– el problema central ya que en 1914 en “Observaciones sobre el amor de transferencia” escribe: “mi opinión es que no debemos apartarnos ni un punto de la neutralidad (*Gleichgültigkeit*) que nos procura el vencimiento de la transferencia recíproca” (p.1692). Al parecer Strachey tradujo el vocablo alemán *Gleichgültigkeit* como neutralidad cuando en realidad significaría indiferencia. Y Lopez Ballesteros mantuvo el término como tal cuando la versión correcta sería: “Opino, pues, que no es lícito desmentir la indiferencia que, mediante el sofrenamiento de la contratransferencia, uno ha adquirido”. El sentido del término “indiferencia” en el idioma alemán no tendría la connotación que tiene en el idioma español y estaría cerca por sinonimia del término *Selbstlosigkeit* que significa abnegación, es decir, la renuncia voluntaria a los propios deseos, afectos o intereses en beneficio de otras personas.

Sin embargo –a mi modo de ver y más allá de discusiones exegéticas– lo importante aquí son los términos *vencimiento o sofrenamiento*. ¿De qué?

De los sentimientos del analista –que para Freud– son exclusivamente producto de la transferencia reciproca o contratransferencia.

En definitiva si la abstinencia es no actuar un sentimiento, la neutralidad consistiría además en *no demostrarlo*. ¿Y donde se muestran los sentimientos? En lo que se dice, pero mucho más en el cuerpo, en especial en el rostro. De allí que el uso del diván ahorra esa posibilidad al analista, pero también muchas veces impide percibir el rostro del paciente cuando el analista deviene exclusivamente un mero escuchador de discurso.

Pero en el siglo XXI y ya en las postrimerías del siglo XX, con una gran cantidad de pacientes, el campo está construido cara a cara. Y es el rostro de ambos el que ahora expresa sentimientos. De allí que Viñar (1994) sostenga:

[...] no veo por qué se aprecia un rictus donde un analista hipomímico emula a un diplomático o a un jugador de naipes, como menos indoctrinante y más neutral que la postura de arriesgarse a un juego conversacional que incluye la propia e indisimulada gestualidad expresiva. (p. 253)

La gestualidad expresiva es un aspecto fundamental de la condición humana e incluye aspectos conscientes e inconscientes. El arte de todos los tiempos lo ha puesto en evidencia desde la Gioconda hasta el Grito de Munch. Por otra parte Darwin en 1872 había sugerido que las emociones universales: enojo, temor, tristeza, alegría, desprecio, disgusto y sorpresa, expresadas en el rostro son evolutivamente adaptativas, biológicamente innatas y universales.

Ekman (1997) ha demostrado que la expresión facial es uno de los más complejos e intrincados sistemas de señales que existen y, por tanto, ha

creado una importante y productiva área de estudio y desarrollo diseñando el Facial Action Coding System (FACS).

En una investigación sobre empatía y alexitimia (Zukerfeld, 1994) cuyo objetivo era explorar la relación entre la percepción de sentimientos en el otro y en sí mismo, estudiamos el efecto que producía en 40 personas, de clase media, nueve rostros asexuados con modificaciones solo en la angulación de la boca y la posición de las cejas. Los sujetos de investigación debían atribuirle un sentimiento a cada uno de los nueve rostros, hecho que sirvió para estudiar la relación entre sexualidad y sentimientos agresivos, distintas variantes de sentimientos de orden depresivo y otros aspectos proyectivos, perceptivos y vinculares. Pero aquí lo que quiero destacar es el rostro que fue caracterizado como aburrido que coincidió con la calificación de jugador de póker o “rostro del analista”. Ese rostro fue definido en algunos casos como indiferencia y en otros como de paciencia o tolerancia.

Así es que en la neutralidad –el sofrenamiento de los sentimientos– las palabras dicen algo y los sentimientos expresados en el rostro tal vez digan otra cosa. Y estos sentimientos van más allá de la contratransferencia. Aquí se aplica la segunda paráfrasis pascaliana pues *el rostro expresa sentimientos que muchas veces las palabras ocultan*. No se trata de pensar diferente del paciente sino de tener un sentimiento de rechazo a lo que expresa el paciente, que el análisis de la contratransferencia –mas allá de supervisiones y análisis personal– no necesariamente modifica de raíz.

H. Bleichmar (2001) parece solucionar el problema cuando diferencia entre una neutralidad valorativa necesaria y una neutralidad afectiva no solo innecesaria sino contraproducente. De este modo las manifestaciones afectivas en el campo tendrían valor terapéutico de acuerdo a la problemática en juego y a las características del vínculo. Así es que señala:

“resulta imprescindible la modulación afectiva del analista de acuerdo al tipo de paciente y el momento del tratamiento”.

De todos modos la pregunta es si es posible que la neutralidad valorativa se pueda desprender de la afectiva. ¿Acaso la ideología del analista es totalmente racional? En ciencias sociales, una ideología es un conjunto normativo de *emociones*, ideas y creencias colectivas que son compatibles entre sí y están especialmente referidas a la conducta social humana. Y toda ideología puede devenir en prejuicio, es decir, en ideas rutinarias que amedrentan el pensamiento crítico. (Zukerfeld, 2002)

Interrogantes finales y un poema

*Cada problema profana un misterio. Por turnos el
problema es profanado por su solución*
Jean Luc Godard (2010)

El analista de la cara de póker –en nombre de la neutralidad– puede estar realizando un ejercicio ético de paciencia, tolerancia y ecuanimidad benevolente. Creo que en este caso la intención es valiosa pues con ciertos pacientes esa gestualidad facilita el desarrollo del conflicto y todo el dramatismo transferencial propio de la condición regresiva. Pero si en el proceso el predominio es deficitario la función de sostén necesaria se perdería junto con la inexpresividad del analista. Además es conocido que justamente en muchos casos la involucración del analista es imprescindible y obviamente su gestualidad debe ser consistente con dicha implicación.

De todos modos –como siempre– es la singularidad la que define la variación de encuadre y técnica. Sin embargo el misterio es por qué ciertos

pacientes se ven beneficiados con un analista que exprese con claridad lo que siente –aun violando la prescripción de neutralidad– y que para otros lo anterior sea mala praxis. Y vale también la viceversa con el analista imperturbable facilitador de proyecciones pero limitado en su empatía. Es importante al menos problematizar esta cuestión aunque una solución – como es evidente– sea imposible. No sorprendería que a veces ciertas prescripciones en la historia del psicoanálisis fueran una suerte de síntoma de lograr crear un analista que cumpla las cuatro virtudes cardinales, es decir tener prudencia, fortaleza, en especial templanza y por añadidura ser justo.

Por otra parte, la intención de ayudar –si es que existe– ¿cómo se compatibiliza con la neutralidad? ¿Cómo ayudo a quien rechazo sus valores o ideología? Y cuando digo rechazo me refiero a un estado emocional, no a una sencilla aceptación de la diversidad. La experiencia clínica muestra que ese rechazo se neutraliza cuando el analista logra conectarse con el dolor o el sufrimiento del otro aunque lo rechace ideológicamente o en distintos aspectos de su comportamiento.

Sin embargo existe un problema –a mi entender– de mayor importancia. No se trata en este caso del rostro del analista, sino de su sentimiento de atribuirse un conocimiento totalizante a partir de lo que surge de la transferencia. Se trataría de un analista que practica –como señala Green (2011) “un psicoanálisis que disocia [...] todo aquello de lo que es testigo en el mundo, que está obligado a conocer dentro del marco analítico”. Desde otra perspectiva Galli (1986) describió el “Homo psicoanalítico”, el de los conocimientos y ética suprahistórica, el del idelecto teórico convertido en interpretación omniabarcante de todos los campos de la realidad” (p. 32).

Pero la realidad y el mundo, –es decir las circunstancias– en el tercer milenio cambian aceleradamente y no precisamente a favor de la concepción psicoanalítica sino más bien hacia la entronización del algoritmo, que es en última instancia el triunfo de la inteligencia sin conciencia, sin sentimientos (Harari, 2011).

Sin embargo los analistas –como tales– no podemos cambiar las circunstancias. Solo podemos –en el mejor de los casos– ayudar a alguien a conocerlas y a enfrentarlas de acuerdo a su deseo, sus posibilidades y sus limitaciones. Además en el tercer milenio es importante entender el valor de la tradición psicoanalítica pero de la manera que se le atribuye a Chesterton cuando escribe que “la tradición es la transmisión del fuego no la adoración de sus cenizas”.

Y ese fuego está presente en uno de los poemas de la artista Louise Bourgeois, de muchos años de análisis con Lowenfeld, que criticaba a los analistas que se creen dioses, pero además, tanto en su vida como en su obra, se involucró intelectualmente y emocionalmente de modo intenso con el psicoanálisis en el siglo XX. Esto se puede observar finalmente en este poema que, considerando toda la enorme variación de vínculos, ideologías y circunstancias, creo puede representar lo que el psicoanálisis de siempre puede producir.

El análisis

es una estafa/ es una trampa / es un trabajo/

es un privilegio/ es un lujo/ es un deber/

es un deber hacia mí misma/ mi marido/ mis padres/

mis hijos/ mi/ es una vergüenza/ es una farsa/ es un amorío/

es una cita/ es un juego del gato y el ratón/

es un bote que timonear/ es un encarcelamiento/

*es un chiste/ me vuelve impotente/ me convierte en policía/
es un mal sueño/ es de mi interés/ es mi campo de estudio/
es más de lo que puedo manejar/ me pone furiosa/
es un plomo/ es un incordio/ es un dolor de cabeza.*

Louise Bourgeois (1958, p. 86)

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aprá, A., Banchemo, L., Beccar Varela, E., Goldin, P., Mizrahi, G., Otazúa, S., y Pollitzer, M. (2019). Influencias del contexto social y cultural, en la neutralidad del analista. Informe preliminar, *Jornada de Analistas en Formación*; Buenos Aires, Sociedad Argentina de Psicoanálisis (SAP).
- Baranger, W. (1956). Interpretación e ideología. Sobre la abstención ideológica. En: *Problemas del Campo Psicoanalítico*, Capítulo V. Buenos Aires: Kargierman, 1969.
- Bleichmar, H. (2001) Fundamentos y aplicaciones del enfoque modular-transformacional, <https://aperturas.org/articulo.php?articulo=52>.
- Bourgeois, L. (1958). *El retorno de lo reprimido. Escritos psicoanalíticos*, p.86, Buenos Aires, Proyecto Editorial Philip Larratt Smith, Fundación PROA, 2011.
- Braier, E. (1990). *Psicoanálisis. Tabúes en teoría de la técnica y metapsicología de la cura*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Carlisky, N., Rodríguez Raffaelli, N., Falcone, J., Finkelievich, G., Frigerio, R., Boz, S., Cayupan, M., Gutman, J., Cartañá, O. y Tripcevic, M. (2019) “La neutralidad sociopolítica del analista: posible o imposible”. Actas del Grupo de Investigación sobre Neutralidad, Buenos Aires: Asociación Psicoanalítica Argentina (APA).

- Ekman, P. & Rosenberg, E. L. (1997). *What the face reveals. Basic and applied studies with the Facial Action Coding System (FACS)*. New York, Oxford University Press.
- Etchegoyen, H. (1986). *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1914). Observaciones sobre el amor de transferencia. Madrid: Obras Completas, Biblioteca Nueva, TII, III Ed., p.1692,1973.
- Galli, V. (1986). Agresión, psicoanálisis, historia actual. En Abudara, O., Amati, S. Aragonés, R. et al *Argentina. Psicoanálisis. Represión Política*, Buenos Aires: Ed. Kargierman
- Godard, J. L. (2010). *Elogio Del Amor Frases (De Un Film)* Buenos Aires: Interzona Ed.
- Green, A. (2011). *Ideas directrices para un psicoanálisis contemporáneo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Harari, Y. N. (2011). *Homo Deus Breve historia del mañana*. Buenos Aires: Debate Penguin Random.
- Paz, R. (2008). *Cuestiones Disputadas. En La teoría y la Clínica Psicoanalítica*. Buenos Aires: Biebel.
- Marx, C. & Engels, F. (1845). *La sagrada familia*. Buenos Aires: Akal, 2013.
- Sibilia, P. (2006). Blogs, fotologs, videologs y webcams: Intimidades y confesiones en la Web. *Revista de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis*, n. 9, pp. 207-222.
- Solms, M. (2019). Depression in Neuropsychoanalysis: Why Does Depression Feel Bad? IX Joseph Sandler Conference, Buenos Aires, 2019.
- Viñar, M. (1994). Entre el principio y el fin. *Revista de Psicoanálisis, Número Internacional*, 3, 247-262.

Zukerfeld, R. (1988). Transferencia y sugestión. En Braier, E. *Psicoanálisis. Tabúes en teoría de la técnica y metapsicología d la cura*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1990.

——— (2002). Prejuicios psicoanalíticos. *Revista de la AEAPG*, 28, 215-228.

——— (1994). Expresiones faciales, empatía y alexitimia. (Inédito).

¹ La noción de neutralidad ha sido revisada desde Ferenczi hasta el psicoanálisis relacional pero en este trabajo me ocupo solamente de alguno de sus aspectos problemáticos.

² Noción descrita por Puget y Wender.

Recibido: 8/3/2019

Aceptado: 26/6/2019

Variedades clínicas del video-jugar

Lucio Gutiérrez Herane

Sociedad Chilena de Psicoanálisis ICHPA

Asociación Winnicott Chile

RESUMEN

Se presentan una serie de observaciones teóricas y clínicas sobre el uso que se le da a la experiencia del videojugar en relación con diversas dinámicas del funcionamiento psíquico y necesidades de la personalidad. Se mencionan características diferenciales del videojugar respecto de otras experiencias de juego tradicional. Luego se describen variantes del videojugar en relación con el cumplimiento simbólico de deseo, con la búsqueda por cubrir las necesidades del Yo, con la exacerbación de la disociación en replegamiento, con la regulación de la experiencia de self y en relación con la explotación técnica (perversa) de la intimidad.

ABSTRACT

A series of theoretical and clinical observations are presented about the use of videogaming in relation to various dynamics of psychic functioning and personality needs. Differential characteristics of videogaming are mentioned with respect to traditional game experiences. Then, variations of

videogaming are described in relation to the symbolic fulfillment of desire, as a search for the fulfillment of Ego-needs, as a defensive exacerbation of the dissociation in withdrawal, as a Self-regulation experience and in relation to the technical (perverse) exploitation of intimacy.

DESCRIPTORES: JUEGO – SELF – INTIMIDAD – INTERNET – CLÍNICA.

KEYWORDS: GAME - SELF - INTIMACY - INTERNET - CLINIC.

Variedades clínicas del video-jugar

Introducción

Los videojuegos se han desarrollado vertiginosamente en las últimas dos décadas, al punto que hoy en día son una forma general y estabilizada del jugar tanto en niños y adolescentes como en adultos. Pese a ello, esta experiencia ha recibido modesta atención desde la óptica analítica, salvo contadas excepciones relacionadas principalmente a la noción de uso patológico y adictivo de Internet (e.g. Suler, 2004) e indirectamente en problemáticas ligadas al ciberespacio (e.g. Hartman, 2011, Malater, 2007, Toronto, 2009) y la cibersexualidad (e.g. Kalman, 2008)¹

En el presente escrito mencionaré algunos usos del videojugar² que pueden observarse tanto dentro de la escena clínica como derivarse de las descripciones de pacientes en sesión. Me mantendré dentro de las coordenadas de las variedades clínicas más simples, sin pretender una

taxonomía acabada ni abordar la cuestión como un fenómeno socio-psicoanalítico de pleno derecho.

¿Qué es video-jugar?

Todo jugar se constituye a partir de una forma de organización. Aplicando algunas ideas clásicas de Huizinga (1954), podemos establecer un continuo del jugar que va desde las formas más precarias de organización de la experiencia lúdica propias a la idea de un juego libre y espontáneo (*free playing*) hasta las formas regulares transmitidas culturalmente (*game*), que se fundamentan en reglas y diversos grados de protocolización de éstas. Los videojuegos no escapan a este marco, pero hasta cierto punto tienen características que son únicas y que hacen que el video-jugar sea distinto al jugar.

Señalaré cuatro especificidades del video-jugar que he podido identificar previamente (Gutiérrez, 2008, 2009):

1. *En el video-jugar confluyen en un mismo dispositivo el campo de juego (un tablero, por ejemplo), las reglas y los jugadores.* Esto es una novedad respecto del juego tradicional donde jugadores, reglas y campo de juego se encuentran en mano de distintos agentes. Específicamente, en el juego tradicional los jugadores no forman parte del campo estructural del juego ni se encuentran ‘protocolizados’ dentro del juego. Los jugadores humanos pueden, llegado el caso, hacer ejercicio de su deseo de abandonar el juego, no así los agentes artificiales cuya presencia determina en parte la estructura del juego. Esto se relaciona con el siguiente punto.

2. *En el videojuego contemporáneo co-participan distintas formas de alteridad*: alteridades vivientes y no vivientes, el otro humano y el otro-inteligencia artificial, muchas veces indistinguibles uno del otro. Esto transforma el panorama en tanto levanta una serie de preguntas sumamente importantes respecto de quién es ese “otro” con el que me relaciono al video-jugar, cuáles son las posibles consecuencias de la protocolización del otro para la experiencia del “jugar juntos” (Winnicott, 1971b) y cuál es el estatuto de la relación con el propio cuerpo organizado a partir de intercambios digitales. Por razones de foco y extensión en lo que prosigue sólo mencionaremos algunos aspectos de estas preguntas.
3. El videojuego contemporáneo presenta una variabilidad excepcional relacionada con las posibilidades de uso para el jugador: éste explota los recursos del videojugar de acuerdo con sus preferencias de juego, dando pie a formas de identificación variables. Al mismo tiempo, tiene un alto grado de protocolización y las posibilidades de transformación del espacio se encuentran dispuestas de antemano. Esto constituye un entorno muy particular pues *es, al mismo tiempo, un campo de juego con variados grados de apertura a la exploración, creatividad y descubrimiento, y altamente protocolizado, regulado, controlable y predecible*. Resulta en un punto particularmente relevante porque la protocolización no refiere sólo a las reglas y marco del juego, como en el juego tradicional, sino también a los medios de interacción. Es decir, hay protocolización de las corporalidades, no sólo de las reglas y del campo de juego. Winnicott (1971b) decía que el juego involucra al cuerpo, y aquí el cuerpo está regulado³ por protocolos de interacción.
4. Por último, este conjunto de características sumado a particularidades del diseño de los videojuegos favorece una *experiencia intensamente*

immersiva. Por inmersión entendemos una ilusión perceptual de no-mediación entre el entorno materialmente presente y el entorno virtualmente presente (Lombard & Ditton, 1997). Éste es un punto central ya que la inmersión supone cierto grado de negativización del registro del espacio tiempo (pérdida de referencia del tiempo transcurrido), de la propiocepción (pérdida de noticia del hambre o cansancio) y del entorno (pérdida de atención sobre los estímulos circundantes). Llegado el caso puede precipitar en formas temporales de alucinación negativa, sobretodo en las experiencias lúdicas de mayor complejidad (e.g., juegos de simulación bélica o deportiva 3D, juegos masivos multijugador en línea, realidad aumentada cooperativa, realidad virtual, etc.). Muchas actividades humanas suponen diversos grados de inmersión, la particularidad de los videojuegos es que estos estados son especialmente intensos⁴. La inmersión, por otra parte, no depende sólo de las características del videojuego sino también del lugar que ocupa la experiencia lúdica en la trama del vivenciar del sujeto. Así, puede entramarse al servicio de diversas necesidades del yo como mociones de deseo⁵.

Variedades de uso de la experiencia de video-jugar

Intentaré describir algunas formas entonces en que he podido observar se usa la experiencia de video-jugar.

El video-jugar al servicio del cumplimiento simbólico de deseo (fantasía). Por supuesto, y quizás la más evidente, como cualquier otro modo de jugar expresa mociones de deseo de diverso orden. Pone en juego, literalmente, aspectos de la vida pulsional articulados en el registro de la

fantasía que, en la medida que no excedan el campo de expectativas yoicas, se formalizarán como parte de la experiencia de juego. Aquí vemos sobretodo la serie de dinámicas identificatorias y puestas en actividad de la fantasía propias de la personificación (Klein, 1929) como precursora de la transferencia y de las relaciones objetales desarrolladas.

Un interesante ejemplo clínico de esta forma de experiencia lo describe el encuentro con una paciente que juega *The Sims*, un juego de simulación de personas donde es posible crear eventos sociales en los que los personajes participan de acuerdo con las características y parámetros definidos para ellos por el jugador:

“Los matrimonios siempre los hago como eventos públicos, los papás lloran, pongo las mejores flores, arcos de flores, pétalos en el suelo. Y saco hartas fotos, que son recuerdos en Los Sims. Recuerdo, recuerdo, recuerdo, recuerdo. ¡Y es para mí nomas! (ríe)”⁶

La paciente expresa directamente su fantasía de casarse, al tiempo que ha visto con celos el reciente matrimonio de su hermana. Conversa en terapia de su deseo de ser esposa y madre, y su sentimiento de culpa porque “debería querer” ser menos tradicional y buscar un desarrollo de carrera fálicamente exitoso. Resuelve festejando sus propios matrimonios, con detalles y emociones, convocando la imagen de una nena jugando con sus muñecos animados.

También, ligado al cumplimiento de deseo, el videojugar puede emerger como forma de repetición/tramitación del conflicto psíquico. En el juego, típicamente, el otro como contraparte sirve tanto a efectos de la repetición psíquica de la fantasía como a la producción de novedad. Lo interesante es considerar que entre la repetición de la fantasía y la novedad de la realidad se producen experiencias que, *al mismo tiempo*, remiten, alimentan y

transforman ambos registros. He allí la centralidad del espacio potencial en el jugar cotidiano. Volvamos sobre la misma paciente:

En *The Sims*, las características del juego permiten que los personajes actúen escenas relacionales con independencia del jugador. Es decir, el jugador puede determinar características de personalidad, actitudes, acciones y dejar dispuestas las cosas tal que, eventualmente, los personajes producen “espontáneamente” escenas relacionales. Algo así como un experimento de manipulación social. En ese contexto, la paciente producía repetidamente condiciones para que los personajes hicieran engaños y triángulos amorosos. Ella refiere:

“Antes ‘le ponía’ que hiciesen engaños siempre, siempre, siempre. Pero desde el XXXX (el año de inicio de la terapia) que me di cuenta que tenía que ver con lo de mi mamá como que ya no me dan ganas. Ahora no se divorcian, nunca”. Se preocupa de sus personajes: “No sé por qué, pero el computador empezó a borrar las generaciones más antiguas de Sims, y son muchas horas, años de juego. Así que hago retratos (físicos) de los personajes para acordarme y las llevo en un diario, super ordenado, para recordar las generaciones que el computador borra”.

Comprendo que la paciente re-escenifica en su juego virtual una situación de engaño de su madre, de la que ella fue testigo y encubridora. Ella produce-dispone para que se produzca- el engaño al tiempo que lo contempla, tal como contempló el develamiento pasivamente. Es decir, activamente se apropia de la repetición. Hay allí cierto esfuerzo por evitar el dolor y controlar el destino, pero atrapada en la repetición que persigue elaborar, infructuosamente (en términos de que sigue insistiendo con cierta rigidez). Este aspecto se transforma con la terapia, la re-escenificación

pierde interés, otro aspecto de su acaecer psíquico gana. Goza también con las escenas que produce, cuida a sus amigos imaginarios del olvido, se resiste al protocolo del software que borra el pasado y que ella misma no desea olvidar. Podríamos decir más, pero espero que cumpla con el afán ilustrativo de este punto.

El video-jugar en relación con la búsqueda de una restitución de las condiciones de dependencia. Si avanzamos hacia el terreno de las *necesidades del Yo* (Winnicott, 1955), me pregunto ¿Puede haber alguna forma de regresión a la dependencia en el videojugar?

Vale la pena recordar la diferenciación entre regresión psíquica y regresión a la dependencia (Winnicott, 1955). En los videojuegos observamos con claridad fenómenos de regresión psíquica, tanto en la experiencia individual como grupal. Por ejemplo, en un estudio realizado con videojugadores de juegos masivos multijugador en línea (MMORPG's) (Gutiérrez, 2008), observamos que los videojugadores levantaban una serie de quejas y demandas al coordinador de los videojuegos (un otro-anónimo-regulador) exigiendo un ambiente de juego que fuese fiable, confiable, amigable, justo, entretenido-estimulante y socialmente animado. Y amenazaban constantemente con migrar a otro juego de no cumplirse dichas demandas, instalando una situación de alta demanda de satisfacción al ambiente virtual, de cualidades regredientes. Asimismo, el aspecto ya señalado de cumplimiento de fantasía puede darse en estados psíquicos orientados a la satisfacción por vía -hasta cierto punto- de una acción motriz directa.

Distinto es el potencial para toda forma veraz de regresión a la dependencia casi absoluta, que refiere a cierta deposición temporal del aspecto protector del self (Winnicott, 1964), y con ello, de la integración

yoica. En otro momento (Gutiérrez, 2016) he señalado que el retorno a los estados de no-integración se ve *hasta cierto punto* interferido en el teleanálisis o análisis por Skype. Aquí me siento inclinado a repetir el argumento: la no-integración en interacciones virtuales se ve interferida en lo que refiere al soporte último de la misma, a saber, la expectativa sensorial de la presencia física del otro.

Por supuesto, por lo general las condiciones de la experiencia del videojugar no están dispuestas en modo alguno para un proceso regresivo hacia la dependencia. Típicamente no se encuentra una referencia del otro asimétrico como soporte vincular ni como soporte de transferencia, ni están dispuestas sobre el juego u otros jugadores expectativas en esa línea. Pero esto no impide que puedan realizarse movimientos menos explícitos de explotación de la plataforma en ese sentido, aprovechando algunas de sus características.

Dicho esto, cabe preguntarse si en estados disociativos podemos reproducir aspectos parciales de la regresión a la dependencia, o manifestaciones del deseo de ella. Digámoslo así, aspectos que suponen cierto ejercicio de confianza en el otro o, y aquí algo particular, de sí-mismo-como-otro a través de la interfaz. Veamos un ejemplo:

Luchin, un adolescente jugador de World of Warcraft, me cuenta que en ocasiones se sube a barcos y zepelines, medios de transporte en el juego, por el gusto que le da “viajar”. Refiere que mira el mar, alrededor, y ese tiempo de espera parece significar algo para él que va más allá de ir de un lugar a otro. Se identifica con el personaje y disfruta ser llevado.

Diego, un preadolescente que atiendo, me muestra en sesión partidas de Fortnite (un juego del subgénero “Batalla Real” donde los jugadores pelean hasta que sólo uno -o un equipo- sobrevive). En el juego, durante algunos instantes, vuela y se deja caer desde bus-zepelín en paracaídas. Mientras me va mostrando sus partidas noto que se queda callado en las “caídas libres” desde el zepelín, antes de llegar a tierra y comenzar la pelea. Este es un momento especial porque durante esas “caídas” no puede ser atacado ni atacar a nadie. Después de un buen tiempo le pregunto sobre esto y me cuenta que le da “como cosquillas la sensación de caer y flotar” y que espera hasta último momento para activar el paracaídas. Pienso que esto tiene un valor en sí mismo y de hecho, por lo que he podido aprender, esta estrategia de Luchín es incluso contraproducente a los objetivos agonales de ciertas partidas.

Estas descripciones me sugieren condiciones de relajación confiada en que otros jugadores no interferirán. Parece movilizar disfrutes en la línea de la relajación, del flotar, del libre estar momentáneo. ¿Habría allí una expresión de (auto)sostén en un espacio guarecido en el marco de la experiencia lúdica?

El video-jugar como actividad directa de replegamiento. Menos referido, el video-jugar puede entramarse *como forma de repetición/congelamiento del fracaso ambiental*. Me refiero con esto a actividades en las que el elemento disociativo del jugar avanza hacia formas de alucinación negativa del entorno, con un énfasis en la desconexión de la naturaleza viviente de la fantasía y fortalecimiento de la escisión mente-psyque-soma (Winnicott, 1970)⁷.

Allí, la defensa de replegamiento puede ocupar un lugar. Observo formas del video-jugar donde la actividad se centra en el ingreso a estados de fantaseo, en cierto sentido opuestos a lo descrito anteriormente respecto del placer de ser sostenido por la experiencia de plataforma. Aquí hablamos de control de las condiciones de juego y de pulsión de apoderamiento al servicio de un estado de desconexión respecto de la realidad viviente. El elemento central que identifiqué aquí es la explotación de la disociación en la búsqueda por el no-comunicar (Winnicott, 1963) a partir de la desconexión de la realidad:

Daniel, un joven con marcada tendencia al aislamiento me da a entender que cada vez que su madre lo golpea o escarmienta ásperamente (ella queda tomada por un funcionamiento rabiosamente despiadado, que ambos resienten) no sabe por qué, pero encuentra alivio en ponerse a jugar. No le importa mucho cual juego, mientras lo mantenga ocupado. Lo mismo sucede ante su fracaso universitario, enfrentado a la angustia ante pruebas difíciles para las que no se siente preparado, huye a sus mundos virtuales donde, por horas, deja de preocuparse. Por supuesto, el retorno a la realidad deja las cosas predisuestas a la reproducción del fracaso. Daniel no hace mayor asociación con las tramas simbólicas de los juegos, aunque percibo cierta tendencia en él a preferir juegos de estrategia que exacerban el sentimiento de omnipotencia. En sesiones, de forma similar, fantasea con ser el salvador de la humanidad produciendo sistemas para colonizar Marte, encontrar la solución a los problemas de gobernabilidad del mundo actual y resolver encrucijadas económicas planetarias.

El videojugar como estrategia de regulación del self. En una forma similar a la *vida operatoria* asociada a algunos padecimientos psicosomáticos (Marty, 1990), en casos de marcado repliegue observo funcionamientos que llegan a ser esclavos de eliminar cualquier perturbación pulsional no anticipada (De M'Uzan, 2003) y, al contrario, encontrar formas primitivas de integración yoica a través de la excitación por vía de la atención continua a estímulos. Prima una urgencia de tramitar excitación sin que ello derive en una actividad simbólica rica, densa. La inmersión, como forma negativa pre alucinatoria o alucinatoria, permite cierta regulación de la experiencia de self al borrar la perturbación del ambiente; las condiciones de predictibilidad del juego protegen ante la irrupción de la impredecibilidad del ambiente, la excitación funciona como soporte frágil de los estados de integración (Winnicott, 1988). Todo ello transita a costa de una pérdida de la imbricación de la fantasía y la realidad, y con ello su faceta transformacional. Observamos así deficiencias en la elaboración imaginativa, y en su reemplazo una adherencia imaginaria a las tramas épicas prefiguradas y a las experiencias sensuales-estéticas del videojuego, saturando el funcionamiento mental y dando pie a vivencias de futilidad. Me refiero al logro de experiencias de integración forzadas a través de la excitación vacua: hacer calzar el bloque, destruir la torre, ganar la carrera, limpiar el terreno de enemigos, como formas encerradas en sí mismas. Aunque el self se organiza temporalmente desde la excitación, la experiencia no aporta al mundo de la vida y los sueños como una totalidad (Winnicott, 1971c). Aquí pienso en el control por manipulación del circuito excitatorio como mecanismo de regulación extrínseca de la experiencia de self:

Un joven con un funcionamiento autístico juega Angry Birds o “Chanchos” como él lo llama. Cuando parece perturbado por el entorno usa “Chanchos”. “Chanchos” no significa mucho en su trama simbólica salvo proveerle de un descanso de la realidad donde el joven en el circuito conformado por su atención y actividad psicomotriz deviene “Chanchos”. Si me acerco a ver, se voltea, si le comento algo, no responde. No requiere taparse los oídos, ya no existo en su campo perceptual, hasta que la partida acaba, si se da que no ha empezado otra. Los padres comprenden este modo de defensa y saben que deben tener el videojuego disponible en sus viajes, en situaciones difíciles como visitar al doctor o al conocer nuevas personas. El joven ocasionalmente ríe con “Chanchos”, sobretodo ante la aparición de algún elemento desconocido en el juego. No me impresiona como una risa asociada a un logro agonal como un triunfo, sino a risa descarga de ansiedad, ante la emergencia de un desconocido en la trama conocida. Eventualmente el chico se vuelve un asiduo jugador de Five Nights at Freddy’s y desarrolla a través de ello la expresión objetualizada de sus inclinaciones paranoides, antes veladas.

Una última forma que mencionaré refiere al video-jugar como expresión de un funcionamiento antisocial o perverso, donde la falla ambiental queda expresada directamente en el plano de la destructividad personificada, la ganancia secundaria de placer y la explotación de la técnica de intimidad donde el jugador intenta “establecer una situación fingida que en la mayoría de los casos implica la cooperación seducida y voluntaria de un objeto externo” (Khan, 1979, p.21) pudiendo tomar la forma de una colusión

relacional propiamente dicha o bien como un espanto tras la confianza ganada. Por ejemplo:

Tomás, un adulto que juega un videojuego de guerra en equipos, del género “Shooter”, me comunica variedades de tendencia antisocial en formas sádico-anales al elaborar sobre sus estrategias de juego. Tomás refiere: ”juego siempre por detrás, juego con el equipo hasta que están ganando y cuando nadie cacha (nadie se da cuenta) ¡cagaste! Los mato a todos. Igual después me putean (insultan) y me echan de los grupos, yo me cago de la risa, los weones (idiotas) no cachan que es un juego y le ponen color. Me cambio el ‘user’ (crea un nuevo usuario) y chao, me meto en otra partida”. Esta actividad es penalizada por el juego y se asemeja bastante a ciertas formas de lo que en redes sociales se conoce como “troleo” o joder a los demás por el placer de verlos reaccionar.

El gusto de este paciente por la destructividad está claramente vinculado al otro-viviente, al punto que no disfruta con partidas en las que no participan los que supone son otros humanos. No juega contra la inteligencia artificial. Porque el desenlace de la sorpresa y la sumisión del otro, pienso, queda atrapado en su fantasía sin la expectativa de un daño real. En los equipos, en cambio, recibe los escarmientos y goza con la desestructuración de sus “compañeros de juego”. Escenifica la traición relacional y encuentra allí un elemento que alimenta la fuerza de su experiencia inmersiva.

Comentarios

He ilustrado una variedad de usos del videojugar intentando describir clínicamente sus características diferenciales. Pese a sus diferencias todos tienen en común que, desde las diversas necesidades del Ello y necesidades del Yo que satisfacen, podrían estar alimentando desde distintas aristas la fuerza de la experiencia inmersiva en los jugadores.

No obstante, y siendo esta una reflexión guiada teóricamente, habría que pensar que las formas de uso del videojugar que surgen en relación con dificultades en la esfera narcisística primaria (como la búsqueda de integración forzada a partir de la regulación sensorial de la experiencia de self) pudieran encontrar especial interés por la experiencia inmersiva al encontrar allí cierta vivencia de clausura de sí que les alivia de la perturbación del ambiente (interno-externo) a través tanto de la desinvestidura del mundo materialmente presente, de la desinvestidura de la conciencia de sí, y de la exacerbación de un sentimiento transitorio de omnipotencia. Esta observación, aunque especulativa, se encuentra sostenida en mi propia experiencia clínica con pacientes que cabrían dentro de la descripción categorial de “adictos” al videojugar.

He querido por último destacar la amplia variabilidad que puede haber y el rol del analista frente a la comprensión de la particularidad del uso que un paciente dado hace de dicha experiencia. Llegado el caso incluso interviniendo *desde* el video-jugar (o en relación con el mismo) puede abrirse una posibilidad a abordar situaciones donde la lectura simbólica y la trama de contenidos se encuentra oscurecida por otras circunstancias.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Griffiths, M. D., Kuss, D. J. y King, D. L. (2012). Video game addiction: past, present and future. *Current Psychiatry Reviews*, 8(4), 308- 318.
- Gutiérrez, L. (2008). Avatares de la cultura de la simulación: contribución psicoanalítica a la comprensión de la experiencia inmersiva de juego en el campo de la simulación lúdica. *Gradiva*, 9(2), 171-182.
- Gutiérrez, L. (2009). De máquinas panaderas y juegos remotos: tres implicaciones del Self como respuesta a las tecnologías contemporáneas (y notas adicionales). *Gradiva*, 10(2), 233-243.
- Gutiérrez, L. (2016). Silicon in 'pure gold'?: theoretical contributions and observations on teleanalysis by videoconference. *International Journal of Psychoanalysis*, 98(4), 1097-1120.
- Hartman, S. (2011). Reality 2.0: when loss Is lost. *Psychoanalytic Dialogues*, 21(4), 468-482.
- Huizinga, J. (1972[1954]). *Homo Ludens*. Madrid: Alianza.
- Kalman, T. P. (2008). Frontline: clinical encounters with internet pornography. *Journal of the American Academy of Psychoanalysis*, 36(4), 593-618.
- Khan, M. (1987[1979]). Intimidad, complicidad y reciprocidad en las perversiones. En: *La alienación en las perversiones* (pp. 17-29). Buenos Aires: Nueva Visión.
- Klein, M. (1990[1929]). La personificación en el juego de niños. En: *Obras Completas de Melanie Klein* (Vol. 1, pp. 205-215). Buenos Aires: Paidós.
- Liberman, D., De Podetti, F.B., Miravent I. y Wasserman, M. (1981). *Semiótica y psicoanálisis de niños*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Lombard, M. y Ditton, T. (1997). At the heart of it all: the concept of presence. *Journal of Computer-Mediated Communication*, 3(2). DOI: 10.1111/j.1083-6101.1997.tb00072.x

- M'Uzan, M. de (2003[1984]). Slaves of quantity. *Psychoanalytic Quarterly*, 72(3), 711-725. [Versión en español: (1995). Los esclavos de la cantidad. En: *La boca del inconsciente: ensayos sobre la interpretación* (pp. 157-170). Buenos Aires: Amorrortu.]
- Malater, E. (2007). Introduction: Special Issue on the Internet. *The Psychoanalytic Review*, 94(1), 3-6.
- Marty, P. (2003[1990]). *La psicósomática del adulto*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Suler, J. (2004). Computer and Cyberspace "Addiction". *International Journal of Applied Psychoanalytic Studies*, 1(4), 359-362.
- Toronto, E. (2009). Time out of mind: dissociation in the virtual world. *Psychoanalytic Psychology*, 26(2), 117-133.
- VandenBos, G. R. (2000). Disguising case material for publication. Recuperado el 20 Septiembre 2013 de <http://www.apastyle.org/manual/related/vandenbos.pdf>
- Winnicott, D. W. (1953). Transitional objects and transitional phenomena: a study of the first not-me possession. *International Journal of Psychoanalysis*, 34(2), 89-97. [Versión en español: (1967). Objetos y fenómenos transicionales: un estudio sobre la primera posesión no yo. *Revista de Psicoanálisis*, 24(4), 817-837.]
- Winnicott, D. W. (1955). Metapsychological and clinical aspects of regression within the psycho-analytical set-up. *International Journal of Psychoanalysis*, 36(1), 16-26. [Versión en español: (1969). Aspectos clínicos y metapsicológicos de la regresión dentro del marco psicoanalítico. *Revista de Psicoanálisis*, 26(3), 693-716.]
- Winnicott, D. W. (1963). Communicating and not communicating leading to a study of certain opposites. En: M. Khan (ed.), *The maturational processes and the facilitating environment: studies in the theory of*

emotional development (pp. 179–192). London: Hogarth Press and the Institute of Psycho-Analysis. [Versión en español: (1979). La comunicación y la falta de comunicación como conducentes al estudio de ciertos pares antitéticos. En: *El proceso de maduración en el niño: estudios para una teoría del desarrollo emocional* (pp. 217-233). Barcelona: Laia.]

Winnicott, D. W. (1989[1964]). The importance of the setting in meeting regression in psycho-analysis. En: C. Winnicott, R. Sheperd, M. Davis (eds.), *Psycho-analytic explorations* (pp. 96–102). Cambridge: Harvard University Press. [Versión en español: (2009). Importancia del encuadre en el modo de tratar la regresión en psicoanálisis: escrito para un seminario de estudiantes de tercer año del Instituto de Psicoanálisis, 9 de julio de 1964. En: *Exploraciones psicoanalíticas I* (pp. 122-129). Buenos Aires: Paidós.]

Winnicott, D. W. (1989[1970]). On the basis for self in body. En: C. Winnicott, R. Sheperd, M. Davis (eds.), *Psycho-analytic explorations* (pp. 261–283). Cambridge: Harvard University Press. [Versión en español: (2009). Sobre las bases del self en el cuerpo. En: *Exploraciones psicoanalíticas I* (pp. 311-335). Buenos Aires: Paidós.]

Winnicott, D. W. (1971a). The use of an object and relating through identifications. En: *Playing and Reality* (pp. 86-94). London: Tavistock. [Versión en español: (1979). El uso de un objeto y la relación por medio de identificaciones. En: *Realidad y Juego* (pp. 117-127). Barcelona: Gedisa.]

Winnicott, D.W. (1971b). Playing: a theoretical statement. En: *Playing and Reality* (pp. 38-52). London: Tavistock. [Versión en español: (1979). El juego: exposición teórica. En: *Realidad y Juego* (pp. 61-77). Barcelona: Gedisa.]

- Winnicott, D. W. (1971c). Dreaming, fantasying, and living: a case-history describing a primary dissociation. En: *Playing and reality* (pp. 26–37). London: Tavistock. [Versión en español: (1979). Sueños, fantasía y vida: historia de un caso que describe una disociación primaria. En: *Realidad y Juego* (pp. 47-59). Barcelona: Gedisa.]
- Winnicott, D. W. (1988). Integration. En: *Human nature* (pp. 116–121). Levittown: Brunner. [Versión en español: (1996). Integración. En: *La naturaleza humana* (pp. 165-172). Buenos Aires: Paidós.]

¹ Para una revisión general de adicción a videojuegos ver Griffiths, Kuss y King (2012).

² Me refiero a la noción de uso desde la noción de uso del objeto de Winnicott (1971a).

³ Valdría la pena observar que esa regulación afecta especialmente la cuestión de la experiencia con las formas sensibles del otro.

⁴ El porqué son especialmente intensos debiese ser materia de otro escrito. Anticipando, refiere no sólo a cuestiones ligadas a las particularidades del jugar, sino a los modos de tramitación de lo excitatorio en relación a una experiencia que siempre pide ir “más allá”. El otro (artificial o humano) juega un rol especialmente relevante en dicho nudo, aunque habría que distinguir entre las diversas formas en las que se accede a una experiencia inmersiva.

⁵ Una teoría de sustento metapsicológico respecto a la inmersión en relación con el fenómeno de alucinación negativa debe ser tratada como un tema independiente. Bástenos hoy con mencionar que la negativización del discurrir espacio temporal, el entorno sensorio-perceptual y la propiocepción suponen un trabajo no menor, quizás ello colabore al síndrome de extrañamiento de la realidad, agotamiento y sentimiento de vacío bien descrito por los jugadores de videojuegos después de largas partidas.

⁶ El material clínico de este escrito ha sido editado y desfigurado siguiendo las recomendaciones de VandenBos (2000).

⁷ Se me ha señalado la relación entre esta idea y el “juego en alucinosis” descrito por David Liberman y cols. (1981), a saber, aquel conjunto de actividades pseudolúdicas donde “el aparente ‘jugar’ a ser un personaje implicaría un estado alucinósico en el cual, si bien no se proyecta hacia afuera una imagen mental en forma de percepción en ausencia de estímulos externos (alucinación

clásica), existe la convicción, sin base en la realidad, de que se 'es' alguien que no se es" (p.25). Me parece una observación de tremendo valor y diría en mi experiencia que los estados de inmersión en videojuegos pueden servir, dada su naturaleza, a esta actividad pseudolúdica sobretudo cuando avanzan hacia la franca alucinación negativa del entorno. No obstante, diferenciaría el juego en alucinosis del jugar en replegamiento en que en este último el movimiento principal es uno de retirada de la cualidad viviente del entorno, sin necesariamente estar acompañada de una construcción asociada a "delirios de identidad" (el elemento psicótico de la personalidad no es necesariamente el predominante). En el videojuego en replegamiento puede (o no) estar presente el "como sí" y el Yo observador del jugador, pero ese no es el punto central que lo caracteriza.

Los cambios de prejuicios de una psicoanalista: el modo de entender a las madres solteras por elección en la década de 1980 y hoy¹

Margarita Cereijido

Asociación Psicoanalítica Americana

RESUMEN

En la década de los 80, como reflejo del contexto socio psicológico de ese momento, a la autora le preocupaba que la maternidad soltera representara un proyecto narcisista y que los niños tuvieran dificultades para separarse. Ella condujo un estudio explorando las fantasías de esas madres sobre cómo serían los niños y su relación con ellos. Como resultado de los cambios culturales, la autora ha cambiado su pensamiento sobre la maternidad soltera y ya no lo piensa como un proyecto narcisista. Recientemente entrevistó a algunos de esos niños. Son individuos que viven la vida como la describió Freud: amar y trabajar. Su estudio analiza cómo ambas, la autora y dichas madres, fueron cambiando en consonancia con el cambio cultural, subrayando el rol de las teorías y los prejuicios del analista.

ABSTRACT

In the 1980s, reflecting the current socio-psychological context, the author was concerned single motherhood represented a narcissistic project and the children would have difficulties separating. She conducted a study exploring those mothers' fantasies of what the children and their relationship with their single mothers would be like. As a result of cultural changes, the author has changed her thinking about single motherhood and no longer thinks it is a narcissistic project. She recently interviewed some of those children. They are individuals living life the way Freud described it: loving and working. Her study discusses how both she and single mothers evolved in response to cultural change, underscoring the role of the analyst's theoretical understanding and prejudices.

DESCRIPTORES: MATERNIDAD - PREJUICIOS - CAMBIO -
CULTURA - SOCIEDAD

KEYWORDS: MATERNITY - PREJUDICES - CHANGE - CULTURE -
SOCIETY.

Los cambios de prejuicios de una psicoanalista: el modo de entender a las madres solteras por elección en la década de 1980 y hoy

Hoy en día, la sociedad tiene una actitud más abierta hacia las familias monoparentales, como las de las madres solteras por elección. A causa de estos cambios en la sociedad y el desafío del nuevo material clínico, las teorías implícitas y explícitas del analista y sus prejuicios también han

cambiado. Esto ha afectado la forma en que escuchamos y le damos sentido al material de las mujeres que contemplan ser madres solteras.

Mi trabajo con mujeres solteras que deciden tener hijos solas ejemplifica este fenómeno. En los años ochenta estaba preocupada porque los hijos de las madres solteras tendrían dificultades para separarse de sus madres, y conduje un estudio que exploraba las fantasías de estas madres sobre cómo serían los niños y su relación con ellos (Cereijido, 1990). Recientemente entrevisté a algunos de estos chicos, hoy adultos de más de veinte años. Si bien algunos son más felices que otros, todos son individuos que viven la vida del modo en que la describió Freud: amando y trabajando (Cereijido, 2018).

En este artículo discuto mi trabajo de los años 80 con estas mujeres y lo comparo con mi trabajo analítico actual con mujeres solteras con características socioeconómicas similares, que están considerando la maternidad hoy. Para hacerlo reflexioné sobre los cambios en mis observaciones del mundo interno y de las fantasías sobre las maternidades de las madres solteras de la década de 1980 y las de las actuales. Atribuyo estos cambios a las transformaciones del contexto social/psicológico, que afecta tanto a las madres solteras como al pensamiento psicoanalítico. La evolución de la comprensión teórica y los prejuicios son, en consecuencia, una parte importante del estudio.

Madres solteras en la década de 1980

Las madres solteras comenzaron a adquirir visibilidad en los años 80. La noción de familia monoparental (por elección) era nueva y “atrevida”, y representaba un desafío para la concepción de maternidad de esa cultura. Como comentaré más adelante, mi trabajo actual se basa en teorías que

normalizan estas estructuras de familia monoparental. Sin embargo, mi comprensión de estos fenómenos en los '80 se fundamentaba teóricamente en el psicoanálisis clásico, en las teorías de Freud, Klein, Chasseguet-Smirgel, y McDougall. Ellos concebían el deseo de hijo de una mujer vinculado a la capacidad y el deseo de la relación con un hombre. Esto se puede captar claramente en la noción de Freud en relación a la resolución del complejo de Edipo, donde consideraba que el deseo de la niña de tener un hijo con su padre es sublimado en el deseo de un hijo dentro de una relación heterosexual adulta.

Según estos autores, las decisiones de las madres solteras de tener hijos solas reflejaban sus propias características narcisistas. En la década de 1980, la crianza de los hijos se concebía casi exclusivamente como una empresa de dos personas; sin embargo, estas mujeres planeaban criar un hijo por su cuenta. En dicho contexto cultural, mi preocupación era que su situación reflejara dificultades interpersonales, y que estas dificultades, a su vez, estarían presentes en la relación con el niño.

Comparé las fantasías de un grupo de treinta mujeres económicamente independientes que se habían embarazado y planeaban criar al hijo solas, con un grupo de treinta mujeres similares que vivían con su pareja, con la cual habían concebido a su bebé. La orientación sexual, homosexual o heterosexual, de ambos grupos de las mujeres no fue nunca una variable. La única preocupación fue el “emparejamiento”.

Las sesenta mujeres embarazadas respondieron preguntas sobre ellas, y proporcionaron monólogos acerca de las fantasías sobre los hijos que aún no habían nacido y las relaciones que tendrían con ellos. Completaron la Bell Object Relations Self Report Scale (Bell, 1981) (Escala de Bell de Relaciones Objetales Autoinformada), que percibe el funcionamiento del yo como algo que ocurre a lo largo de un continuo patológico-a-adaptativo; y

brindaron un monólogo de cinco minutos acerca de sus fantasías sobre sus hijos que todavía no habían nacido y la relación que tendrían con ellos. El contenido y dimensiones estructurales se analizaron mediante la evaluación de las dimensiones cualitativas y estructurales de las representaciones de objetos (AQSDOR) (Blatt et al., 1981).

Los datos se analizaron estadísticamente. Las diferencias reportadas más abajo son estadísticamente significativas. En términos de su historia familiar, más mujeres solteras que casadas describían relaciones pobres con ambos padres. Los padres de las mujeres solteras eran a menudo descritos como ausentes o agresivos, y las madres como frustradas y sometidas a sus maridos y a las tareas domésticas. Más mujeres solteras se describieron a sí mismas como enojadas, y a menudo atribuyeron esto a sentirse emocionalmente deprivadas de forma crónica.

A continuación, algunas viñetas de sus monólogos:

Una mujer de 38 años, que había concebido a su bebé con un amigo, y tenía una red íntima de amigas que la apoyaban dijo: “Sólo espero que no piense en tirarlo por el inodoro (al bebé) una noche cuando esté muy cruel y lllore durante cuatro días”.

Una mujer de 41 años que había concebido a su bebé con un conocido y tenía pocos amigos dijo: “Tengo miedo de que el niño termine siendo un asesino serial”.

Algunas mujeres avistaban una situación conflictiva e intolerante si el hijo deseara cosas diferentes a las que deseaban ellas.

Una mujer de 37 años que se había inseminado artificialmente dijo acerca de su hijo (que sabía que sería un varón): “Veo que en la parte académica le irá bien, pero no será esa su identidad. El deporte será su identidad. Y luego me preocupa, bueno, qué pasa si el niño quiere tocar el piano porque el donante aparentemente tocó el piano. Creo que no estoy realmente

dispuesta a pasar mis sábados y gastar mi dinero haciéndole de chofer para las lecciones de piano; no estoy interesada en eso.”

La mayoría de las mujeres solteras parecían bastante deprimidas.

Una mujer de 40 años que había sido artificialmente inseminada y se describía como solitaria dijo: “Es difícil estar sola. Espero que funcione. Es algo muy atemorizante... Pero la idea de no tener hijos era tan horrible para mí que tuve que superar todos esos otros sentimientos.”

Una mujer de 41 años que había concebido a su bebé con un conocido y se describía a sí misma como una persona solitaria dijo: “Mi expectativa es de una relación muy próxima con el niño, porque no hay ninguna relación próxima real (en mi vida). Mi vida estará centrada en el niño.”

De acuerdo a los resultados, comparado con las madres con pareja, las madres solteras tenían más rasgos narcisistas según los descritos en la literatura psicoanalítica de las relaciones de objeto. Los puntajes de la Bell Scale Alienation and Insecure Attachment subscale (Subescala de Alienación y Apego Inseguro de la Escala de Bell) indicaban que tenían una tendencia a percibir a los otros como extensiones de sí mismas, tenían dificultades para ser empáticas (Bell, 1981) y las evaluaciones del Blatt AQSDOR mostraron que eran ambivalentes en relación a sus hijos y los percibían de modos extremos. Todas las madres solteras afirmaron que hubieran preferido tener un hijo dentro de una relación estable, pero estaban preocupadas porque nunca encontrarían una pareja adecuada.

Llegué a la conclusión de que las relaciones que algunas de estas mujeres fantaseaban que establecerían con sus hijos tenían algunas características narcisistas.

Revisitando la década de 1980 a la luz de hoy

Ahora, quiero cambiar y revisar los resultados y mis conclusiones de los años 80 a la luz de mi comprensión contemporánea de las circunstancias socio/culturales de los años 80:

Todas las madres solteras sostuvieron que hubieran preferido tener hijos dentro de una relación estable. El modo en que llegaron a la circunstancia de estar solas es un tópico rico, y en cada caso es diferente y lleno de matices.

Esto queda ilustrado por las diferentes fantasías que tuvieron acerca del uso del espermatozoides del donante. Para muchas mujeres, el uso de la inseminación artificial tuvo un gran impacto en sus fantasías. Mientras algunas parecían desear un compañero, otras parecían percibir la inseminación artificial como un reemplazo del compañero ausente. Algunas tenían una fantasía donde el donante de espermatozoides era un amante secreto con el que estaban criando a su hijo. Una mujer describió una fantasía en la que conocería al donante anónimo (un estudiante de medicina) y que criarían al hijo juntos. Otra mujer consideraba al donante de espermatozoides sólo como una extensión de ella. Había comprado una gran cantidad de espermatozoides del mismo donante y estaba planeando almacenarlo y tener varios hijos a lo largo de los años. Se refería a él como “mi espermatozoides”.

Diferentes factores contribuyeron a la noción de que estas mujeres eran ambivalentes con sus hijos y lo percibían de modos extremos. En ese entonces, la inseminación artificial era infrecuente y extraña y era más probable que tuviera un impacto traumático: su uso puede haber contribuido a las fantasías ambivalentes de estas mujeres acerca de sus hijos, y el temor de que fueran atemorizantes o abrumadores.

Las mujeres solteras embarcadas en la maternidad estaban conflictuadas por valores contradictorios y enfrentaban muchas dificultades para desafiar a una sociedad fuertemente estructurada en relación al matrimonio y con

una división clásica de roles de género. Sus sentimientos de ira, soledad e inseguridad, aparte de la búsqueda de enfrentar la maternidad solas y confrontar una sociedad prejuiciosa, pueden también haber estado compuestos por el hecho de tomar un camino diferente al de sus propias madres. A causa de esto, pueden haber devaluado inconscientemente a sus madres y a sus opciones de vida, lo que a su vez les provocaba sentimientos de culpa.

La observación de que las mujeres solteras tenían una tendencia a percibir a los otros como extensiones de sí mismas más que las que estaban en una relación de pareja sugería algunas características narcisistas. También puede haber estado relacionado a alguna dificultad general con las relaciones íntimas de larga duración.

El pensamiento psicoanalítico acerca de las familias monoparentales hoy

Durante los últimos años he estado trabajando con mujeres solteras que han contemplado la maternidad sin pareja. Comentaré dos casos muy diferentes.

El caso Kate: Kate era una mujer atractiva en sus tempranos cuarenta. Tenía un trabajo insanamente demandante. Vino a verme quejándose de depresión, ansiedad y dolores somáticos para los que no había explicación médica. Nunca había tenido sexo. Durante meses había intentado sin éxito quedar embarazada vía inseminación artificial con esperma de un donante anónimo.

Kate describió una tendencia general a sentirse degradada y victimizada y estableció una relación transferencial masoquista. Sólo podía venir temprano a la mañana y me dejaba mensajes muy largos entre sesiones y

luego me testeaba acerca de su contenido. Hacía sacrificios especiales y deseaba que la tratara de forma especial en relación a mis otros pacientes.

Kate percibía a su madre como una santa y a su padre como violento. Creció sintiéndose deprivada y enojada. Percibía a los otros de modo polarizado. Esto era cierto en la transferencia, donde estaba sacrificándose y esperando tanto de mí. Pensé que pronto me consideraría incapaz de estar a la altura de su imagen idealizada de mí, y percibiría que yo la estaba victimizando.

A pesar de que expresó su deseo de tener una pareja, su imagen sádica de los hombres y sus fantasías omnipotentes acerca de que podía hacer todo sola interferían con esto. Al embarcarse en una maternidad desexualizada e idealizada, tenía una fantasía inconsciente de que era una santa virgen, lista para otro sacrificio.

Exploramos su tendencia a establecer relaciones en las que simultáneamente se sacrifica demasiado y también demanda demasiado. Tener un hijo que (ella fantaseaba) sería “su mundo entero”, sin ningún soporte emocional y práctico, podría resultar otro ejemplo de ello. Debido a este insight, decidió interrumpir el tratamiento de inseminación artificial.

El caso Teresa: Teresa era una mujer atractiva de cuarenta años y una profesional realizada cuando vino a verme. Tenía una larga historia de relaciones románticas frustrantes, y la fantasía de que no podía confiar en nadie. Estaba involucrada con un hombre, que inicialmente fue solícito, pero se había tornado dependiente de ella.

Fue criada por una madre viuda que ella percibía como negligente. Desde una temprana edad Teresa floreció económicamente y la mantuvo. Exploramos sus fantasías inconscientes de manejar todo sola, y las consecuentes fantasías de omnipotencia y resentimiento. En la transferencia, me convirtió en una madre negligente. A medida que

progresó el tratamiento, se tornó más capaz de necesitar y disfrutar de recibir cosas más valiosas de mí (interpretaciones) y de otros.

Insegura de lo que pasaría en su relación, decidió congelar óvulos. Esperaba que la relación actual se desarrollara, y poder embarazarse mientras hacía el amor. También fantaseaba con que si esta relación finalizaba, tarde o temprano encontraría otra pareja con la cual utilizar sus óvulos. Además contempló la posibilidad de estar sola, y que sus óvulos fueran fertilizados por el espermatozoides de un donante anónimo. Sentía que manteniendo los óvulos jóvenes le quitaba presión a su relación actual.

Exploramos sus fantasías en torno a congelar óvulos. Inicialmente sentía que se habían convertido en una parte disociada de ella. Sin embargo, la decisión de congelar óvulos fue “normalizada” por el contexto: muchas de sus colegas lo habían hecho y lo cubría su seguro médico. Cuando Teresa fantaseaba con tener un hijo, lo concebía como una buena persona con sus propios deseos. A diferencia de las mujeres del estudio de los años 80, tanto Kate como Teresa crecieron como parte de una sociedad tolerante con estilos de vida diferentes, donde los tratamientos de fertilidad asistida están extendidos.

Al igual que las mujeres que entrevisté en los años 80, ambas percibían a sus padres como no nutricios y sentían que tenían que cuidarse solas, y tenían algunos sentimientos de omnipotencia y resentimiento. Ambas percibían a sus papás como ausentes y tenían dificultades en las relaciones con los hombres.

Tanto Kate como Teresa habían sostenido que hubieran preferido tener hijos dentro de una relación comprometida, pero expresaron preocupación porque la menopausia llegara antes de encontrar una pareja adecuada. Ambas tenían cierto sentimiento de omnipotencia, pero la perspectiva de la maternidad representaba algo diferente para cada una de ellas. Kate veía al

niño como “su familia entera”, lo que sugería que esperaría mucho del niño. Por otro lado, Teresa no concebía al niño como algo que la completaría. A pesar de que cada paciente es diferente, la mayor parte de las mujeres con las que trabajé son más similares a Teresa que a Kate.

Diferencias entre madres solteras de los años 80 y las de hoy

Hoy en día, la sociedad se ha vuelto más abierta a roles de género y configuraciones familiares diferentes. En el pasado, las mujeres consideraban la crianza de los niños como el principal medio de satisfacción. Ahora más mujeres trabajan, lo que les provee una fuente alternativa de satisfacción e independencia económica. En consecuencia, pueden considerar la maternidad de modo creciente como una posibilidad y no como una necesidad, y es más sencillo para ellas concebir tener un hijo sin pareja.

Como la maternidad sin pareja por elección se ha tornado más común, las mujeres que eligen ese camino tienen un sentimiento menos intenso de que están desafiando una estructura social establecida. En consecuencia, es menos probable que sientan que están “transgrediendo”, y también es menos probable que se sientan ambivalentes y culpables. Además, es probable que lo considere un espectro más amplio de mujeres no transgresoras.

La expansión del uso de técnicas de fertilización asistida ha hecho al procedimiento más “normal”. En consecuencia, se ha incorporado más a las fantasías, y por tanto es más posible de elaborar y simbolizar. Esto también permite que las madres vean a un niño criado mediante este procedimiento como más “normal”. Las técnicas de fertilización asistida actuales también ofrecen un conjunto de opciones que ayudan más a elaborar este proceso

potencialmente extraño. Un ejemplo es el caso de Teresa, que congeló óvulos, y contempló utilizar la inseminación artificial en el futuro. Todos estos cambios en el contexto cultural lo han hecho un medio mucho más auspicioso para las familias monoparentales.

Cambios de comprensión (y prejuicios) de los psicoanalistas

Nuevas teorías han ayudado a abrir la puerta para las familias monoparentales, como la de las madres solteras. Algunos teóricos sugieren que mientras la función de separar al niño de la madre tradicionalmente ha sido desempeñada por el padre, puede ser desempeñada por alguien o algo más.

La escuela francesa sostiene que lo importante es que la madre no se sienta “completada” por el hijo. En cambio, debería encontrar en alguien o en algo lo que no busca encontrar en su hijo. Este “algo” que está faltando desempeña la función de separarlos. Clásicamente es el padre.

Hoy en día, autores como Glocer Fiorini (2014) y Tort (2008) sostienen que la función simbólica que separa a la madre del niño puede ser desempeñada por alguien o algo que no sea el padre. Tort también afirma que el complejo de Edipo es sólo el paradigma social actual. No es un esquema necesario y eventualmente puede ser reemplazado.

Glocer Fiorini afirma que la maternidad monoparental desafía la noción de que la función paterna es un elemento esencial que separa al niño de la madre, lo que garantiza la entrada del niño en el universo simbólico. Argumenta que la función paterna debería ser llamada apropiadamente la función del “tercero”, ya que existe independientemente de la persona que la ejerce. Glocer Fiorini propone que la madre misma puede desempeñar esta función y promover la independencia del niño. Una madre que a veces

está fascinada con su hijo, pero otras veces tiene otros intereses más allá del niño, como ser otra persona (¿una pareja?), u otras cosas (¿su trabajo?), apoyará la autonomía del niño.

Esta conceptualización permite a los analistas escuchar y comprender a las madres solteras de modo diferente. La mayoría de las mujeres con las que trabajé, tanto en los años 80 como actualmente, tenían/tienen intereses más allá de sus hijos. De acuerdo a esta teoría, esto alentará a los niños a tener intereses más allá de sus madres y, en consecuencia, apoyará su entrada en un universo más allá de la relación con sus madres.

Además, recientemente entrevisté a algunos de los hijos de las mujeres que entrevisté en los '80, que ahora son adultos de ventitantos años. Mientras que algunos son más felices que otros, todos son individuos que viven sus propias vidas independientes.

¿Todas las mujeres solteras tienen dificultades en sus relaciones interpersonales? Algunas sí y otras no. Todas las mujeres solteras con las que trabajé sostenían que hubieran preferido tener hijos dentro de una relación estable. Sus fantasías inconscientes y cómo llegaron a la circunstancia de estar solas es un tópico muy rico y lleno de matices.

¿Las madres solteras son narcisistas? Contrariamente a lo que pensaba en los '80, no pienso actualmente que el narcisismo sea inherente a ser una madre soltera. Existen muchas razones diferentes por las que una mujer puede decidir tener un hijo sola.

Algunas mujeres solteras pueden tener dificultades en sus relaciones interpersonales, y en algunos casos esas dificultades pueden estar relacionadas a problemas narcisistas. ¿Estas dificultades afectarán las relaciones con sus hijos? Probablemente. En los '80, pensé que estas dificultades podrían interferir con la capacidad de apoyar a sus hijos para que se convirtieran en personas independientes. Contrariamente, hoy pienso

que en tanto una madre pueda ver a su hijo como una persona separada con sus propios deseos, ser soltera no es un obstáculo para que el niño se separe de ella y se convierta en un ser independiente.

Hoy en día, los psicoanalistas tienen menos prejuicios contra las familias monoparentales. Están menos centrados en cómo debe lucir la parentalidad “normal”, y más interesados en comprender el mundo interno de cada mujer particular, y sintonizarse con la subjetividad de cada una, sus deseos, y sus realidades personales y sociales. Los analistas deben estar particularmente en sintonía con las fantasías conscientes e inconscientes, y con los potenciales conflictos internos que acompañan el tener un hijo.

La crianza de niños es una experiencia maravillosamente gratificante, pero demandante para dos progenitores, pero es una experiencia aún más demandante para un solo progenitor debido a las demandas de su tiempo y sus recursos; las familias monoparentales podrían beneficiarse enormemente de tener soporte emocional de una buena red de otras personas –esta red puede también proveerle al niño una oportunidad exogámica y expandir su horizonte más allá de la madre, y apoyar a la madre en la crianza.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Bell, M. (1981). *Bell Object Relations Self-Report Scale*. West Haven, CT: Veterans Administration Medical Center.

Blatt, S. J., Chevron, E. S., Quinlan, D. M. y Wein, S. J. (1981). The assessment of qualitative and structural dimensions of object

representations. [Manual no publicado]. Yale University, School of Medicine, Estados Unidos.

Cereijido, M. (1990). *Single women who choose motherhood*. Michigan: UMI.

Cereijido, M. (2018). Madres solteras por elección y sus hijos: el devenir de su subjetividad. *Calibán: Revista Latinoamericana de Psicoanálisis*, 16(1), 122-124.

Chasseguet-Smirgel, J. (1964). *Sexualidad femenina*. Barcelona: Laia.

Freud, S. (1953[1905]). Three essays on the theory of sexuality. En: *Standard Edition* (Vol. 7, pp. 125-231). London: Hogarth. [Versión en español: (1978). Tres ensayos de teoría sexual. En: *Obras Completas* (Vol. 7, pp. 110-222). Buenos Aires: Amorrortu.]

Freud, S. (1957[1914]). On narcissism: an introduction. En: *Standard Edition* (Vol. 14, pp. 67-104). London: Hogarth. [Versión en español: (1986). Introducción del narcisismo. En: *Obras Completas* (Vol. 14, pp. 65-98). Buenos Aires: Amorrortu.]

Freud, S. (1961[1924]). The dissolution of the Oedipus complex. En: *Standard Edition* (Vol. 19, pp. 173-182). London: Hogarth. [Versión en español: (1992). El sepultamiento del Complejo de Edipo. En: *Obras Completas* (Vol. 19, pp. 177-187). Buenos Aires: Amorrortu.]

Freud, S. (1961[1931]). Female sexuality. En: *Standard Edition* (Vol. 21, pp. 223-243). London: Hogarth. [Versión en español: (1979). Sobre la sexualidad femenina. En: *Obras Completas* (Vol. 21, pp. 223-244). Buenos Aires: Amorrortu.]

Gloer Fiorini, L. (2014). *Parenthood in the XXI Century*. [Trabajo no publicado]

Gloer Fiorini, L. (2017). Sexual difference in debate: Bodies, desires and fictions. London: Karnac. [Versión en español: (2015). *La diferencia*

sexual en debate: cuerpos, deseos y ficciones. Buenos Aires: Lugar.]

Klein, M. (1975[1932]). *The psychoanalysis of children*. London: Hogarth.

[Versión en español: (2008). *El psicoanálisis de niños*. Buenos Aires: Paidós.]

Klein, M.; Riviere, J. (1937). *Love, hate and reparation: two lectures*.

London: Hogarth. [Versión en español: (1968). *Amor, odio y reparación: emociones básicas del hombre*. Buenos Aires: Hormé.]

McDougall, J. (1978). *Plea for a measure of abnormality*. New York:

International Universities Press. [Versión en español: (1978). *Alegato por una cierta anormalidad*. Buenos Aires: Paidós]

Tort, M. (2008). *Fin del dogma paterno*. Buenos Aires: Paidós.

¹ Publicación original en capítulo 7 del libro “Changing Notions of the Feminine; Challenging Psychoanalysts’ Prejudices” (Karnac, 2018) (Cambiando las nociones de lo femenino; desafiando los prejuicios de los psicoanalistas).

“Si supieras quién realmente soy...”¹

Deborah Sherman²

Instituto de Estudio Psicoanalítico de la Subjetividad

Instituto de Psicoterapia Contemporánea

RESUMEN

Este artículo describe el trabajo de una analista de raza blanca, lesbiana, con un paciente gay, que carga con el secreto de un self femenino del cual se siente mortificado y avergonzado. Juntos descubren y sitúan en la infancia el trauma de género que afectó su self femenino –durante años el paciente fue violenta y persistentemente acosado por no ser un chico lo suficientemente masculino. Para permitir que este paciente aborde su vergüenza y encuentre un espacio interno para desarrollar una auténtica identidad de género, analista y paciente deberán incluir y procesar, dentro del campo que se despliega en el análisis, el campo social y político más amplio de la América de Trump, donde las fuerzas de la misoginia, la homofobia, la rigidez de género y el racismo se combinan para colapsar cualquier espacio posible para las múltiples identidades “desviadas” de esta diáda.

ABSTRACT

This paper describes the work of a white lesbian analyst with her white gay male patient who carries a secret feminine self of which he is mortifyingly ashamed. Together they discover this feminine self as the site of childhood gender trauma –for years the patient was violently and persistently bullied for not being a masculine-enough boy. To enable this patient to address his shame and find an internal space to develop an authentic gender identity, analyst and patient must take account of and process the field of the treatment room as it exists within the larger social/political field of Trump’s America, in which the forces of misogyny, homophobia, gender rigidity, and racism combine to collapse any breathable space for this dyad’s multiple “deviant” identities.

DESCRIPTORES: IDENTIDAD DE GÉNERO – CAMPO ANALÍTICO
– PROCESO ANALÍTICO – SELF – TRAUMA DE GÉNERO.

KEYWORDS: GENDER IDENTITY – PSYCHOANALYTIC FIELD –
PSYCHOANALYTIC PROCESS – SELF – GENDER TRAUMA.

“Si supieras quién realmente soy...”

Oo oo ah ey ey, arriba, Oo oo ah ah ey ey, arriba
A que no bailas *Whip* como yo
no caminas sexy como yo
no puedes *Hit the Folks* como yo
no puedes *Dlow Shuffle* como yo
A que no puedes hacerlo como yo

A que no puedes hacerlo como yo

(“Desafío: a que no puedes hacerlo como yo”, DLOW)³

Baila tu danza, baila tu danza...

(“Ju Ju On that beat” de Z.Hilfigerr y Z. McCall)

Mi hijo está cantando y bailando en la cocina. Él tiene razón, yo no puedo hacerlo como él. Él es negro, afroamericano; yo soy su madre blanca, americana, descendiente de irlandeses. Y no puedo hacerlo como él. Pero yo quiero –quiero hacerlo como él y con él.

No es posible. Comencé escribiendo con la pregunta: ¿Qué es posible?

Este es mi paciente Soren: identificado como americano (como yo), perceptiblemente blanco (como yo), es una persona que se confiesa gay (como yo). Se identifica como un hombre de género cis⁴, yo, como una mujer cis. A los 32 años Soren se reconoció gay; sus amigos y familia lo aceptaron. Exitoso en sus negocios y en su relación con un hombre (Jay) al cual ama, Soren siente que tiene un futuro promisorio. Pero está atormentado por un secreto –Soren lo describe, en sus palabras, como un secreto “afeminado”, aspecto que ha ocultado por miedo a que se supiera quién es realmente, sintiendo que su vida se acabaría; lo perdería todo.

Primera sesión

Soren: “¡Yo no puedo ser quien soy porque si yo fuera esa persona, no tendría permitido existir!”

Él se sienta frente a mí y pienso: “¿Te permites ser quien tú eres aquí, ahora, en mi consultorio conmigo?”, guardo esa pregunta, y le digo: “¿Hay algún lugar en el que usted se sienta seguro para estar con esa parte suya?”. “Sí”, contesta Soren, “cuando estoy solo en mi departamento. Ha sido maravilloso para mí vivir solo por primera vez y poder sentir esta seguridad”. “¿O sea que esta es una parte que usted habita cuando está solo en su casa?”. Me pregunto si cierra las cortinas y si cierra las puertas. Le pregunto y él contesta “sí y sí”. Entonces Soren dice: “Me gusta usar ropa de mujer”. Lo dice despacio, sin mirarme, su pecho se hunde, parece doblarse sobre sí mismo. Parece avergonzado, sus ojos se mueven de un lado al otro y se lo ve con miedo. Él controla mis gestos, –¿lo rechazaré; me enojaré o tendré miedo? ¿Lo atacaré? Todo esto pasa entre nosotros en una milésima de segundo.

“A usted le gusta usar ropa de mujer. ¿Qué es lo que le gusta de eso?” –le pregunto tranquila, respirando suavemente, mirándolo relajada. “Son de colores hermosos y las telas se sienten muy bien al tacto”. Pienso en Judith Butler, *La femineidad se presenta como el género espectacular* (Butler, 1995) y reconozco una verdad en esto– las personas que se identifican como mujeres pueden usar muchos colores y no ser criticadas por esto, *en función de su género*. Notando que yo también amo lo “espectacular” de vestirse en esa variedad de colores y texturas, me doy cuenta de que nunca lo consideré un privilegio.

La tensión en el consultorio disminuye cuando Soren se da cuenta de que estoy encantada con su respuesta y que hay una conexión entre nosotros cuando hablamos de lo hermosa que encontramos la ropa de mujer.

Soren abre sus brazos tapándose la boca con la manga mientras habla; su sonrisa se ensancha y se vuelve vital, levanta el pecho y se desplaza ligeramente hacia adelante, inclinándose hacia mí. (“Baila, baila”. No puede

hacerlo como yo, pero ¿puede hacerlo conmigo? ¿Puedo hacerlo con él?) Me pregunto cuánto pudo sentir la parte femenina de su madre o su padre, y si eso es lo que buscaba. ¿Quería que sus padres lo reconocieran o que lo buscaran y encontraran? (Winnicott, 1971).

Después de la sesión estoy llena de fantasías de Soren vestido de mujer, usando colores llamativos, pelucas de colores (actualmente se afeita la cabeza) y bailando exuberantemente. Me doy cuenta de que empezó a mostrarme esta parte de él y noto cuán excitantes me resultan estas imágenes que aparecen en mi mente. Estas imágenes de él, que no pueden salir a la luz, llenan mi espacio mental. Aparentemente, ahora, en mi consultorio, pudo revelar esta parte secreta de él, este aspecto femenino de su self vive (y pienso que debe vivir) en este espacio de mi mente. Soy consciente de prestar atención a estas visiones, como si tuviera que “alimentarlas”, llenarlas de vida. Siento la urgencia de sostener su self femenino, luchar por un espacio dentro él para que este self pueda existir. Pienso en los sentimientos que aparecieron entre nosotros cuando reveló que se vestía con ropa de mujer; de repente, sé que lo que estoy sintiendo es el self femenino de Soren junto con los conflictivos sentimientos que éste le genera –él está orgulloso de este self, él odia este self; él teme la aniquilación si se lo revelara a los demás.

Segunda sesión

Soren habla de sus dudas acerca de comprometerse en su relación con Jay. Dice: “Yo necesito saber que puedo ser quien soy en esta relación antes de hablar de un compromiso como el matrimonio. Yo debo saber que Jay puede aceptar mi uso de ropa femenina –tal vez también participar”. Tratando de darme cuenta de qué es lo que muestra y qué esconde de Jay, le

pregunto acerca de las relaciones sexuales entre ellos. Él dice: “Nuestro sexo es muy apasionado y afectivo”. “¿Usted piensa que expresa su lado femenino durante el sexo?” –le pregunté. Él responde, “Sí, yo gimo y me muevo de manera femenina, a veces”. “A Jay le debe gustar como te movés y lo que decís, si el sexo es apasionado y afectivo como decís”. Esto le disgusta –es como si le hubiera dicho que yo no creo que Jay rechace su parte femenina, si su sexo es bueno. Casi lo puedo oír pensando, “¡No lo entiendes, hay una línea que no puedo cruzar!” Es verdad que más que una línea rígida, yo imagino un continuo de expresiones que incluye sus formas de moverse, de comportarse, los sonidos de su cuerpo y la forma en que viste. Soren objeta: “Que gima y me mueva de forma femenina no significa que Jay va aceptarme vistiendo ropas de mujer”. Un destello de vergüenza me afecta y corta nuestro intercambio. Mis pensamientos tambalean: “Por supuesto, qué ridículo pensar que esto está conectado ¿cómo se me ocurre preguntarle acerca de cómo es el sexo con su amante... y después pensar que esto *significa* algo... lo peor de todo... ¿cómo se me ocurre hablarle de “gemir y moverse como una mujer” como algo emocionante, permisible, incluso bueno?”. Nos mantuvimos en silencio sin mirarnos. Finalmente digo tentativamente, “Bien, tal vez no sean lo mismo pero pueden estar conectados”.

Soren estaba enojado conmigo porque yo sugerí que la línea que él no puede cruzar no está tan clara como él piensa. Su relación con esta línea es complicada: por un lado, Soren sufre y protesta cuando el género binario es marcado rígidamente; por el otro, depende de la claridad de esta división para sobrevivir. Mientras esté en el lado correcto él puede sentirse seguro, esconder sus deseos transgresivos y “encajar”, permaneciendo invisible para aquellos que no aceptan sus diferencias y lo castigan por eso. Mientras él puede esconderse puede sobrevivir. ¿Pero qué clase de sobrevivencia es

esta? En nuestra interacción, cuando su tono hostil transmitió y proyectó su vergüenza sobre mí, me sentí mentalmente confundida –ahora me siento avergonzada, la “perversa” soy yo, y él y yo ya no podemos hablar. Con lo que pasó entre nosotros, Soren pasa al ataque destructivo: si él puede hacerme sentir perversa, entonces, por un momento, él no lo es.

En este ataque a mi capacidad de pensar y el consiguiente derrumbe del espacio psíquico en la vergüenza (Bion, 1967), Soren comunica una forma de aniquilación que sufre debido a un trauma de género. Me cuenta sobre las pautas esperables para cada género –un día, un empleado de ventas le dice que la sección de hombres está “allí”; esto le hace sentir que él no debería estar mirando ropas de mujer; su vergüenza y temor en ese momento impiden cualquier capacidad de pensar sobre la situación y sobre lo que está sucediendo entre él y la otra persona. Si bien las pautas de género despiertan la ira de Soren, eso le marca con más fuerza que debe seguir escondiéndose. Sin embargo, esta situación lo conflictúa, ya que cada vez que Soren se aleja de su lado femenino vital, las proyecciones de odio que lo retratan para sí mismo como un “perverso” se refuerzan y el espacio interno donde Soren podría crear un auténtico self de género se derrumba. En su lugar, hay un perseguidor interno que da voz a los acosadores de su infancia, indistinguible de las pautas de género que experimenta en su entorno actual.

¿Cómo podemos crear un tratamiento que responda tanto a la experiencia de odio del entorno externo como a la brecha en su identidad de género? ¿Cómo permitimos que este paciente descubra/crea un self de género interno seguro, mientras enfrentamos las expresiones continuas de odio en el entorno social de los Estados Unidos, en 2017, donde se elige como presidente a un acosador que verbaliza constantemente elementos racistas, homofóbicos y heterosexistas de la cultura?

En la semana siguiente a esta sesión, los nacionalistas blancos se reúnen en Charlottesville, Virginia. Con una explosión de imágenes y palabras, este evento entra en la mirada pública. En un video documental (julio de 2017), veo a dos grupos de hombres gritándose unos a otros. En la parte delantera, un hombre negro, con largas rastas, baila. Parece que se está divirtiendo. Ellos cantan: “Estamos aquí, somos homosexuales. ¡Se la mandamos a guardar al KKK!”. Un grupo numeroso, en el que nadie es negro y nadie baila, les grita: “¡Métansela, maricones!”. Las caras de estos hombres están desfiguradas; tienen pelo corto, cabezas rapadas; apuntan sus dedos acusadoramente. La multitud de nacionalistas blancos se enfurece con este grupo de hombres homosexuales de color y blancos antirracistas que bailan ante ellos, ¡se atreven a sugerir que quieren y tienen sexo con hombres como ellos!

Mientras los hombres gay bailan y gritan provocativamente sobre el sexo, yo sonrío. Desde hace años en las manifestaciones de Derechos Gay, me reconozco e identifico con su exuberante desafío. Enfrentan el odio de los demás declarando: “Este es quien soy”; su baile reclama su derecho a vivir a pesar de aquellos que quieren que no existan. Maurice Apprey escribe, con respecto a los conflictos étnicos y violentos, que las cuestiones fundamentales (son) la diferencia y la identidad. Es como si los humanos tuvieran la obligación... de purgarse a sí mismos de... partes incipientes y no metabolizadas... no nos atrevemos a admitirlo... y, por lo tanto, debemos alojarlas en otro lugar o, peor aún, depositarlas en el mundo del no lugar, es decir, la muerte del Otro (Apprey, 2003).

Tercera sesión

Soren llega a nuestra siguiente sesión vestido con su habitual remera de color oscuro, jeans que le quedan bien, pero no ajustados, y gorra de béisbol. Su vestimenta es estudiadamente neutral. Comienza la sesión diciendo: “Charlottesville me hace sentir que debo tener cuidado con quién trabajo. Rechacé un gran trabajo porque vi a un tipo en su oficina con el pelo peinado hacia atrás, parecía un nacionalista blanco. No puedo estar cerca de alguien que si me viera en una protesta y supiera quién soy realmente, querría matarme”. En mi mente, veo a un grupo de hombres que amenazan violentamente a otro grupo que baila; ambos están llenos de pasión –gritando su emoción, odio, miedo, ira. Este es el mundo sin lugar donde no se pueden tolerar las diferencias de identidad –género, raza y sexo. ¿Cómo encontraremos Soren y yo nuestro camino en este campo de aniquilación?

Soren plantea dudas sobre cómo puedo ayudarlo, “dado el mundo en que vivimos”.

Aunque dice que quiere dejar de ocultar su identidad de género, Soren se resiste a explorarla en la forma psicoanalítica que considero que sería rica y vitalizadora. Desconfía cuando le pregunto sobre su relación con sus padres o las experiencias de su infancia. Poco a poco, me doy cuenta de que a Soren le preocupa que pueda patologizarlo según las ideas psicoanalíticas clásicas sobre la homosexualidad masculina. Irritada, pienso “No hay sexismo y homofobia en mi trabajo –¡aquí en este espacio podemos realmente pensar!”

Por supuesto, la tensión entre nosotros no desaparece aunque trate de mantener al mundo exterior fuera de mi consultorio. Empiezo a ver que Soren apunta a la dualidad: salud versus patología, que, como cualquier binarismo, amenaza con cerrar el espacio entre nosotros. Siento que lentamente estoy alejando el sufrimiento de Soren y el mío propio. Evité

estudiar psicoanálisis durante años porque temía el juicio psicoanalítico de que, como lesbiana, no era femenina porque no estaba casada con un hombre y había dado a luz a su hijo. Por último, para escuchar las experiencias de Soren sobre su trauma de género, tuve que reconocer la historia opresiva de la teoría y práctica del psicoanálisis con respecto a la homosexualidad y el género, cuestionando cómo yo también estoy implicada en ellas.

El análisis de Muriel Dimen (Dimen, 2003) sobre los *Tres ensayos de teoría sexual de Freud* (1905) muestra que mientras las ideas esencialistas de Freud sobre la sexualidad y el género conforman el texto, sus notas al pie de página expresan una perspectiva radicalmente diferente. El punto de vista de Dimen es que incluso Freud tuvo que ir a un espacio por fuera de su propio texto, para permitirse su pensamiento sobre la sexualidad fuera de los límites del entorno de la Viena victoriana del siglo XIX. Al escribir sobre la práctica del psicoanálisis en Estados Unidos, Dagmar Herzog dice: “El gran éxito popular del psicoanálisis en los Estados Unidos en las primeras dos décadas de la posguerra implicó la feroz persistencia con que los analistas insistieron en denigrar... especialmente la homosexualidad masculina y la pasión que vertieron para explicar una particular versión de la sexualidad femenina –insistiendo que debía estar relacionada con una respuesta sexual a los hombres” (Herzog, 2017). Herzog señala que en la década de 1980, debido al impacto de los movimientos de derechos civiles de activistas homosexuales y feministas, los psicoanalistas habían desarrollado “contraargumentos innovadores y una nueva teoría del deseo sexual y su motivación” (Herzog, 2017).

Mi pensamiento y práctica psicoanalítica actual le deben mucho a las teorías de la raza, feminista y *queer* que continúan evolucionando en nuestro campo. Pero en el consultorio con Soren, los fantasmas de los

psicoanalistas pasados que nos llamaron “perversos” resonaban con las burlas de las acusaciones de “maricón” de su infancia. En su suburbio estadounidense de los años 90, Soren, por ser un niño no masculino, fue objeto de agresiones, lo llamaban “maricón”. Los discursos de odio afectan los cuerpos, las mentes y el ser de aquellos a quienes se dirige. Como escribe Adrienne Harris, “El insulto, la (palabra) que se me destina es una palabra que absorbo somática y mentalmente... El insulto entra y constituye mi cuerpo, me organiza como una identidad encarnada para el que lo dice y los otros. El acto del habla es el momento visible de inserción donde lo social se transforma en intrapsíquico.” (Harris, 2003). Cuando el niño, Soren, fue llamado “maricón”, el nombre entró en su cuerpo y lo organizó como un “perverso” mucho antes de que pudiera identificarse o nombrarse a sí mismo su género o su sexualidad. Los maestros de Soren miraron para otro lado cuando fue golpeado en la escuela, y no habló con sus padres porque sentía que “no podrían manejarlo”. En este panorama, tanto psíquico como social, Soren estaba verdaderamente solo.

Para crear un lugar en el que Soren se sintiera lo suficientemente seguro como para acceder a una auténtica experiencia de género, tenía que encontrarlo en el lugar donde lo habían dejado tan solo. El camino allí era a través de mis propias experiencias de ser odiada y sentir vergüenza. Estos sentimientos de vulnerabilidad despertaron mi ira y el impulso a defenderme. Kathleen Pogue White dice que es una operación básica del racismo y el odio racial que “uno se convierte en un contenedor proyectivo de cosas malas” para el otro (White, 2002). Lidiando con el racismo en su propio psicoanálisis, aprendió a “ver la proyección, enojarse e interpretarla” (White, 2002). Tenía mi propia versión de esta respuesta al sexismo y la homofobia. Sabía que para que Soren tuviera el espacio interno para

considerar su propia identidad particular de género, él tendría que comenzar a usar su ira para luchar en lugar de esconderse.

Cuarta sesión

Soren: “Cuando estoy estresado me digo a mí mismo, ‘eres malo. ¡Eres un hombre malo!’ Es como cuando me equivoco –cuando a un cliente no le gusta un proyecto o cuando decepciono a alguien”.

Le sugerí que decir “Soy malo, un mal hombre”, significa que sentía malos sentimientos, no obstante se veía a sí mismo como una mala persona.

Soren notó que experimentaba como indistinguible tener malos sentimientos y sentirse como una mala persona, pero ahora podía ver que no eran lo mismo. Estábamos discutiendo una película hecha por su ex-amante, una mujer, en la que ella mostró sus sentimientos negativos sobre la femineidad de él. Soren dice: “¡Ella me hace ver como un perverso!”. Reconozco que está enojado y avergonzado, luego le pregunto si hay otra parte suya que se sienta orgullosa de su cuerpo, su estilo, de quién es él. Pienso en mi fantasía de él bailando con ropa fluida y colorida. Soren me dice que siente rabia hacia ella por hacer esa película. Mientras hablamos de su enojo, conecta la sensación de verse a sí mismo en esa película con el haber sido acosado en la escuela por ser el “tipo equivocado de niño”. “Todo eso me hace sentir como un perverso”, dice, “yo estoy lleno de rabia pensando en esto”. Yo digo: “Esa es tu fuerza para luchar. Nunca fuiste a pelear contra esos matones, para defenderte de su odio. Pero ahora tu odio puede ayudarte a luchar contra la vergüenza que sientes al ver su película y a defenderte”.

Soren: “Eso suena bien, pero ¿cómo puedo luchar contra ella?”. Le digo: “Tienes que hacer algo con tus propios sentimientos antes de poder luchar contra ella. Hay una parte llena de vergüenza en ti, una parte que se siente

muy mal y te dice que eres malo. Esa parte cree que deberías ser castigado porque eres malo”.

Aquí están las distintas capas de la vergüenza, el odio y la rabia, en él mismo y en el otro, rebotando de un lado al otro, ida y vuelta entre Soren y yo, Soren y su ex-amante, el niño y sus matones, Soren y el vendedor que dice que no puede mirar la ropa de las mujeres. Comenzamos a conectar su experiencia del odio de los demás y su proyección de sus propios sentimientos vergonzosos y odiados, con sus sentimientos de vergüenza cuando fue atacado y su ira indefensa cuando nadie lo protegió. Aquí pudimos distinguir su vergüenza, dolor y rabia de su sentimiento de “maldad” por la que siente que merece ser aniquilado. Finalmente, es capaz de distinguir la experiencia de su lado femenino como parte de su identidad de género, y no solamente como un trauma de género. Tímidamente me dice que se sintió emocionado cuando le sugerí que podía pelear y antes de salir por la puerta dijo: “¡Ahora que piensas que puedo pelear, voy a aferrarme a eso!”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Apprey, M. (2003). Repairing history: reworking transgenerational trauma. En: D. Moss (ed.), *Hating in the first person plural: psychoanalytic essays on racism, homophobia, misogyny and terror* (pp. 3-27). New York, NY: Other Press.
- Bion, W. R. (1967). Attacks on linking. En: *Second thoughts: selected papers on psycho-analysis* (pp. 93-109). London: Karnac Books. [Versión en español: (1972). *Volviendo a pensar* (pp. 128-150). Buenos Aires: Hormé]

- Butler, J. (1995). Melancholy gender-refused identifications. *Psychoanalytic Dialogues*, 5(2), 165–180.
- Dimen, M. (2003). Between lust and libido: sex, psychoanalysis and the moment before. En: *Sexuality intimacy power* (pp. 153–176). Hillsdale, NJ: Analytic Press.
- Harris, A. (2003). Misogyny: hatred at close range. En: D. Moss (ed.), *Hating in the first person plural: psychoanalytic essays on racism, homophobia, misogyny and terror* (pp. 249-278). New York, NY: Other Press.
- Herzog, D. (2017). *Cold War Freud: psychoanalysis in an age of catastrophies*. Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- White, K. P. (2002). Surviving hating and being hated: some personal thoughts about racism from a psychoanalytic perspective. *Contemporary Psychoanalysis*, 38(3), 401-422.
- Winnicott, D. W. (1971). *Playing and Reality*. London: Tavistock. [Versión en español: (1991). *Realidad y juego*. Buenos Aires: Gedisa].

¹ Publicación original en *Studies in Gender and Sexuality*, 20:1, 1-5, DOI: 10.1080/15240657.2019.1559506, publicado online 18/2/2019. Traducción: Luisa Irene Acrich, revisión: Angela Siniscalchi.

² Deborah Sherman, BC-DMT (credencial certificada que reconoce el logro del nivel avanzado para la práctica de terapia de baile/movimiento), LMHC (Licenciada en Salud Mental, Consejera), vive y trabaja en la ciudad de Nueva York donde realiza su práctica privada en psicoterapia psicoanalítica y psicoanálisis. Es profesora y supervisora en el Instituto para el Estudio Psicoanalítico de la Subjetividad (IPSS) y en el Instituto de Psicoterapia Contemporánea (ICP) y dirige un grupo de supervisión en el Centro de Psicoterapia para el Estudio del Género y la Sexualidad (PCGS) en el ICP. También forma parte del cuerpo docente del Instituto Nacional de Psicoterapia (NIP) y dirige el primer año del Programa de Psicoterapia Intensiva en IPSS.

³ N. de la T.: Se dejó en inglés el nombre de tres pasos de danza contemporánea popular dado que no existe traducción de los mismos en castellano.

⁴ N. de la T.: *Cis*: término abreviado de la palabra *Cisgénero*. Designa a una persona cuyo sentido de identidad personal corresponde al sexo y género asignado al nacer. Es un término que suele utilizarse para referirse a personas que son, en líneas generales, no transgénero.

2.

Femenino $\leftarrow \rightarrow$ Masculino

Recibido: 7/6/2019

Aceptado: 16/9/2019

Diferencia sexual De nunca acabar

María Alejandra Tortorelli
Universidad de Buenos Aires

RESUMEN

El binarismo masculino-femenino le ha impuesto una forma a la diferencia sexual. ¿Existe la posibilidad de otra escritura, de otra gramática? En el margen de Derrida, Heidegger, Nancy y Deleuze, el presente artículo busca liberar la diferencia sexual del binarismo tanto como liberarla del género y la diferencia específica. Tan pronto como la diferencia sexual es capturada en la lógica de género y diferencia específica, la sexualidad como diferencia permanece impensada. Tanto como la diferencia misma permanece impensada. La pregunta que interroga acerca de la identidad sexual –¿qué sos?– convierte la sexualidad (y la existencia) en un algo, un algo determinado, definido, acabado. Pero la sexualidad o, aún mejor, la sexuación, no puede ser algo. No es un algo. No hay existencia sin sexualidad. No hay sexualidad sin existencia. Pero ni la existencia ni la sexualidad pueden ser contenidas en sí mismas. La diferencia sexual tanto como la relación sexual es exposición de la existencia sin clausura posible, es ex-sistencia en tanto ex-posición. Nunca

de-terminada, no-terminada, ex-puesta, la diferencia sexual nunca habrá de acabar.

ABSTRACT

Binarism –male/female– has imposed a form to sexual difference. Is there a possibility for another writing, another grammar? On the margin of Derrida, Heidegger, Nancy, Deleuze, the present article seeks to free sexual difference from binarism as much as to free difference from gender and specific difference. As soon as sexual difference is caught in the logic of gender and specific difference, sexuality as difference remains unthought. And so it does difference itself. The question that interrogates about sexual identity –what are you?– turns sexuality (and existence) into something: something determined, defined, finished. But sexuality, or better “sexuation”, as difference cannot be some-thing. It is not an “it”. There is no existence without sexuality. There is no sexuality without existence. But neither existence nor sexuality can be contained within itself. Sexual difference as much as sexual relationship is the exposure of existence without closure, it is ex-sistence as exposure. Never determined, unfinished, ex-posed, sexual difference is not to come.

DESCRIPTORES: GÉNERO – FEMENINO – MASCULINO –
DIFERENCIACIÓN – IDENTIDAD – RELACIÓN SEXUAL.

KEYWORDS: GENDER – FEMALE – MALE – DIFFERENTIATION –
IDENTITY – SEXUAL INTERCOURSE.

Diferencia sexual

De nunca acabar

[...] un existente singular expuesto al mundo, no “es” nada que pueda tratarse como el sujeto de atribuciones posibles (X es grande, moreno, erudito, orgulloso...) sino que “es” solamente en el movimiento que lo expone al mundo, es decir, a las posibilidades de sentido. [...] Dicho de otro modo, lo que adviene es que el existente se deshace de toda pertenencia, asignación y propiedad para enviarse, dirigirse, dedicarse a... nada distinto del hecho mismo de existir, de estar expuesto a encuentros, a sacudidas, a encadenamientos de sentido.

Jean Luc Nancy, *¿Un sujeto?* (2001, p. 9)

¿Qué llama a pensar esta fórmula: masculino ↔ femenino?

¿De qué se trata? ¿De una fórmula, de una enunciación o, más bien, de una consigna, la cual, desde la gramática misma, ya plantea una forma al pensar, ya le imprime una consigna: la de pensar desde el dos, según una matriz binaria? Y, desde allí –un “desde allí”, que no es cualquier “desde” ni cualquier “allí”– ¿cómo intervienen las flechas? ¿qué se proponen? ¿qué vienen a escribir en una escritura que ya no se deja decir, ni se deja escuchar?

¿Qué se invita a pensar aquí? ¿Lo femenino/masculino en tanto diferencia sexual? Y, si así fuera la cuestión, ¿debería ésta estar ya tan fuertemente, tan decididamente, consignada de antemano según un

binarismo que fija la base? Dicho de otro modo, ¿la sexualidad o, mejor, la sexuación, la diferencia sexual, inscribe el dos en el origen?

¿Y si acaso las flechas vinieran a insinuar una velocidad, una deriva, una fuga, un desvío, una interrupción que, ni siquiera, sabe cómo escribirse aún? ¿Una velocidad, una deriva, una fuga, un desvío, una interrupción que no sólo fuga los dualismos, sino, más radicalmente, fuga los términos? ¿Por dónde empezar entonces?

La cuestión se enreda desde el principio. Un principio que no es tal. Un principio ya siempre trazado de antemano. ¿Cómo establecer el dos de la diferencia sexual sin haber decidido ya, de antemano, lo sexual, la sexuación y la diferencia misma? ¿Cómo escribir la diferencia sexual según el dos sin anularla? ¿Cómo escribir la diferencia (sexual)? ¿Se escribe?

Las flechas hacen todo el esfuerzo, se envían, pero ya están confinadas.

Las flechas se instalan aquí por fuera de dos términos. No los tachan, ni siquiera los tocan. Habrá que poder escribir de otra manera.

En los márgenes de unas lecturas...

Los textos, como es sabido, se tejen, se llaman, los unos a los otros, los unos en los otros. No hay texto que no sea tejido por hilos infinitos, no hay texto que no sea inconmensurable. *El “hay” de la relación sexual* de Jean Luc Nancy, el *Geschlecht, Différence sexuelle, différence ontologique* de Jacques Derrida, el *Ser y tiempo* y *Los principios metafísicos de la lógica* de Martín Heidegger, *Mil mesetas* de Gilles Deleuze y Felix Guattari, entre otros, se enredan y enredan la cuestión de la diferencia (sexual) desde el principio.

En la apertura (que no es cualquier lugar) de un texto escrito en conmemoración a los 100 años del nacimiento de Jacques Lacan, titulado *El “hay” de la relación sexual*, Jean Luc Nancy escribe:

¿De qué se trata aquí? De la relación sexual en tanto que tiene lugar: no para desmentir a Lacan que dice que no la hay sino para distinguir aquello que hay (aquello que está dado, presente, disponible) de aquello que tiene lugar (aquello que no está dado pero se da, aquello que ocurre, que sobreviene)”. Y agrega: “Lo que tiene lugar como relación no es un puente tendido entre dos individuos, ni la producción de un tercero. Lo que tiene lugar es la inconmensurabilidad de ambos. Es en la medida en que son inconmensurables por lo que entran en la relación, o por lo que la relación los atraviesa.” Y, aún, un poco más: “La diferencia de los sexos, en primer lugar, señala la inconmensurabilidad. [...] El sexo siempre designa lo inconmensurable. (2001, p. 9)

He aquí la dificultad mayor y el desafío. Si la diferencia sexual vuelve a interrogarnos (y siempre vuelve); si la relación sexual vuelve (y siempre vuelve), es porque algo no acaba allí. Lo que retorna, retorna porque no llega. Nunca termina de llegar. Vuelve y vuelve con la fuerza, el empuje, la embestida de lo que no se deja actualizar, apropiar, decir de una sola pieza, de una vez y para siempre.

En la diferencia sexual y en la relación sexual –como eso que “no hay” o como eso que “tiene lugar como diferencia”– algo resta por pensar, algo vuelve a llamar. La diferencia es lo no pensado de la diferencia sexual y de la relación sexual. La diferencia, eso que justamente siempre se ha marcado ya en tanto masculino/femenino, es, por ello mismo, lo que resta no pensado. No pensado por acabado, cerrado, de-terminado de antemano por

un binarismo de base que ha silenciado, domesticado, anulado la diferencia. He aquí la dificultad mayor y la respuesta a un desafío que no cesa de insistir.

Lo por venir

Damos vueltas alrededor de la cuestión. La damos vuelta y nos da vuelta. La cuestión no deja de interpelarnos desde lo sexual pero también (no podría ser de otra manera) desde lo social, desde lo político, desde lo existencial, sin más.

Lo sexual como diferencia. La diferencia como sexual. He aquí la cuestión. He aquí lo que viene a forzar, a contrarrestar, a perturbar, a dislocar, a interrogar. He aquí la preocupación, la turbación, cuando los que vienen (y porque vienen, vienen de lo por venir) desafían una diferencia ya de-terminada de antemano: “No soy ni esto ni aquello. No quiero ser definido ni estar conminado a definirme”. La demanda se presenta insoportable. La indefinición (que no habría que confundir con la indiferenciación) está exponiendo la exposición misma de un resto sin especificidad alguna, sin acabamiento. ¡Toda una locura! ¡Todo un fuera de sí! Ni siquiera se trata de una dialéctica mal acabada sino de un no acabamiento; de una diferencia sexual que remarca la diferencia antes de cualquier apropiación sustantiva, antes de cualquier consigna binaria de base. Una diferencia diferenciante, individuante, que resiste ser “ella misma” diferenciada. Una diferencia ella misma no diferenciada. “*Nada distinto, sino la distinción misma*”, dice Nancy (2001, p. 27).

Nos dejaremos enredar en este enredo.

La gramática, siempre la gramática

Binarismo y diferencia específica

Lo habíamos señalado ya en otra oportunidad.¹ Entonces era Pessoa quien desafiaba:

Yo diré ‘Esa muchacho’, violando la más elemental de las reglas gramaticales, que manda que haya concordancia de género, como de número, entre la voz sustantiva y la adjetiva. Yo habré dicho bien: habré hablado en términos absolutos, fotográficamente, fuera de la vulgaridad, de la norma, de la cotidianeidad. No habré hablado, habré dicho. [...] Obedezca a la gramática quien no sabe pensar lo que siente. (1986, pp. 42-43)².

La gramática es un obstáculo.

Empecemos por despejar entonces aquello que obstaculiza un pensar de la diferencia como tal: es decir, como diferencia y no como un algo ya diferenciado.

Se habla de diferencia sexual. Entonces, inmediatamente, lo que se enuncia, se enuncia en términos de “masculino/femenino”. El dualismo se impone sin más. “La máquina de enseñanza obligatoria –advierde Deleuze– no comunica informaciones, sino que impone al niño coordenadas semióticas con todas las bases duales de la gramática (masculino-femenino, singular-plural, sujeto de enunciado-sujeto de enunciación... etcétera).” (Deleuze, 1988, p. 81). El dos en el origen funciona como consigna de base. Es el desde donde se piensa y enuncia la diferencia sexual.

Desde allí, se habla de diferencia sexual y lo “sexual” se inscribe como una especificidad: es decir, como diferencia “específica”.

La gramática nos impone así más de una forma. No sólo el binarismo de base –el dos en el origen: masculino/femenino– sino, a su vez, una noción de diferencia concebida como “diferencia específica” en la medida en que ésta tiene por función especificar al género. De este modo, el binarismo de base, el género y la diferencia específica se disputan posiciones y distribuyen jerarquías.

¿Habrá que comenzar por “*desembarazarse de la gramática*”³ entonces, como sugería Nietzsche? Arduo comienzo, por cierto. ¿Cómo escribir, pensar, decir, ver, desviándonos, por sustracción o por exceso, de aquello que se inscribe en una lengua, más allá, más acá y a pesar de ella misma?

Dos flechas y dos términos: masculino-femenino. ¿Qué operación implican las flechas cuando éstas están ya rodeadas, sitiadas por dos términos, uno a cada lado? ¿Una relación biunívoca, una direccionalidad recíproca, de uno al otro y viceversa? ¿Y los términos?

Los términos y los términos distribuidos en dos funcionan como consigna de base: “*Estamos segmentarizados binariamente*” (Deleuze, Guatari, 1988, p. 214). Tal segmentariedad binaria no informa, ejecuta una orden, imprime un marcador de poder: “Una regla de gramática es un marcador de poder antes de ser un marcador sintáctico. La orden no está relacionada con significaciones previas, ni con una organización previa de unidades distintivas” (Deleuze, Guatari, 1988, p. 82).

Cuando la diferencia se piensa desde el dos, la diferencia ya está capturada y lo que se invisibiliza es su potencia diferenciante en favor de una identidad diferenciada. Cuando la diferencia se piensa desde el dos, lo que se garantiza es la identidad de los términos y su oposición. La

diferencia entonces pasa a ser lo diferenciado perdiendo así su potencia diferenciante. Volveremos sobre esto una y otra vez.

Cuando la diferencia se concibe desde el dos, el modelo dual establece por derecho una constante de base: masculino/femenino y las variables (¿de hecho?) aparecen entonces como “variables” justamente en relación a una invariante. Así el binarismo masculino/femenino establece las coordenadas de base a partir de las cuales se distribuirá el “resto”. “Resto” frecuentemente enunciado como “otros”.

Mas ¿qué sucede cuando el patrón de base es denunciado como un marcador de poder y los “otros” reclaman su derecho a la existencia sin más? Entonces, la variabilidad deja de ser la de “otros”. La variabilidad se despliega como una multiplicidad de “base” sin base posible. Una diseminación sin fijo, una sexualidad sin patrón. Una potencia del sexo sin más. No hay sexo sin diferencia, como no hay, no puede haber, relación sin diferencia, pero tal diferencia ya no admite ser ella misma diferenciada y, menos aún, diferenciada binariamente según una constante de base.⁴

Definitivamente no sólo no habría que confundir la diferencia sexual con el binarismo de base sino, más radicalmente aún, no confundir la diferencia sexual con una diferencia específica. Alrededor de esta diferencia radica toda la cuestión que aquí se persigue.

La diferencia específica sólo puede concebirse como tal en relación a un género. Aquí, lo sexual vendría a especificar al género diferencia, como cuando se dice animal racional, por ejemplo. Allí, «racional» como diferencia específica viene a especificar al género «animal». La especificidad va así circunscribiendo, reduciendo, especificando la generalidad del género.

Pero, en el caso de la diferencia sexual, si “sexual” fuese la diferencia específica que viene a especificar al género, el género sería la diferencia. Mas, ¿cómo podría una diferencia constituir un género? ¿Cuál sería la generalidad de la diferencia siendo que la generalidad es siempre del orden de las semejanzas? ¿Cómo habrían de establecerse las semejanzas de la diferencia? Y, consecuentemente, ¿cómo habría de ser posible la especificidad de una diferencia? La «especificidad» de la diferencia en tanto diferencia sexual –si es que puede decirse así– no puede especificarse como un «algo» ya distinguido –masculino/femenino– sino como la distinción misma. *«No sólo el sexo es su propia diferencia, sino que es el proceso propiamente infinito, cada vez, de su propia diferenciación»* (Nancy, pp. 32-33)

El problema salta a la vista. Cuando se supone que lo sexual viene a especificar la diferencia, la pregunta que surge, inmediatamente, no es solamente ¿cómo sería posible especificar una diferencia? sino, más radicalmente aún, ¿en qué medida lo sexual, en tanto diferencia sexual, sería especificable? Y, más problemático aún, ¿especificable según una categorización binaria de base?

La diferencia y, con ella, la diferencia sexual no puede ser concebida desde el esquema género/diferencia específica, justamente porque no es categorial. La diferencia no es una categoría, no es un concepto. Menos aún un género. Resiste la categoría y el concepto. Lo sexual no es una especie de la diferencia. Lo sexual no es una diferencia específica. ¿Cómo una diferencia podría recibir una especificidad sin perder, inmediatamente, su estatuto de diferencia? Diferencia específica es un oxímoron. La diferencia no es especificable. Luego, ¿cómo habría de serlo lo sexual en tanto diferencia sexual?

“*Nada distinto, sino la distinción misma*”, escribía Nancy. ¿Cómo habrá de pensarse siquiera semejante impropiedad? Estamos siendo llevados al borde de lo soportable. Allí donde las categorías pierden pie. Estamos siendo conducidos a una lógica alógica que destituye los términos en favor de una diferenciación no especificable.

Diferencia sexual, diferencia ontológica

Heidegger entra en escena a través de una lectura que Jacques Derrida hace de Los principios metafísicos de la lógica en “Geschlecht 1, Diferencia sexual, diferencia ontológica”.⁵ Artículo a su vez entretelado en *El hay de la relación sexual* de Nancy. Cada texto difiere al otro a la vez que los pone en relación. O por ello mismo.

Hagamos un breve, aunque necesario, rodeo.

Usamos el verbo “ser” constantemente; sin embargo, la evidencia de su significación es la que lo sume en el olvido.

En la Introducción de *Ser y tiempo*, en referencia a la “*Necesidad de reiterar expresamente la pregunta que interroga por el ser*”, Heidegger nos advierte que “*la mencionada pregunta está hoy caída en el olvido*”. El olvido es tal, no por ocultamiento sino, por el contrario, por desocultamiento, un desocultamiento tan claro como el sol:

Se dice: ‘ser’ es el más universal y vacío de los conceptos. En cuanto tal resiste a todo intento de definición. Éste, de los conceptos el más universal y, por ende, indefinible, tampoco ha menester de definición. Todos lo usamos constantemente y comprendemos también lo que en

cada caso queremos decir con él. De esta suerte, lo que como algo oculto sumió y mantuvo en la inquietud el filosofar de la Antigüedad, se convirtió en una cosa comprensible de suyo y tan clara como el sol, hasta el punto de que a quien sigue haciendo aún la pregunta se le tacha de error metódico. (Heidegger, 1980, pp.11-14).

El olvido del ser y la necesidad de reiterar la pregunta por su *sentido*, es el señalamiento y la tarea, respectivamente, que Heidegger asumió a lo largo de todo su pensar. Y es la tarea que aún nos convoca y nos llama a pensar. Casi cien años después de *Ser y tiempo* el desafío pasa aún por dismantelar esta comprensión del ser que lo volvió claro como el sol y que persiste, en su supuesta claridad, cuando enunciamos, sin más, “soy” mujer, “soy” hombre, “soy” gay, etcétera.

Tal claridad nos viene de lejos. Muy tempranamente, Aristóteles enuncia en el Libro VII de la *Metafísica*:

El término ‘ser’ se dice de muchas maneras, [...]. Significa, en primer lugar, el ‘qué es’, el ‘esto’ y, en segundo lugar, el cuál, el cuánto o cualquiera de las otras categorías. Ahora bien, de todos los sentidos en que se expresa el ser, el sentido primario claramente es el ‘qué es’, el cual significa la *ousía*. (Aristóteles, 1978, p. 308).

Y agrega, unos párrafos más adelante: “El término *ousía* se usa, si no en muchos, al menos en cuatro significados principales, pues tanto ‘lo que es ser esto’, el universal, y el género parecen ser la *ousía* de cada cosa, siendo el sujeto la cuarta acepción” (1978, p. 311). Lo que esto viene a señalar es que “ser” se dice, fundamentalmente, según un qué, según un algo esto. Así el sentido del ser se desplaza hacia la sustancia, se sustantiviza, se dice según la sustancia (*ousía*).

Es este desplazamiento lo que deja en el olvido la diferencia entre ser y ente allí mismo donde se la enuncia. Tal diferencia, por cierto, no puede ser pensada como la diferencia entre dos entes, dos cosas. Justamente porque “ser” no es ni una cosa, un esto, ni un universal, ni un género, ni un sujeto. Tal diferencia, no siendo categorial, resta aún por pensarse. Más tarde, Heidegger enunciará esta diferencia, la diferencia entre ser y ente, como “diferencia ontológica”. Lo que Heidegger viene a indicar, retornando a la enunciación de Aristóteles, es que justamente allí, donde esta diferencia entre ser y ente apareció, ésta misma se ocultó en favor del ente. Desde entonces, “ser” fue pensado como un “algo” determinado y la diferencia como una mera distinción.

El olvido del ser en favor del ente es el olvido de la diferencia en favor de la distinción, de lo diferente. Y he aquí lo que resta no pensado y por pensar. La “diferencia ontológica” le impone al pensar una tarea descomunal: retirarse, dar un paso atrás de lo categorial, de lo representacional del “esto”, para dejar advenir una diferencia no representable, no categorial, no especificable.

Este rodeo se vuelve un requerimiento absolutamente necesario cuando de lo que se trata es de pensar la diferencia sexual en tanto diferencia y no en tanto simple distinción acabada: masculino/femenino.

En la conferencia “La constitución onto-teo-lógica de la metafísica” de 1957, Heidegger advierte:

Lo único que está claro es que cuando se habla del ser de lo ente y de lo ente del ser, se trata siempre de una diferencia. [...] Por lo tanto, sólo pensamos el ser conforme a su asunto, cuando lo pensamos en la diferencia con lo ente, y a este último en la diferencia con el ser. Así es como la diferencia se hace propiamente visible. Si intentamos representárnosla, nos encontramos inmediatamente inducidos a

concebir la diferencia como una relación añadida por nuestra representación al ser y lo ente. Con ello se rebaja la diferencia a simple distinción, a producto de nuestro entendimiento. (1988, p. 135)

Rebajar la diferencia a simple distinción es, justamente, el problema que está en juego aquí cuando la diferencia sexual es concebida, inmediatamente, como distinción entre masculino y femenino. Cuando la diferencia sexual es concebida como diferencia entre masculino y femenino, la diferencia se oculta en favor de una distinción categorial. ¿Estaríamos aquí ante el olvido de la diferencia sexual en favor de lo sexual como mera distinción binaria? Si lo sexual es diferencia, tal como lo enuncia la “diferencia” sexual, ¿cómo es posible que ésta se haya visto y se vea aún (aunque no sin resistencia) reducida a dos como distinción de base?

Toda una política existencial está en juego aquí. Concebir lo sexual desde la diferencia exige, en primerísima instancia, una desrepresentación activa, un no dejarse capturar por el binarismo de base y por las distinciones categoriales que insisten: vos, ¿qué sos?

Entra en escena Jacques Derrida. Su artículo “Geschlecht 1, Diferencia sexual, diferencia ontológica” se escribe en los márgenes del texto de Martín Heidegger, *Los principios metafísicos de la lógica*.

En este texto, Heidegger da cuenta de la razón de la elección del término *Dasein* (un término no terminado, habría que decir):

A partir del modo de ser del *Dasein*, que es primariamente la existencia, se trae a la luz la comprensión del ser que pertenece esencialmente al *Dasein*. Por consiguiente, no se trata de antropología, ni tampoco de ética, sino del ente en su ser [...] 1. Para designar el ente que es el tema de la analítica no se elige la expresión

‘ser humano’ sino la expresión neutral ‘Dasein’. Con este término se designa el ente al que no le es indiferente su propio modo de ser, en un sentido determinado. 2. La neutralidad peculiar de la expresión ‘Dasein’ es esencial porque la interpretación del ente se lleva a cabo antes de toda concreción fáctica. Esta neutralidad quiere decir también que ‘Dasein’ no es de ninguno de los dos sexos. (2007, p. 160).

El término elegido por Heidegger para la analítica existencial es *Dasein*. Un término que en alemán es de género gramatical neutro. *Dasein*, traducido por Ser-ahí, comienza justamente por neutralizar cualquier determinación primera, cualquier “concreción fáctica”, escribe Heidegger. ¿Es ella la sexual? Sin dudas lo es desde el momento en que Heidegger advierte, inmediatamente, que “*esta neutralidad quiere decir también que el ‘Dasein’ no es de ninguno de los dos sexos*”. Da-sein, “Ser-ahí”, neutraliza la diferencia sexual binaria. ¿Neutraliza, por ello mismo, lo sexual? ¿Es, por ello mismo, asexuado/a? (y mantengo el o/a para señalar el binarismo de base).

Escribe Derrida, en los márgenes de Heidegger:

El concepto de neutralidad parece, antes que nada, muy general. Se trata de reducir o sustraer, a través de esta neutralización, toda predeterminación antropológica, ética o metafísica para conservar sólo una especie de relación consigo mismo, de relación directa con el ser de su ente. (2017, p. 477).

De lo que se trata es de neutralizar toda “concreción fáctica”. Y continúa:

El primer ejemplo de “concreción” sería por tanto la pertenencia a uno u otro de los sexos. Heidegger no duda que éstos sean dos: Esta

neutralidad significa también (yo subrayo, J.D.) que *Dasein* no es de ninguno de los dos sexos. (2017, p. 478).

Inmediatamente después Heidegger continúa advirtiéndonos:

Pero este carácter asexual no es la indiferencia de la nada vacía, la débil negatividad de una indiferente nada óptica. ‘Dasein’, en su neutralidad, no es indiferentemente nadie y todos, sino la originaria positividad y potencia de la esencia. La neutralidad no es la nulidad de una abstracción, sino precisamente la potencia de lo originario. (2007, p. 160)

La neutralidad, el no ser capturado por una pre-de-terminación categorial, no es una negatividad ontológica sino una positividad existencial, ¡la potencia de una existencia sin más! Lo que abre la diferencia ontológica lo clausura la diferencia sexual cuando ésta es concebida ópticamente; es decir, según el binarismo masculino/femenino. Mas lo sexual, en tanto diferencia sexual, ¿no abre por ello mismo lo sexual a una neutralidad positiva y potente? Si la diferencia ontológica no admite un esto o un aquello ¿por qué habría de admitirlo la diferencia sexual si ésta justamente se enuncia en términos de diferencia?

Si algo plantea el pensar de la diferencia y el pensar la diferencia es, justamente, la resistencia a categorizaciones ópticas puestas a cualificar, identificar, especificar. Escribe Derrida en clave de un sexo “por venir”:

Este orden de implicaciones abre al pensamiento de una diferencia sexual que no sería aún dualidad sexual, diferencia como dual. Como lo destacamos, lo que el Curso neutralizaba no era tanto la sexualidad misma como la marca ‘genérica’ de la diferencia sexual, la pertenencia a uno de los dos sexos. De ahí, reconducidos a la

dispersión y a la multiplicación, ¿no podría quizás comenzar a pensarse una diferencia sexual (sin negatividad, precisémoslo) que no estuviese marcada por el dos? (2017, p. 494).

La cosa apenas comienza a anunciarse y, sin embargo, es irreversible.

De nunca acabar

Ser sexuado excede todo binarismo. Muchas luchas se manifiestan, hace tiempo ya, resistiendo la tenaza de lo masculino/femenino. Y, sin embargo, la máquina de identificación sigue funcionando aún por fuera de la grilla binaria: ¿No sos mujer ni hombre? Bien, entonces serás travesti, gay, trans, lesbiana

Cuando la pregunta por la sexualidad se establece en términos de: “¿Qué sos?” “¿Sos gay?”, “¿Sos hétero?”, etcétera, etcétera, no sólo lo sexual se ve de-terminado, acabado, sino, con ello, la existencia misma, ser, el verbo ser, como si existir fuese acaso un “algo” determinado y determinable según un “qué”. Entonces, retornamos a Aristóteles y, con él, al olvido de la diferencia como entificación de la existencia.

Que lo sexual es existencial es poco menos que una evidencia. No sólo somos sexuados sino que venimos de la sexuación. Mas tal facticidad se vuelve una fatalidad cuando es sistemáticamente requerida a definirse según un qué: “Definite. Decime qué sos.” Tal fatalidad responde a una facticidad capturada, recubierta por la categorización, por la sustantivización de la existencia. Haría falta toda una “cultura del secreto” ante semejante totalitarismo de la transparencia.⁶ Lo sexual sólo habrá de ser existencial en la medida en que recuse toda determinación óptica, categorial. Es decir, en la medida en que lo sexual se piense desde la diferencia y no la diferencia

desde lo sexual binariamente determinado. La inversión no es jamás simétrica y, menos aún, sin violencia.

La diferencia sexual, en tanto diferencia, no puede asumir para sí la determinación de un término (valga la redundancia); es decir, la de-“terminación” de un algo terminado, acabado, definido, decidido: Un “que”. La diferencia sexual en tanto diferencia tiene lugar como inconmensurabilidad. La diferencia como relación y la relación como diferencia, la relación, en tanto que “no es” sino que “tiene lugar como diferencia”, es la experiencia misma de lo inconmensurable, al decir de Nancy. Lo inconmensurable de la relación sexual, de la diferencia sexual, es lo no contable. Ni uno, ni dos, ni tres, ni cuatro, ni... Lo inconmensurable rompe la cuenta, abre la relación en tanto diferencia a lo que es menos de uno y más de uno. Lo que resta porque excede. La relación (eso que “no hay” o que “tiene lugar como diferencia”) no acopla, no suma uno más uno. Quiebra la unidad y expone sin sutura. La relación en tanto diferencia no pone en relación “dos” “sujetos”, los “pone” en tanto ex-puestos. Los expone. Los abre. La relación es la exposición misma sin nada que haga de cierre.

El sexo no hace, precisamente, sino conmocionar lo uno-en-sí : pero ese «uno» no preexiste al sexo. No hay nada ni nadie que subsista antes de la sexuación o fuera de ella, y ésta es un separar y poner en relación que atraviesa a cada «uno» desde el origen (divide el origen). (Nancy, 2001, p. 34).

Cuando la diferencia sexual se define, se de-termina, se acaba y pierde su sentido diferenciante. Entender la diferencia como lo diferenciante y no como un algo diferenciado es comprender que el ex-sistir es abierto, ex-

puesto. Curiosamente, tal sentido está implícito en el prefijo “ex” de existir. Pero, el “afuera” que tal prefijo indica encontró su clausura y su borradura tan pronto como existir pasó a ser un “algo” acabado, un existente “en sí mismo”, un esto determinado, definido. ¿Un sujeto habrá que decir?

Lo inacabado que aquí persistimos en señalar no es una limitación sino la condición misma del existir. Lo que existe no acaba, no cesa de diferir, justamente porque ex-siste, porque es en tanto ex-puesto. Y ¿la sexuación? No hay, no podría haber, ex-sistencia sin sexuación. Mas, por ello mismo, no hay sexuación sin ex-posición. ¿Hace falta decir que no hay sexuación posible en el interior de uno consigo mismo? ¿Hace falta decir que lo sexual no cierra sobre sí? ¿Que no hay, no puede haber, sexuación posible sin “con”? Mas, este “con” no le sobreviene a un existente acabado en sí.

La copulación es el “con” de un nexo, de un vínculo, lo mismo que el coito es el con de un ir (irse), de un ir y venir cuyo ajetreo, cuyo acercamiento-alejamiento, el tocar-retirar constituyen muy exactamente [...] el propio “con”, que no es nada en sí mismo, sólo la relación, sólo la conmoción de lo idéntico o del uno en sí. (Nancy, 2001, p. 34).

El inacabamiento de no ser uno es originario. No cierra sobre sí ni interioriza para sí una de-terminación, aún cuando ésta fuese la sexual, menos aún la sexual. Nadie, nada es en sí mismo. O, como lo enuncia Nancy, nadie es sin resto:

Lo sexual no es un predicado, puesto que él no es, lo mismo que ocurre con la relación, ni una sustancia, ni una cosa. Lo sexual es su propia diferencia o su propia distinción. Distinguirse en tanto que

sexo o en tanto que sexuado es, precisamente, lo que constituye el sexo o la sexuación, es asimismo lo que hace posible la relación sexual y es, por último, lo que no da lugar a su propia entelequia pues nadie es hombre o mujer sin resto; así como tampoco nadie es homo o heterosexual sin resto (por emplear estas categorías, y como si lo sexual no fuese precisamente, en todas sus figuras, la acción recíproca de lo homo y de lo hétero, su partición y su enredo). No sólo el sexo es su propia diferencia, sino que es el proceso propiamente infinito, cada vez, de su propia diferenciación. [...] (2001, pp. 32-33).

Que nadie es sin resto es poco menos que una enunciación inquietante. Es una conmoción de lo idéntico. Siendo lo idéntico, en tanto igualdad consigo mismo, aquello que no admite diferencia. Es, incluso, una conmoción a la identidad de género que tanto se promueve como aspiración a ser uno mismo. No hay posibilidad de definirse uno a uno mismo como tal (soy mujer, soy hombre, soy gay, soy lesbiana...) sin rodeo, sin desvío, sin alteridad, sin impropiedad, sin otredad, sin diferencia. Toda identidad es diferida, es decir, es efecto de un proceso de diferenciación infinito, de un diferir que no se deja apropiar. Un no acabamiento.

La escritura que aquí se nos propone, las flechas, no debería concebirse entonces como exterior a dos términos ya constituidos de antemano, sino como el proceso de diferenciación, "*nada distinto sino la distinción misma*", que los constituye destituyéndolos, a su vez, en su pretensión de ser en sí mismos.

Las flechas entonces no se disparan ya de un término a otro. La cosa comienza por diferir sin término previo posible. El diferir, la diferenciación que hace posible lo diferenciado, a su vez lo hace imposible, lo socava. La diferenciación como constitutiva es destitutiva a su vez de cualquier

término que pretendiera cerrar sobre sí y oponerse a otro. Aquí radica la mayor dificultad. Las flechas, en su ir y venir, sin fin, escriben, excriben, trazan, marcan, difieren la presencia de cualquier categorización que se pretenda plena, en sí, dicha de una sola pieza, sin resto. No hay género posible sin perturbación. Un género afirmado como tal, sin resto, sin partición, sin enredo, trae violencia, violencia de género. Sexuación: enredo y partición en el origen.

No hay sexuación sin diferencia, pero, por ello mismo, la diferencia no es entre dos sexos ya dados o determinados de antemano. Tal determinación borraría aquello mismo que la *diferencia* sexual abre.

No sabemos aún, y quizás sea prematuro decidirlo aquí, qué implicancias habrá de tener una diferencia sexual destinada a no acabarse, llamada a sostenerse en la apertura, en la ex-posición, en el entre, que toda existencia implica como su más potente posibilidad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aristóteles. (1978 [ca. 330 a.C.]). Libro VII: zeta. En: *Metafísica* (pp. 285-348). Buenos Aires: Sudamericana.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1988). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-textos.
- Derrida, J. (2017). Geschlecht 1, diferencia sexual, diferencia ontológica. En: *Psyché: invenciones del otro* (pp. 473-494). Buenos Aires: La Cebra.
- Heidegger, M. (1988). La constitución ontoteológica de la Metafísica. En: *Identidad y diferencia* (pp. 95-157). Barcelona: Anthropos.

Heidegger, M. (1980). Introducción: explicación de la pregunta que interroga por el sentido del ser. En: *Ser y tiempo* (pp. 11-50). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Heidegger, M. (2007). El problema de la trascendencia y el problema de *Ser y tiempo*. En: *Principios metafísicos de la lógica* (pp. 159-180). Madrid: Síntesis.

Nancy, J. L. (2001). *El "hay" de la relación sexual*. Madrid: Síntesis.

¹ Tortorelli María Alejandra, "Esa Muchacho", *Revista de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis*, n. 20, Año 2016, pp. 187-198.

² Pessoa, Fernando: *Libro del desasosiego de Bernando Soares*, Barcelona: Seix Barral, 7ª ed., 1986, pp. 42-43.

³ Cf. Nietzsche, Friederich: "...temo que no nos libremos de Dios mientras sigamos creyendo en la gramática:", *El crepúsculo de los ídolos*, Barcelona: Folio, 2007, p. 29.

⁴ En tal sentido, es muy inquietante la distinción que Deleuze establece entre la noción de "minoría" y el "devenir minoritario". Las minorías reclaman los mismos derechos de las mayorías. De este modo, siguen confirmando y reforzando a la mayoría, es decir al "hombre", siendo el "hombre" el nombre de una mayoría que es tal, no por cantidad, sino por dominación, por fijar el patrón. "*Las minorías son definidas en relación a la mayoría.*" Por el contrario, el "devenir minoritario" (y todo devenir lo es) socava la forma mayoría. Cf. Deleuze, G. y Guattari, F., *Mil mesetas*, p. 292.

⁵ Derrida, J.: "Geschlecht 1, Diferencia sexual, diferencia ontológica", *Psyché Invenciones del otro*, Buenos Aires: La Zebra, 2017.

⁶ En referencia a la cultura del secreto y el totalitarismo de la transparencia, cf. *D'Ailleurs Derrida. Un intenso documental*, de Safaa Fathy. Su versión completa se encuentra en YouTube.

Recibido: 5/4/2019

Aceptado: 24/7/2019

El binarismo interrogado. Nacimiento de un niño con ambigüedad genital

Graciela Woloski

Asociación Psicoanalítica Argentina

RESUMEN

La autora trabaja un material clínico de una adolescente intersex en consulta hospitalaria, cuyos padres, otorgando el poder al saber médico, someten al bebé a múltiples cirugías que terminan convirtiéndolo en femenino, aunque el género no será asumido por él hasta la adolescencia. Contrasta esta situación con un planteo sobre otra joven, también intersex, presentado en la película argentina “XXY”, de Lucía Puenzo, que hace referencia a la convivencia con una corporalidad diferente. En este caso los padres no intentan resolver la ambigüedad genital quirúrgicamente, otorgándole el poder de decisión en un futuro a la joven.

La autora desarrolla la temática de la intersexualidad y el recorrido de la construcción subjetiva. Señala que en un contexto social donde prima un binarismo hegemónico (varón/mujer), el mismo es interrogado por cuerpos que presentan ambigüedades genitales. Destaca que las vicisitudes de asignación y reasignación y la conflictiva aceptación de ese cuerpo,

inhiben la construcción de la identidad de género. Acentúa que el daño psíquico y físico impide la asunción de una identidad deseosa de intercambios placenteros y libres.

Considera que ambas salidas plantean reflexiones tanto sobre la asignación de género y del lugar de los padres como referentes asimétricos al tomar a su cargo definiciones acerca de la elección varón-mujer del hijo, como así también, sobre la importancia de no ignorar los efectos de actitudes que recurren a la desubjetivación del hijo con actitudes intrusivas y apropiación de su cuerpo/objeto.

ABSTRACT

The author deals with a clinical case of an intersex teenager during a hospital consultation, whose parents, granting the power to the medical knowledge, make their baby undergo numerous surgeries that end up making her feminine, even though she will only take this gender at her adolescence. She contrasts this situation with the approach of another young woman, also intersex, presented in “XXY”, a movie directed by Lucía Puenzo, which refers to living with a different corporality. In this case, the parents do not attempt to resolve the genital ambiguity surgically, this granting the youngster the decision power in the future.

The author develops the topic of intersexuality and the path of the subjective construction. She claims that in a social context where the hegemonic binary concept prevails (male/female), the latter is questioned by bodies that present genital ambiguity. She points out that the vicissitudes brought about by assignment and reassignment, as well as the conflicting acceptance of that body, inhibit the gender identity construction. She emphasizes that the psychic and physical damage prevents the assumption of an identity eager to have free and pleasant exchanges.

She considers that both situations raise reflections on both the genre assignment and the parents' position as asymmetric references when taking decisions on their child's male-female choices, as well as on the importance of not neglecting the consequences of attitudes leading to their child's desubjectivation by means of intrusive attitudes and appropriation of his body/object.

DESCRIPTORES: SEXUALIDAD - IDENTIDAD DE GÉNERO –
BISEXUALIDAD – SEXUACIÓN – COMPLEJO DE CASTRACIÓN

KEYWORDS: SEXUALITY – GENDER IDENTITY – BISEXUALITY –
SEXUATION – CASTRATION COMPLEX.

El binarismo interrogado

Nacimiento de un niño con ambigüedad genital

[...] la masculinidad y femineidad puras siguen siendo construcciones teóricas de contenido incierto.

Sigmund Freud (1925, p.276)

Introducción

La intención de este trabajo es desarrollar la categoría género en cuanto a su complejidad y su condición multiarticulada que comprende: la asignación de género, el núcleo de la identidad y el rol de género. En

particular proponemos pensar cómo resulta determinar la identidad de género cuando los médicos y familiares se encuentran con una determinada anatomía que dificulta la asignación.

Estos sujetos, cuyo primer criterio de identificación es incierto, desconciertan tanto a médicos como a padres. El hándicap de dicho conflicto anatómico, no posibilita desde el vamos un despliegue fluido de los comportamientos propios de un determinado género.

El trabajo terapéutico consistirá entonces en subjetivar seres sexuados para que se puedan constituir en sujetos deseantes con posibilidades de desplegar su potencial. En tanto analistas, somos convocados en transferencia como sujetos y seres sexuados.

Iremos recorriendo interrogantes acerca de la sexuación y construcción del género cuando se parte de una anatomía incierta. Abordaremos la construcción de la subjetividad en condiciones particulares como el nacimiento intersex y las condiciones materiales de un cuerpo que dificulta la atribución de género.

Ahondaremos también en la complejidad de la asunción de una identidad de género en situaciones adversas, para ello apelaremos a la clínica, investigando desde: la medicina, los mitos, las producciones del arte, como la película argentina XXY, de Lucía Puenzo, los relatos de activistas intersexuales y los estudios de género en diálogo con textos psicoanalíticos.

Nos detendremos en algunos tópicos que consideramos importantes: la perplejidad de la familia frente a lo diverso; el efecto traumático; los secretos y la vergüenza de sentirse expuestos (visibilidad/invisibilidad); la bisexualidad y la diferencia de los sexos.

El drama de Celina

Una¹ joven de 20 años, que llamaremos Celina, acompañada por su madre, María, llega a la consulta del servicio de Ginecología de un hospital público. La madre solicita tener una entrevista a solas con los admisores (ginecóloga y psicóloga). La hija no opina al respecto quedándose en la sala de espera.

Primera entrevista

María, como si el tiempo no hubiese pasado, nos sitúa en una sala de parto:

“Las luces se prenden, el equipo médico con buena predisposición está listo a recibir un bebé. Las contracciones no se regularizan, la espera es larga, padecí durante el embarazo de hipertensión y me trasladan a cirugía, aluden riesgo de vida, fue un mal parto, por cesárea. Estuve en coma cuatro días, no sabía qué había sido del bebé. Recuerdo que escuché entre sueños que era un bebé varón, creí que con síndrome de Down, mi miedo más grande. En la clínica nos visitó un endocrinólogo, nos informó que había una malformación: ambigüedad de genitales externos y que no era Down. Yo lloraba y pensé que me había llevado el paquete del día. Por conocimiento de mi marido visité a otro endocrinólogo del hospital. Sola, en ese recorrido de médico en médico, sentí una soledad infinita, ni mi madre ni mi hermana me acompañaron”.

Contó con dolor que tuvieron que realizar muchos estudios y que en primera instancia se la anotó como varón.

María: *“Me dejaron sola con ese monstruo. Doctora, no se imagina lo que vi. Un bebé con ambos sexos, es decir, con pene y vagina a la vez, los*

labios unidos y los testículos internos. Nada que ver con el común de los bebés, que son varones o nenas. No podía creer con lo que me encontré. Créame que quise matarla asfixiándola con una almohada, el endocrinólogo me contuvo.

El padre no se hizo cargo, sólo me recomendaba profesionales. Hizo cosas muy graves, me hizo sufrir mucho, nunca estuvo presente con las decisiones médicas que había que tomar. Vivimos bajo el mismo techo, pero estamos separados. Siempre lo escondí al bebé para que nadie lo vea ni pregunte nada. La sobreprotegí mucho.

El nacimiento fue muy triste, mi esposo al margen de todo. Pasados unos meses, estudios genéticos, hormonales y fisiológicos, el doctor del hospital me informa: ‘Señora, póngale aritos y vístala de rosa’.

Queríamos un varón y nos costó horrores aceptar el cambio a mujer. Mi marido fue el que más se resistió. Desde los 8 meses de edad fue sometida a operaciones quirúrgicas reparatorias, achicaron el clítoris tan largo, extirparon las gónadas con nuestro consentimiento, separaron los labios de la vulva que estaban unidos y la convirtieron a mujer”.

Hasta aquí el relato de María, quien traía consigo una copia del informe médico de Celina a los cinco años y nos lo muestra:

Conclusiones del informe médico: Se trata de un paciente genéticamente masculino con testículos histológica y funcionalmente deficientes y con genitales insuficientemente desarrollados con aspecto femenino. Por estas características el paciente no podrá cumplir nunca el rol masculino y, en cambio, con adecuado tratamiento hormonal y quirúrgico, en la pubertad se asegura un desarrollo físico femenino normal y una futura función sexual acorde con el mismo.

María sigue contando: *“Nos pusieron un abogado que resolvió la reasignación de sexo. Obtener el documento con la identidad cambiada fue muy problemático. El trámite fue casi como otro parto, tardó cinco años y medio. A los 6 años de Celina nos fuimos a un país de habla inglesa, por traslado de trabajo”*.

Segunda entrevista

Llamamos a Celina, su madre no permitió que pasara sola a la consulta, la joven no mostró oposición alguna a la decisión materna. Nos encontramos con alguien sin deseo de intercambio de ningún tipo. Celina desconoce sus condiciones de nacimiento, sabe que la operaron, pero no muy bien por qué. Lo femenino es vivido como una imposición de la madre y del equipo médico. Cuenta que nunca menstruó y enuncia que le gustaría tener hijos. Cuando le preguntamos si conocía el motivo de la consulta mira a su madre dándole la palabra. La relación con la madre es de un grado importante de alienación, tal vez el hacerse a un lado del padre dificultó la separación y constitución de Celina como un ser con voz y deseos propios.

El equipo médico del servicio de Ginecología solicita una evaluación psicológica para ver las condiciones psíquicas en que se encuentra Celina para ser sometida a una operación ya que de su vagina sólo tiene el introito y habría que realizar una vaginoplastía. Quien desea fervientemente la cirugía es la madre. Celina desconoce mucho de su origen, en los gráficos que realiza aparecen contornos muy frágiles, elementos bizarros a la manera de aparatos de influencia. Su relato es confuso e intenta salir de esos laberintos con desmentidas, negando omnipotentemente la situación conflictiva y autodefiniéndose como “binorma”, ya que utiliza a la perfección dos idiomas. Se muestra indiferente y completa. Tal como se

adjetiva, pensando en el prefijo “bi” que significa ambos, podríamos conjeturar que se percibe con ambos atributos.

La mudanza a un país de habla inglesa coincide con el recibir los documentos de reasignación de género, de varón a mujer. Celina y su familia viajan a otras tierras, suponemos que el motivo del traslado se sustenta en evitar cualquier oportunidad de que la anomalía de la niña sea vista y poder así mantener en secreto su condición de ambigüedad.

La evaluación psicológica concluyó que la joven no estaba en condiciones de ser operada al vislumbrar su fragilidad yoica y no hallar deseo propio, ni genuino, que motivara semejante esfuerzo, recomendando tratamiento psicoterapéutico. El equipo médico del servicio de Ginecología acepta estas indicaciones y suspende el pedido de intervención quirúrgica, considerando que no era conveniente repetir situaciones en las que Celina pudiera quedar en condiciones de objeto traumatizado.

Se propone dentro del servicio de Ginecología, en el área de Psicoterapia, un espacio terapéutico individual semanal con el propósito de ir desplegando la visión de sí misma, los deseos diferenciados de ella y su madre, sus fantasmas en torno a su ser, su identidad, sus expectativas en cuanto a su rol de género y la consideración de su genitalidad en el intercambio. En su presentación con características de autosuficiencia y no deseo de intercambio, intentamos ir abriendo un espacio de diálogo, que permita ir conociéndola y que se conozca, y que pueda vincularse con su cuerpo. Fue altamente positivo trabajar con la joven los efectos de castraciones reales acontecidas y procesar de un modo singular quién era y con quién deseaba intercambiar.

Los teóricos de la bisexualidad psíquica prestan teoría para ir comprendiendo mucho de esta singularidad. Es André Green (1982), con su teorización del género neutro, el que nos permite ir develando condiciones

de este aplastamiento pulsional, el anonadamiento del deseo sexual, el estado de anulación psíquica donde “el no ser nada” aparece como la condición ideal de autosuficiencia.

Dado el estado en que se encontraba Celina, el trabajo implicó ir poniendo color y espesor a tanto aplastamiento pulsional y a tanto no querer saber de sí ni de los demás. El trabajo clínico fue tomando distintas áreas de interés, la relación con sus padres, con sus pares, con el trabajo, con su cuerpo y su sexualidad inhibida. El proceso clínico psicológico se prolongó por un período de casi cuatro años, momento en que ella trae la inquietud y solicita ser operada. En ese momento, comenzó el trabajo de acompañamiento prequirúrgico y se encara la vaginoplastía postergada tiempo atrás, cuando Celina aún no manifestaba un genuino deseo propio.

Las voces de activistas intersex

A lo largo de las últimas décadas, se puede constatar la creación de grupos activistas intersex en diferentes regiones del mundo, así como una creciente articulación del movimiento intersex a nivel internacional. Estos grupos describen los efectos de una definición de la intersexualidad como “[...] un “conjunto de síndromes” o “ambigüedad genital”, identificando la misma como reflejo de un “fondo cultural común” que conceptualiza a las personas trans desde un imaginario de la indefinición o malformación.” (Cabral, 2009b, 7).

También opinan que el saber médico se propone reparar los genitales atípicos, convencidos de que estas cirugías contribuyen al proceso de normalización, basados en la creencia sobre lo que se considera “normal o deseable” para el sexo y el género, ratificando así el sistema binario.

Normalizan los cuerpos quirúrgicamente y/u hormonalmente forzándolos a que encajen en este sistema heteronormativo.

Así lo ilustra un recorte de entrevista entre Cabral y Benzur:

[...] la socialización, (el proceso de generización) precisaba de un cuerpo donde asentarse, de una base *material*. Para socializar a alguien como una niña, para que su identidad femenina resultara *exitosa* y sin fisuras, era imprescindible que su cuerpo fuera, en su apariencia exterior, el de una niña estándar, capaz de sostener la mirada y la palabra constitutiva de su madre y su padre, su propia percepción de sí como ser sexuado. (Mauro Cabral y Gabriel Benzur, Entrevista, 2005).²

Un cuerpo traumatizado

Las primeras entrevistas con la madre y las sesiones individuales con Celina nos transmitieron el tenor de la vivencia traumática y desde el vamos dimos fe a la observación analítica de Willy Baranger: “El trauma no miente. El trauma protesta, exige la repetición, manda hasta que se lo explicita. El trauma tiene su memoria” (Baranger, Mom, 1978, p. 143).³

A los efectos provenientes del trauma, se agregan connotaciones de vergüenza, ocultación, desgracia y ultraje. La familia manifiesta profundo dolor por tener que afrontar la presencia en Celina de un “cuerpo fallido” que “ni siquiera los médicos podían normalizar”. No sólo ocultan a su entorno sino que ahorran palabras para nombrar la historia de lo atravesado desde el nacimiento del bebé.

La teoría freudiana del trauma “en dos tiempos” es nodular. La repetición resignifica momentos de un primer tiempo que habían sido mudos hasta que

a posteriori se les permite hablar.

El primer tiempo del trauma (lo pretraumático, podríamos decir) recibe su valor etiológico, a partir del segundo, de su reactivación por un acontecimiento, a lo mejor trivial, pero fechable y nombrable, y por la historización analítica que vincula ambos tiempos. El primer tiempo del trauma permanece mudo hasta que “*nachträglich*” se le permite hablar y constituirse en trauma. (Baranger, Baranger y Mom, 1987, p. 771).

Podemos diferenciar dos voces diferentes, la de Celina anonadada, por un lado, y la de los padres, por el otro. En Celina, la larga serie de operaciones y el ocultamiento de su realidad la dejan inerme, la sumen en la ignorancia de toda educación sexual sin camino para elaborar el trauma, quedando en una situación de enajenación y sometimiento. La dramatización de este aislamiento es clara en la escena en la que a pedido de su madre queda afuera, confinada a la sala de espera. Por otro lado, su madre cuenta y decide sobre nuevas intervenciones quirúrgicas, sometiendo a la joven con una insistencia demoníaca a nuevas operaciones, haciéndose dueña del cuerpo de Celina catalogado como el de un monstruo.

Género, origen e historia del término

Partimos de la significación especial que el psicoanálisis otorga a la sexualidad como determinante de la conducta humana. A partir de una importante casuística, Money y otros comprueban la fuerza determinante que la asignación de un determinado sexo tiene sobre la futura identidad. En cuanto al concepto de género, Gayle Rubin (1975) propone la idea del sistema sexo-género como el dispositivo mediante el que una sociedad

transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana. En 1955, John Money, médico e investigador de problemas de hermafroditismo, en el Hospital de la Universidad Johns Hopkins (EE.UU.), traslada la palabra género de la gramática a las ciencias médicas alertado por la sobresignificación que pesaba sobre el término sexo. Efectivamente existe un sexo genético, gonadal, hormonal, anatómico, fisiológico, social, psíquico, además de la importancia fundamental y la significación especial que el psicoanálisis otorga a la sexualidad como determinante de la conducta humana.

Efectivamente los casos de ambigüedad anatómica en relación a trastornos genéticos muestran el valor decisivo de la creencia y el deseo parental en la experiencia temprana del sexo de crianza, más allá de la determinación biológica. Lo importante de este primer momento es la contención materna que con su espacio mental irá acogiendo al hijo, más que su condición sexuada lo primordial es el ser una persona. Pensando en Winnicott (1971) el *holding* materno posibilitará la integración de ese ser que se irá personalizando y luego podrá advenir varón o niña.

R. Stoller y otros corroboran los hallazgos de Money, es decir, la fijeza que adquiere el sentimiento de *ser nene o nena* una vez establecida esta categorización. Stoller (1968) denomina “experimentos *de la naturaleza*” a los raros casos de ambigüedad anatómica, en relación a trastornos genético-hormonales, casuística en que la asignación de un sexo se ve dificultada y el ordenador de la futura identidad de género es el *deseo parental*. Actualmente hay equipos multidisciplinarios para ayudar a los padres a decidir qué es mejor para el bebé, orientándolos para que no se apresuren a asignar un género precozmente (a veces ese proceso de elaboración puede durar 18 meses o más).

La creencia, el deseo, los fantasmas maternos y paternos en la determinación del género cobran fuerza. La asignación de género irá construyendo un cuerpo erógeno que podemos percibir como un constructo cuya *anatomía no es necesariamente su destino*. La atribución del género se convierte en el primer criterio de identificación de un sujeto y determinará el núcleo de su identidad de género. Definiendo así género como el conjunto de prácticas, normas, valores que dan sentido a un comportamiento propio de ser varón o nena y a un modo de relacionarse.

Otro aporte importante de Stoller (1968) para esclarecer esta problemática es la introducción entre naturaleza y cultura de un tercer término: *período crucial*, en el cual la asignación de un sexo imprime un sello a la identidad de género que difícilmente pueda revertirse pasados los tres años. Este núcleo genérico se establece antes de la etapa fálica. En los casos en que se cometen errores en la atribución inicial del género y posteriormente es necesario corregirlos, fracasan casi todos los intentos que se realizan luego de los tres años del nacimiento, reteniendo el sujeto su identidad de género inicial o convirtiéndose en alguien extremadamente confuso y ambivalente. “Lo que se constata es que lo que determina el comportamiento de género no es el sexo biológico, sino sus experiencias vividas desde el nacimiento, comenzando por la asignación” (Bleichmar Dío, E., 1985, pp. 38-39).

Entendemos así que los aspectos de la sexualidad que caen bajo el dominio de género son determinados por la cultura. La madre es el agente cultural privilegiado y luego el padre y la sociedad. Las fuerzas biológicas solo reforzarán o perturbarán una identidad de género ya estructurada. De este modo la estructuración de la identidad y los comportamientos de género los concebimos constituyéndose a través del investimento amoroso

de ese narcisismo trasvasante que va generando experiencias de reconocimiento y espejamiento gozoso.

Una producción artística presta su representación para seguir abordando el tema de la Intersexualidad

Presentamos recortes de la película argentina XXY, dirigida por Lucía Puenzo. Nos resulta interesante incorporar la reflexión sobre este material pensando en el arte como un espacio creativo, de mayor libertad, que nos puede dar otras miradas, aún impensables para la ciencia. En las ficciones aparecen nuevas opciones: esta familia se propone esperar y no modificar físicamente el cuerpo de su hija. La propuesta está más cerca de la de los activistas intersex, que se oponen a las operaciones y a la normalización del cuerpo en un binarismo ineludible.

En la película se relata la historia de una adolescente intersexual de 15 años, llamada Alex. Al nacer, sus padres decidieron no realizar una intervención quirúrgica que modificara su anatomía con la convicción de que en un futuro la hija pudiera decidir sobre su cuerpo en función de sus propias creencias, valores y experiencias vividas. Aceptando la compleja realidad con la que comenzarían a vivir deciden mudarse de Buenos Aires hacia un pequeño pueblo uruguayo, entendiendo que de este modo Alex evitaría crecer en un contexto cargado de prejuicios y miradas estigmatizantes. Puenzo pone en tensión la obligatoriedad de pertenecer a uno de los dos géneros “estándar” de nuestra cultura occidental y se centra en la construcción de la subjetividad de Alex en su condición de intersexual.

Entre otros psicoanalistas, Silvia Bleichmar (2006), en su libro *Paradojas de la sexualidad masculina*, afirma que se inclina por no dejar al niño

decidir en estos casos, proponiendo que sea el adulto quien atribuya un género aun cuando no haya correspondencia directa con el cuerpo anatómico.

Considero, en última instancia, que la no asunción de la obligación de una asignación desde el adulto respecto a la propuesta identitaria, puede tener consecuencias más graves que una asignación a revisar por el sujeto [...]. Crear un punto de referencia del cual partir, lo cual es necesario en todos los planos de la constitución subjetiva. (Bleichmar, S., p. 222).

Acordamos con crear un punto de referencia alrededor del cual se vaya tramando la subjetividad propia y la importancia de un trabajo personal con sostén familiar.

A través de los aportes de Burin podemos definir el concepto de género entendiendo que el mismo implica comprender que existen diversos (y desiguales) sentidos atribuidos al hecho de ser varón o mujer; que “[...] los modos de pensar, sentir y comportarse, más que tener una base natural e invariable, se apoyan en construcciones sociales que aluden a características culturales y psicológicas asignadas de manera diferenciada a mujeres y hombres. [...]” (Burin, 1996, p. 64). Por otro lado, la autora despliega en sus producciones una serie de características que nos permiten complejizar la definición del concepto en cuestión. En primer lugar, es necesario destacar que el género, en tanto categoría de análisis, tiene como cualidad que es siempre *relacional*: nunca aparece de forma aislada sino marcando su conexión. En segundo lugar, entendemos que estas relaciones se encuentran enraizadas en un contexto particular, por lo que el género también es una categoría *histórica* que se construye de diversas maneras

vinculándose con un espacio y tiempo particular. También destacamos que al realizar un estudio de género ponemos el acento en analizar las relaciones de poder que se dan entre los mismos. En este sentido complejizamos la idea relacional del concepto, entendiendo que la relación predominante que vincula a los géneros es aquella ligada al ejercicio del poder. Esta característica nos lleva a la afirmación de que, siendo el género construido en relaciones de poder, es una categoría eminentemente *política*.

En el caso de Celina, el poder era detentado por los padres, quienes nunca consultaron con la hija. Es más, prolongan la Patria Potestad sobre el cuerpo hasta entrada en la juventud, momento en que la conocemos en el hospital. Los padres influyeron en el cuerpo médico con su insistencia y su premura por definir cuanto antes lo ambiguo de los genitales, pensando que lo anatómico definía la pertenencia a uno de los dos géneros. Esto se modifica en la consulta hospitalaria narrada, siendo ya una joven de 20 años, cuando en el equipo consideramos necesario evaluar con qué y con quién contábamos para estimar si la joven estaba en condiciones de ser sometida a una intervención quirúrgica y si la motivación de la operación era su deseo. Este momento, crítico, se convirtió en una oportunidad para ir construyendo una subjetividad en ciernes.

En relación a la película, podemos ver expresado cómo se utilizan las categorías hegemónicas de nuestra cultura para intentar definir el género de Alex. Podemos observar el modo en que se construye socialmente una normatividad dentro de la cual debería optar Alex para poder definir su identidad: ser hombre o ser mujer. Como plantea García Canal (1997) la distinción hombre-mujer aparece vinculada al orden de lo biológico-anatómico, sin embargo entendemos que esta diferenciación genérica bajo “lo natural” está situada históricamente, por lo tanto esta distinción también es una construcción social.

La condición anatómica de Alex, al no definirse dentro de este binomio de categorías, produce un cuestionamiento respecto a la distinción biológica hombre-mujer. La incomodidad social que produce esta controversia nos muestra el modo en que las diferencias biológicas, al fin y al cabo aquello presentado como natural, no deja de ser construido socialmente. Una escena de la película que nos permite ahondar en este punto, es aquella en la que tres jóvenes lugareños acosan sexualmente a Alex con la intención de confirmar, o no, los rumores sociales en torno a su intersexualidad. Frente a su desnudez, las reacciones de cada uno son diferentes, pero todas poseen un tinte sorpresivo e incómodo. Ante la afirmación de uno de ellos: “Alex tiene las dos”, otro le dice: “Te dije que no era un verso”, el primero vuelve a definir lo visto: “Tiene todo”, y el tercero dice: “¡Es un asco!”, a lo que nuevamente el primero responde: “Qué decís vos, está buenísimo”.

Entendemos que todas estas expresiones implican valoraciones situadas en espacios y tiempos determinados y forman parte también de una cultura establecida que (re)construye el campo de lo visible y lo decible en los sujetos.

Como plantea Deleuze (1989), en toda sociedad existe un campo perceptivo dentro del cual ponemos en funcionamiento nuestros sentidos, formando e informando a nuestro cuerpo. Por otro lado, esta escena también nos permite pensar la necesidad de definir el género de las personas ante la aparición de elementos contradictorios y disruptivos en la imagen, como una forma de completar una *Gestalt* conocida. Que uno de ellos diga que “es un asco” da cuenta de la repulsa que genera la existencia de sujetos que portan cuerpos que transitan en espacios construidos como “anormales” para el universo social cercano. Sin embargo, advertimos que esta concepción del cuerpo, aunque sea la hegemónica, no es la única.

Es una decisión social querer definir el sexo de Alex y con precisión decir si es mujer o varón. Esta necesidad también puede verse de manifiesto en otra escena de la película. Aquella en la cual, después de la violación a Alex, ella tiene una conversación con su padre donde lo intima a abandonar su actitud de cuidarla siempre (ya que acostumbra sentarse a su lado mientras duerme para protegerla). El padre le asegura que la cuidará hasta que pueda elegir. Alex le pregunta: “¿Elegir qué?”, y su padre responde: “Lo que quieras”. Alex entonces dice: “¿Y si no hay nada que elegir?”. Esta respuesta sorprende al padre y nos deja pensando a nosotros. Desde un marco ficcional es Alex quien define que no tiene nada que elegir.

Volvemos al relato de Celina, la paciente del hospital, quien no sólo no elige, sino que se somete a los designios familiares, operarse una y otra vez para reparar su cuerpo.

Cabría aquí la pregunta del activista intersex, Raíces Montero (2010), “¿A quién pertenece nuestro cuerpo?”, y es así que pensamos la actuación del equipo médico que decide esperar y decidir luego de la evaluación psicológica la potencial intervención quirúrgica. No dudamos en decir que esto implicó considerar a Celina un sujeto con posibilidades de elegir, desear, con tiempos propios y con un cuerpo propio.

Escuchemos otras voces, las de los activistas del intersex:

Los sujetos que constituyen diversas identidades y promueven formas alternativas de relaciones socio sexuales, forjan rupturas con los discursos hegemónicos [...] que luego derivan en la construcción de categorías sociales desviadas, sobre las que operan sanciones formales (provenientes de las normas jurídicas) e informales (sujetas a los usos y costumbres), tendientes a normalizar las diferencias. (Paradiso Sottile, P., 2010, p.110).

La reacción de los padres frente a lo diverso

Los padres de quien nace con ambigüedad genital se encuentran en la situación de lidiar con los enigmas de su propia bisexualidad psíquica, con la sorpresa, la perplejidad y la duda frente a la ambigüedad sexual del hijo.

El psiquismo humano se constituye en la dialéctica entre lo pulsional (que ancla en lo biológico, pero es ya lo psíquico) y la relación con el objeto, con el deseo del otro y el fantasma parental. La bisexualidad estaría siempre presente y pulsante; ya Freud en 1925 decía “[...] que todos los individuos humanos, a consecuencia de su disposición (constitucional) bisexual y de la herencia cruzada, reúnen en sí caracteres masculinos y femeninos, de suerte que la masculinidad y femineidad puras siguen siendo construcciones teóricas de contenido incierto” (p. 276).

Freud tiene en cuenta la condición bisexual, papel fundamental que cumple en la estructuración del complejo de Edipo, estructura compleja, con sus valencias positiva y negativa que desemboca en la doble identificación masculina y femenina.

Pensamos que la función parental es fundamental para la constitución psíquica de los hijos y nos referimos a la función de contención y sostén para que se dé la integración del Yo, que ante todo es un Yo corporal, las capacidades de especularización, capacidades de narcisización que generarán el sentimiento de sí estrechamente vinculado a los ideales. Con Celina vemos lo difícil que le resulta crecer y advenir un ser. Lo traumático ocupa el centro de la escena y sus padres que le devuelven, cual espejo deformado, perplejidad, desconcierto y rechazo. Una madre fusionada de un modo mortífero y un padre que no adviene a su función, manteniéndose en una retaguardia permanente.

En *El renacimiento de Edipo*, Abadi (1977), nos habla de la fusión narcisista de la madre con el hijo donde la figura y la función del padre van a tener un rol liberador que consiste en instalar al niño en la cultura. Nada de esto sucede con Celina, condenada a no ser dueña de su cuerpo, ni de su vida. Abadi denomina la función padre, “el que es partero”, el que separa y da nacimiento, y en esta suerte de renacimiento es que se puede inaugurar la condición de sujeto del hijo.

Cuestiones del secreto y el ocultamiento

Para el psicoanálisis el secreto, el ocultamiento, el silencio, aportan mayores condiciones de posibilidad traumática y más si esta ausencia de palabra está asociada a un enigma íntimo del sujeto, ya que éste queda en soledad y a merced de los fantasmas más arcaicos y terroríficos.

En el libro *Interdicciones* (Cabral, 2009), el autor entrecruza el concepto de intersexualidad con dos procesos interdependientes que son el de visibilidad/invisibilidad. Plantea el modo en que la intersexualidad se ha invisibilizado históricamente, en función de mecanismos socioculturales. El ocultamiento se vincula con el modo en que ciertas zonas del cuerpo no puedan ser públicamente nombradas o visibles.

En este sentido, los genitales quedan ubicados en el orden de lo privado, de lo íntimo, algo que es necesario guardar, cubrir, ocultar. Si la intersexualidad implica la posibilidad de tener genitales diferentes a los estándares, la invisibilidad en estas situaciones alude no sólo al no mostrar, sino también al no nombrar, no hablar de ello. De este modo, podemos pensar que el hecho de que los padres de Alex, la protagonista de la película, decidieran mudarse de Buenos Aires, es para, en palabras de la

madre: “evitar que todos los idiotas del mundo opinen”. La intersexualidad de Alex se considera como una dificultad para el desarrollo de una vida “normal” en la ciudad. Aunque se piense como una forma de cuidar a su hija, lejos de ello, la intención primera es la invisibilización. Así mismo lo plantea su amigo, cuando le dice a Alex que si hace la denuncia por la violación “se va a enterar todo el mundo”. La exposición de Alex implica la exposición de ellos mismos, y el qué dirán sobre su hija también es percibido como una mirada hacia ellos. Encontramos el propósito de invisibilización en la migración como salida común a las dos familias que presentamos: la de Alex (protagonista de la película) y la de Celina (quien hace la consulta hospitalaria).

Bisexualidad y diferencia de géneros

Consideramos que el tema de la bisexualidad en psicoanálisis es fuente de importantes controversias. Ya Freud y la filosofía coreaban que los poetas saben más de lo que sucede entre el cielo y la tierra que el pobre científico. En *Tres ensayos de teoría sexual* (1905), menciona la fábula poética de la partición del ser humano en dos mitades –macho y hembra– que aspiran a reunirse de nuevo en el amor aludiendo a la teoría expuesta por Aristófanes en *El banquete* de Platón, mencionando la sorpresa que provoca el enterarse del hecho de las inversiones y las personas invertidas.

Pontalis (1982) enuncia que

Pocos mitos son tan límpidos, justamente –al menos a primera vista–, como el de Andrógino. Dentro de su aparente ambigüedad, ninguna figura podría entregar de tan inmediata manera sus rasgos como la de Hermafrodito: en un primer momento –por privilegio de nacimiento,

hijo por igual de Hermes y de Afrodita— representa en una sola forma la pareja de sus padres; los une, los combina, diría Melanie Klein, en una armoniosa proporción: es la belleza. (p.13)

Y en “El inasible a medias” menciona a Ovidio como un cuentista más límpido que el psicoanalista. El poeta describe al muchacho y la joven, enlazados hasta confundirse (la unión fusional de la pareja) en un solo ser sexualmente indeterminado antes que la de un ser doble. Allí sostiene Pontalis, subtitulando ¿Todo o nada?, que todo mito de la bisexualidad contiene dos fantasmas muy diferentes y hasta opuestos, cuya conciliación (imposible) intenta: un fantasma absolutamente positivo, que apunta a asegurar la plena posesión de un falo (paterno y materno) cuya excelencia sólo imperfectamente se la podría encarnar y significar en uno y otro sexo; y un fantasma, absolutamente negativo, que tiende a resguardarse de toda separación-castración-muerte que conduce a un desvanecimiento cada vez más acentuado del sujeto deseante.

Celina se presenta con su condición omnipotente, fantasma positivo que describe Pontalis en el mito de la bisexualidad, “*soy binorma, hablo a la perfección inglés y castellano*”, en plena posesión del falo (paterno y materno), y un fantasma negativo que tiende a resguardarla de la angustia de castración (incompletud) que la conduce a un aplanamiento deseante.

El resguardo de la angustia de castración es producto de una renegación que tiene sus efectos y la afecta en su ser deseante y sexuado. Si historizamos el decurso de la subjetivación de Celina nos encontramos con padres afectados y obturados por encontrarse sorpresivamente con un cuerpo que muestra una genitalidad ambigua y una atribución de género fallida. El impacto traumático en los padres obtura la posibilidad de investir ese cuerpo, no pueden aceptar un otro después de vincularse con aquel que recibieron. Si bien “*vistieron de rosa y pusieron aritos*” no pueden

reconfigurar un proyecto identificatorio del bebé, asignado con género femenino por la medicina en un segundo tiempo. Celina, dolorosamente se defiende del no reconocimiento aludiendo a su completud.

Conclusiones

Si bien lo traumático queda encarnado en el cuerpo y el psiquismo de aquellos sujetos a quienes se llama los intersexuales, Mauro Cabral en el libro *Interdicciones*⁴ (2009) enuncia: “Aquellos a quienes se los llama intersexuales somos por lo general hombres o mujeres que encarnamos una diferencia entre tantas [...]. Los así llamados intersexuales no somos otra especie humana, sino la encarnación de la diferencia sexual como pesadilla humana” (p. 117).

El psicoanálisis tiene mucho para decir y hacer en estas contiendas. En todo caso, acompañar a personas que deberán hacer un trabajo psíquico de aceptación de ese cuerpo y advenir a ser un sujeto sexuado. La tarea analítica es alojar con respeto las diferencias para dotar de identidad e integrar las “variaciones” que presentan.

La existencia de esos seres “ambiguos” pareciera venir a confirmar la visión antigua de los “monstruos”, aquellos que por no contar con un “verdadero sexo” debían ser eliminados.

El confinamiento de la intersexualidad a una cuestión de la medicina, empobrece las experiencias del imaginar, el metaforizar, el desear, el nombrar, el registrar la crueldad e intervenir para detenerla. La intersexualidad es algo que pasa y aquellos que dan testimonio del trabajo de la Verdad, de su verdad, cuentan historias que escuchamos entre

nosotros, y ellos, al contarlas, intentan que se escuche el propio discurrir del género como una historia.

En el análisis tendrá que poder construirse un escenario inédito tanto para el paciente como para el analista, que posibilite un encuentro intersubjetivo que aluda a lo íntimo y singular de cada quien. En el trabajo de otorgar significación a esos traumas que se repiten una y otra vez con demoníaca insistencia, el análisis no sólo actuará por *vía de levare* sino también *por vía de porre* (creando sentidos), transitando caminos para construir un relato de aquello que nunca fue nombrado. Dice Marucco: “Dentro del campo analítico la contratransferencia, lo que produce la mente del analista, sería el lugar privilegiado desde donde poder operar sobre esas huellas mnémicas que no tuvieron representación de palabra” (1998, p. 286).

El lugar del analista y su presencia como persona jugará un papel trascendente para la elaboración de un tipo particular de relación con el complejo de castración, relación que vía la desmentida escapa a la conexión y reconocimiento de ese particular proceso de sexuación.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Abadi, M. (1977). *Renacimiento de Edipo: la vida del hombre en la dialéctica del adentro y del afuera*. Buenos Aires: Trieb.

Baranger, M; Baranger, W., y Mom, J. (1987). El trauma psíquico infantil de nosotros a Freud: trauma puro, retroactividad y reconstrucción. *Revista de Psicoanálisis*, 34(2), 745-774.

Bleichmar, S. (2006). *Paradojas de la sexualidad masculina*. Buenos Aires: Paidós.

Burin, M. (1996). Género y psicoanálisis: subjetividades femeninas vulnerables. En Dio Bleichmar, E.; Burín, M. (eds.). *Género*,

- psicoanálisis, subjetividad*, pp. 61-99. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, J. (2007[1990]). Sujetos de sexo/género/deseo. En: *El género en disputa: feminismo y la subversión de la identidad* (pp. 45-99). Barcelona: Paidós.
- Cabral, M. (ed.). (2009). *Interdicciones. Escrituras de la intersexualidad en castellano*. Córdoba, Argentina: Anarrés.
- Dio Bleichmar, E. (1985). *El feminismo espontáneo de la histeria*. Madrid: Adotraf.
- Dio Bleichmar, E.; Burín, M. (eds.). (1996). *Género, psicoanálisis, subjetividad*. Buenos Aires: Paidós.
- García Canal, M. (1997). *El señor de las uvas: cultura y género*. México, DF: Universidad Autónoma Metropolitana - Unidad Xochimilco.
- Glocher Fiorini, L. (2001). *Lo femenino y el pensamiento complejo*. Buenos Aires: Lugar.
- Glocher Fiorini, L. (2015). *La diferencia sexual en debate*. Buenos Aires: Lugar.
- Green, A. (1982). El género neutro. En: *Bisexualidad y diferencia de sexos*, pp. 81-95. Ediciones del 80.
- Fausto-Sterling, A. (2006). *Cuerpos sexuados: la política de género y la construcción de la sexualidad*. Barcelona: Melusina.
- Freud, S. (1978[1905]). Tres ensayos de teoría sexual: la sexualidad infantil. En: *Obras Completas (Vol. 7)*, pp. 157-188). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud S. (1992[1925]). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica. En: *Obras Completas (Vol. 19)*, pp. 259-276). Buenos Aires: Amorrortu.
- Haber, M. (1997). Identité, bisexualité psychique et narcissisme. En: A. Fine, D. Le Beuf y A. Le Guen (dirs.), *Bisexualité* (pp. 49-68). Paris:

PUF.

- Inda, N y Rolfo, C. (1998). Género. En: C. Pachuk y R. Friedler (coord), *Diccionario de psicoanálisis de las configuraciones vinculares* (pp. 167-175). Buenos Aires: Del Candil.
- Kancyper, L., (2004), *El complejo fraterno: estudio psicoanalítico*, Buenos Aires: Lumen.
- Marucco, N. (1998). Posfacio: Las neurosis hoy: en las vías de acceso a las “zonas psíquicas” (pp. 277-288). En: *Cura analítica y transferencia: de la represión a la desmentida*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Pontalis, J. B. et al (1982). El inasible a medias. En: *Bisexualidad y diferencia de los sexos*, (pp. 13-26). Buenos Aires: Ediciones del 80.
- Paradiso Sottile, P.; Litardo, E. y Regueiro de Giacomi, I. (2010). Panorámicas sobre derecho, identidad de género y sexualidad. En: J. Raíces Montero (comp.), *Un cuerpo: mil sexos: intersexualidades*. Buenos Aires: Topía.
- Stoller, R. (1968). *Sex and Gender*. Science House. New York.
- Tajer, D. (2009). *Heridos corazones: vulnerabilidad coronaria en varones y mujeres*. Buenos Aires: Paidós.
- Woloski, G. (2011/2012). Pascual ve muchas películas: un niño criado en una familia homoparental. *Revista de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis*, (15/16), 119-146.
- Woloski, G. (2016). El saber sobre el origen ayer y hoy. En: P. Alkolombre y C. Sé Holovko (comps.). *Parentalidades y género*. Buenos Aires: Letra Viva.

¹ Al tratarse de un caso de intersexualidad, y no habiendo una forma lingüística neutra, decidimos tomar una de las categorías del binomio masculino/femenino, utilizando el femenino para nombrar a ambas jóvenes.

² Esta entrevista fue realizada y editada entre Gabriel Benzur y Mauro Cabral en Córdoba, Argentina, entre enero y febrero del año 2005 y apareció en *cadernos pagu* 24, enero-junio de 2005, pp. 283-304. Encontrada en: <https://es.scribd.com/document/310780770/Cabral-y-Benzur-Intersex-Dialogo-Sobre>

³ En Kancyper, Luis (2004): *El complejo fraterno. Estudio psicoanalítico*, Buenos Aires-México: Lumen, p. 143.

⁴ “Interdicciones” es el nombre de una antología de “escrituras desde la intersexualidad en castellano”, como indica el subtítulo, editada por Mauro Cabral (2009a). La publicación está disponible online en: <http://www.mulabilatino.org/Interdicciones2.pdf>

Reflexiones sobre lo femenino¹

Mery Pomerancblum Wolff

Sociedad Psicoanalítica de Porto Alegre

RESUMEN

La autora aborda lo femenino como una dimensión psíquica arcaica, fundante, no ligada a lo sexual o al género. En sus reflexiones lo considera como parte estructurante de la subjetividad y de las identificaciones sexuales y de género posteriores.

ABSTRACT

The author approaches the feminine as a founding, archaic psychic dimension, not linked to the sexual or gender. In her reflections she considers it as a structural part of the subjectivity and the posterior sexual and gender identification.

DESCRIPTORES: FEMENINO – FEMINEIDAD – SUBJETIVIDAD – IDENTIFICACIÓN – BISEXUALIDAD.

KEYWORDS: FEMININE – FEMININITY – SUBJECTIVITY – IDENTIFICATION – BISEXUALITY.

Reflexiones sobre lo femenino

Al reflexionar sobre lo femenino y no sobre la femineidad, propongo un modelo de pensar que, *a priori*, representa mi modo de comprender este tema complejo y que, por su naturaleza, está lleno de diferentes sentidos y significados en los que tales nociones se pueden superponer y entremezclar por el deslizamiento de sus conceptos.

En este momento se me ocurren algunas preguntas: ¿lo femenino se constituye o es primario? ¿Y cómo se constituye la femineidad? ¿Y qué se puede decir de las identificaciones femeninas?

Según yo lo entiendo, lo femenino es un aspecto de la vida psíquica relacionado con lo arcaico y no representado. Es inicial, fundante y no está ligado al sexo o al género. Es diferente a la femineidad, que tiene que ver con volverse femenina.

La femineidad está relacionada con volverse mujer y femenina, en un entrelazamiento entre lo biológico y lo cultural, teniendo así hoy una configuración diferente a la que tenía en la época de Freud, para quien, por ejemplo, lo ideal de la femineidad estaba ligado a la maternidad.

Las identificaciones femeninas se instituyen desde muy temprano, asentadas sobre diversas significaciones atribuidas por la madre en su relación con el bebé. Presuponen la elaboración de diversas vicisitudes del desarrollo, prioritariamente el tema de la bisexualidad y el reconocimiento de las diferencias, o bien como resolución del conflicto edípico.

Estos temas están presentes en los debates psicoanalíticos desde sus principios, e independientemente de la línea teórica y/o del vértice que se tome me parece que existe un aspecto central. Al hablar de la constitución

de lo femenino, estamos, antes que nada, hablando de la constitución del sujeto psíquico. En mi forma de entenderlo, ese sujeto, que pasará a ser femenina, se constituye de una forma específica, siendo la sexualidad, en ese sentido, una parte importante de esa estructuración.

Faria (2005) señala que la sexualidad es un aspecto central para la constitución de lo psíquico y que “produce y puebla” el campo psíquico (p. 102), o que, según mi opinión, la coloca en el origen y el funcionamiento de ese proceso. Pienso que el mundo interno se va creando en el interjuego entre pulsión y objeto, o que, como señala Faria, también reproduce simbólicamente la complementariedad masculino y femenino.

Freud, desde las primeras investigaciones sobre las mujeres y sus deseos, en los principios del psicoanálisis, las consideró como un enigma que precisaba ser explorado. En el ámbito de la cultura, a través de la palabra de Beauvoir (1949/2009), una de sus expresiones más destacadas, la clásica afirmación “nadie nace mujer, llega a serlo” (p. 361), entiendo que se refiere al proceso de subjetivación que instituye la femineidad en la mujer.

Freud, marcado por las vicisitudes de una Viena del siglo 20, consideraba a las mujeres como un “continente negro” (1926/1976d), refiriéndose a lo desconocido, a lo velado, y, quién sabe, en una lectura actual, a lo difícil de representar.

Para aquella época los nuevos conceptos de ese autor sobre la sexualidad infantil (1905/1976f) eran innovadores y desafiantes, abrieron camino para el desarrollo de ese tema y de varios otros, como las nociones sobre bisexualidad, monismo fálico, pasando por la pregunta de la diferencia en la constitución edípica (1924/1976^a), por la valorización de la etapa pre-edípica en la niña (1931), hasta llegar a la noción, como yo lo entiendo, de que la transformación de la niña en mujer es ardua y compleja.

En trabajos posteriores sobre femineidad (Freud, 1931/1976e, 1933/1976b) la castración continua siendo central para comprender el tema. Concibe inicialmente la femineidad por el camino de la neurosis –pues, al rechazar el placer rechaza el reconocimiento de la falta– y señala que el deseo está en otra parte, no en el pene. En un segundo camino, que sería el entendido por él como normal, la mujer transforma el deseo masculino en fuente de su propia investidura narcisística. En ese caso, la femineidad es un don, que puede ser ofrecido al compañero y no la constatación de una falta.

En el transcurso de su obra la bisexualidad continúa siendo un tema considerado oscuro (1930/1976c). La sexualidad es comprendida como la expresión de una pulsión en busca de un objeto. En ese proceso se producen las identificaciones, fundamentales para la constitución de la femineidad y la masculinidad.

La idea de Freud de que lo femenino se constituye por la percepción de la falta del pene tiene un papel importante en la teoría psicoanalítica y está relacionada con la centralidad de la biología como destino. Distintos autores cuestionan, divergen o agregan aspectos a esta concepción.

Después de Freud otros autores, como Horney (1924, 1926/1967) y Jones (1927, 1933, 1935), cuestionaron ese concepto por creer que la niña percibía su vagina, pero la negaba.

Como los autores anteriores, Melanie Klein (1932/1975) entiende que la niña posee una percepción inconsciente de la vagina, pero va más allá. Ese cambio de enfoque trae una contribución importante para la comprensión de la sexualidad femenina. Ella no es la falta. Lo masculino es para afuera, es activo, es agresivo. Lo femenino es para adentro, es pasivo, es receptivo. También considera que la femineidad se constituye a través de procesos más complejos.

Según Klein (1932/1975), los bebés, sean niños o niñas, establecen desde el nacimiento un vínculo de mucha proximidad y de amor con la madre; en ese proceso se estructura psíquicamente una fase de desarrollo que ella llama femenina, independientemente del sexo. Esa fase se caracteriza por la vuelta al padre ante la frustración frente al pecho materno, por la ambivalencia y por contener un monto importante de ansiedades depresivas, que corresponderían a los primeros estadios del Edipo precoz. Esa autora resalta que, en ese momento, el funcionamiento mental es semejante en niños y niñas, caracterizándose por el deseo de contener dentro de sí el pene del padre y los bebés de la madre; esa actitud es continente y considerada típicamente femenina.

Destaco esa concepción de Klein porque la entiendo como coincidente con la formulación que hago sobre lo femenino, en la que una de las características estaría ligada al deseo de continencia como algo específicamente femenino, diferente de ser algo relacionado a la femineidad.

Winnicott (1966/2005) describe que niños y niñas, hombres y mujeres, poseen elementos femeninos y masculinos.

Estos elementos están presentes desde una etapa muy primaria de la vida, y para ese autor la madre es parte fundamental desde el principio de la constitución psíquica. En la concepción winnicottiana el bebé construye su sentimiento de ser en la relación inicial con el pecho, y ese sentimiento representa un elemento femenino puro, que precisa ser constituido en la relación primitiva con el pecho y con la madre; se refiere a la experiencia de omnipotencia, que permite que el bebé sienta que el pecho y la madre son creaciones suyas, dándole un sentido de continuidad. El elemento femenino puro es el que prepara el camino para el sujeto objetivo, que tiene un self y el sentido de lo real, que tiene un sentimiento de identidad.

Winnicott subraya que ese elemento femenino puro se compone como una experiencia vital inicial –en una experiencia de identificación primaria, matriz de identificaciones futuras, anterior a la organización del elemento masculino puro, que, en su relación con el objeto, presupone la separación y un yo disponible. Me parece que ese elemento femenino es básico para la constitución psíquica, ya que funda la noción de sí mismo.

El concepto de elemento femenino de Winnicott, así como el concepto de Klein sobre la fase femenina, sirven de soporte y fundamento para lo que entiendo como *lo femenino*, refrendando que la organización de ese aspecto de la vida psíquica es inicial y se produce con todos en su relación de objeto más precoz, siendo la raíz de futuras identificaciones.

Michele Montrelay (1979) también describe la existencia de un femenino que es muy inicial en el ser humano. Según esa autora, lo femenino parte de un vértice pulsional, un aspecto del conjunto de las pulsiones femeninas (orales, anales y vaginales) que es mantenido fuera de la represión. Como tal, no está limitado a las mujeres, pero Montrelay afirma que son necesarias determinadas condiciones. Por un lado ciertas características del cuerpo femenino; por otro, el desarrollo de la sexualidad que, en las niñas, permite un escape de la represión y mantiene un mayor enlace con las pulsiones primarias en oposición a la castración y a la ley.

Montrelay agrega el aspecto pulsional al concepto de lo femenino que, a mi modo de ver, sería el elemento que posibilita al ser humano desencadenar a esa experiencia vital el camino de la subjetivación.

Cosnier (1987) no profundiza el tema de lo femenino en esos modelos. En sus trabajos resalta el tema de la identificación femenina, que se constituirá como una síntesis de las identificaciones primaria y secundaria. Para la construcción de esa identificación femenina, toma como referencia la introyección de lo femenino materno, se apoya en la diferenciación del

yo, que es anterior al reconocimiento de la identificación sexual y de la identificación sexuada –camino por el cual el inconsciente reconoce y diferencia un sexo del otro.

Glocher Fiorini (1994) considera que lo femenino sería un registro que abarca ambos sexos y se refiere a “las primeras experiencias, pre-edípicas, pre-especulares, con una poderosa pregnancia de lo materno, y que descentran la polaridad masculino-femenino, justamente por involucrar a ambos sexos” (p. 34). Describe lo femenino como una experiencia primaria corporal, cenestésica, pre-discursiva, y que por su naturaleza no puede recibir representación psíquica directa, por el exceso de excitación.

Esa contribución de Glocher Fiorini se ensambla de forma muy clara al modelo que estoy intentando construir, reforzando la idea *de lo femenino* como inicial, fundante, presente en ambos sexos, conectado a la relación primaria con la madre. Agrega un tema que me parece importante y que se refiere a la dificultad de representación psíquica de esa experiencia. Agrego que, en esa experiencia primaria corporal, de acuerdo con el concepto de Glocher Fiorini, no se puede olvidar que las diferencias anatómicas proporcionan marcas de experiencias corporales diferentes, y éstas van a constituir representaciones específicas en las cuales el tiempo, el espacio y la sensorialidad (Wolff, 2005) construyen la imagen del cuerpo que va a establecer la identidad, incluyendo la sexual.

Destaco también la influencia de los registros parentales para la constitución del psiquismo del bebé. Desde antes de nacer, ellos pueblan el imaginario de los padres y tienen una inscripción en sus mentes que van a apoyar las identificaciones propias del yo ideal y más adelante, al ser simbolizado, constituir el ideal del yo. Esa inscripción, además de otras influencias, determinará de qué modo esos padres van a nombrar al hijo, incluso a qué género sexual les parece que pertenece el bebé. Esas fantasías

inconscientes serán fundamentales para la constitución de un sentimiento de ser, ya sea femenino o masculino.

Por medio de la observación de bebés por el método de Ester Bick, acompañé la forma en que va siendo construido el psiquismo del bebé a través de la relación madre-bebé, en la cual éste va a crear su espacio mental, y, en éste, la capacidad de continencia y de espera, que es una característica de lo femenino. Es a través de recordar, jugar con huecos, vacíos, con los cuales juegan bebés de ambos sexos, que se va dando ese sentimiento de ser que es un modo femenino de lidiar con los objetos.

Entiendo que hay una aproximación entre los conceptos descritos por Klein y por Winnicott con los de Fiorini. Todos consideran que ese registro pertenece a la primitiva relación madre-bebé, a las relaciones objetales, desde el nacimiento, lo que no excluye, en la constitución de lo femenino, la existencia de aspectos más específicamente de la línea de lo pulsional.

Lo femenino, como yo lo entiendo, es sustantivo, separado y diferente de lo femenino como adjetivo, de la femineidad y de la identificación femenina. No es una cualidad, es un sentimiento de ser, involucra la capacidad y el deseo de continencia y se establece a partir de la relación diádica tanto en mujeres como en hombres.

Pienso que lo femenino se refiere a esta dimensión de lo que es arcaico y no representado. Un registro que se encuentra en busca de una simbolización. Según mi punto de vista, ese femenino se constituye a partir de lo sexual, no del género sexual, que, en la tesitura de las relaciones objetales, construye una dimensión psíquica de lo que es subjetivo, cualquiera que sea el género de cada uno, y se va volviendo simbolizable y simbolizado en la medida en que se constituye la mente.

Es decir, es a partir de ese femenino que se va entretejiendo la adquisición de una identificación, que puede ser femenina, y de un

sentimiento de femineidad. Eso no se produce de forma lineal, sino en circunvalaciones a partir de interrelaciones, en un proceso complejo que implica desde los registros iniciales de las relaciones madre-bebé, que revela lo femenino como un registro arcaico, pasando por la búsqueda de un modelo de madre ideal para identificarse y por los aspectos pulsionales del campo del deseo y en búsqueda de un objeto sexual.

La constitución de un sentimiento de femineidad, tanto como la sexuación, se organizan de esa manera entre lo femenino, lo arcaico pulsional, que encuentra un objeto (madre) que permite que se vaya organizando el sentimiento de ser y, al mismo tiempo, van formando modelos identificatorios, puestos en acción desde el nacimiento, juntamente con la percepción del cuerpo (tener o no tener una vagina).

Es decir, la femineidad y la identificación femenina se construyen en un proceso a partir del núcleo de identidad y constituyen algo que, en principio, es una característica predominante en las mujeres.

Para finalizar, resalto el aspecto inherente de lo femenino que permanece como una característica en hombres y mujeres. Se refiere a la capacidad de continencia, a lo que es receptivo, a la capacidad de contemporización. Basada en aspectos constitucionales, en la identificación primaria y en las transmisiones hechas por los padres incluso antes del nacimiento. Se organiza en la relación madre-hijo cuando se constituye el sentimiento de ser (como describe Winnicott), un modo psíquico, subjetivo, con su identidad propiamente dicha.

En nuestro quehacer clínico, lo femenino está presente en nosotros, psicoanalistas hombres y mujeres, tanto como en nuestros pacientes. Es a través del proceso, por el interjuego transferencial, que ese femenino, expresado entre otras formas por la capacidad de continencia, puede desarrollarse, ampliando nuestro espacio mental.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Beauvoir, S. de (2009[1949]). A experiência vivida. En: *O segundo sexo* (Vol. 2, pp. 361-429). Rio de Janeiro: Nova Fronteira. [Versión en español: (1987). *El segundo sexo. 2: la experiencia vivida*. Buenos Aires: Siglo Veinte.]
- Cosnier, J. (1992). *Los destinos de la feminidad*. Madrid: Julián Yébenes.
- Faria, C. G. (2005). Sexualidade e estrutura psíquica. En: Sociedade Psicanalítica de Porto Alegre (org.), *Psicanálise e sexualidade: tributo ao centenário de Três ensaios sobre uma teoria da sexualidade 1905-2005* (pp. 101-110). São Paulo: Casa do Psicólogo.
- Freud, S. (1976a[1924]). A dissolução do complexo de Édipo. En: Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud (Vol. 19, pp. 215-244). Rio de Janeiro: Imago. [Versión en español: (1979). El sepultamiento del Complejo de Edipo. En: *Obras Completas* (Vol. 19, pp. 177-187). Buenos Aires: Amorrortu.]
- Freud, S. (1976b[1924]). Feminilidade. En: *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (Vol. 22, pp. 139-165). Rio de Janeiro: Imago. [Versión en español: (1979). 33ª conferencia: la femineidad. En: *Obras Completas* (Vol. 22, pp. 104-125). Buenos Aires: Amorrortu.]
- Freud, S. (1976c[1930]). O mal-estar na civilização. En: *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (Vol. 21, pp. 75-171). Rio de Janeiro: Imago. [Versión en español: (1979). El malestar en la cultura. En: *Obras Completas* (Vol. 21, pp. 59-140). Buenos Aires: Amorrortu.]

- Freud, S. (1976d[1926]). A questão da análise leiga. En: *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (Vol. 20, pp. 205-293). Rio de Janeiro: Imago. [Versión en español: (1979). ¿Pueden los legos ejercer el psicoanálisis?: diálogos con un juez imparcial. En: *Obras Completas* (Vol. 20, pp. 165-224). Buenos Aires: Amorrortu.]
- Freud, S. (1976e[1931]). Sexualidade feminina. En: *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (Vol. 21, pp. 257-279). Rio de Janeiro: Imago. [Versión en español: (1979). Sobre la sexualidad femenina. En: *Obras Completas* (Vol. 20, pp. 223-244). Buenos Aires: Amorrortu.]
- Freud, S. (1976f[1905]). Três ensaios sobre a sexualidade. En: *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (Vol. 7, pp. 118-230). Rio de Janeiro: Imago. [Versión en español: (1978). Tres ensayos de teoría sexual: resumen. En: *Obras Completas* (Vol. 7, pp. 211-222). Buenos Aires: Amorrortu.]
- Glozer Fiorini, L. (1994). *Lo femenino y el pensamiento complejo*. Buenos Aires: Lugar.
- Horney, K. (1924). On the genesis of the castration complex in women. *International Journal of Psychoanalysis*, 5(1), 50-65. [Versión en español: (1979). Sobre la génesis del complejo de castración en la mujer. En: J. Rivière, *La femineidad como máscara* (pp. 71-88). Barcelona: Tusquets.]
- Horney, K. (1926). The flight from womanhood: the masculinity-complex in women as viewed by men and by women. *International Journal of Psychoanalysis*, 7(3/4), 324-339.
- Jones, E. (1935). Early female sexuality. *International Journal of Psychoanalysis*, 16(3), 263-273.

- Klein, M. (1990a[1928]). Estudios tempranos del conflicto edípico. En: *Amor, culpa y reparación y otros trabajos* (pp. 193-204). Buenos Aires: Paidós.
- Klein, M. (1990b[1932]). Los efectos de las situaciones tempranas de ansiedad sobre el desarrollo sexual del varón. En: *El psicoanálisis de niños* (pp. 249-285). Buenos Aires: Paidós.
- Laplanche, J. y Pontalis, J.-B. (1967). *Vocabulário da psicanálise*. São Paulo: Martins Fontes. [Versión en español: *Diccionario de psicoanálisis* (1993). Barcelona: Labor.]
- Montrelay, M. (1979). Investigaciones sobre la feminidad. En: J. D. Nasio (Org.), *Acto psicoanalítico: teoría y clínica* (pp. 197-220). Buenos Aires: Nueva Visión.
- Winnicott, D. W. (2005[1966]). Sobre os elementos femininos e masculinos ex-cindidos. En: *Explorações psicanalíticas* (pp. 133-143). Porto Alegre: Artmed. [Versión en español: Sobre los elementos masculino y femenino escindidos (1991). En: *Exploraciones psicoanalíticas* (pp. 206-233). Buenos Aires: Paidós.]

¹ Este artículo se publicó por primera vez en el *Jornal de Psicanálise*, Volumen 42, diciembre de 2009, n. 77. Traducido por Silvia Koziol.

Recibido: 2/1/2019

Aceptado: 19/8/2019

Del sueño a la corporeidad:
¿El sexo / género del analista tiene alguna relevancia
en el proceso analítico?¹

Cândida Sé Holovko

Sociedad Brasileña de Psicoanálisis de San Pablo

RESUMEN

La autora se pregunta si el sexo/género del analista favorecería reacciones transferenciales y contratransferenciales específicas.

A partir de una breve incursión teórica en el tema y la ilustración de un material clínico pretende señalar la importancia que este factor tiene en determinados procesos analíticos.

ABSTRACT

The author questions whether the sex/genre of the analyst would favor specific transference and countertransference reactions.

From a brief theoretical foray into the theme and the illustration of a clinical material, it intends to point out the importance that this factor has in certain analytical processes.

DESCRIPTORES: TRANSFERENCIA – CONTRATRANSFERENCIA – GÉNERO – DESEO DE UN HIJO – RELACIÓN MADRE-HIJA.

KEYWORDS: TRANSFERENCE – COUNTERTRANSFERENCE – GENDER – CHILD’S DESIRE – MOTHER-DAUGHTER RELATIONS.

Del sueño a la corporeidad: ¿El sexo / género del analista tiene alguna relevancia en el proceso analítico?

Introducción

Varios psicoanalistas en los últimos años, tales como Helen Meyers, 1994; Alizade, 2004; Lartigue y Vives Rocabert, 2008; Paul Denis, 2013; Gley Costa, 2017; entre otros, se han preguntado sobre la importancia del sexo/género del analista en el desarrollo de algunos análisis y las opiniones no son unánimes.

Recordemos que el sexo es definido por la anatomía: nacer hombre o mujer, y el género es el resultado de un largo proceso de identificaciones y fantasías donde los factores culturales, sociales e intrapsíquicos interactúan para dar origen a una “identificación nuclear de género”, según Stoller. Mariam Alizade (2004) propone que:

Las posiciones femenina, femenino-maternal, masculina, paterna, fraternal, otras, son encarnaciones pasajeras de roles de género, de representaciones y de afectos. Comprenden conductas y roles de género que reciben las órdenes o presión social de época que

dictaminan matices diversos en la definición de femineidad y masculinidad. (p. 21)

Son muchas las cuestiones en un tema bastante complejo, pues sabemos que analistas hombres y mujeres tienen una combinación particular de femineidad y masculinidad que favorece o no la acogida de determinadas configuraciones psíquicas; sin embargo, por creer que ese es un tema que todavía requiere una reflexión más cuidadosa, quiero compartir algunos interrogantes: ¿Será que el sexo/género del analista favorecería reacciones transferenciales y contratransferenciales específicas? ¿Cuál es el peso que esta particularidad tendría en el proceso general del análisis? ¿Será que el sexo/género del analista sería relevante en la atención de transexuales que quieren realizar una reasignación sexual, con familias homoparentales, en el tratamiento de diversidades sexuales, etcétera?

Me gustaría decir que utilizo el término *transferencia* como corrientemente lo usamos desde Freud, es decir, como reelaboración o nueva versión de antiguos conflictos de relaciones de objetos infantiles vividas en la situación presente de análisis con la persona del analista, pero también todas las respuestas emocionales que el paciente presenta en relación a su analista particular. *Contratransferencia* aquí designa todas las respuestas emocionales que el analista experimenta en la relación con su paciente, y que es una importante herramienta para alcanzar el entendimiento del material inconsciente del analizando y formular una intervención apropiada.

Quiero añadir, también, que comparto con Joseph Sandler (1998) su visión positiva y ampliada de la contratransferencia:

Mi observación es que las reacciones abiertas del analista al paciente, así como sus pensamientos y sentimientos, lo que puede ser llamado

respuesta a sus roles (*role-responsiveness*) se muestra no sólo en sus sentimientos, sino también en las actitudes y comportamientos, como un elemento crucial en su ‘útil’ contratransferencia. (p. 32)

A continuación haré una breve exposición de algunas ideas sobre el tema y luego presentaré un material clínico de una paciente que presentaba serios conflictos con la maternidad.

Transferencia y contratransferencia de género

A la invitación de la danza de las transferencias-contratransferencias de género, el analista suficientemente analizado responde a partir de una combinación particular y singular de masculinidad y femineidad, con pasos flexibles que pueden incluir una múltiple variedad de movimientos y de posiciones en la conducción de ese ballet de roles que su bisexualidad psíquica y la del paciente propician y requieren. Anclado en esa bisexualidad psíquica, resultante tanto de las disposiciones biológicas como de los procesos de identificaciones con ambas figuras parentales, todo analista está, en principio, preparado para recibir las proyecciones y fantasías de su paciente independientemente del sexo/género de éste y de qué papel de género el mismo presiona desde su transferencia. Como señala Alizade (2004), el analista “[...] recibe un golpe de proyección hacia un sexo-género y se deshace o de-sexa en forma temporal e invisible para asumir el género transferencial” (p. 23).

Es esperable que el analista posea, más allá de la amplia tolerancia y flexibilidad contratransferencial, esa disponibilidad para perder transitoriamente su género y estar preparado para vivir momentos de femineidad, de masculinidad o de ambigüedad. En esos momentos

podrá pensar, expresarse e interpretar como si perteneciera a otro sexo. (Alizade, 2004, p. 24)

Creo, así como Helen Meyers (1994) y Alizade (2004), que en análisis bien conducidos, la importancia del sexo/género del analista, como así también otros aspectos de la realidad, debieran tener poco efecto en el resultado final. Sin embargo, Meyers también observó que “[...] el género del analista parece tener un peso mayor en la secuencia, intensidad y emergencia de ciertos aspectos transferenciales” (p. 54). Esta autora afirma que con mayor frecuencia se sugiere que pacientes hombres y mujeres establecen más fácilmente transferencias maternas pre-edípicas con analistas mujeres y que las transferencias paternas edípicas ocurren más fácilmente con analistas hombres. Otros autores encuentran diferentes hallazgos; Flaming, citado por Meyers, describe que pacientes varones presentan mayores problemas de separación con analistas mujeres, mientras que se observan más reacciones transferenciales homosexuales con hombres. Karne (en Meyers, 1994) postuló que transferencias maternas pre-edípicas podían ser experimentadas con analistas de cualquier género, pero las transferencias edípicas, maternas y paternas, se establecían de acuerdo con el género real del analista. Estas observaciones apoyadas en observaciones clínicas no se validan universalmente y no tienen una explicación simple. Esta autora llama la atención también sobre las contratransferencias vinculadas al género, preguntándose si estos resultados no se debían a que algunas analistas mujeres se sienten más cómodas en lidiar con problemas pre-edípicos que con deseos edípicos agresivos y sexuales con un paciente hombre y por consiguiente analizan más los aspectos de separación-individuación de las configuraciones pre-edípicas. Algunos analistas hombres podrían, a su vez, dejar de lado la transferencia materna pre-edípica implícita, debido a sus temores de pasividad y

castración. De ser así, resulta difícil discriminar cuánto de los descubrimientos se deberían a las fantasías surgidas en la transferencia como resultado del género del analista y cuánto se debería a la contratransferencia, teniendo en cuenta lo que siente el analista. “Algunas fuerzas en juego pueden hacer que el analista observe más ciertas transferencias y permita o dificulte la aparición de otras” (Meyers, 1994, p. 53). Gley Costa (2017), discute sobre reacciones contratransferenciales de analistas que creen en la teoría del desarrollo “normal” de la sexualidad conduciendo sólo a la heterosexualidad. Dice “[...] por cuenta de esa posición teórica, al no hacer las preguntas necesarias, bloqueará la posibilidad de ayudar a sus pacientes a sentirse menos inhibidos o a tener menos conflictos con su homosexualidad” (p. 54).

A partir de mi experiencia noto que cuando el/la paciente dice claramente que busca una analista mujer este factor tendrá un importante papel en el proceso analítico. Paul Denis en un artículo titulado “Transferencia y reacciones transferenciales de género” (2013), afirma que la búsqueda espontánea de una analista mujer u hombre ya denota la expresión de varios factores inconscientes en acción y que debe ser cuidadosamente examinado.

La elección de un analista del mismo sexo puede despertar el miedo de una fantasía seductora heterosexual, o peor a una fobia al otro sexo; puede también ser un medio sutil de buscar [...] una elección narcisista, una elección que podría corresponder a una tendencia homosexual inhibida. [...] Por otro lado, el miedo a fantasías homosexuales puede llevar a determinado paciente en la dirección de la búsqueda de un analista del sexo opuesto. (p. 763)

Comentando un caso de psicoterapia con un transexual en el que la persona se había realizado una cirugía para el cambio de sexo, Denis (2013)

propuso que estas situaciones ligadas a la identidad de género pueden producir en el analista “reacciones de género” tales como sentimientos de desorganización, confusión de identidad, con una contratransferencia particular en la que el analista no sabe si está frente a un hombre o una mujer y cómo acercarse. Silvia Bleichmar (2006), en una actitud muy receptiva, antes de la reasignación sexual de un paciente transexual buscaba seguir los movimientos de transformación interna de la identidad que se iba constituyendo, usando, con el/la paciente, nombre y pronombres femenino o masculino de acuerdo con el momento vivenciado.

Eizirik y otros en el texto “Contratransferencia en la psicoterapia dinámica de pacientes con desórdenes de identidad de género”, muestra cómo el campo analítico se organiza diferentemente cuando los pacientes transexuales que desean cambiar de sexo (principalmente de hombre a mujer) son atendidos por analistas hombres o analistas mujeres y cómo los conceptos que el analista tiene de lo que es masculinidad o femineidad tiene gran influencia en las reacciones contratransferenciales producidas en esas situaciones.

Estos autores citan a Lothtein (1977 b), que organizó una investigación con 125 personas que buscaban una cirugía de reasignación sexual. Lothtein encontró un número muy pequeño de pacientes con etiologías hormonales, neurológicas, biológicas, sugiriendo que una mayor influencia de relaciones parentales perturbadas contribuía en los conflictos de género.

En psicoterapias que anteceden a dichas operaciones, este autor identificó 5 etapas en la transformación de la relación del terapeuta con dichos pacientes. Esos estados son: “Voyeurismo, confusión cognitiva, negación y alejamiento versus super-identificación, consolidación del papel de género del analista y trabajo en el proceso analítico.” (Eizirik y otros, 2017, p. 183). Eizirik y otros, en ese texto, en concordancia con Lothtein ilustran

también el caso de un analista hombre con un paciente que quiere cambiar al sexo femenino. En ese material muestran cómo el paciente que se viste como mujer de forma exagerada, a veces bizarra (batón, soutien, zapatos de tacón muy alto, etcétera) suele despertar intensos sentimientos en el analista hombre. Describe algunos, como por ejemplo: confusión de género, envidia del sexo opuesto, conflictos superyoicos, preocupaciones homosexuales y defensas contra la pasividad, entre otras. Reveló que pueden surgir sentimientos ambivalentes de curiosidad, excitación e interés en la presentación del paciente. A veces los analistas se confunden sobre qué pronombre utilizar con el paciente que está en proceso de cambio y la desorganización interna puede ser expresada con sentimientos de cansancio, aburrimiento, irritación con el paciente. Algunos de estos pacientes pueden ser provocativos, seductores, relatar casos de exploración y manipulación de otros hombres, evocando preocupaciones en el analista y miedo a ser victimizado.

Así como yo, la mayoría de los analistas cree que estas situaciones clínicas deben centrarse en el análisis de las contratransferencias. Podemos añadir que las diversidades sexuales y las nuevas configuraciones parentales, cuando se presentan en la situación clínica, deben tener en cuenta las “reacciones de género” en la diada analítica para prevenir posibles situaciones de *impasse*.

Otro importante factor que puede comprometer el curso de los análisis y crear *impasses*, se refiere a la teoría que el analista adopta en la comprensión de la sexualidad masculina, la femenina y sobre las diversidades sexuales. Algunos analistas con un determinado referente teórico en relación a la psicología femenina, por ejemplo, tienden a escuchar algunas palabras de sus pacientes en base a postulaciones que hoy en día tienen una importancia bastante cuestionable. Considerar la envidia

del pene en la mujer como un aspecto fundamental en la constitución del psiquismo femenino y en la identificación sexual o como un aspecto defensivo, secundario y cultural, tendrá caminos y consecuencias muy diferentes y significativas en la posibilidad de que esa mujer pueda expandir sus posibilidades creativas y apropiarse de importantes aspectos de su cuerpo y psique. Si la/el analista cree que la maternidad para las mujeres es lo que propicia la elaboración edípica en una constitución primariamente masculina, como postuló Freud (1931), o si, en otro abordaje de autores posfreudianos tales como Klein, Horne, Guignard, Alizade, Glocer Fiorini, etcétera, se considera la mujer y lo femenino como una construcción que tiene en cuenta influencias culturales e identificaciones femeninas primarias, ciertamente la aproximación clínica y las transferencias como las relaciones del sexo/género variarán considerablemente.

Creo que este es un tema complejo y en el cual conclusiones apresuradas pueden enmascarar la realidad de la experiencia.

Ser o no ser madre: vicisitudes de la relación madre/hija

Es la vieja historia, para poder ser nosotros mismos tenemos que estar más cerca del otro.

Moisés Lemlij

En el primer contacto Isabella verbaliza que estaba buscando una analista mujer y que al leer un texto mío publicado en la *Revista Brasileña de Psicoanálisis* (Holovko, 2002) sobre cuestiones de lo femenino queda interesada en conocerme. Ya había realizado dos largos análisis con colegas hombres y ahora, con 40 años, estaba en la duda de si realmente no deseaba

ser madre. Nunca deseó ser madre y con su marido habían decidido no tener hijos. Esta no era una cuestión hasta que el tiempo biológico empezó a ejercer presión. Cuenta que es una ejecutiva exitosa en una multinacional y que en este momento a menudo se percibe pensando en argumentos contra la maternidad: el marido tampoco desea hijos y ella no quiere tener la responsabilidad de educarlos y criarlos sola. Cree que un hijo le impedirá tener la dedicación profesional que tanto aprecia y teme perder posiciones de trabajo y depender económicamente del marido. Sin embargo, a pesar de estas reflexiones percibe que no conoce su propio deseo y espera finalmente venir a apropiarse de él.

Desde el inicio del análisis se va delineando una transferencia materna, con fuerte colorido pre-edípico. Isabella es siempre muy sensible a los momentos de sintonía durante las sesiones y se resiente fácilmente al menor desencuentro y falta de comprensión de la analista.

Relata que su madre sufre de polimialgia y que, desde que recuerda, fue una persona muy enferma con fuertes dolores en todo el cuerpo. Creía que la madre enfermó durante su gestación y que de ahí en adelante su vida fue una secuencia de sufrimientos. Cuenta que la madre tuvo serias complicaciones con la lactancia y necesitó permanecer hospitalizada durante el primer mes del puerperio.

Isabella revela, así, que la experiencia con el primer objeto desde siempre ha sido traumática. Vemos en la aurora de su vida las marcas de un inicio desastroso. La imagen de lo femenino y principalmente de lo materno siempre estuvo asociada a sufrimiento, dolor, sumisión, dependencia. Desde pequeña era solicitada para cuidar a la madre y le ocultaba sus propias necesidades e impulsos. ¿Cómo identificarse con esa Mater Dolorosa, frágil, enferma y sufriente? ¿Cómo ser madre si aún no había encontrado su lugar de hija? La imposibilidad de vivir la rivalidad y la hostilidad con la

madre también jugó un papel importante. No podía percibir toda la hostilidad hacia la madre por sentirse causante de un daño anterior que inhibía su agresividad y que la identificaba como lo femenino. La identificación con el padre en su aspecto práctico, productivo, profesional contribuyó a ayudarla a organizarse en la vida.

De a poco, las angustias y fantasías en torno al embarazo, parto y puerperio, incluyendo la lactancia, se van presentando en las sesiones. Gradualmente van surgiendo sueños que expresan cómo la concepción de maternidad para Isabella está vinculada a un contexto claramente persecutorio con una fuerte connotación amenazadora para la madre y el bebé.

Piedad al reverso (del sueño a la corporeidad)

Cuando estábamos en el décimo mes de análisis Isabella dice que tuvo un sueño que la impactó mucho. Despertó muy angustiada llorando y no pudo dormir más. Quería venir a la sesión para contarme.

En este punto recuerdo un texto de Juan Tesone (2017), en el que propone que los sueños pueden funcionar como equivalentes de recuerdos de situaciones traumáticas que quedaron sin representación y que buscan figurabilidad para poder ligarse a las cadenas simbólicas. Dice:

“Es a través de sueños que el sujeto reaparece; su intensidad perceptiva expresa una forma de recuerdo de la experiencia. A veces es a través de los sueños que el paciente ‘recuerda’, y alguna de esas escenas adquiere el valor de memorias de algo que sucedió” (p. 24).

Sueño: Isabella sale para hacer una caminata por el barrio cuando de pronto se enfrenta a un gran galpón, al entrar se ve frente a una vaca sin piel

expresando gran sufrimiento y a su lado un hombre que la paciente intuye que fue el responsable de la condición de la vaca (curiosamente, en el momento que la paciente relata el sueño, parece que veo como en una pantalla una vaca antropomorfizada en posición humana, de pie, como una vaca-mujer en carne viva con expresión de gran sufrimiento). La paciente dice que en el sueño siente mucha rabia hacia aquel hombre. Al relatar el sueño Isabella comienza a llorar diciendo que la imagen es muy impresionante y que siente un gran dolor como si sintiera el sufrimiento de aquella vaca.

Al solicitarle asociaciones, percibo que la paciente entra aún más en el clima de sufrimiento, diciendo a los llantos que era terrible presenciar el dolor de aquella vaca y que sería mejor que el hombre la hubiera matado a que la hubiera dejado así en carne viva. Dice que la vaca la hace pensar en la leche, alimento que detesta y que le recuerda también a la madre. Dice que piensa en la madre-mujer que sufre continuamente y que de repente siente una rabia inmensa hacia el padre que no protegió a la madre cuando dio a luz a los dos hijos. Lloro ahora de dolor por el sufrimiento de la madre desamparada. Dice que el padre se puso muy enojado cuando la madre se quedó embarazada (el médico decía que la madre corría riesgo al quedar embarazada) y cuando nació el hermano se quedó quince días sin hablar con ella. La paciente dice que esa imagen del sueño es terrible y que no soporta recordar la escena. Lloro con mucha intensidad, ahora el llanto es de rabia. Dice que tiene rabia hacia el padre y también hacia la madre por ser siempre esa mujer sufriente. En ese punto, contratransferencialmente, me siento presionada a ocupar el lugar de la analista que no permite que ningún anhelo o angustia quede sin respuesta. Noto que Isabella siente rabia también hacia mí por no impedir su sufrimiento. Digo que está pudiendo hablar y expresar con su cuerpo la intensidad de su sufrimiento, la rabia y el

dolor de haberse sentido muchas veces desamparada y muy sola. Que me está mostrando la imagen que tiene de la madre en carne viva, sin una piel psíquica que pudiera cuidar de ella misma y mucho menos de la paciente-bebé. Pienso que en este momento Isabella se siente también en carne viva en función de la profunda exposición a los sentimientos y a su fragilidad, lo que la hace muy vulnerable y sensible al manejo de la sesión. Digo que también está con rabia porque no impido su sufrimiento. Hablamos sobre el impacto de esa imagen onírica.

Después de un tiempo la paciente se va calmando hasta que puede quedarse acurrucada con las palabras de la analista y la manta con la que se enrolla y se protege en posición fetal. La experiencia, con su fuerte clima dramático, impactó a paciente y analista que están muy emocionadas al final de la sesión. A la salida Isabella me abraza fuertemente y pienso que en ese gesto expresa la necesidad de recomponer una piel psíquica muy dañada.

Percibo que una experiencia de profunda intimidad está ocurriendo allí en el consultorio y en aquel momento me vi pensando con cierta sorpresa y perplejidad que la paciente a partir de esa sesión podría decidir acerca del deseo de ser madre.

En las sesiones que siguen la paciente continúa procesando el impacto emocional vivido a partir de ese sueño ¡y recuerda que la abuela materna murió en el parto del hermano de la madre! Aquí se revela un importante mandato transgeneracional donde la maternidad era considerada algo extremadamente peligroso que podría llevar a la muerte, enfermedades o tragedias.

En la sesión dramática que cuenta el sueño de la vaca sin piel, la madre sin piel psíquica, expone en vivo en la sesión el descongelamiento de emociones traumáticas que habían quedado sin representación. Aquí queda

en evidencia la representación de la mujer madre sufriente, de fantasías arcaicas, una escena primaria enfermiza en la que puede finalmente expresar odio y ternura.

Creo que la ternura y empatía con el sufrimiento materno tuvieron un efecto transformador sorprendente.

Después de un mes de ese relato Isabella dice que percibe que desea mucho tener un hijo y que irá al médico para ver si está todo en orden con su cuerpo.

En ese proceso descubre que el marido es prácticamente infértil. Se inicia el tratamiento del marido y las culpas y recriminaciones de Isabella que se reprocha por haber esperado tanto para decidir tener un hijo. “¡Cómo pude hacer eso! ¿Por qué no vi antes que deseaba mucho tener hijos?”. Comienza a pensar sobre el procedimiento de fertilización *in vitro*. En un primer momento la simple mención al procedimiento la deja horrorizada. Sufre al imaginar el embrión congelado,... siente el frío y la soledad del bebé concebido en probeta. Cree que el bebé nunca va a superar el trauma de la concepción fuera del útero y principalmente el alejamiento del cuerpo materno. Conversamos sobre sus fríos, sobre la idea del cuerpo de la madre no receptiva de sus miedos, su soledad, su alejamiento de la madre poco después de su nacimiento.

Llena de esperanzas se dirige a la sala para hacer el procedimiento y se encuentra con su médico que en una comunicación poco feliz, le dice: “Vamos a ver lo que conseguimos pues sus óvulos son de mala calidad”. En ese momento la paciente siente un impacto (“¿óvulos de mala calidad?, ¿qué significa eso?, ¿mi bebé tendrá grandes deformidades?, ¿no soy capaz de ser madre?”). Después del procedimiento vuelve a casa muy preocupada por las palabras del médico que la asustan a ella y a su marido. Cuatro días después (en tiempo récord, según el médico) expulsa el pequeño embrión.

Esto se revela como una experiencia extremadamente dolorosa que exigirá un período de trabajo de duelo.

Mientras escribía este relato me surgió la imagen de una Pietà invertida, la hija impactada sosteniendo el cuello de la madre con las heridas expuestas. Pienso que durante esta sesión estábamos lidiando con el dolor profundo de su desamparo precoz, tal vez también tejiendo su piel psíquica lo que exigió que su cuerpo y el cuerpo de la analista fueran solicitados a participar.

En ese período el marido es transferido a un trabajo en el exterior e Isabella interrumpe su análisis.

Meses después me manda una tarjeta con palabras afectuosas y una foto de ella embarazada con las manos apoyadas en el gran vientre.

Isabella en el primer viaje que hace a San Pablo me llama diciendo que quiere mostrarme a Priscila que ya tiene cuatro meses de edad. Durante nuestra conversación me dice que quería mucho que yo viera que el sueño que soñamos juntas se hizo realidad y que en su experiencia la realidad superó mucho el sueño.

Consideraciones finales

Retomando la idea del inicio del artículo sobre la importancia del sexo/género del analista en las reacciones transferenciales-contratransferenciales, creo que este material clínico señala que el hecho de haber sido una analista mujer no sólo ya se había hecho relevante en la demanda de análisis, sino también en todo el recorrido del tratamiento en el cual las experiencias maternas pre-edípicas y edípicas pudieron ser revividas, expresadas y elaboradas.

En mi opinión, la transferencia materna pre-edípica pudo ser más fácilmente expuesta y elaborada por el hecho de haber sido una analista mujer, permitiendo que el mandato transgeneracional de interdicción de la maternidad que venía por el linaje familiar femenino haya podido ser superado y cerrado.

En una discusión de este material clínico con Florence Guignard, psicoanalista francesa, ella concordó y añadió que en este caso en particular, fue como si se hubiera podido desatar un nudo marcado por una maldición a la maternidad (la abuela materna se murió en el parto del tío de la paciente y su madre se enfermó muchísimo a la hora de su nacimiento). Es a partir de la relación analítica cercana de Isabella con una analista mujer que pudo haber una reparación del mandato transgeneracional en el linaje femenino.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alizade, A. M. (2004). Analista: ¿quién eres? (sexo y género en el trabajo y en la escucha analítica) En *Masculino-femenino. Cuestiones psicoanalíticas contemporáneas*. Compilado por Alcira Mariam Alizade, Marlene Silveira Araújo y Mauro Gus, 1ª edición. Buenos Aires: Lumen, 2004.
- Bleichmar, S. (2006). *Paradojas de la Masculinidad*. Buenos Aires: Paidós.
- Costa, G. (2017). Diversidade é o destino. En *Revista de Psicanálise*, Porto Alegre.
- Denis, P. (2013). Transfert et réaction transférentielle de genre. En *Rev. Franç. Psychanal*, V. 77, n. 3.
- Eizirik et all (2017). Countertransference in psychodynamic psychotherapy of gender identity disorder patients In *Changing Sexualities and Parental*

- Functions in the Twenty_First Century. Londres: Karnac.
- Holovko, C. S. (2002). Tecendo a Corporeidade no Processo de Mudança Psíquica en *Revista Brasileira de Psicanálise*, vol. 36 (3) 657-677,2002, São Paulo.
- Lartigue, T. e Vives, J. (2008). Reações contratransferenciais e gênero do analista e analisando/a. En *Revista Brasileira de Psicanálise*, volume 42, n. 4. São Paulo.
- Lemlij, M. (2006). Prólogo en *La maternidad y sus vicisitudes hoy*, editoras Carmem Rosa Zelaya P.; Johanna mendoza Talledo y Elvira Soto de Dupuy, Lima.
- Meyers, H. (1994). *El reto y la complejidad del trabajo analítico por y con mujeres*. En *Mujeres por Mujeres*, editado por Moisés Lemlij, Biblioteca Peruana de Psicoanálisis, 1994, Lima: Perú.
- Sandler, J. (1998). *Coutertransference and Role-Responsiveness In Enactment: Toward a New Aproach to the Therapeutic Relationship*, editado por Steven J. Ellman e Michael Moskowitz, London: Jason Aronson.
- Tesone, J. E. (2017). *When a symbolic lack of parental functions produces pain without a subject* In *Changing Sexualities and Parental Functions in the Twenty_First- Century*. Londres: Karnac.
- Winnicott, D. W. (1988). *La naturaleza humana*. Barcelona: Paidós, Colección Psicología Profunda, 1993.

El padre ausente.
Reflexiones sobre la paternidad y el deseo de hijo en
el hombre¹

Patricia Alkolombre
Asociación Psicoanalítica Argentina

RESUMEN

En este trabajo la autora propone un recorrido en torno a la paternidad y el deseo de hijo en el hombre y explorar la figura del padre ausente, aquel que no es tomado en cuenta lo suficiente dentro de la crianza, en el campo social y en las teorías. Las reflexiones sobre el tema surgen de la observación clínica de las paternidades contemporáneas y sus transformaciones, algunas vinculadas con el empleo de técnicas reproductivas. Hablamos de paternidades en plural, las tradicionales provenientes de parejas heterosexuales y aquellas provenientes de monoparentalidades y homoparentalidades.

Estas situaciones nos llevan a pensar desde el psicoanálisis qué elementos de la paternidad se hacen visibles a partir de estos cambios y a preguntarnos sobre la presencia de una mayor puesta en juego del deseo de hijo por parte de los hombres. Los desarrollos teóricos ubican al padre como interdicción, desde su rol fundante en la instauración de lo simbólico al triangular en la relación de la madre con el hijo. A partir de estas ideas se propone avanzar sobre una perspectiva de la paternidad que incluya no

sólo su rol como portador de la ley en su función de simbolización, sino también explorar psicoanalíticamente y destacar su función de sostén y amparo en la crianza, como un aspecto de gran importancia en los procesos de subjetivación de los hijos.

ABSTRACT

In this article the author proposes a path around fatherhood and the desire for a child in man and explore the figure of the absent father, who is not considered enough in raising, in social field and in theories. The reflections on this subject comes from clinical observations of the contemporary fatherhoods and their transformations, some linked to reproductive techniques. We are talking about plural fatherhoods, the traditional ones coming from heterosexual couples and those coming from single-parenthood and homo-parenthood.

These situations lead us to think from the psychoanalytical point of view, which elements of fatherhood become visible from these changes and to wonder about the presence of a higher stake of the desire for a child by men. Theoretical developments consider the father as an interdiction, from his foundational role in the instauration of the symbolic to triangular in the relationship between the mother and the child. From these ideas it is proposed to move towards a perspective of fatherhood that includes not only its role as the bearer of the law in its function of symbolization, but also to explore psychoanalytically and highlight its function of support and protection in raising children, as an aspect of high importance in the subjective processes of children.

DESCRIPTORES: PATERNIDAD – DESEO DE UN HIJO – FUNCIÓN
PATERNA – MASCULINIDAD – PARENTALIDAD

KEYWORDS: PATERNITY – WISH FOR A CHILD – PATERNAL
FUNCTION – MASCULINITY – PARENTHOOD.

El padre ausente.

*Reflexiones sobre la paternidad y el deseo de hijo
en el hombre*

A fuerza de aceptar un hecho evidente, a fuerza igualmente de idealizar el amor maternal, no se insiste lo suficiente sobre el amor paterno, amor directo y sin intermediarios, que aporta unas manos distintas a las de la madre, porque nosotros sabemos que las caricias del hombre, aunque más rudas, son muchas veces gratificantes y además que las mujeres no siempre tienen las uñas cortas.

J. de Anjurriaguerra, 1973

En este trabajo propongo hacer un recorrido en torno a la paternidad y el deseo de hijo en el hombre y explorar la figura del *padre ausente*, aquel que no es tomado en cuenta y “*no se insiste lo suficiente*” dentro de la crianza, en el campo social y en las teorías. Las reflexiones sobre el tema surgen de la observación clínica en las paternidades contemporáneas y sus

transformaciones, algunas vinculadas con el empleo de técnicas reproductivas.

Desde el imaginario social podemos afirmar que el deseo de hijo es una representación que está fuertemente investida del lado de la mujer, junto a todo aquello referido a lo femenino y a lo materno.

A su vez, cuando pensamos en el concepto de deseo de hijo, es observable la hegemonía del tema en torno a la mujer y la maternidad, teniendo como apoyatura biológica la diferencia anatómica, y desde el psicoanálisis la apoyatura teórica que hace que cuando hablamos del deseo de hijo, pensemos en la resolución del complejo de Edipo en la mujer: la ecuación simbólica pene = hijo (Freud, 1925).

Encontramos una abundante literatura referida a lo materno que destaca la importancia de la relación madre-hijo y sus efectos en la clínica: la madre suficientemente buena, la madre fálica, la madre muerta, el estrago materno, entre otros conceptos. Pero, sin intentar homologar la problemática materna con la paterna, podemos preguntarnos: ¿y el padre?, ¿y aquello referido al lugar del deseo de hijo en el hombre y que hace a lo paterno?

Por otra parte, dentro de las parentalidades contemporáneas el panorama de la paternidad y el lugar del hombre en la reproducción se ha complejizado y constituye hoy en día una realidad heterogénea. Podemos hablar de paternidades en plural, las tradicionales provenientes de parejas heterosexuales y aquellas provenientes de monoparentalidades y homoparentalidades masculinas. Estas últimas prescinden de la figura femenina en su desarrollo y son posibles gracias al empleo de dos técnicas de fertilidad asistida: la donación de óvulos y el alquiler de vientre. Otro

aspecto que está presente en la sociedad es un aumento en los registros de adopciones de niños por hombres solteros (*La Nación*, 2010).

Estos fenómenos nos llevan a pensar desde el psicoanálisis qué elementos de la paternidad se hacen visibles a partir de estos cambios y a preguntarnos sobre la presencia de una mayor puesta en juego del deseo de hijo por parte de los hombres.

Los desarrollos teóricos ubican al padre como interdicción, desde su rol fundante en la instauración de lo simbólico al triangular en la relación de la madre con el hijo. Desde la función paterna, función tercera (Glocher Fiorini, 2013), como el “otro de la madre” (Ceccarelli, 2004).

A partir de estas ideas propongo avanzar sobre una perspectiva de la paternidad que incluya no sólo su rol como portador de la ley en su función de simbolización, sino también explorar psicoanalíticamente y destacar su función de sostén y amparo en la crianza, como un aspecto de gran importancia en los procesos de subjetivación de los hijos.

El padre ausente es aquel sobre el que “*no se insiste lo suficiente*” siguiendo el epígrafe inicial de Anjurriaguerra. Es una figura de padre que recorre los intersticios de la cultura patriarcal más tradicional y se ve reflejado en las prácticas y en las teorías cuando se sobreentiende que es la madre la que se ocupa de la crianza y del sostén afectivo de los hijos. No hay términos que reflejen este rol del padre, ya que al nombrarlo se transforma el género: es un padre que “materna”.

Se da por sentado que la ausencia del padre en la crianza es natural y esto se refleja en distintos ámbitos de la cultura, en el campo legal, en las sentencias sobre la tenencia de los hijos en los divorcios, en el campo de la salud, en la educación, entre otros. El film *Kramer vs Kramer* es un ejemplo de esta ruptura del rol paterno tradicional cuando la madre deja el hogar y los cuidados cotidianos del hijo pasan a manos del padre.

La pregunta es cómo dar cuenta de los cambios que se vienen produciendo en las paternidades contemporáneas en las cuales los padres intervienen activamente en el sostén y en la crianza de los hijos, y coexisten con los modelos tradicionales en los cuales la figura de un padre que sostiene está ausente.

El sostén paterno: “sobre las rodillas”

Para pensar el tema de la función de sostén paterno en la crianza, voy a presentar algunos elementos del tratamiento de Juan. En pareja con Mariana desde hace tres años, están en la búsqueda de un embarazo y comenzaron con consultas médicas en varios centros de fertilidad.

Ambos provienen de familias tradicionales, tienen sobrinos por parte de sus hermanos y gran parte de su grupo de amigos tienen hijos. Un dato significativo es la muerte del padre de Juan en un accidente cuando él tenía 13 años. Queda como único varón en la familia, su único abuelo falleció cuando él tenía 10 años.

Han realizado distintos estudios médicos y comienzan un tratamiento de fertilidad asistida. Pocos días antes de la transferencia de los embriones a Mariana, en un partido de fútbol Juan se rompe los ligamentos, quedando con una de sus rodillas inmovilizada.

El embarazo no se produce y Juan comienza con un estado depresivo, se muestra más ambivalente y con temor de volver a intentar un tratamiento. Luego de atravesar una crisis, deciden cambiar de médico y reinician el proceso con muchas expectativas.

Unos días antes de iniciar el segundo tratamiento, en un partido de fútbol Juan se rompe esta vez los meniscos de la otra rodilla, quedando su movilidad nuevamente restringida.

Este caso junto con otras observaciones de la clínica frente a la paternidad, me llevaron a reflexionar y a repensar la importancia de las funciones de sostén y amparo del padre. En Juan se reproduce el “quiebre” en su historia frente a la muerte de su padre en la pubertad y se manifiesta ahora sintomáticamente en su cuerpo, a través de las lesiones en sus rodillas.

Recordé a Bernard This quien señala que la *rodilla* –en francés *genou*, gen, raíz del nacimiento– es el símbolo y la sede de la fuerza muscular que permite al hombre estar plantado sobre sus piernas. Es también la potencia, el vigor, la comunidad de bienes, de rentas, la coparticipación en una herencia en otras culturas. Relata lo siguiente:

En la tradición indoeuropea, el hombre que posee la *patria potestad* (potencia ligada al padre, ‘poder’ detentado por el jefe de familia) debe tomar al niño *sobre sus rodillas*² para ‘reconocerlo’, si se trata de su ‘propio’ hijo, o para adoptarlo sino no hay vínculo ‘natural’; es el rito de agregación a la familia. (This, 1982, p. 247)

De allí que el poder del padre no depende ni de su fuerza física ni de su inteligencia, es una función que él ejerce. No sólo en la función simbolizante y de interdicción fundante en la triangulación con la madre, sino también es quien ejerce una función de sostén, amparo y reconocimiento al sostener a su hijo simbólicamente “sobre sus rodillas”.

En el caso de Juan, su vulnerabilidad deviene de la pérdida de su padre que se traduce en el quiebre de sus “rodillas-*génou*”. Revive su pérdida en un doble movimiento: en la imposibilidad de sostenerse sobre sus piernas, y en la imposibilidad de sostener su deseo de paternidad.

En este caso fue muy importante elaborar junto con su deseo de hijo, la añoranza del padre. El padre ausente de su adolescencia, perdido

traumáticamente y que no pudo estar para sostenerlo y ampararlo.

Sobre la paternidad

Para desarrollar estas ideas y ampliar la mirada, comenzaremos con algunas reflexiones y puntuaciones de distintos autores sobre la paternidad y el lugar del deseo de hijo en el hombre.

En su autobiografía Freud plantea que la muerte del padre es uno de los sucesos más importantes en la vida de un hombre. A partir de la muerte de su padre comienza con la escritura de su autobiografía como un modo de elaborar su pérdida y allí descubre el significado del complejo de Edipo. (Jones, *Biografía de Freud*).

Aberastury y Salas en su libro *La paternidad*, señalan que en la obra de Freud las ideas sobre la imagen del padre están dispersas, mientras que sus consideraciones sobre la madre son más netas. Describen el lugar del padre desde distintas posiciones: como modelo-lugar de identificación (como yo deberás ser), como rival-juez castigador (como yo no podrás ser), y desde la elección de objeto (lo que quisiera tener en el Edipo negativo). Señalan que en la obra de Freud el padre no está en la línea de las pulsiones de autoconservación sino en la línea de la libido narcisista (Aberastury & Salas, 1984).

Los autores enfatizan la importancia de ser deseado como hijo por el padre, y sentirse hijo del padre. Señalan que desde muy pequeños los hijos perciben la realidad interna de ambos padres y de allí plantean la importancia del padre real, no en la teoría sino en la elaboración de la experiencia clínica.

Geneviève Delaisi de Parseval (1981) señala que la realidad de la paternidad conlleva un punto que es ineludible, como ser la ideología de la

cultura en la que es abordado. Frente a la pregunta sobre qué es un padre, plantea que la respuesta está lejos de ser evidente: ¿es el genitor?, ¿el educador?, ¿el compañero de la madre?, ¿el amante oficial?, ¿el que cría al niño?, ¿el que le da su nombre?, ¿el que lo adopta?, ¿el marido de la madre?

Si buscamos referencias sobre el lugar del padre en los rituales y en los mitos encontramos que la *couvade* (This, 1982) es un fenómeno que los antropólogos describen como un ritual en el cual el hombre toma el lugar de la mujer en el parto. El término *couvade* proviene de *couver*, “empollar”, que a su vez proviene del latín *cubare*: “estar acostado”. Una vez que el niño ha nacido, lo toma, se mete en la cama y recibe las felicitaciones de sus vecinos. Se constituye en el “lecho de parto” de los hombres e implica un “cuerpo a cuerpo” con el niño.

A su vez, desde la mitología nos encontramos con dioses “embarazados”, entre ellos Zeus quien dio a luz a Palas Atenea de su cabeza y a Dionisio de su muslo. Los Matakó del Chaco dicen que el demiurgo llamado Tawkxwax que no tenía mujer, hundió su pene en su propio brazo y se dejó a sí mismo embarazado de un varón (This, 1982).

El historiador Thomas Laqueur escribió un trabajo titulado “Los hechos de la paternidad” (Laqueur, 1992) y allí señala que el título surge a raíz de un artículo de Phyllis Chesler dedicado a las madres, en el cual plantea que la maternidad es un “hecho”, una categoría ontológica diferente de la paternidad, que es una “idea”. Laqueur se lamenta que no exista una historia de la paternidad y postula que quedó silenciado el conocimiento de lo que implica ser un hombre y ser un padre. En su desarrollo toma en cuenta “el trabajo emocional” de la paternidad.

En su texto relata su experiencia personal como padre cuando su hija recién nacida estuvo un tiempo internada en un hospital en una incubadora. Allí pudo observar que cuando iba a verla su esposa, las encargadas en el

hospital escribían en la historia clínica la frase: “madre estableciendo vínculos”, pero cuando él visitaba a su hija, anotaban algo afectivamente neutral: “visita del padre”.

En sus reflexiones plantea que los “hechos” de la paternidad no están dados, sino que lo fundamental es la relación que existe entre los hechos y su significado.

El deseo de hijo en el hombre

Como señalamos más arriba, históricamente se privilegió el deseo de hijo como algo perteneciente al campo deseante femenino, desde una perspectiva útero-centrista. Sin embargo, la relación padre-hijo nos permite avanzar en las reflexiones sobre el lugar del padre y el ejercicio de la paternidad.

Todo el campo de los trastornos reproductivos masculinos da cuenta de la importancia de la paternidad y refleja el sufrimiento del hombre que no puede ser padre. En los casos de esterilidad masculina, la privación de los medios de reproducción se manifiesta en la experiencia clínica bajo distintas formas como una vivencia de castración efectiva. A continuación una viñeta clínica:

La pareja formada por Gustavo y Andrea consulta después del diagnóstico de esterilidad de Gustavo. Había sido operado en la infancia a raíz de dificultades en el descenso de los testículos y refiere que sus padres nunca le habían hablado sobre las posibles consecuencias en la fertilidad.

Gustavo: “Yo ahora veo blanco o negro, no veo grises. ¡Por qué a mí! Si lo hubiese sabido antes, no sé si me hubiese casado... No sé,

un hijo propio es algo que uno anhela, que uno siente. Pienso en mis viejos... uno ve su proyección en los hijos... No tengo a quién mirar”.

Las palabras de Gustavo nos conducen a la idea de Freud (1914) sobre el doble destino del ser humano, ser un fin para sí mismo y ser –a la vez– solo un eslabón en la cadena generacional. En esta viñeta se ponen en evidencia la importancia que adquieren los lazos de sangre, la filiación y el ejercicio del rol paterno: “ser el hijo” de y “ser el padre de”. Como también el sufrimiento frente a la imposibilidad de transmitir su carga genética, ambos provienen de familias tradicionales en las cuales los lazos de sangre están investidos narcisísticamente.

Otro elemento de la observación clínica muestra que es poco habitual que un hombre comparta sus preocupaciones en este tema con sus pares, algo que sí está habilitado entre mujeres, es un tema que está ausente. En este sentido podemos conjeturar que la esterilidad masculina, dentro del campo de los trastornos reproductivos se constituye dentro del imaginario social y a nivel subjetivo en un “continente negro”, un territorio poco explorado (Alkolombre, 2001).

En la psicopatología encontramos los delirios de embarazo masculinos, una de las manifestaciones de la clínica que nos permite también acercarnos al tema, como en este relato de Schreber:

Algo semejante a la concepción por una virgen inmaculada –es decir, por una virgen que jamás ha conocido varón– se ha producido en mi cuerpo. En dos ocasiones diferentes ha tenido un órgano genital femenino, aunque imperfectamente desarrollado, y he sentido en mi cuerpo sobresaltos como los que corresponden a las primeras manifestaciones vitales del embrión humano: nervios divinos que corresponden a la simiente masculina habían sido echados en mi

cuerpo por un milagro divino; por lo tanto, una fecundación había tenido lugar. (Schreber, 1903)

Siguiendo a Freud, sabemos que todo delirio contiene un núcleo de verdad y el delirio de embarazo de Schreber está relacionado –entre otros núcleos– con su frustrada paternidad. En el historial, Freud establece una relación entre el delirio de convertirse en mujer y la imposibilidad de tener hijos. Podemos leer: “[...] acaso el Dr. Schreber forjó la fantasía de que si él fuera mujer sería más apto para tener hijos y así halló el camino para resituarse en la postura femenina frente al padre, de la primera infancia [...]”. (Freud, 1910, p. 54)

Sabemos que su esposa perdió seis embarazos y, a raíz de la muerte de su hermano, era el único hijo varón que quedaba en la familia y el único que podía perpetuar el apellido. Si bien queda anudado a su posición femenina frente a su padre, quisiera destacar la fantasía de tener un hijo en su cuerpo.

Volviendo a la actualidad, hace unos años recorrió el mundo una falsa noticia de un hombre filipino que estaba embarazado, y en el cine encontramos películas con hombres embarazados, pero de todos modos la figura del “hombre embarazado” es un mito.

Dentro del psicoanálisis, Groddeck fue quien señaló que no era raro hallar en el hombre trastornos somáticos relacionados con preocupaciones – en general inconscientes– referidas a un embarazo deseado, temido o imaginado. Los dolores de vientre, cabeza, riñones, de muelas, las hemorragias nasales y los vómitos son para Groddeck síntomas que pueden presentarse asociados con ideas de alumbramiento, a su vez enlazados con las teorías sexuales infantiles sobre la concepción y el nacimiento (teoría digestiva y anal) (Groddeck, 1923).

Mauricio Abadi (1960, 1974) a su vez, le otorgó una gran importancia a la envidia del hombre frente a la mujer por su capacidad reproductiva, ya

que señala que la misma representa una garantía de sobrevivencia frente a la angustia de muerte. Abadi sostiene que lo central en la vida es su inexorable carrera hacia la muerte y plantea que la más “biológica” de las defensas elaboradas por el hombre frente a la angustia de muerte es la procreación, la perpetuación a través del hijo, territorio exclusivamente femenino.

Queda abierta la problemática de la paternidad ligada a fantasmas de feminización. A continuación haremos un desarrollo de estas ideas.

Paternidad y fantasmas de feminización

Es una tendencia en aumento la participación activa de los hombres en las tareas de crianza, no sólo al compartirla con la mujer en forma alternada en el contexto de las familias heterosexuales, sino también en las familias homoparentales y monoparentales masculinas.

Se vuelve ineludible pensar en la importancia de la relación padre-hijo a partir de estos cambios en las paternidades, en sus funciones que hacen al sostén y amparo en la crianza. Un aspecto que se encuentra frecuentemente –como señalamos– asociado a lo femenino, de hecho muchas veces se dice que estos padres “maternan”.

El *padre ausente* en las teorizaciones e investigaciones tiene que ver con este lugar femenino en lo masculino que desconoce o no le da un lugar a un rol paterno activo, masculino y deseado en la paternidad, en las prácticas y en las teorías. En realidad no tiene entidad como parte de la masculinidad, ya que sería una “madre” al asumir esas funciones.

Si problematizamos este punto, encontramos desarrollos en la teoría que asocian los aspectos vinculados con la masculinidad y la paternidad con fantasmas de feminización o desvirilización.

A partir de sus observaciones en la clínica y su articulación con la teoría, Arminda Aberastury plantea que el tema de la paternidad fue soslayado en la obra de Freud y comenzó a desarrollarse a partir del surgimiento del psicoanálisis de niños. Sostiene que el deseo del padre de tener un hijo en su vientre es un deseo normal en las primeras etapas del desarrollo del niño, y escribe: “El varón desea estar relacionado con el padre, tomar el lugar de la madre y tener hijos. Esta raíz del deseo de un hijo condiciona en parte su represión, ya que su fuente es la homosexualidad”. (Aberastury, 1984)

Agrega que los impulsos amorosos hacia el padre –ser fecundado por él– son reprimidos por dos vías: desde el exterior se le pide al varón que asuma roles que marquen diferencias de sexo con la mujer, y desde el interior por la resolución Edípica se “va a pique”, sucumbe a la represión. Plantea un origen “materno” de su rol “paterno” y señala que de acuerdo a sus vicisitudes –singulares en cada caso– pueden dar lugar a perturbaciones en la función paterna en el hombre.

Siguiendo a la autora, podemos pensar que las dificultades en *hacer presente* a un padre en sus funciones de crianza y sostén se debe a que son consideradas como funciones maternas, desde los fantasmas de feminización. Es decir, que el origen “femenino” del deseo de hijo en el varón es aquel que perturba su visibilización.

André Green plantea una asociación entre el complejo de castración masculino y fantasías referidas a la analidad y el parir. Escribe lo siguiente:

El interés que revisten las elaboraciones del pequeño Hans consiste en mostrarnos que las preocupaciones relacionadas con la castración remiten también a la defecación y a la teoría sexual relativa al parto. Es imposible concebir la desvirilización sin plantear el problema de la femineidad según el varón. (Green, 1992).

En la obra de Freud, si bien no hay referencias directas a la paternidad y al deseo de hijo en el hombre, esta búsqueda nos conduce al territorio de la masculinidad, ligado a su vez a la historia y al complejo de Edipo en el varón. Allí la función del padre tiene un valor central en la declinación del complejo de Edipo.

Freud plantea que la masculinidad conlleva desde sus orígenes el rechazo de lo femenino en varios de sus trabajos, entre ellos el manuscrito M: “Se llega a la conjetura de que el elemento genuinamente reprimido es siempre el femenino [...]. Lo que los hombres en verdad reprimen es el elemento pederástico”. (Freud, 1897)

En 1937 señala que:

En el varón, la aspiración de masculinidad aparece desde el comienzo mismo y es por entero acorde con el yo; la actitud pasiva, puesto que presupone la castración, es enérgicamente reprimida, y muchas veces sólo unas sobrecompensaciones excesivas señalan su presencia. (p. 252)

De este modo, en la teorización freudiana todo aquello que “alude” a lo femenino dentro de la sexualidad masculina es reenviado a sus aspectos homosexuales, el Edipo negativo.

Esta perspectiva ha sufrido revisiones al poner en tela de juicio la idea de que los aspectos asociados con lo femenino en el hombre están exclusivamente ligados a sus aspectos homosexuales inconscientes.

En esta línea, Silvia Bleichmar en un aporte clínico y teórico que desarrolla en su libro *Paradojas de la sexualidad masculina* realiza un cuestionamiento en relación con la “aceptación resignada” de los aspectos homosexuales inconscientes, como una idea coagulada dentro de la masculinidad (Bleichmar, 2007). Plantea, en este sentido, que el

psicoanálisis tiene una deuda con los hombres al pensar que la teoría sexual de la masculinidad no ofrecía grandes interrogantes ni está abierta a revisiones.

Siguiendo con el desarrollo del tema, David Nasio hace un planteo muy interesante, en donde señala la necesidad que tiene todo aquel que debe ocupar el lugar de padre de reconocer su parte femenina. Hace una diferenciación en este punto, ya que distingue la femineidad, de la idea sobre la femineidad que tiene el hombre neurótico, aquella que emerge de su angustia de castración. Angustia que remite a sinónimo de pasividad y sumisión y lo formula así: “ella sufre por estar castrada” (Nasio, 1991).

Señala que cuando el hombre puede aceptar su “parte femenina”, atravesando la angustia, y ha logrado comprender que de todas formas hay una pérdida, puede asumir la paternidad habiendo atravesado el fantasma de la feminización –la roca viva en el hombre–.

Reflexiones finales

Nacer no es sólo salir del vientre materno, su nacimiento debe ser declarado por su padre. El padre que tiene una función, función paterna que ingresa a su hijo en la cultura, y su modo de engendrarlo no es llevarlo en su vientre, sino brindarle también sostén y amparo.

Propongo repensar la figura del *padre ausente* en las prácticas de la cultura y en las teorías, y dar un mayor énfasis a la función paterna como protección de la cría, dador de un útero distinto, que permitirá el sostén, amparo y el reconocimiento de los hijos. Como señalaron Aberastury y Salas, destacar la importancia de ser deseado como hijo por el padre y sentirse hijo del padre.

Queda mucho aún por recorrer en las reflexiones sobre el deseo de hijo en el hombre, un territorio seguramente diferente del deseo de hijo en la

mujer y que tiene su propia especificidad. Tal vez hay que crear un nuevo útero mental para anidar estos nuevos escenarios en la paternidad. Muchos de ellos echan por tierra todo lo conocido, hoy el hombre puede decidir procrear solo a partir del alquiler de vientre y la donación de óvulos. Un territorio que era hasta hace poco tiempo exclusivamente femenino.

Ampliar la mirada sobre la paternidad e incluir no sólo los aspectos que hacen a su función de interdicción y corte en la triangulación edípica, sino también pensar en la paternidad en sus aspectos de sostén y amparo como parte de su masculinidad. Como señala Laqueur, sacar del silencio lo que significa ser un hombre y ser un padre.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abadi, M. (1984). El significado inconsciente del rol paterno: meditación sobre Layo. *Revista de Psicoanálisis*, 33(1), 121-148.
- Abadi, M. (1960) *Renacimiento de Edipo: la vida del hombre en la dialéctica del adentro y del afuera*. Buenos Aires: Nova.
- Aberastury, A. & Salas, E. (1978). *La paternidad*. Buenos Aires: Kargieman.
- Alkolombre, P. (2001). Esterilidad masculina: ¿un continente negro?. En: *Jornadas de Infertilidad, Adopción y Fertilización Asistida: nuevos avances, nuevas problemáticas* (pp. 11-15). Buenos Aires: APdeBA.
- Alkolombre, P. (2009). Nuevos escenarios masculinos en fertilidad asistida: un vientre para él. En: M. U. Caplansky (Ed.), *El Padre: clínica, género, posmodernidad* (pp. 153-160). Lima: Sociedad Peruana de Psicoanálisis.
- Alkolombre, P. (2012[2008]) *Deseo de hijo: pasión de hijo: esterilidad y técnicas reproductivas a la luz del psicoanálisis*. Buenos Aires: Letra

Viva.

- Alkolombre, P. (2013). La paternidad y el deseo de hijo en el hombre: vicisitudes en los procesos de subjetivación. *Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados: Revista*, (34), 153-163.
- Anjurriaguerra, J. de (1973). *Manuel de psychiatrie de l' enfant*. Paris: Masson. [citado por: Delaisi de Parseval, G. (1981). *La part du pere*. Paris: Seuil.]
- Aulagnier, P. (1992). ¿Qué deseo, de qué hijo? *N/A: Revista de Psicoanálisis con Niños y Adolescentes*, (3), 45-49.
- Bleichmar, S. (2007). *Paradojas de la sexualidad masculina*. Buenos Aires: Paidós.
- Ceccarelli, P. R. (2007[2004]). Configuraciones edípicas contemporáneas: reflexiones sobre las nuevas formas de paternidad. En: E. Rotenberg y B. Agrest Wainer (ed.), *Homoparentalidades: nuevas familias* (pp. 139-150). Buenos Aires: Lugar.
- Delaisi de Parseval, G. (1981). *La part du père*. Paris: Seuil.
- Freud, S. (1982[1897]). El manuscrito M. En: *Obras Completas* (Vol. 1, pp. 292-295). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1978[1905]). Tres ensayos de teoría sexual. En: *Obras Completas* (Vol. 7, pp. 110-222). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1980[1910]). Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (*Dementia paranoides*) descrito autobiográficamente. En: *Obras Completas* (Vol. 12, pp. 1-76). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1986[1914]). Introducción del narcisismo. En: *Obras Completas* (Vol. 14, pp. 65-98). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1992[1925]). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos. En: *Obras Completas* (Vol. 19, pp. 259-276). Buenos Aires: Amorrortu.

- Freud, S. (1979[1931]). Sobre la sexualidad femenina. En: *Obras Completas* (Vol. 21, pp. 223-244). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2004[1937]). Análisis terminable e interminable. En: *Obras Completas* (Vol. 23, pp. 211-254). Buenos Aires: Amorrortu.
- Glocher Fiorini, L. (2013). Deconstruyendo el concepto de función paterna. *Revista de Psicoanálisis*, 70(4), 671-681.
- Green, A. (1992). *El complejo de castración*. Buenos Aires: Paidós.
- Groddeck, G. (1973[1923]). *El libro del ello: cartas psicoanalíticas a una amiga*. Madrid: Taurus. [citado por: This, B. (1982). *El padre: acto de nacimiento*. Buenos Aires: Paidós.]
- Jones, E. (1979). *Vida y obra de Sigmund Freud*. Buenos Aires: Hormé.
- Laqueur, T. W. (1992) “Los hechos de la paternidad”. *Debate Feminista*, 6, 119-141. Recuperado 14 de noviembre de 2019 de http://www.debatefeminista.pueg.unam.mx/wp-content/uploads/2016/03/articulos/006_08.pdf
- Himitian, E. (2010 mayo 10). Cada vez más solteros adoptan chicos. *La Nación*. Recuperado 14 de noviembre de 2019 de <https://www.lanacion.com.ar/sociedad/cada-vez-mas-solteros-adoptan-chicos-nid1262981#comentarios>
- Nasio, J. D. (1991). La femineidad del padre. En: A. M. Alizade (Ed.), *Voces de femineidad* (pp. 33-34). Buenos Aires: s.n.
- This, B. (1982) *El padre: acto de nacimiento*, Paidós: Buenos Aires.

¹ Publicación original en *Sig Revista de Psicanálise* en edición 6 (n.1, 2015)

² El destacado es mío.

Lo maternal y lo femenino en relación con la bisexualidad psíquica^{1 2}

Bernard Golse³

Asociación Psicoanalítica de Francia

RESUMEN

Lo materno y lo femenino no son dominio exclusivo de la mujer, como tampoco los hombres tienen el monopolio de lo masculino y lo paterno. Creer esto sería ceder al mito de dos sexos, radicalmente ajenos el uno al otro. Por otra parte, los dos sexos no son intercambiables. Esta idea implicaría admitir la utopía de una bisexualidad psíquica absoluta con sus dos versiones de un mismo sexo para todos o de dos sexos para cada uno. Los adultos tienen la tendencia a adherir a tales mitos o utopías. Los bebés, en cambio, no se engañan. Saben reconocer a los hombres y a las mujeres muy tempranamente, gracias a la mezcla en ambos que caracteriza la bisexualidad psíquica. El impacto de nuestras acciones y de nuestras interacciones con los bebés depende en gran medida de la calidad de la integración de esta bisexualidad psíquica a nivel de cada adulto, de los equipos de trabajo con los infantes y de los dispositivos de cuidado implementados.

ABSTRACT

The maternal and the feminine are not the prerogative of women any more than the paternal and the masculine are the monopoly of men. To believe that, would be to give in to the myth of two sexes which are radically unlike one another. On the contrary, however, the two sexes are not interchangeable. To believe that would be to give in to the utopic idea of an absolute psychic bisexuality with its two versions of a same sex for all or the two sexes for each person. Adults sometimes have the tendency to adhere to such myths or to such utopias. Babies, however, don't made the same mistake. They know how to recognize men and women thanks to the composition, unique to each person of his or her psychic bisexuality. The impact of our actions and our interventions concerning our children depends on a great extent of the quality of the integration of this psychic bisexuality at the level of each adult, at the level of the teams of health professionals and at the level of the treatments and treatment frameworks.

DESCRIPTORES: BISEXUALIDAD – RELACIÓN MADRE-BEBÉ –
FUNCIÓN MATERNA – FUNCIÓN PATERNA.

KEYWORDS: BISEXUALITY – MOTHER-BABY RELATIONSHIP –
MATERNAL FUNCTION – PATERNAL FUNCTION.

***Lo maternal y lo femenino en relación con la bisexualidad
psíquica***

Al trabajar en París, en un hospital pediátrico que está claramente orientado hacia el campo de la psiquiatría y la psicopatología perinatal, no hace falta decir que la cuestión de lo materno y lo femenino es de gran importancia tanto para mí como para todo el equipo que tengo el honor de dirigir desde hace más de quince años.

Por supuesto, como hombre, siento algunos escrúpulos para abordar este tema, “lo materno y lo femenino”, y con mayor razón porque los equipos en torno al bebé, lo sabemos, presentan en su composición un predominio femenino muy marcado.

Sin embargo, si bien no tenemos la intención de abordar directamente la pregunta, muy interesante, sobre por qué un hombre elige, precisamente, trabajar en dicho campo y dentro de dichos equipos, indirectamente hemos elegido responderla, al menos parcialmente, abordando el tema de la maternidad y la femineidad a través de la bisexualidad psíquica.

El tema de la bisexualidad psíquica concierne, en efecto, tanto a los hombres como a las mujeres, y para revelar desde el inicio una de nuestras conclusiones, que se deriva además del pensamiento de Didier Houzel (1997) en cuanto al efecto de los bebés sobre los equipos de atención, diremos que la forma en que nos ocupamos de los bebés, como padres o como profesionales, depende en gran medida de la calidad de la integración de esta bisexualidad psíquica en cada uno de nosotros, así como en el seno de nuestras relaciones interpersonales y esto tanto en el funcionamiento de las parejas parentales como en las relaciones profesionales dentro del equipo.

Por lo tanto, después de haber recordado algunas nociones de base acerca de lo materno y lo femenino evocaremos el concepto de amor materno y las funciones vinculadas con éste, antes de rever estas cuestiones, para concluir, bajo la luz de la bisexualidad psíquica.

Lo materno y lo femenino

Lo materno y lo femenino que, por supuesto, tendremos que diferenciar, pueden describirse en el adulto, pero reconocen, de hecho, raíces muy tempranas o incluso arcaicas, que se originan de manera muy profunda en el sistema interactivo del bebé/futuro padre. En otras palabras, lo materno y lo femenino de la madre (y del padre, volveremos a ello) corresponden a una especie de resultante final, fruto de un ensamblaje de identificaciones sucesivas cuya dinámica se despliega desde el comienzo de la vida.

En general, se piensa que el modo de ser madre o de ser mujer se vincula sobre todo con la adolescencia. De hecho, lo mismo ocurre en cierto modo con nuestras vocaciones terapéuticas: éstas a menudo parecen desencadenadas por nuestros encuentros e identificaciones secundarias en la adolescencia, aunque en realidad están más arraigadas en nuestras experiencias infantiles más precoces y distantes que aportan los verdaderos cimientos, mientras que nuestros procesos identificatorios posteriores ciertamente tienen participación en este proceso, pero juegan principalmente como factores desencadenantes relativamente tardíos.

De ahí surge una pregunta lateral, algo provocativa pero asimismo estimulante: ¿lo materno y lo femenino pueden detentar, de cierta manera, algún estatuto de vocación?

Dejaremos esta pregunta abierta por el momento para entrar un poco más en la definición de estas cuestiones, teniendo en cuenta que nuestra forma de ser madre y esposa, o padre y hombre, depende fundamentalmente de la forma en que, como bebés, hemos conocido lo materno y lo femenino, así como lo paterno y lo masculino, dentro del funcionamiento psíquico de

cada uno de nuestras dos figuras parentales y esto, en el marco de nuestras interrelaciones precoces con ellos.

La sexualidad y el acceso a la diferencia de los sexos

Antes de acceder a la diferencia de los sexos, es importante, primero, que el niño descubra lo sexual. De hecho, éste es un prerrequisito necesario, ya que la identificación de hombres y mujeres por parte del bebé deriva, en efecto, de la demarcación que éste puede rastrear entre el padre y la madre (o entre la función materna y la función paterna), la cual sólo puede tener sentido sobre la base del registro sexual en sentido amplio. No insistiremos sobre esto en el marco de este trabajo.

Digamos solamente que un autor como Guy Rosolato (1969) definió, sobre este tema, el concepto de “brecha diferenciadora de satisfacciones” que puede explicarse de la siguiente manera. Muy tempranamente, el bebé sentirá que, de hecho, hay dos tipos de satisfacciones para él: aquellas que sólo puede obtener dirigiéndose a otros (debido a su inmadurez inicial) y aquellas que puede obtener por sí mismo. Las primeras remiten al territorio de las necesidades y de la autoconservación, las segundas al de los deseos y del autoerotismo, y la brecha entre las dos –que el niño siente como tal–, se inscribe, entonces, en la perspectiva de la primera teoría pulsional de S. Freud y de la oposición entre las pulsiones sexuales y pulsiones del yo. Sea como fuere, lo sexual es connotado desde el inicio por una dimensión de intimidad, de privacidad y de secreto que se encontrará, *mutatis mutandis*, en el segundo plano de lo materno y lo femenino.

El niño luego accederá progresivamente al reconocimiento de la diferencia de los sexos, un largo proceso que se llevará a cabo a lo largo de las diferentes etapas del desarrollo psicosexual con la puesta en juego de una sucesión preliminar y pregenital de oposiciones: incorporar/expulsar

para la etapa oral, pequeño/grande para la etapa anal, poseer o no poseer para la etapa fálica, oposiciones parciales que preparan el advenimiento de la distinción entre hombre y mujer, a la que no se podrá acceder en términos de caracteres globales y totalizados hasta el advenimiento de la primacía genital y en el campo de la dinámica edípica.

Sobre la base del registro de un conjunto de pares sensoriales contrastantes (blando/duro, liso/áspero, redondo/puntiagudo, hueco/lleño, cóncavo/convexo...), una autora como G. Haag (1983) describe la diferenciación que hace el bebé entre “objetos-mamá” y “objetos-papá”, una diferenciación que se desarrolla en niveles muy arcaicos de funcionamiento psíquico, pero, de alguna manera, en la misma perspectiva que acabamos de describir.

En cualquier caso, estos diferentes registros no están exentos de conflictos y sabemos de los esfuerzos que el niño desplegará para luchar contra el advenimiento, no obstante, ineludible (en los buenos casos), de la inscripción psíquica de la diferencia de los sexos. La fantasía clásica de la madre con pene es una buena muestra de esta lucha, una fantasía que constituye una especie de última batalla antes de la renuncia definitiva.

Todo esto para decir que es dentro de esta dinámica que el niño se encontrará gradualmente con la mujer y el hombre y forjará representaciones que acumulen las huellas de estas diferentes problemáticas más o menos parciales. Una vez adulto, su forma de ser hombre o mujer, así como de ser padre o madre, siempre estará conectada con el recuerdo de estas primeras experiencias y las defensas que se vinculan con ellas.

Lo materno y lo femenino, primario y secundario

En su artículo titulado “Femineidad y maternidad. La leyenda de Ariane”, S. Bécache (1987) recuerda la definición de “mujer” del *Diccionario Robert*: “Una mujer es un ser humano que concibe y da a luz hijos”. Según ella: “La femineidad es el género de la mujer, la maternidad es su atributo esencial”, pero añade a esto algunas líneas más: “Esta simplicidad es sólo aparente. La relación femineidad-maternidad es compleja y confusa. Las complicaciones son muchas y evolucionan en diferentes niveles del aparato psíquico.”

Para explicar esta complejidad, nos referiremos principalmente a dos célebres artículos de F. Bégoïn-Guignard (1987), uno titulado “Lo femenino y lo materno”, y el otro: “Al alba de lo materno y lo femenino. Ensayo sobre dos conceptos tan obvios como inconcebibles”. La autora desarrolla su pensamiento en una perspectiva poskleiniana y, por lo tanto, propone definir lo materno y lo femenino primarios.

– *Lo materno primario*, según ella, se constituye en el encuentro entre el “conflicto estético” del bebé y la “capacidad de ensueño” de la madre.

Recordemos que el conflicto estético es un concepto descrito por D. Meltzer (1988) cuyo objetivo es explicar la perpleja admiración del niño confrontado a la imago materna, que lo fascina y lo seduce, pero que lo inquieta también en la medida en que le impone un cuestionamiento, inicialmente sin respuesta posible para él, entre la belleza del exterior de su madre y el misterio o el enigma de su interior. Tal es el conflicto primordial que, según Meltzer, “puede expresarse con mayor precisión como un conflicto entre el afuera-de-la-madre, accesible a la sensorialidad, y el interior-de-la-madre, que debe ser interpretado y elaborado por la imaginación creativa. Todo, tanto en el arte y la literatura, como en cada cura analítica, da testimonio de la persistencia de este conflicto durante toda la vida”.

Esta teorización de Meltzer, muy metafórica e incluso poética, pone en cuestión el dogma de la precesión de la posición esquizo-paranoide sobre la posición depresiva en el sentido de que aquí la fase esquizo-paranoide ya sería secundaria y defensiva frente a un primer movimiento depresivo ligado a la indescifrabilidad del conflicto estético. Sería, en efecto, para escapar de esta depresión inicial (que supone, de hecho, una primera visión global del objeto materno), que el niño se vería llevado a clivar y fragmentar el objeto primario, una inversión obviamente subversiva con respecto al modelo kleiniano habitual.

Junto a este movimiento defensivo de parte del bebé, del lado de la madre se presenta la “capacidad de ensueño” (*rêverie*) definida por W. R. Bion, que acude a ayudarlo en la elaboración de este conflicto estético. Entonces, vemos que lo materno primario va a nacer y desarrollarse dentro de esta dialéctica entre la madre y el bebé: el bebé se encuentra, de manera conflictiva para él, con el misterio del objeto materno, que a su vez lo ayudará a resolver este problema a través de una función psíquica, la “capacidad de ensueño materno” (capacidad de *rêverie*), que él va a introyectar e internalizar gradualmente. De esta colaboración entre las defensas del niño y la asistencia psíquica de la madre, quedarán vestigios activos que guiarán por siempre al aspecto materno del niño transformado en adulto.

– El *femenino primario*, por su parte, sería “el lugar dentro del espacio psíquico interno donde se organizarán las primeras identificaciones femeninas”. Bégoin-Guignard se refiere aquí al lugar descrito en 1928 por M. Klein en “Las etapas precoces del conflicto edípico”, bajo el nombre de “fase de femineidad”.

Sin entrar en detalles, sería una fase común para los niños de ambos sexos, que ocurriría en el momento del conflicto de pérdida de objeto

relacionado con el proceso de destete, el umbral de la posición depresiva. Citemos a Bégoin-Guignard: “Esta fase está delimitada por la conjunción de dos corrientes pulsionales distintas: por un lado, la avidez por la posesión del pecho-que-se-sustrae sobrecarga el placer de succionar con un aumento de pulsiones sádicas respecto del interior del cuerpo materno, que contiene supuestamente todas las riquezas del mundo interno, en forma de objetos parciales; por otro lado, bajo el impacto de la activación de las pulsiones genitales precoces, el pene se convierte en un objeto de deseo así como un objeto investido recientemente como un equivalente del pecho materno perdido.” Se entiende así que “por esta conjunción del pecho y el pene como objetos de deseo, la fase femenina primaria constituye una configuración particularmente favorable para la organización y consolidación de los procesos de introyección”, sabiendo que desde el punto de vista de la bisexualidad psíquica, los procesos introyectivos están más bien en el orden de lo femenino y que Klein, desde el punto de vista de la psicopatología, consideró esta fase como un posible punto de fijación para ciertas formas de homosexualidad masculina.

Es sobre la base de este materno y de este femenino primario que luego se desarrollará lo que podría describirse como lo materno y lo femenino secundario. Deberíamos retomar aquí todo el juego de identificaciones edípicas y post-edípicas, aunque solo fuera por el deseo de hijo y el deseo de embarazo presentes en ambos sexos, pero que, sin embargo, tienen fundamentos diferentes. Estas cuestiones son conocidas y no nos detendremos en ellas.

Digamos, sin embargo, que las dos formas del complejo de Edipo, sea en su forma positiva y negativa o directa e invertida, arrojan luz sobre una cierta visión de la bisexualidad psíquica invitándonos a no considerar lo materno y lo femenino como una prerrogativa de la mujer. También hay

materno y femenino en el hombre. Volveremos a este punto, pero nos parece que vale la pena señalarlo. Encontramos, por lo tanto, materno y femenino en ambos sexos, originados, como hemos visto, tanto en mociones edípicas como en mociones preedípicas.

El amor materno, las funciones maternas

Del amor materno se ha dicho mucho. Recordemos, por ejemplo, el libro de Elisabeth Badinter (1980) quien, en su momento, generó escándalo por la cuestión de fondo que planteaba con la pregunta: ¿es el amor materno un instinto que proviene de una “naturaleza femenina”, o surge en gran medida de un comportamiento social, variable según los tiempos y las costumbres?

La tesis de la autora planteaba que la historia nos revela, de hecho, que la noción de amor materno es extrañamente evolutiva ya que después de un largo período de indiferencia, marcado por el recurso sistemático de parte de las ciudades a las nodrizas rurales, los finales del siglo XVIII vieron nacer un nuevo comportamiento femenino y el siglo XIX exaltó y amplificó este ideal del amor maternal. Badinter agregaba que el trabajo de Freud y el desarrollo del psicoanálisis habían contribuido, a su manera, a garantizar una formidable transmisión del amor maternal como valor establecido, pero que el progreso del trabajo de las mujeres, la reclamada igualdad y la creciente división de las tareas entre mujeres y hombres fueron los factores de un cambio que se venía venir, y cuya consecuencia más inesperada podría ser el advenimiento del amor paterno.

En realidad, la posición de Freud con respecto al amor materno es extremadamente compleja. Sabemos que la sexualidad femenina, en su conjunto, le ha planteado un problema. Aquí se plantea toda la cuestión de las identificaciones femeninas, y en sus textos sobre femineidad, de 1931 y

1933, Freud finalmente considera que de alguna manera él ha pasado por alto la importancia del período preedípico, obnubilado por el tema del amor al padre que, en la niña, reprime secundariamente el vínculo primitivo con la madre. Sabemos que Freud insistió en las diferencias entre las niñas y los niños con respecto a la organización edípica. Para él, en ambos casos el objeto que se inviste primariamente es la madre, pero mientras que el niño no tiene que cambiar de objeto de amor para entrar en la problemática edípica, la niña va a tener que realizar un cambio de la madre hacia el padre. Además, la misma ansiedad de castración que funciona como un tope a las fantasías edípicas del niño es la que, siempre según Freud, movilizará las mociones edípicas de la niña hacia su padre con el fin de compensar su falta y su frustración en cuanto a la envidia del pene.

Estas proposiciones freudianas plantean una serie de cuestiones teórico-clínicas y en particular sobre el cambio de objeto de amor en la medida en que la madre edípica del niño es tan distinta de la madre arcaica preedípica como lo es el padre edípico para la niña.

En cualquier caso, la génesis del amor materno se encuentra, en definitiva, en la encrucijada entre lo materno y lo femenino, en la medida en que probablemente se constituya a la vez como una identificación con la madre en tanto que madre y como una identificación con la madre en tanto que mujer, lo que refiere, simultáneamente, a la madre en su relación consigo misma y a la madre en su relación con el hombre.

Como resultado, el amor materno parece ser una combinación de funciones relacionadas con las pulsiones de autoconservación y las pulsiones sexuales, aquello que un autor como J. Laplanche (1987), ha intentado trascender, hace algunos años, a través de su teoría de la “seducción generalizada” y de los “significantes enigmáticos” que resultan de la misma hacia el niño. En otras palabras, el amor materno está atrapado

entre el seno nutricional y el seno erótico, que sabemos que se equilibran para la mujer en una dialéctica sutil y a menudo conflictiva.

Finalmente, el amor materno no se presenta como un instinto cuyo montaje somato-biológico tendría algo intangible, en el sentido de un programa interno puramente endógeno. Encontramos aquí, además, toda la diferencia introducida por Freud entre la noción biológica de instinto y la de pulsión, concepto límite entre el cuerpo y la psique: el primero se presenta como unido a un objeto de satisfacción eminentemente fijo y conduce a la concepción de un destino en términos de fatalidad inevitable, mientras que la segunda se refiere a un objeto variable y contingente y conduce a un destino que da lugar a los efectos del encuentro.

El amor materno se construye así en el marco de sucesivas interacciones, relacionadas con la madre en tanto ella misma, a la madre en conexión con toda su filiación transgeneracional, y finalmente a la madre en su vínculo con el padre. Todo esto debería llevarnos a considerar que el amor materno, lo maternal y lo femenino resultan inextricablemente unidos.

La imago materna de referencia debe entonces ser aprehendida en su doble valencia de imago arcaica e imago edípica y posedípica. Solo señalaremos que en el campo de la imagen materna arcaica se enfrentan diferentes concepciones, que van desde la imagen materna todopoderosa y terrorífica del modelo kleiniano hasta “la representación de una madre suficientemente débil” descrita recientemente por M. Bydlowski a partir de sus trabajos sobre la infertilidad, es decir una imagen de la madre de los comienzos, de la ternura y la abnegación.

Bydlowski (1997) señala que “la adolescencia femenina termina solo con el primer nacimiento, incluso tardío” y dice del amor materno que, además de sus componentes de apego e identificación narcisista, tiene algo del

amour fou que André Breton había ilustrado con esta frase: “Me había perdido a mí mismo y tú viniste a darme noticias de mí”.

A partir de entonces, las funciones maternas pueden ser descritas y declinadas de mil maneras y esto no cambia mucho el asunto. Se puede evocar, por ejemplo, la “capacidad de *rêverie*” (ya citada) de Bion, las tres funciones winnicotianas de *holding*, *handling* y presentación de objeto, así como la “preocupación materna primaria”, las ilusiones anticipatorias o las anticipaciones creativas apreciadas por R. Diatkine (1994), la armonización de los afectos o el “entonamiento afectivo” de D. N. Stern (1985), la función de “portavoz” de P. Aulagnier (1975)... y uno podría evocar a muchos otros aún.

Sin embargo, no es menos cierto que estas funciones que reconocen, poco o mucho, sus correspondencias en la cura se juegan, todas ellas, en la interfaz entre la necesidad y el deseo, es decir entre la autoconservación y la sexualidad.

No debería sorprender, entonces, que el amor materno que los sostiene y que en cierto modo funde lo materno y lo femenino –y esto ya sucede en la niña cuando juega a las muñecas y espera que su padre le dé un bebé–, resulta ser a la vez fuente y consecuencia de un narcisismo femenino que, veremos ahora, no sólo concierne a la mujer o la futura mujer sino a los dos sexos en el eje de su bisexualidad psíquica innata.

Lo materno y lo femenino en relación con la bisexualidad psíquica

Aunque a menudo se lo percibe como si fuera una evidencia (¿quién no ha pensado, alguna vez, en el funcionamiento psíquico humano aludiendo a la oposición clásica entre *animus* y *anima*?), el concepto de bisexualidad psíquica sigue planteando problemas teóricos y clínicos difíciles. En el

plano fantasmático, de hecho, hay dos grandes versiones de la bisexualidad psíquica, una se refiere a la idea de un solo sexo, el mismo para todos; la otra a la idea de la existencia conjunta de los dos sexos en cada individuo, ya sea hombre o mujer.

Los datos actuales sobre el desarrollo psíquico del infante y del funcionamiento maduro del psiquismo se basan más bien en la segunda hipótesis fantasmática y consideramos que esto puede comprenderse a partir del estudio de los sistemas interactivos precoces. De generación en generación, es en la intimidad de estos primeros vínculos interactivos donde se arraigan lo masculino y lo femenino, así como lo materno y lo paterno, y uno de los primeros efectos de la bisexualidad psíquica es, sin duda, la dificultad que se impone para hablar de uno de estos polos sin, al mismo tiempo, referirse al otro.

Sin embargo, sea cual fuera la importancia y la efectividad del concepto de bisexualidad psíquica, digamos de entrada que los nuevos padres nunca serán... antiguas madres, si se permite esa expresión. Pensar en una equivalencia estricta entre un padre y una madre es, de hecho, una pura utopía bisexual, muy engañosa, de los adultos. Los niños no se engañan y cualquiera que sea el componente masculino y paterno de su madre o el componente femenino y materno de su padre, claramente marcan la diferencia y saben muy pronto identificar la naturaleza diferenciada de sus respectivos estilos interactivos.

Estas diferencias se han percibido cada vez mejor con el advenimiento de las técnicas de microanálisis de las interacciones y con el desarrollo de los trabajos que se ocupan de la tríada y no sólo de la díada (Elisabeth Fivaz en el Centro de Estudios Familiares de Lausana, Martine Lamour y Serge Lebovici, en París). Se ha encontrado, por ejemplo, que existen diferencias cualitativas en tres áreas esenciales de las interacciones entre padres e hijos:

la del estilo interactivo en relación con las características del “entonamiento afectivo” (Stern), el de los procesos de apego (J. Bowlby) y finalmente el de las modalidades de juego con el bebé.

Sin entrar en detalle sobre los resultados de estos estudios, digamos que el padre, en general, no juega con su hijo de la misma manera que la madre: lo maneja más activamente, a menudo le gusta generar cierto impacto emocional al arrojarlo al aire (y atajarlo, por supuesto!) y, en un plano más sutil, mientras que la madre inicia al bebé sobre todo en juegos funcionales, es decir, juegos vinculados al uso habitual de los objetos, el padre se divierte más con su bebé introduciendo los usos inusuales de los mismos, sea a través de juegos sensoriales o de juegos llamados semi-simbólicos, pero con un cierto desvío respecto de la función normal de los objetos utilizados.

Ciertamente, todo esto lleva al niño a formar, a través de sus “representaciones interactivas generalizadas” (Stern), una imagen de lo masculino y lo paterno diferente de su imagen de lo femenino y lo materno y es a partir de esta historia relacional temprana que él construirá sus propios componentes masculinos y femeninos, luego maternos y paternos, en sus relaciones posteriores con sus hijos. En otras palabras, en paralelo con lo que hemos visto anteriormente, el niño descubre la diferencia de los sexos en sus interrelaciones con sus dos padres, e integrará en una proporción variable el conjunto de estos dos componentes masculino y femenino, para tejer la trama de su bisexualidad psíquica personal.

Sin embargo, la cuestión de la bisexualidad psíquica puede considerarse en un nivel aún más parcial, incluso arcaico, y al mismo tiempo en un nivel algo más metafórico. En cierto modo, las envolturas psíquicas del infante y, por lo tanto, el marco de cualquier dispositivo terapéutico digno de ese

nombre, siempre reconocen una cierta dimensión de la bisexualidad psíquica.

De hecho, si ubicamos la receptividad, la capacidad de atención y de transformación psíquica (en el sentido de Bion), así como la capacidad de *holding* (Winnicott) más bien en el orden de lo materno y la capacidad de limitar, la firmeza y la generación de prohibiciones (o mejor, de interdicciones, en los primeros tiempos) más bien en el orden de lo paterno, uno descubre que tanto las envolturas psíquicas como los diversos dispositivos terapéuticos siempre aseguran, como el padre y la madre, una combinación de funciones que básicamente lleva a cada uno de estos dos registros, ya que en todos los casos se trata de contener y limitar, tomando el modelo descrito por E. Bick (1968) en relación a la piel.

De todos modos, y por supuesto, el bebé va a requerir a cada uno de sus padres más bien en un registro o en otro (y no necesariamente a la madre en un registro materno o al padre en un registro paterno), mientras que, por su parte, el padre y la madre, a través de sus identificaciones regresivas, que conducen a cada uno a su propia historia infantil precoz, entablarán con él una relación marcada por una dosis variable de sus propios componentes masculinos y femeninos (y en particular de acuerdo a cada niño, en función del lugar específico que ocupe dentro del mundo representacional de sus progenitores).

Por lo tanto, podemos decir que, tomando como base el equilibrio bisexual de los padres, lo materno y lo paterno se jugarán en el encuentro con la persona particular que es ese bebé y con la historia relacional de cada padre. De este modo, materno y paterno están en la encrucijada entre lo sincrónico y lo diacrónico, o en el cruce entre las interacciones en el aquí y ahora y las dos filiaciones transgeneracionales, materna y paterna, del niño.

A menudo se ha recordado que en “El Yo y el Ello”, Freud dice sobre el concepto de identificación primaria: “Esta nos conduce al nacimiento del Ideal del Yo, porque detrás de este Ideal se oculta la primera y más importante identificación del individuo: la identificación con el padre de su prehistoria personal”. Pero agrega en una nota: “Sería más prudente decir con ambos padres, porque antes de que el individuo haya adquirido un conocimiento cierto de la diferencia de los sexos (presencia o ausencia de pene), se conduce de la misma manera con respecto al padre y la madre” (S. Freud 1923).

Los estudios actuales sobre interacciones tempranas, que ya hemos mencionado, nos incitan a modular de alguna manera estas palabras, pero en cualquier caso, basándose en este texto de Freud, un autor como Houzel, propone incluso la hipótesis de que Freud podría haber planteado allí “una identificación bisexual antes de cualquier posible diferenciación objetal”. Y agrega: “Antes del destete, entendido éste como una etapa de la relación tanto psíquica como física con la madre, no habría un objeto materno o paterno distinto sino un objeto parcial materno-paterno combinado: el pezón-seno.”

Esta discusión, en realidad, se abre hacia toda la cuestión de las triangulaciones parciales y pregenitales tempranas, así como hacia el lugar ocupado por el bebé en la psique de sus padres. ¿Podemos decir, por ejemplo, que lo materno se definiría por el hecho de que el niño encarna por su existencia un sustituto simbólico del falo para la madre, mientras que lo paterno dependería de una rivalidad entre esta función del niño para la madre y el falo del padre?

Sin embargo, no olvidemos la reserva sustantiva expresada por J. Lacan en su Seminario de 1958, al introducir el texto freudiano sobre “Análisis terminable e interminable” reserva según la cual “el hombre sólo puede

tener el falo sobre el fondo de que no lo tiene, que es exactamente lo mismo que le sucede a la mujer, es decir, que ella no tiene el falo y es sobre este fondo que lo es”.

No iremos más lejos por el momento con este tipo de cuestionamientos. Lo que podemos decir, en cualquier caso, es que no existe lo materno ni lo paterno que refieran sólo a lo femenino o lo masculino. Lo materno, como lo paterno, se construyen y luego se ponen en juego sobre la base de una bisexualidad originaria arraigada en el juego interactivo inicial de cualquier individuo y, en la actualidad, es difícil decir cuál es y cuál será el impacto sobre tal configuración de los cambios sociológicos (relativos) que nuestro tiempo nos lleva a constatar.

Conclusiones

La idea principal que sostenemos es, a fin de cuentas, que la calidad de los cuidados que brindamos al infante, como padres y como profesionales, depende de manera crucial de la calidad de la integración de nuestra bisexualidad psíquica tanto a nivel de nuestro funcionamiento personal como a nivel de las relaciones entre nosotros como adultos alrededor del niño.

Con motivo del primer coloquio de nuestro grupo francófono WAIMH, celebrado en París en 1995, Houzel escribió: “Avanzaré la hipótesis de que cuanto más integrada se encuentra la bisexualidad psíquica en cada uno de los adultos y entre los adultos de un mismo equipo, mayor es el efecto de unión que genera el bebé entre esos adultos; cuantas más fallas haya en la integración de la bisexualidad psíquica, más riesgo corre el bebé de generar un efecto de desunión.” Esto plantea entonces a la vez la cuestión de la individualidad de la bisexualidad psíquica y la de su análisis a nivel del

funcionamiento de los equipos (incluso la cuestión de su composición en términos de la proporción de hombres y mujeres).

Pero en relación a nuestro propósito, lo que podemos agregar es que hay bisexualidad tanto en lo materno como en lo paterno. Lo materno y lo femenino no son dominio de la mujer, como tampoco los hombres tienen el monopolio de lo masculino y lo paterno. Creer esto sería ceder al mito de dos sexos radicalmente ajenos el uno al otro. Por otra parte, ambos sexos no son intercambiables. Esta idea implicaría ceder a la utopía de una bisexualidad psíquica absoluta y simétrica.

Como adultos, a veces tenemos la tendencia a adherir a tales mitos o utopías. En cambio, como hemos visto, los bebés no se equivocan. Saben reconocer a los hombres y a las mujeres muy tempranamente, gracias a la composición interna de la bisexualidad psíquica, inherente a cada uno, de la cual derivará más adelante la propia de cada niño.

Ya sea que uno lo piense desde el plano de las envolturas psíquicas, las interacciones tempranas, las imagos primordiales o incluso a nivel de nuestros diversos dispositivos terapéuticos, la bisexualidad reina. Si queremos que el bebé tenga sobre nosotros efectos de ligazón y que nosotros tengamos sobre él efectos constructivos, no nos queda más que elaborar esta bisexualidad psíquica en la que se basan y se sostienen nuestras funciones maternas y paternas. Y esto, ya sea uno hombre o mujer: ¡A buen entendedor pocas palabras!

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Aulagnier, P. (1981[1975]). *La violence de l'interprétation: du pictogramme à l'énoncé* (2e éd.). París: PUF. [Versión en español:

- (1977). *La violencia de la interpretación; del pictograma al enunciado*. Buenos Aires: Amorrortu.]
- Badinter, E. (1980). *L'amour en plus: histoire de l'amour maternel: XVII'-XX' siècle*. París: Flammarion. [Versión en español: (1981). *¿Existe el amor materno?: historia del amor materno: siglos XVII al XX*. Barcelona: Paidós.]
- Bécache, S. (1987), Maternité et féminité: la légende d'Ariane. *Revue Française de Psychanalyse*, 51(6), 1571-1578.
- Bégoïn-Guignard, F. (1987a). À l'aube du maternel a du féminin: essai sur deux concepts aussi évidents qu'inconcevables. *Revue Française de Psychanalyse*, 51(6), 1491-1503.
- Bégoïn-Guignard, F. (1987b). Le féminin et le maternel. *Les Cahiers de l'IPC*, (5), 11-24.
- Bick, E. (1968). The experience of the skin in early object-relations. *International Journal of Psychoanalysis*, 49(2/3), 484-486. [Versión en español: (1969). La experiencia de la piel en las tempranas relaciones de objeto. *Revista Uruguay de Psicoanálisis*, 11(2), 167-172.]
- Bion, W. R. (1979[1962]). *Aux sources de l'expérience*. París: PUF. [Versión en español: (2016). *Aprendiendo de la experiencia*. Buenos Aires: Paidós.]
- Bion, W. R. (1979[1963]). *Eléments de psychanalyse*. París: PUF. [Versión en español: (2000). *Elementos de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.]
- Bion, W. R. (1982[1965]). *Transformations, passage de l'apprentissage à la croissance*. París: PUF. [Versión en español: (1985). *Transformaciones*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.]
- Bowlby, J. (1978-1984). *Attachement et perte* [3 vols.]. París: PUF. [Versión en español: (1993-1998). *El apego y la pérdida* (3 vols.). Barcelona: Paidós.]

- Bowlby, J. (1992). L'avènement de la psychiatrie du développement a sonné. *Devenir*, 4(4), 7-31.
- Bydlowski, M. (1997). *Le dette de vie: itinéraire psychanalytique de la maternité*. Paris: PUF. [Version en español: (2007). *La deuda de vida: itinerario psicoanalítico de la maternidad*. Madrid: Biblioteca Nueva.]
- Diatkine, R. (1994). *L'enfant dans l'adulte ou l'éternelle capacité de rêverie*. Lausanne: Delachaux et Niestlé.
- Fivaz, E. (1987). *Alliances et mésalliances dans le dialogue entre adulte et bébé: la communication précoce dans la famille*. Lausanne: Delachaux et Niestlé.
- Freud, S. (1966[1923]). Le Moi et le Ça. En: *Essais de Psychanalyse* (pp. 177-234). Paris: Payot. [Version en español: (1992). El yo y el ello. En: *Obras Completas* (Vol. 19, pp. 1-59). Buenos Aires: Amorrortu]
- Freud, S. (1982[1931]). Sur la sexualité féminine. En: *La vie sexuelle* (pp. 139-155). Paris, PUF. [Version en español: (1979). Sobre la sexualidad femenina. En: *Obras Completas* (Vol. 21, pp. 223-244). Buenos Aires: Amorrortu]
- Freud, S. (1981[1933]). La féminité. En: *Nouvelles conférences sur la psychanalyse* (pp. 147-178). Paris: Gallimard. [Version en español: (1979). 33a conferencia: la femineidad. En: *Obras Completas* (Vol. 22, pp. 104-125). Buenos Aires: Amorrortu]
- Freud, S. (2010[1937]). L'analyse finie et l'analyse infinie. En: *Oeuvres complètes* (Vol. 20, pp. 13-55). Paris: PUF. [Version en español: (1980). Análisis terminable e interminable. En: *Obras Completas* (Vol. 23, pp. 211-254). Buenos Aires: Amorrortu]
- Haag, G. (1983). Racines précocissimes de la détermination sexuelle ou la bisexualité dans la relation orale. *Textes du Centre Alfred Binet*, (2), 69-72.

- Houzel, D. (1997). Le bébé et son action sur l'équipe. *Devenir*, 9(2), 7-19.
- Klein, M. (1982[1922]). Les stades précoces du complexe œdipien. En: *Essais de psychanalyse* (pp. 229-241). Paris: Payot. [Versión en español: (2011). Primeros estadios del complejo de Edipo y de la formación del superyo. En: *El psicoanálisis de niños* (pp. 139-162). Buenos Aires: Paidós]
- Lamour, M. y Lebovici, S. (1991). Les interactions du nourrisson avec ses partenaires évaluation et modes d'abord préventifs et thérapeutiques. *La Psychiatrie de l'Enfant*, 34(1), 171-275.
- Laplanche, J. (1984). La pulsion et son objet-source son destin dans le transfert. En: D. Anzieu, R. Dorey, APF, et. al., *La pulsion pour quoi faire?* (pp. 9-28). Paris: Association Psychanalytique de France.
- Laplanche, J. (1986), De la théorie de la séduction restreinte à la théorie de la séduction généralisée. *Études freudiennes*, (27), 7-25. [Versión en español: (1988). De la teoría de la seducción restringida a la teoría de la seducción generalizada. *Trabajo del Psicoanálisis*, 3(9), 273-294.]
- Laplanche, J. (1987). *Nouveaux fondements pour la psychanalyse*. Paris: PUF. [Versión en español: (1989). *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis: la seducción originaria*. Buenos Aires: Amorrortu]
- Lebovici, S. y Stoleru, S. (1983). *Le nourrisson, la mère et le psychanalyste; les internactions précoces*. Paris: Le Centurion. [Versión en español: (1988). *El lactante, su madre y el psicoanalista; las interacciones precoces*. Buenos Aires: Amorrortu]
- Meltzer, D. (1988). Le conflit esthétique: son rôle dans le développement psychique. *Psychanalyse a l'Université*, 13(49), 37-57. [Versión en español: (1989). El conflicto estético: su lugar en el proceso del desarrollo. *Revista de Psicoanálisis*, 46(1), 3-27]

- Rosolato, G. (1969). Du père. En: *Essais sur le symbolique* (pp. 36-58). París: Gallimard. [Versión en español: (1974). *Ensayos sobre lo simbólico* (pp. 39-65). Barcelona: Anagrama.]
- Stern, D. N. (1989[1985]). *Le monde interpersonnel du nourrisson: une perspective psychanalytique et développementale*. París: PUF. [Versión en español: (1991). *El mundo interpersonal del infante: una perspectiva desde el psicoanálisis y la psicología evolutiva*. Buenos Aires: Paidós.]
- Winnicott, D. W. (1970[1965]). *Processus de maturation chez l'enfant: développement affectif et environnement*. París: Payot. [Versión en español: (2002). *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador: estudios para una teoría del desarrollo emocional*. Buenos Aires: Paidós.]
- Winnicott, D. W. (1975[1958]). *De la pédiatrie à la psychanalyse*. París: Payot. [Versión en español: (2002). *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Barcelona: Paidós.]

¹ Este artículo se publicó por primera vez en *La Psychiatrie de l'enfant*, Vol. 43, n. 1 (2000). Traducción de Constanza C. Duhalde.

² Texto redactado a partir de una ponencia realizada en las Cuartas Jornadas de Estudios de la OREE (Organismo de Investigación sobre el Infante y su Ambiente) organizadas con el aporte de los fondos de acción social de la ciudad de Mullhouse y del Departamento del Haut-Rhin sobre el tema "Funciones materna y paterna, ¿cuál espacio y cuáles posiciones para los profesionales?" (Mullhouse, 4 de junio de 1998).

³ Psiquiatra infanto-juvenil, psicoanalista. Fue jefe del Servicio de Psiquiatría Infantil del Hospital Pediátrico Necker (París) y más antiguamente jefe del Servicio de Psiquiatría Infantil del Hospital Saint- Vincent de Paul (París), al que se hace referencia en el presente artículo. Profesor de Psiquiatría de la Infancia y de la Adolescencia en la Universidad René Descartes (París V).

3.

Homenaje a Alicia Casullo



1940-2019

Recordamos con pena la pérdida de una de las analistas más antiguas y comprometidas de SAP: Alicia Beatriz Casullo, miembro fundador y titular de la Institución, y miembro también de la Federación Psicoanalítica de América Latina (Fepal) y de la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA).

Además de su labor como psicoanalista, Alicia tuvo una activa participación como docente y formadora universitaria. En su amplio recorrido académico estudió primero, en la Universidad de Buenos Aires, Ciencias de la Educación (1963) y luego Psicología (1970), con un posgrado en Psicología Clínica (Universidad de Belgrano, 1976). La educación en su relación con la psicología constituyó un área central de su tarea docente, como jefa de cátedra de Psicología Educacional –siendo muy

joven–, en la carrera de Ciencias de la Educación de la Universidad de Buenos Aires. En su libro: *Psicoanálisis y educación* profundiza la relación entre estas dos disciplinas.

Se formó inicialmente como psicoanalista en la Asociación Psicoanalítica Argentina y en esa etapa participó activamente de IPSO (*International Psychoanalytical Studies Organization*), organización de la que fue presidenta entre 1991 y 1993. Alicia fue una viajera incansable, participó de numerosos congresos en el país y en el extranjero, tejiendo lazos y encuentros con el campo del psicoanálisis más allá de nuestras fronteras.

En la Sociedad Argentina de Psicoanálisis, además de ser miembro fundador, tuvo una activa participación como Secretaria y Docente del Instituto de Formación. Los analistas que se formaron en esa etapa recuerdan su amable y amorosa insistencia en las tareas de la formación y el acompañamiento personalizado que realizaba a veces frente a las diferentes vicisitudes y desafíos que debían enfrentar.

Fue también coordinadora del Área de Publicaciones y Biblioteca, donde se destacó especialmente su labor como directora y editora de la Revista de la SAP. Puso al servicio de la revista su vasta erudición, su especial atención a los detalles y su enorme capacidad de trabajo.

Corresponde además recordar su tarea clínica, de gran compromiso, coherente con la línea de Ferenczi, autor que estudió profundamente y que la acompañó en el trabajo con sus pacientes.

Fue una lectora apasionada, comprometida con la docencia, la pintura, la música y los libros. Amaba el cine, son recordados los encuentros de cine debate realizados en su casa, de los que participaban diversos compañeros de SAP.

La recordamos alegre, activa, emprendedora y pujante, siempre curiosa e interesada y, sobre todo como una compañera generosa y solidaria en el

camino del psicoanálisis.

Constanza Duhalde

Palabras de despedida

Alicia, auténtica, sincera, honesta, se fue sin despedirse hace apenas unos días.

No nos vamos a acostumbrar a la ausencia de Alicia. Irá atenuándose la pena y asomando la sonrisa, y amaremos la costumbre, el ejercicio de recordarla discutiendo, riendo y así sabremos retenerla. Abundan los recuerdos, las anécdotas, las complicidades. Delgada, enérgica, inteligente, obstinada, rigurosa, era de trabajar hasta que quedáramos exhaustos. De andar veloz, exagerada en sus amores y desamores, cumplidora puntual sin concesiones. Severa consigo misma, más que con los demás. Imparable en ayudar y apoyar. Plena de curiosidad, viajó mucho, leyó mucho y enseñó mucho. Amaba al psicoanálisis, a la docencia, la decencia, la pintura, la música, los libros. Solía hablarnos de sus seres queridos, familia y amigos, como si los conociéramos de toda la vida y lo fue logrando. Y por preguntar y ocuparse y querer saber de nuestros hijos y nietos, terminaban ellos siendo parte de su vida.

Vamos a recordarla, de a uno, de a dos, de a tres, de a muchos. Las experiencias que compartimos con ella están entrelazadas con la vida de SAP, los congresos en el país y en el extranjero, la amistad, las charlas, las peleas, las tareas, nuestras vidas familiares, la vida social,

cultural y política de nuestro país. Compañera de marchas, de incertidumbres, de convicciones, de esperanzas, desilusiones y nuevas esperanzas. Su casa estuvo y seguirá estando ahí nomás, cerquita, a dos cuadras de mi consultorio, seguiré pasando.

Hasta luego, Alicia.

Daniel Biebel

Palabras de despedida

Era febrero de 2017, posiblemente un martes, lo recuerdo así; sí, era un martes... como muchos otros martes de febrero de ese año, y también enero, salí de mi sesión de análisis y caminé tres cuadras por Avenida Pueyrredón, crucé Avenida Santa Fe y seguí algunos cientos de metros más. Seguro que hacía calor, en realidad no lo recuerdo bien... lo que sí recuerdo es que toqué el piso 11 y subí, como tantos otros martes de ese verano.

Arriba estaba servida, sobre una mesa ratona, una bandeja con una jarra de agua fría y otra de agua caliente; había vasos, tazas y café... y alguna cosita rica para mentirle a la panza... era el mediodía, eso también lo recuerdo bien. Ese verano tenía que recuperar varios seminarios de Freud I, que no habían llegado a darse por diversas circunstancias que no vienen a cuento; ese verano lo pasé, al menos los martes al mediodía, en la casa de Alicia; conversábamos de los textos freudianos sobre *La interpretación de los sueños*; pero más hablábamos de Freud. Era como si lo hubiese conocido en persona, cada detalle de su vida y obra, ella lo sabía y si no lo sabía lo buscaba. Lo buscaba en su biblioteca, en los recuerdos y fotos de sus viajes a Viena y otros sitios de Europa por donde había pasado Freud, desde su casa hasta las campiñas en donde veraneaba. Todo lo transmitía con una pasión y un entusiasmo que a mí me conmovía y me entusiasmaba... a veces avanzábamos poco en el libro de los sueños.

Su dedicación y compromiso con mi formación en ese primer año fue muy significativa; ella vivía en cada punto y coma que corregía a mi trabajo final y en cada bibliografía, que debía ser correctamente citada. Su dedicación era incondicional con todos los que la conocimos, siempre muy cerca de cada uno de los analistas en formación, siempre en permanente colaboración con Instituto, con Biblioteca, con Publicaciones; y tantísimas otras cosas. Nos introdujo también en el estudio de autores como Ferenczi, Bollas y otros.

Este es un pequeñísimo homenaje del Claustro de Candidatos en memoria de la queridísima Alicia Casullo, intentando destacar todo su amor por la profesión y por la enseñanza... hay recuerdos de ese verano que no voy a borrar jamás.

Pablo Goldin

Introyección y/o incorporación Explorando los vínculos narcisistas entre generaciones¹

Alicia B. Casullo
Sociedad Argentina de Psicoanálisis

RESUMEN

Se relata la trayectoria del concepto de introyección para Sándor Ferenczi en oposición a la noción de incorporación desarrollada por Karl Abraham. A partir de la resolución de la introyección que parte de una asimetría vincular se vislumbran dos escenarios de desarrollo del niño. Así los neuróticos incluyen en su esfera de intereses la mayor parte del mundo exterior. La introyección se presenta como un mecanismo fundamental para la constitución de la psiquis. La identificación materna aparece como introyección primordial, que será condición para instituir subjetividad. Se describe la especificidad y la composición de la introyección para Ferenczi. El yo interno se expande a partir de lo introyectado, mientras que el concepto de incorporación de Abraham implica un proceso negativo. El conflicto narcisista de los padres puede ocasionar una cadena de identificaciones alienantes transgeneracionales.

ABSTRACT

The concept of introjection by Sándor Ferenczi is opposed to the notion of incorporation developed by Karl Abraham. Two scenarios of the child's development are glimpsed from the perspective of a bond asymmetry. Thus the neurotics include in their sphere of interests most of the outside world. Introjection is presented as a fundamental mechanism for the constitution of the psyche. Maternal identification appears as a primary introjection, which will be a condition for instituting subjectivity. The specificity and composition of the introjection for Ferenczi is described. The inner self expands from the introjected, while Abraham's concept of incorporation implies a negative process. The narcissistic conflict of the parents can cause a chain of alienating transgenerational identifications.

DESCRIPTORES: INTROYECCIÓN – INCORPORACIÓN – IDENTIFICACIÓN – NARCISISMO – TELESCOPAJE DE LAS GENERACIONES.

KEYWORDS: INTROJECTION – INCORPORATION – IDENTIFICATION – NARCISSISM – TELESCOPING OF GENERACIONES.

Introyección y/o incorporación

Explorando los vínculos narcisistas entre generaciones

1. Pensar la asimetría vincular

Un desarrollo realmente favorable (óptimo) llevaría al [desenvolvimiento] de individuos (y de razas) que no fueran ni mentirosos (hipócritas) ni destructivos.

Ferenczi, desde sus primeros trabajos, está interesado en los procesos que intervienen en la constitución del psiquismo: transferencia, incorporación, identificaciones, símbolo... Son los temas de los que se ocupaba la hipnosis. Pero, que se abandonen las técnicas hipnóticas no hace que desaparezca este campo de problemas, y se puede decir más:

Ferenczi no duda de que el fundamento de estas situaciones se encuentra en la oposición entre el adulto y el niño: la incompreensión, la imposición, la mentira han precedido la educación de este último, de manera que el carácter no será más que el resultado o el residuo de aquel malentendido primero. (Neyraut, 1976, p. 154).

Me atrae esta hipótesis. Ferenczi acaba de conocer a Freud, era un 2 de febrero de 1908, en Viena; los dos grandes quedan deslumbrados el uno del otro y Ferenczi, además, maravillado del poder que percibe en el método psicoanalítico. No habían transcurrido dos meses de este encuentro y lo vemos participando del Primer Congreso de Psicoanálisis en Salzburgo, organizado entre Freud y Jung, todavía está lejos la creación de la IPA. Presenta allí su primer trabajo psicoanalítico a ese mundo al que se quiere incorporar; lo llama *Psicoanálisis y Pedagogía* (1908) del que solo se publica una reseña en vida del autor en las memorias del Congreso. En sus páginas se encuentra el objeto de estudio que elige como centro de su pensar psicoanalítico: *los vínculos asimétricos y el trauma*. Plantea en él una analogía entre dos problemas prácticos, el que ocupa a Freud, “la psicopatología” y el que lo ocupa, que llama “pedagogía actual”, en ésta ubica el antecedente de la mentira, la hipocresía, la imposición, la ceguera introspectiva de la época, la represión, la oposición a las ideas propias, al

pensamiento autónomo y el consiguiente aplanamiento de la persona. Valora su objeto epistémico: “[...] Si Freud, partiendo de [...] la psicopatología, ha llegado a una perspectiva psicológica de una envergadura absolutamente inesperada, *podemos permitirnos una excursión sobre el césped de los jardines de la infancia no sin cierta esperanza heurística*”. [itálicas agregadas] (Ferenczi, 1908, p. 54).

Dos modalidades de abordaje psicoanalítico se perfilan. Ferenczi de inicio pone en el ambiente el origen de la violación psíquica que denuncia, lo hace centro de su exploración ya que tempranamente registra la necesidad de un ambiente vivo, pensante, afectivo, facilitador del crecimiento... Este tema es, como dice F. Borgogno, su tarjeta de visita (1999), aunque Borgogno no se refiera al mismo vínculo. Su preocupación es el cuidado del polo dependiente de una relación. Denuncia la debilidad como condición originaria del niño, el lugar en el que la sociedad ubica a la mujer... la confusión de lenguas entre ambos polos, la desmentida; su interés es la asimetría vincular, que alcanza el máximo esplendor en sus últimos escritos sobre el trauma, producto, también, de la reflexión sobre su propio trauma durante la confrontación Freud/Ferenczi. Son escritos elaborados en soledad y como reflexión del dolor que lo embarga. El silencio respecto sobre su obra se mantuvo muchos años, ésta circulaba de manera clandestina, es un silencio que expresa y confirma la presión que es capaz de producir una institución, aun la psicoanalítica. La misma Sociedad Psicoanalítica Internacional que él ideó y ayudó a construir, su propio expaciente Ernest Jones, su entrañable amigo, en ese momento lo abandonan. Freud es quien primero vuelve sobre sus pasos...

No sin razón el analista húngaro Imre Szecsódy (2013, pp. 83-110) se refiere a él como el primer intersubjetivista. Ferenczi plantea la importancia de la relación de objeto, le otorga más peso a la relación madre-bebé, con él

toma más fuerza lo infantil en la cura... Un tema subyace en este problema: se trata del vínculo de autoridad entre personas desiguales, como el que se da en las relaciones de socialización y formación, asimetrías *inevitables en las sociedades humanas por la prematuración con la que se nace*. Son vínculos más bien ambiguos, en evolución constante y diferente según cada persona, pero existentes y necesarios de ser pensados ya que en ellos transita la vida emocional de las personas en desarrollo y esto exige mucho cuidado y diálogo reflexivo; fácilmente pueden desplazarse hacia la imposición.

Las formas de asimetrías en una sociedad exceden el período de crianza, por ello creo interesante el planteo desde lo institucional, como lo hace E. Enriquez, quien habla de “instituciones de existencia”, que exigen nuestra atención y cuidado “porque plantean todos los problemas de alteridad, esto es, de la aceptación del otro en tanto sujeto pensante y autónomo por cada uno de los autores sociales que mantienen con él relaciones afectivas y vínculos intelectuales” (Enriquez, 1987, pp. 84-85). Esta es la denuncia que hace Ferenczi: la ley que organiza lo social puede deslizarse fácilmente a ejercer violencia secundaria (Aulagnier, 1975) con la meta de alcanzar una conducta unificadora, homogénea, no diferenciadora de sus miembros; lo plantea, inclusive, en los propios institutos de formación psicoanalítica.

La asimetría vincular es fundante, cualquiera sea la forma de socialización que se elija. El cachorro humano nace prematuro, su dependencia es total. Para hacer operativo este vínculo se necesita que ambos polos de la relación estén auténticamente interesados uno en el otro y que ambos satisfagan necesidades narcisistas; pero el polo de poder es quien tiene que reflexionar sobre el tema. En una relación satisfactoria padres-hijo –roles que se reciben en forma simultánea– los padres satisfacen una fantasía de completud, de perennidad, de ser referente

identificadorio, de fertilidad, y le dan al hijo, amenazado por la supervivencia, un lugar de protegido, lo cuidan, lo libidinizan, le atribuyen la condición de único, le anticipan un espacio en el mundo social. Sólo si ambos polos de la asimetría alcanzan esto, el vínculo instalará un registro de confianza, de deseo y capacidad de vivir, que disminuya el desamparo y la impotencia. El interés de los padres en el hijo y la contención de la profunda necesidad dan operatividad a esta asimetría; *solo así podrán unirse en una ligadura profunda que les restituya la integridad narcisista. Es indispensable que el polo en ventaja promueva, en el polo dependiente, la inscripción psíquica de que es posible estar contenido, sostenido, ayudado a vivir, “ensoñado”* como dice Bion (Pérez, A., 1999). Solo así tomará fuerza la pulsión de vida y el vínculo alcanzará poder creativo para instalar ese encuentro que satisfaga las estrictas necesidades del polo dependiente: una barrera de contención que le haga posible aprender a soportar la angustia, aumentar la capacidad de espera y tolerar la frustración, indispensables en todo proceso de transformación. Experiencias repetidas de este tipo permiten introyectar esta capacidad de vincularse y que se convierta en herramienta del propio psiquismo. Es el vínculo introyectado el que se vuelve capaz de procesar y manejar los estados emocionales que ponen en juego la creatividad y el protagonismo y cuyo logro confirma la sensación de estar vivo, de ser capaz de metabolizar experiencias, de vivir creativamente. Desarrollar esta capacidad es parte del proceso de individuación porque ayuda a crear la capacidad de protegerse de la sensación de inermidad, desamparo, impotencia, propia del ser humano cuando enfrenta situaciones nuevas.

Este es el tema de *La adaptación de la familia al niño* (1928), *El niño no deseado y su instinto de muerte* (1929), *Análisis de niños con adultos* (1931), *Confusión de lenguas entre adultos y el niño* (1933), *Sin simpatía*

no hay curación (1932). En una síntesis muy apretada de la idea ferenciana: es la aversión vivenciada en los padres, docentes, analistas, lo que debilita el deseo y la capacidad de vivir. Me interesa que pensemos el proceso introyectivo recordando que un niño no querido tiene altísimas posibilidades de seguir viviendo en sensación de desamparo y desprotección amenazante. Sin duda en el trabajo psicoanalítico facilitamos el despliegue de ese niño doliente al que tenemos que aprender a escuchar. Ferenczi lo expresa con mucha claridad cuando escribe en francés, en el trabajo que lanza al mundo la idea de introyección: *Grattez l'adulte et vous trouverez l'enfant* (1909, p.123).

2. Elucidando con Ferenczi el significado de introyectar

2.1. El neurótico introyecta el mundo exterior para ayudarse a sí mismo

No dudo del pleno éxito de todo esto, únicamente no me parece seguro que el término introyección se pueda sostener.

Freud a Ferenczi, 12/XII/09

El término sí se sostuvo, tal vez sólo en su literalidad etimológica: *Intro* (dentro) *jectare* (arrojar, lanzar), pero llegó a abarcar el campo semántico opuesto. Ferenczi lo plantea para introyectar la riqueza del mundo externo, Abraham, la paralización y la muerte. Para Ferenczi es sinónimo de transferencia, mecanismo central de la cura analítica, Abraham lo usa casi como enfermedad del duelo.

El término aparece en la primera parte de *Transferencia e introyección* (1909), primer trabajo de Ferenczi que se publica en el *Jahrbuch*². En un primer pantallazo da la impresión que sólo pone nombre a una observación clínica: los neuróticos tienen una tendencia general al desplazamiento, a un “comportamiento excesivo” que deviene de su necesidad de “escapar a determinados complejos penosos [...] reprimidos” (p. 102) por la que recogen en su yo la mayor parte posible del mundo exterior. Sin embargo, al pensarlo más, deslumbra su capacidad de observación clínica: “Parece que esta neutralización nunca es perfecta, y que permanece siempre una cantidad variable de excitación que flota libremente³ [...], que intenta entonces neutralizarse con los objetos del mundo exterior” (p. 106). Describe el fracaso de la represión, tema del que se ocupa Freud seis años más tarde en *La represión*, donde separa el contenido de la representación, del monto de afecto o energía pulsional que adhiere al representante ideativo (Freud, 1915, pp. 147-148). A esta cantidad de excitación “residual” imputará Ferenczi la disposición de los neuróticos [...] a *incluir en su esfera de intereses la mayor parte posible del mundo exterior* (p.107) pero aclara que es “un proceso de dilución” (p. 107) “mediante el cual [el neurótico] trata de mitigar la acerbidad de impulsos-deseos inconscientes, libres-flotantes, insatisfechos e insaciables” (2001 [1909], p. 40), una síntesis clarísima de un aparato de contención de la paraexcitación.

Vuelve a mostrar su capacidad de síntesis en la clasificación que hace de las enfermedades a partir de los dos mecanismos que lo ocupan: la introyección y la proyección como sistemas de defensa. Más, usa los mecanismos como criterio diferenciador con el que organiza dos modalidades de funcionamiento psíquico: la neurótica, centrada en la introyección, y la paranoide, que usa la proyección como mecanismo de

defensa primario, más cercano o constitutivo de la psicosis. Veamos su planteo:

- Para comprender mejor el carácter fundamental del psiquismo de los neuróticos comparemos su comportamiento al de los *dementes precoces* y al de los *paranoicos*. *El demente aparta totalmente su interés del mundo exterior, se hace infantil y autoerótico.*
- El *paranoico*, como lo señaló Freud, intenta hacer lo mismo sin conseguirlo por completo, por lo tanto proyecta en el mundo externo el interés que se le ha hecho una carga para él.
- Mientras, el neurótico *se ayuda a sí mismo tomando en su yo la mayor parte posible del mundo externo, haciéndolo objeto de sus fantasías inconscientes*. Son procesos “diametralmente opuestos. Propongo denominar este proceso contrario a la proyección como *introyección*” (p. 107).

Por ahora, la introyección es un proceso de defensa que caracteriza a los neuróticos, pero al final de su vida, ni siquiera cuando usa la introyección como defensa es tan simple: “*la personalidad aun débilmente desarrollada reacciona al displacer brusco, no mediante la defensa sino con una identificación [...] y con la introyección de lo que [...] amenaza [y] agrade*” (1933, p. 146). No descarta su uso defensivo, pero lo complejiza...

En la segunda parte de este trabajo: *Papel de la transferencia en la hipnosis y la sugestión*, identificándose con Dimitri Merejkovsky se infiere su rol en la construcción psíquica. Cita: “El poeta, quiere [...] explicar cómo es posible que el zarevitch abandone la seguridad de su refugio italiano por una simple carta de su padre, y que se entregue al cruel zar que lo azotará hasta la muerte” [...]. Es que “persiste la necesidad de sumisión, [...].

Cuando el padre personifica simultáneamente el poder paterno y el prestigio de un hombre influyente, la fijación puede llegar a ser irreductible” (pp. 127-128). El sometimiento del zarevitch es tal que ya no se defiende y lo lleva a su muerte. Vuelve a reforzar su hipótesis del uso violento de la asimetría vincular (1908), y del poder destructivo de la violencia psíquica. Lo que en la primera infancia se experimentaba con sinceridad, se integra de tal manera en el carácter que, apenas encuentre signos de sometimiento, el hombre volverá a sumergirse en una situación infantil y a reproducir esos momentos de docilidad que la caracterizan.

El intercambio epistolar Freud-Ferenczi respecto a este tema es interesante. Ferenczi remite a la hipótesis de Freud de los componentes masoquistas de la pulsión sexual (*Tres ensayos*, 1905) aunque agrega: “el masoquismo consiste en el placer de obedecer que los niños aprenden de sus padres” (p. 128). En la misma carta usada en el epígrafe Freud hace un comentario sobre *Transferencia e identificación*, que pone en boca de “un otro entendido en la materia”, para quien la primera parte del trabajo “le parecía sobresaliente” (p. 157) en cambio la segunda, “menos original”, porque se limita a elaborar la teoría sexual de Freud. La carta es de 1910, en este mismo año Freud agrega una nota al pie a *Tres ensayos de teoría sexual* donde relaciona la autoridad con el vínculo de crédula obediencia del hipnotizado al hipnotizador, como dato confirmatorio de su teoría sexual, y aclara: “este carácter de la sugestibilidad Ferenczi lo relaciona con el complejo parental”. No confrontan, Freud estimula la diferencia, y Ferenczi aun intenta imitar, pero las diferencias se observan. De entrada piensan a partir de modelos diferentes, aunque aún no estuvieran planteados. Uno reafirma la pulsión, el otro, el vínculo. Ferenczi aquí está pensando en algo que aún no puede describir, que se orienta hacia una identificación primitiva

con la madre, producto de esa asimetría fundamental que intuye (Ferenczi, 1908).

Volvamos a la extrema docilidad del hijo del zar Pedro el Grande, y que permite decir:

Se puede ‘comer mierda’ ya a partir de los primeros días y por lo tanto ser envenenados y no nutridos por los padres, que no son para nada, en todos los casos, buenos por definición como postulaba la teoría clásica contemporánea a él. El niño muy pequeño –Ferenczi remarca siempre en este ensayo– está seguramente ‘hambriento de objetos y afectos’ irrenunciables para su desarrollo, pero a causa de su joven edad y de la inermidad que le corresponde no puede sino acoger todo dentro de sí, sin ser realmente capaz de seleccionar y defenderse de lo que toma adentro. (Borgogno, 2011, p. 20).

Ferenczi percibe que la introyección de Alexis fue fuente de muerte, una fuerte identificación negativa con el agresor le quita sus deseos de vida autónoma y perfila con claridad la importancia del entorno en el que crece el niño y de la actitud de los padres en este crecimiento. También anticipa su trabajo de 1913 (*El sentido de la realidad y sus estadios*) al introducir la *ontogenia de estos procesos*: “la proyección paranoide y la introyección neurótica no son más que exageraciones de los procesos mentales cuyos elementos se hallan en todo hombre normal” (1909, p. 108). En 1913 plantea las etapas que transita el niño hasta alcanzar ese necesario sentido de realidad y plantea una metodología genético-evolutiva a partir de un todavía precario interjuego entre los dos mecanismos que lo ocupan. Queda postulada, claramente, la introyección como mecanismo central de la constitución del psiquismo. Yo hablaría de un circuito introyectivo que

contiene en su interior la conformación de las identificaciones preedípicas indispensables para que este lanzarse al mundo de los objetos, que supone la introyección, pueda ser sustentable.

2.2. El circuito de la introyección, mecanismo fundamental en la constitución psíquica

La introyección como un proceso que conlleva simultáneamente la investidura objetal y una identificación como correlato narcisista.

Luis Martín Cabré (2011, p. 303).

2.2.1. La identificación materna como condición para instituir subjetividad. Sustrato de la introyección

¿Qué tiene que converger si queremos lograr una introyección que sea fuente de crecimiento y desarrollo? En su trabajo de 1908 plantea una *introyección primordial* paralela a una *proyección primordial*. Dice de la primera:

[...] una parte más o menos grande del mundo exterior no se deja expulsar tan fácilmente del yo, sino que persiste en imponerse, desafiante: ámame u ódiame: ¡combáteme o sé mi amigo! Y el yo cede a este desafío, reabsorbe una parte del mundo exterior y amplía su interés: así se constituye la primera introyección, la introyección primordial. (1909, p.108).

Ferenczi percibe la vía de la identificación para instalar el proceso de humanización del cachorro humano, se refiere, específicamente a la relación afectiva, a ese amor que se necesita del otro para ser y ser reconocido. Subyace en sus palabras el rol de la identificación como operación fundamental en la generación de “las condiciones para instituir la subjetividad, al propiciar los requisitos de la constitución psíquica” (Bleichmar, 1995, p. 201). Deja clara la participación del otro, fundamentalmente la madre como facilitadora de la identificación. Aquí está el Ferenczi intuitivo, que destaca el yo del adulto jugando un papel central en esa asimetría fundacional e ineludible, que se establece con el nacimiento de la cría humana. En esta obra habla de cómo se instala el yo, nada dice del inconsciente y las pulsiones, que trae en *Confusión de lenguas*, donde plantea el lenguaje de la pasión, que referiría a la intervención del inconsciente del adulto. Hay, entonces, dos tipos de prematuración: una de dominio adaptativo y otra de dominio sexual. La prematuración adaptativa está ligada a la supervivencia; y en su dimensión sexual debe enfrentarse con la sexualidad de la madre, para la que no está preparado. Acá también el adulto pasa a ser protagonista. La mamá, con sus cuidados, le transmite un plus de excitación, traumática para el niño, pero fundante de un inconsciente rudimentario. Laplanche refiere a un carácter enigmático de esta sexualidad de la madre, debido al desconocimiento que ésta tiene de la emisión de mensajes excitantes, que provienen de su propio inconsciente y que dejan ese “residuo del objeto excitante” que constituye el “objeto fuente” u “objeto de la pulsión”. Quedan residuos como indicios de lo proveniente del otro, *algo interno que viene de lo externo*. “Lo originario es entonces un niño cuyos comportamientos adaptativos, existentes pero imperfectos y débiles, están siempre prontos a dejarse

desviar; y un adulto desviante” (Laplanche, 2001, p. 106); y puesto que el niño sigue presente en el adulto, se aumenta este rol de desviante.

Lo que sí Ferenczi plantea es la construcción del yo del niño, a partir del yo del adulto, el que puede operar como estructurante o desestructurante del *infans*, según la forma de responder a las necesidades, deseos y demandas de éste. Si la forma es satisfactoria, primero se comienzan a establecer ligazones amorosas, significantes, que forman un entretejido sobre el que se apoyarán, más tarde, las identificaciones, que son las que *constituyen ese primer yo del narcisismo*. Separamos entonces dos momentos, uno más temprano de la vida del lactante donde todavía predomina el narcisismo trasvasante de la madre, que favorece la circulación de la libido y que también pone freno a las realizaciones pulsionales directas, circulación libidinal que comienza a construir este entramado capaz de dar sostén a las identificaciones subjetivantes o estructurantes, segundo momento de la construcción del sujeto. Estas identificaciones preedípicas son correlativas a la construcción del narcisismo, momento al que Ferenczi da mucha importancia ya que si fracasan estas identificaciones subjetivantes, también encontramos dificultades en el establecimiento de la lógica del proceso secundario y del desarrollo de las introyecciones. A través de aquellas el sujeto asimila propiedades o atributos de la mamá que transforman su yo, que funciona como un órgano libidinal atravesado por el otro humano, que lo hace cada vez más “un semejante”. Tal es la importancia de estas identificaciones que rivalizan con las del período edípico. Dos entradas del *Diario Clínico* muestran el valor del narcisismo “indispensable como base de la personalidad” (16 de junio de 1932) y el valor de la identificación en estos tempranos momentos del desarrollo (30 de junio de 1932). Refiere a *identificarse*, que se diferencia de la identificación que puntualiza lo idéntico, que tan bien desarrolla Freud en *Interpretación de los sueños*

(1900), que le permite identificar un objeto con otro, una característica con otra.

Ferenczi sobre el narcisismo:

El [...] narcisismo, indispensable como base de la personalidad, es decir, el reconocimiento y la afirmación del propio-ser como entidad valiosa realmente existente de cierto grandor, forma e importancia, sólo se alcanza cuando el interés positivo de los otros, digamos su libido, en cierto modo por presión exterior, garantiza la subsistencia de aquella forma de personalidad. Sin esa presión contraria, *llamémosla amor recíproco* (itálicas agregadas), el individuo tiende a explotar, a disolverse en el universo, quizás a morir. (1932, p.185)

Ferenczi sobre la identificación:

En un proceso psíquico quizá no apreciado en su importancia, tampoco apreciado suficientemente por el propio Freud, a saber *el proceso de identificación como etapa previa a la relación de objeto*, no hemos apreciado hasta ahora suficientemente el *imperio de una variedad de reacción inconcebible ya para nosotros*, pero que existe sin embargo; en efecto, quizá se trata del imperio de un principio de reacción de una especie enteramente distinta, al que quizá no se aplique la designación reacción; es pues *un estado en el que está excluido todo acto de protección de sí y de defensa, donde toda impresión por influjo exterior permanece sin contrapoblación desde dentro*. (p. 205, itálicas agregadas)

Separé anteriormente el párrafo en el que habla sobre identificación, porque esta entrada que titula *Proyección de la psicología de los adultos sobre los niños (falsum)*, tiene como tema central la debilidad del lactante

en estos primeros momentos de su vida, de ahí la importancia asociada con el tema identificación, específicamente la identificación preedípica fundamental en la constitución del psiquismo, de la que Freud no se ocupó lo suficiente, como lo dice explícitamente. Pero se critica a sí mismo diciendo que es errado lo que escribió en *El sentido de la realidad y sus estadios* (1913), aunque el título pareciera remitir sólo al error de Freud de atribuir al niño reacciones de esencia idéntica a la de los adultos; parece enojado o con culpabilidad, por poner como primer período el alucinatorio, en lugar del de imitación [mimetismo] o impresionabilidad, tal vez por haber seguido tanto el pensamiento de Freud. En este período anterior plantea una debilidad cercana a la muerte, por debilidad de la pulsión, por la impresionabilidad y por la conducta autoplástica.

Acá podría insertarse mi afirmación sobre la tendencia a [...] caer enfermo o morir en los muy niños, y el predominio en ellos de la pulsión de muerte; la fuerte impresionabilidad quizás es también solo un signo de la debilidad de la pulsión de vida y de autoafirmación, tal vez ya es incluso una muerte que comienza pero aplazada de alguna manera.⁴ Pero si esto es verdad, y si esta especie de mimetismo, esta manera de ser impresionado *sin autoprotección* es la *forma de vida original*, entonces fue osado, incluso injustificado, atribuir a este período casi desprovisto de motilidad, y [...] probablemente inactivo intelectualmente, los mecanismos de autodefensa y de alucinación (pulsiones/mociones de deseo) que son los únicos que nos son conocidos y familiares. *Antes del período alucinatorio* hay [...] un *período de mimetismo* todavía puro; incluso en éste se le pone, finalmente término, a la situación de displacer pero, sin embargo, no por una modificación del mundo circundante, sino por transigencia⁵ de la sustancia viva, [...] un abandono parcial de la débil tendencia a

la afirmación que acaba de ser intentada, *una resignación y una adaptación inmediata de sí mismo al medio*. [...] *La vida primordial está desprovista de egoísmo porque en ella no hay todavía un yo desarrollado* [...]. El hombre egoísta, gracias a sus mecanismos de defensa contra las excitaciones, se aísla en gran parte, como por una piel, del mundo circundante. En el lactante estas *medidas de protección no están todavía desarrolladas*, de manera que se comunica con el mundo circundante por una superficie mucho más extensa. Si tuviéramos el medio de lograr que tal niño nos comunicase para qué lo hace apto esta hipersensibilidad, sabríamos probablemente mucho más sobre el mundo que lo que nuestro horizonte estrecho nos permite. (Itálicas agregadas) (1932, pp. 209-210, *Conjetural*).

Esta debilidad es la que deben cuidar los adultos, polo en ventaja en los vínculos asimétricos, fundamentalmente aquellos que trabajan con edades más tempranas, porque la capacidad de defensa, como bien lo dice Ferenczi, está muy disminuida. Tampoco cuenta con la capacidad disociativa, que permitiría poner freno a la invasión del medio, a través de la identificación proyectiva. Mientras estas invasiones estén presentes, la posibilidad de sentirse persona, de reconocer su sí mismo, está impedida. Cuando ésta se alcanza, se facilita la disposición a la introyección, el recepcionar las comunicaciones inconscientes, las vivencias de los otros, los intercambios emocionales; con menor debilidad puede recibirlos, responderlos, elaborarlos, sin someterse, ya que está en condiciones de frenar la posibilidad de quedar expuesto al invasor o agresor externo y/o interno.

En síntesis: el niño, en etapa de identificación, forma un doble registro, proveniente de su madre inicial, que se inscribe como sus orígenes: 1) el

inconsciente incipiente que proviene de la seducción materna, aquello extraño, enigmático, a resignificar, y 2) el yo, que proviene del materno y que le permite desde lo ontológico, la noción de ser humano, y su primitiva identidad.

Es fundamentalmente un movimiento de identificación del niño por la madre, es decir, del objeto al sujeto, vía humanizante. Pero, también, es una relación *con* un objeto, ya que la mamá lo objetaliza pero, al mismo tiempo, él es un objeto de la mamá.

Lo enigmático de la mamá, se sepultará en el inconsciente destinado a la resignificación cuando la represión primaria separe las instancias y organice su funcionamiento psíquico. Se conforman dos objetos diferentes, *el de la pulsión* (del lado del inconsciente, indicio de objeto sexual que le da su madre, y *el objeto de amor/odio, del narcisismo. La relación de objeto, heredera de la identificación, que se ha de introyectar viene de la madre, es una relación narcisista de objeto (amor/odio)*. No hemos entrado en las identificaciones edípicas, estructurantes o secundarias, todo lo planteado es preedípico, franja que realmente ocupa a Ferenczi por su trabajo con personas severamente perturbadas.

Para Ferenczi, el bebé recién nacido es una unidad con su mamá, plantea una unidad originaria mamá-hijo, una unidad dual. Si bien el intercambio originario es, principalmente oral, *la presencia y la función maternal primaria, alimenta y organiza lo psíquico*, y establece las bases que permiten el desarrollo integral del proceso introyectivo.

2.2.2. *Lo específicamente introyectivo*

El concepto es bien elucidado, en 1912, en un brevísimo trabajo, donde le atribuye tres sentidos:

- la extensión de los intereses autoeróticos,
- el ensanchamiento del yo por el levantamiento de las represiones y
- la inclusión del objeto en el yo y con ello la objetalización del autoerotismo primitivo.

Plantea a la introyección como un *mecanismo psíquico primitivo que refiere al acto de incluir la realidad externa en el propio interior del sujeto*. Sostiene que se nace con una disposición introyectiva de recepcionar las comunicaciones inconscientes, recibir las disponibilidades y las proyecciones que ofrece el mundo. Pero, debido al desamparo con el que nace el humano, es que piensa en el daño temprano que, por violencia del adulto cuidador, se puede ejercer sobre esta disposición innata, como referíamos en el ejemplo del zarevitch. Muchas pueden ser las formas de estas violencias, inclusive la falta paterna de deseo de hijo y/o de amor a éste. No olvidamos que en 1929 Ferenczi está enfatizando el lugar que tienen los deseos parentales en el impulso de vida de sus hijos, con lo que expresa que el sentimiento del sí mismo está ligado a las comunicaciones inconscientes presentes en los primeros cuidados parentales y a esos primeros intercambios que se dan con el ambiente. De ahí que también su compromiso terapéutico llega hasta las raíces relacionales en la constitución de la mente; para él la experiencia psíquica se sustenta en los afectos muy tempranos, aquellos que pueden perturbar las bases libidinales necesarias para el establecimiento de la subjetivación y a esa regresión busca llegar con el psicoanálisis, de ahí su pasión por el hallazgo de nuevos recursos técnicos. Veamos su definición:

He descrito la introyección como un mecanismo que permite extender al mundo externo los intereses primitivamente auto-eróticos,

mediante una inclusión de los objetos del mundo externo en la esfera del yo [...].

Puse énfasis en esta ‘inclusión’ queriendo mostrar que considero *todo amor objetal o (toda transferencia)*, como un ensanchamiento del yo, es decir, como una *introyección*, tanto en el sujeto normal como en el neurótico.

El ser humano, en principio, sólo puede amarse a sí mismo; amar a otro equivale a darle cabida a otro dentro de su propio yo. [...]. He llamado ‘introyección’ a esta unión entre los objetos amados y nosotros, a esta fusión de tales objetos con nuestro yo, y estimo [...] que el mecanismo dinámico de todo amor objetal y de toda transferencia sobre un objeto, es un ensanchamiento del yo, una introyección [...]. (Ferenczi, 1912, pp. 217-218).

Lograda la identificación primaria, el *infans* es capaz de alcanzar el amor al objeto, va ahora en la *dirección sujeto-objeto*. *La introyección es ese paso siguiente, es el sujeto que fue y sigue siendo amado, el que ahora ama a los objetos y va en su búsqueda*, quiere incluirlos en su yo, que significa incluir el conjunto de las pulsiones y vicisitudes de las que el objeto es portador. El objeto desempeña el rol de mediador en su crecimiento; papel del analista en la cura. Que se conforme esa primera relación de objeto resultante de la identificación, es indispensable para una buena introyección del objeto interno. Sin esta base identificatoria el proceso introyectivo no se realiza adecuadamente, ya que es un movimiento que se dirige al crecimiento y a la autonomía del yo.

Ahora que busca objetos, extiende en ellos sus primitivos intereses autoeróticos y se abre hacia el mundo externo. Se trata de objetos investidos por el propio yo, ya que luego de la ruptura de la simbiosis de la unidad

originaria es capaz de hacerlo. El resultado es el ensanchamiento yoico, fruto del amor a los objetos, equivalente al amor de transferencia en la cura. En este contexto de ruptura y logro del propio ser, la introyección viene a mediar entre lo autoerótico y lo heteroerótico, su logro conduce a la objetualización, comienza a ser protagonista de su espacio de mundo desde su propia subjetividad. La vinculación se hace a través del amor, en realidad en el centro en la obra ferencziana está el afecto y las emociones, cuando impera el odio esta introyección no se consolida bien, precisamente porque ha fallado la identificación primaria. La introyección no encuentra la base adecuada sobre la cual desenvolverse y afirmarse.

Parece que Ferenczi establece dos tiempos en el movimiento introyectivo, uno que designa como amor objetual y/o transferencia – relacionado con la investidura, la carga afectiva del objeto– y un segundo tiempo específicamente introyectivo. Ambos altísimamente integrados conforman un único movimiento que guarda ese orden de aparición: es el amor transferido por el sujeto al objeto el que permite la introyección. Tan unidos están que transferencia e introyección son planteados por Ferenczi como sinónimos entre sí; para él “toda transferencia es una introyección”. Es el amor al objeto un factor indispensable e insustituible para que la introyección se establezca. Y más aun, al relacionar la investidura al objeto con el amor de transferencia, Ferenczi plantea que, a través de la introyección, el sujeto queda sostenido por el propio movimiento transferencial. Dice Ferenczi: “El primer amor y el primer odio son una transferencia de sentimientos autoeróticos agradables y desagradables a los objetos que evocan esos sentimientos”. Y afirma que “El primer ‘objeto de amor’ y el primer ‘objeto de odio’ son [...] transferencias primitivas, las raíces de toda introyección futura” (1909a, p. 40). Es esta reciprocidad en la

comunicación la que conforma el narcisismo indispensable como base de la personalidad (véase p. 8).

Cuando están construidas las raíces de la introyección y la existencia de un narcisismo básico, la madurez de la introyección permite el movimiento conectivo entre lo narcisista y lo objetal.

La definición que propone Ferenczi muestra que el ensanchamiento del yo es, también, resultado del levantamiento de las represiones. Al considerar la introyección como sinónimo de transferencia analítica, le está dando al objeto, y desde ya al analista, el rol de mediador hacia el inconsciente. Al incluirse parte del inconsciente en el yo, éste se extiende, se amplía, por eso decimos que la introyección también amplía el yo por el levantamiento de las represiones.

Ferenczi está usando aquí el término transferencia como proceso humano universal y espontáneo, habla de un sujeto transferente; cuando el vínculo de amor está presente, hay introyección, el sujeto y el objeto quedan unidos en un ligamen que sostiene. Pero que Ferenczi valore esta transferencia universal no anula que trabaje y reconozca el uso de la transferencia como herramienta analítica. Lo expresa claramente en una nota al pie (1909, p. 112): “El término ‘transferencia’ creado por Freud debe conservarse para designar las introyecciones que se manifiestan durante el análisis y que se refieren a la persona del médico, debido a su excepcional importancia práctica. El término ‘introyección’ conviene a los restantes casos que impliquen el mismo mecanismo”.

Al objetalizar el autoerotismo inicial permite el desarrollo del comercio objetal y al operar mediando entre el auto y el hétero erotismo y entre lo narcisista y lo objetal “transforma las incitaciones pulsionales en deseos y fantasías de deseo y de este modo, los vuelve aptos para recibir un nombre

y un derecho de ciudadanía, y para desplegarse en el juego objetal” (Abraham y Torok, 2005, p. 213).

En síntesis: la introyección es un proceso de organización constitutivo del psiquismo humano, que va en búsqueda de objetos que inviste, se puede decir que es casi un movimiento pulsional que se dirige del sujeto al objeto, pero no para diluir su yo, como hace el neurótico, sino para su ensanchamiento, función propia de la introyección. Funciona adecuadamente a partir de alcanzadas las identificaciones básicas.

2.2.3. La introyección conforma el objeto interno

*Aprender a llenar con palabras el vacío de la boca,
he aquí un primer paradigma de la introyección.*

Abraham y Torok, p. 235

Hambre de comida y de lenguaje van juntos. Por introyección también se adquiere el lenguaje, base de la comunicación humana. Los padres no solo alimentan, son también garantes de la palabra con valor significante. Introyectar situaciones, dolores, deseos, es hacerlos pasar por el lenguaje. Son las palabras significadas las que permiten reemplazar la presencia materna y dar lugar a nuevas introyecciones, pero el niño debe adquirir ese valor metafórico del lenguaje y para ello debe conformarse un objeto interno, representante del externo. Debe darse el doblamiento del polo objeto de la relación inocente, del momento simbiótico, en objeto interno y objeto externo, que es el resultado de la introyección. Producido este desdoblamiento, “en lo sucesivo habrá que pasar por uno para dirigirse al otro” (Abraham, N., 1966, p. 158); pero eso permite nombrar y recordar al

objeto sin verlo, ahora es interno a mí, puedo también anticiparlo. Queda conformada así esta duplicidad, tan específica del lenguaje, que permite, además, que el sujeto sea objeto de sí mismo: oigo mi voz, toco mi cara, percibo mis movimientos; todos estos son productos de la separación de la simbiosis inicial que liga al comienzo al niño con su madre.

La identificación instala una relación de objeto dentro de uno mismo y la introyección, además de internalizar esa relación, inscribe un objeto interno que sirve de referencia en la aprehensión del externo. Esto es la base del juego del *fort-da*, del juego del cucú y de la alegría erótica que cualquiera de este tipo de juego produce. El niño sabe que la mamá está fuera de él pero la tiene en su mente, como también la esperanza de volver a encontrar a su homólogo real; es el punto de articulación del introyecto. El niño ahora dispone de un símbolo. Pienso en mamá, más tarde va a volver, puedo jugar a que la traigo mientras espero que llegue. La relación ya no es inocente, por lo que esta duplicidad también es el germen de la primera culpabilidad, que desde ya es imaginal, fantaseada, no se ha cometido ningún pecado, sólo se ha disfrutado.

El significado de este erotismo ligado a la introyección se sustenta en ideas planteadas por Ferenczi en *Desarrollo y sentido de la realidad* (1913) y permite decir que “la introyección es una prefiguración analógica del coito” que expresa que el objeto interno se ha instalado como un acto eminentemente erótico. Resulta difícil, sobre todo para los criados con formación religiosa, no asociar la culpabilidad con el mito del paraíso perdido. Todo mito disfraza un deseo, lo realiza y habla de un castigo ejemplificador. ¿Por qué pecan Adán y Eva? Porque quieren trascender la naturaleza y conocer, tanto en el significado del *Génesis* como en el uso más cotidiano de saber. Pero para ello es necesario romper ese vínculo primario y así transformarse en individuos que pueden confiar en sus

propias fuerzas, ser autónomos, inicio del momento propiamente introyectivo. Que es lo que castiga el mito, precisamente lo placentero. Todos los mitos relacionados con el conocer castigan la curiosidad y la duda, pero al mismo tiempo la realizan. El mito escamotea la alegría de vivir en función de los propios deseos, de recuperar el placer del despertar a ser uno mismo, abrirse al mundo, al lenguaje y la comunicación, a la sexualidad...

3. La prueba de realidad puede producir sufrimiento

Es también a partir de esta duplicidad del objeto que interviene la prueba de realidad: veo movimientos y mamadera, viene la leche, hasta cierto punto puedo esperar sin gritar. Pero el objeto externo puede no aparecer, dar una respuesta negativa y convertirse en elemento de sufrimiento. La introyección requiere que el otro reconozca la existencia propia, verificar el encuentro con la mente, el cuerpo y el amor del otro, las cualidades afectivas del vínculo. Ferenczi se dirige de manera permanente a ese diálogo interno tanto del vínculo analítico como de aquel vínculo primario que se dio con la madre y que conforma esa base identificatoria sólida que necesita todo el proceso introyectivo. Ante la falla del objeto habrá que reajustar el objeto interno. El proceso de introyección, por sí mismo placentero, se ve entonces modificado por el elemento de sufrimiento, que puede llegar a ser terrorífico. Ahí se dirige el trabajo del análisis.

Resaltemos nuevamente: identificación e introyección trabajan integradamente, conforman un circuito introyectivo. Pero discriminemos la diferencia de ambos mecanismos. La identificación entra en el proceso de la introyección. “El resultado de la introyección es *una relación con un objeto interno*, mientras que el de la identificación, es designación del lugar donde momentáneamente el sujeto ha elegido domicilio [...] puede identificarse

con un objeto externo, con una Imago o bien con un personaje que le es complementario, eso que objeto e Imago esperan que el sujeto sea” (Abraham, N., 1963 [2005], p. 121; *itálicas agregadas*). Por eso que en las fallas de este proceso, los dos mecanismos siguen trabajando juntos, pero la identificación puede ya no trabajar al servicio del crecimiento del sujeto. Cuando la identificación no está al servicio de la introyección, funciona como una defensa y deja de estar al servicio del propio crecimiento, ya no *se dirige a ser uno mismo. Esta idea de ser uno mismo, de crecer y de ser autónomo es lo específico de la introyección*. Veremos dos tipos, entre los muchos posibles de estos comportamientos defensivos.

3.1. La fantasía de incorporación y su engaño de recuperar el objeto placer

Para que se dé la fantasía de incorporación se debe dar “la pérdida repentina de un objeto narcisísticamente indispensable, pérdida capaz de impedir la comunicación. En cualquier otro caso la incorporación no tendría razón de ser” (Abraham y Torok, p. 237).

Al perderse el objeto narcisista ideal, el sujeto defensivamente se identifica con una Imago, esa madre arcaica, fantaseada, omnipotente. Hace una identificación narcisista, que no es del orden de la introyección. Pertenece más a la proyección. En el caso de la incorporación se pierde lo metafórico y aparece la literalidad, ya no introyecta las vicisitudes del objeto, crea esta fantasía de incorporación en la que directamente tragó e inmovilizó al objeto. La identificación narcisista es una forma de alienación que se da en la enfermedad maníaco depresiva, en la que el yo puede eclipsarse por esa madre arcaica y omnipotente que subsiste en su mente, tratando de negar la muerte, la maldad, la no constancia de la madre real,

eso que determina la pérdida del objeto y lleva a la reintroyección de la Imago, es decir, a la reconstitución idealizada por el sujeto.

La incorporación supone la pérdida del objeto, cualquiera sea el motivo que la produce, intenta negarla, para esto reconstruye al objeto a través de esta fantasía narcisista de incorporación, fantasía mágica que pretende cambiar al mundo pero no al sujeto, es cercana a una alucinación, sólo simula ser una introyección. Como no puede enfrentar la pérdida del objeto, que podría conducirlo a la elaboración del duelo, imagina tragarlo, pero con ello pierde todas las posibilidades que ofrece la introyección; porque la pérdida del objeto en sí misma es una prohibición, que representa un obstáculo para que se instale el proceso introyectivo. La fantasía de incorporación es compensatoria de la falta y opera a contracorriente de la introyección. Sea por pérdida temprana, real o fantaseada, o por duelo patológico, la incorporación hace que el yo quede o regrese a un momento muy arcaico del desarrollo, mantiene la dependencia del objeto, *a la que la introyección pone fin*, al permitir que el sujeto disponga de las pulsiones, se apropie del deseo y de las fantasías de deseo, logros que la incorporación impide. Con esa fantasía el sujeto no despierta a su sí mismo y al mundo, es muy probable la falla en el lenguaje, dos procedimientos van conjugados: la *desmetaforización*, usa la literalidad de la palabra, pierde el sentido figurado, por eso cree que traga al objeto, y la *objetivación*, desconoce el verdadero sentido de la pérdida, pues construye una laguna en su psique...

Dado que es la enfermedad del duelo, puede responder a la identificación maníaca o a la autoacusación melancólica, en cualquiera la amenazada es la pérdida del objeto interno, vivenciado como indispensable.

La incorporación es tema estudiado por Karl Abraham, quien también la nombra como introyección, de la que acepta la paternidad de Ferenczi, aunque el mecanismo que le atribuye, que es la fantasía de incorporación,

representa absolutamente lo contrario, parecería quedar en la etimología del término: lanzar dentro, tragar al objeto, guardarlo dentro de sí. Resulta difícil pensar cómo hace la transformación, ya que la representación mental que uno se forma del concepto ferencziano de introyección es de crecimiento, desarrollo, ensanchamiento del sí mismo y del yo, logro de autonomía; uno imagina un movimiento libre, espontáneo de inclusión de objetos, un movimiento que implica el ingreso de las representaciones de objetos externos en el mundo interno, imagina un yo activo... en tanto que la imagen de la incorporación es de muerte, clandestinidad, secreto oculto, crimen... Del triple sentido inicial que plantea Ferenczi, Abraham no toma ninguno, usa el concepto pero lo vacía de sentido. Mientras escribo esto resuena en mi mente el diálogo epistolar entre Abraham y Freud y la sucesión de malentendidos.

Abraham está fascinado por su hallazgo clínico relacionado al incremento libidinal con motivo de la muerte de un objeto cercano y le escribe a Freud, que no puede escucharlo.

El 13-3-22, Abraham, citando *Duelo y melancolía*, del que le pide una nueva copia le dice “Usted, mi querido profesor, echa en falta en el desarrollo de un duelo normal un proceso que corresponda al cambio de la melancolía a la manía. Pues bien, creo que lo puedo identificar [...]. El incremento de la libido al mismo tiempo que la ‘pérdida del objeto’ perfeccionaría el paralelismo entre el duelo y la melancolía”.

El 30-3 Freud contesta, con la disculpas por la demora: “lo que no comprendo es que usted no se remita a mi última hipótesis sobre la naturaleza de la manía tras la melancolía (en *Psicología de las masas*). ¿Será este el motivo de mi olvido de *Duelo y melancolía*?”

El 2-5 insiste Abraham: “No encuentro mencionado ningún paralelismo con lo *normal*, es decir, la existencia de un estado de reacción al duelo

similar a la manía (después de la melancolía). Sólo conozco su observación (en *Duelo y melancolía*) de que usted *echa de menos* un paralelismo de este tipo. Y a esto se refería mi observación. El incremento de la libido *después* del duelo sería análogo a la fiesta de lo maniaco. Sin embargo no encuentro este paralelismo con lo normal en los párrafos en los que usted habla de la fiesta (en *Psicología de las masas*). ¿O es que estoy tan ofuscado que no veo un texto que realmente está allí?”

Finalmente el 28-5 le dice: “Querido amigo: Asistido por Eitingon, entre risas caí en la cuenta de que le había entendido mal, sin su culpa. Ud. buscaba un ejemplo normal de la transición de la melancolía a la manía, mientras que yo pensaba en la explicación del mecanismo [!] Le ruego disculpas”.

Ni una palabra más, ¡nada dice del hallazgo del aumento libidinal en relación con la muerte de un objeto cercano!

3.2. Identificaciones alienantes transgeneracionales o intergeneracionales

En este tipo de identificaciones alienantes transgeneracionales la falla también está en el momento identificatorio, donde el polo dependiente recibe la intrusión desde alguno de los padres, un pedazo de esa historia paterna se deposita en el hijo, polo dependiente de esta asimetría, pero para que esto ocurra deben darse ciertas situaciones. Son padres que no registran la diferencia generacional ni de asimetría, absolutamente narcisistas. Usan la prematuración, aunque la desmienten, y esta es una condición indispensable para que el narcisismo de los padres se inserte en el psiquismo en formación del hijo; son aspectos proyectivos de los adultos que invaden y ponen en juego en la vida del hijo pero no son audibles, aparecen en la transferencia, donde en algún momento se las podrá detectar,

aunque pueden haber procesos psicoanalíticos que transitan sin descristalizar esa parte de la historia secreta, disociada, que al paciente no le pertenece. La identificación transgeneracional es una intrusión que el menor recibe tempranamente de alguno de los padres, que hacen una apropiación del hijo. Hay alguna condición de posibilidad para que se establezcan y es necesario comprender la historia de estas identificaciones para que se hagan más significativas y entonces también más audibles. Es el narcisismo no elaborado de los padres lo que se inserta en el psiquismo del niño; son padres incapaces de situarse en una verdadera posición edípica, perdura en ellos, o en alguno de ellos, un narcisismo que establece una relación de objeto con el hijo que es al mismo tiempo una relación narcisista, es decir, esta identificación supone una relación de objeto narcisista, que no tolera del objeto ningún elemento que no le produzca placer. Utiliza entonces una lógica narcisista regulada por el principio del placer, donde el yo es equivalente de placer y el no-yo de displacer. El hijo, al ser incorporado en este sistema, no puede llegar a ser sujeto, es una parte de ese padre-amo del mundo. La patología proviene de la familia, se omite la distancia generacional entre el padre y el hijo, y se lo convierte en un objeto-hijo del padre autosuficiente. Esto hace que si algo ama del hijo, no lo reconozca y será de su propiedad y lo que no le produce placer lo odia, además tenderá a atribuirle al hijo todo lo que no le produce placer a él. Es decir, por más que se trate de dos generaciones, si la paterna tiene esa lógica narcisista, dada la asimetría vincular, el hijo funcionará con la misma regulación narcisista. Son depositaciones paternas que el caso particular permita saber por qué este hijo y no otro. Es la regulación narcisista reinante en la familia la que hace que si algo del hijo merece ser amado, esa parte pertenece al yo de ese padre apropiador, y todo lo que el padre no acepta porque no le produce placer, se lo cargará al hijo, porque para él es no-yo. Desde ya lo objetivo y

subjetivo en ese tipo de familia está totalmente alterado. Se apropian de la identidad positiva del hijo y expulsan e intrusionan en el hijo todo lo que rechazan. De esta manera el hijo queda definido por la identidad negativa: se odia al hijo porque es diferente y fundamentalmente porque lo cargan con todo lo que no aceptan de ellos o de sus circunstancias. No hay posibilidad para que el niño desarrolle una identidad propia. Dos funciones son características de la regulación narcisista: *apropiación e intrusión*. El momento de amor narcisista lleva a la apropiación y un segundo momento u operación de intrusión fuerza al niño a una sobreadaptación alienante. El mismo hecho de haber sido apropiado por un padre da cuenta del vacío y de la muerte de todo deseo propio, en realidad es un demasiado lleno, ya que es un objeto que jamás se ausenta, el niño sólo es portador de su historia. De no darse un trabajo analítico estas situaciones no se removerían, en caso de darse un tratamiento los lazos narcisistas se despliegan dentro de la situación psicoanalítica y pueden trabajarse.

Supuestamente son dos las generaciones incluidas, pero se piensa en la tercera, ya que para que la segunda pueda ejercer ese poder, sin ningún registro del grado de apropiación que hacen del hijo, tiene que haber, por lo menos, alguna modalidad retentiva que explica el secreto, la frialdad, la inmovilidad, la fecalización de la vida en estas familias... todos rasgos anales. Desde ya que son anales también los rasgos que aparecen en la incorporación, ya que empieza apropiándose de la Imago, la retiene o la fecaliza.

Este telescopaje de generaciones, como bien lo llama Haydée Faimberg, quien trabaja este tema centrándose en el narcisismo parental y el proceso de identificación inconsciente, también podría ser pensado desde un enfoque introyectivo-proyectivo. Hay contextos sociales más proclives a estas apropiaciones-intrusiones, tal vez por circunstancias históricas, como

ocurre en las familias que padecieron el holocausto; Yolanda Gampel, en su libro *Esos padres que viven por mí* trae varios ejemplos de estas cooptaciones mentales.

Pienso también en los *spoilt children* que trae Franco Borgogno (1999) que define así:

Es un niño en el que no sólo se proyectan exigencias, necesidades y deseos que no son suyos, sino que además se le extraen áreas de expresividad y de existencia. La evolución, que por derecho natural le correspondería a todo ser, resulta así impedida y bloqueada, del todo o en parte. El niño se ve expropiado de algo suyo y específico, mientras que encuentra depositado en su interior algo ajeno y extraño, que procede de los padres y que, en muchos casos, mata cualquier posibilidad de vida y de crecimiento. (1999, p. 126).

No toma la línea familiar específicamente, pero plantea dos fenómenos: *la intrusión parental y la consiguiente extracción de partes vitales y evolutivas del yo* que de alguna forma se asemejan a los fenómenos de apropiación e intrusión narcisista. Son niños que vivieron otras situaciones que de alguna forma los obligaron a ser inexistentes, a ser violentados, a recibir presiones intimidatorias que los obligan hasta a un no percibir, a un no expresar, a vivir aterrorizados. En realidad, en las tres situaciones se puede señalar, como hecho compartido, el daño que han padecido en la realización de su individualidad, a raíz de los diferentes tipos de privación que han vivido.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abraham, N. (2005[1963]). El crimen de la introyección. En: N. Abraham y M. Torok, *La corteza y el núcleo* (pp. 115-122). Buenos Aires: Amorrortu.
- Abraham, N. y Torok, M. (2005[1987]). *La corteza y el núcleo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Abraham, N. y Torok, M. (2005[1972]). Duelo o melancolía: Introyectar-incorporar. En: N. Abraham y M. Torok, *La corteza y el núcleo* (pp. 233-246). Buenos Aires: Amorrortu.
- Aulagnier, P. (1975). *La violencia en la interpretación*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bleichmar, S. (1995). Las condiciones de la identificación. *Asociación Escuela de Psicoterapia para Graduados: Revista*, (21), 201-218.
- Borgogno, F. (2011). El analista introyectivo. En: P. Boschán (comp.), *Sándor Ferenczi y el psicoanálisis del Siglo XXI* (pp. 15-30). Buenos Aires: Letra Viva.
- Borgogno, F. (1999). *El psicoanálisis como recorrido*. Madrid: Síntesis.
- Boschán, P. (comp.) (2011). *Sándor Ferenczi y el psicoanálisis del siglo XXI*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Casullo, A. (2000). *Psicología y educación*. Buenos Aires: Santillana.
- Enriquez, E. (1989). El trabajo de la muerte en las instituciones. En: R. Kaës, et al., *La institución y las instituciones* (pp. 84-119). Buenos Aires: Paidós.
- Faimberg, H. (2005). *El telescopaje de generaciones*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Ferenczi, S. (1981[1908]). Psicoanálisis y Pedagogía. En: *Obras Completas* (Vol. 1, pp. 53-58). Madrid: Espasa Calpe.
- Ferenczi, S. (2001[1909]). Transferencia e interpretación. En: *Sexo y psicoanálisis* (pp. 33-64). Buenos Aires: Lumen-Hormé.

- Ferenczi, S. (1981[1909]). Transferencia e interpretación. En: *Obras Completas* (Vol. 1, pp. 99-133). Madrid: Espasa Calpe.
- Ferenczi, S. (1981[1912]). El concepto de introyección. En: *Obras Completas* (Vol. 1, pp. 217-219). Madrid: Espasa Calpe.
- Ferenczi, S. (1981[1913]) El desarrollo del sentido de la realidad y sus estadios. En: *Obras Completas* (Vol. 2, pp. 63-79). Madrid: Espasa Calpe.
- Ferenczi, S. (1984[1928]). La adaptación de la familia al niño. En: *Obras Completas* (Vol. 4, pp. 33-47). Madrid: Espasa Calpe.
- Ferenczi, S. (1984[1929]). El niño no deseado y su instinto de muerte. En: *Obras Completas* (Vol. 4, pp. 85-89). Madrid: Espasa Calpe.
- Ferenczi, S. (1981[1931]). Análisis de niños con adultos. En: *Obras Completas* (Vol. 4, pp. 109-124). Madrid: Espasa Calpe.
- Ferenczi, S. (1988[1932]). *Diario clínico*. Buenos Aires: Conjetural.
- Ferenczi, S. (1997). *Sin simpatía no hay curación: el diario clínico de 1932*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Ferenczi, S. (1984[1933]). Confusión de lenguas entre adultos y el niño. En: *Obras Completas* (Vol. 4, pp. 139-149). Madrid: Espasa Calpe.
- Freud, S. (1978[1905]). Tres ensayos de teoría sexual. En *Obras completas* (Vol. 7, pp. 117-224). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1986[1915]). La represión. En: *Obras completas* (Vol.14. pp. 137-152). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1986[1915]). Pulsiones y destinos de pulsión. En: *Obras completas* (Vol.14. pp. 107-134). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1986[1917]). Duelo y melancolía. En: *Obras completas* (Vol.14., pp. 237- 255). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979[1921]). Psicología de las masas y análisis del yo. En: *Obras completas* (Vol. 18, pp. 63- 136). Buenos Aires: Amorrortu.

- Freud, S. y Abraham, K. (2002). *Correspondencia completa 1907-1926*. Madrid: Síntesis.
- Freud, S. y Ferenczi, S. (2001). *Correspondencia completa 1908-1911* (Vol.I-1). Madrid: Síntesis.
- Gampel, Y. (2006). *Esos padres que viven a través de mí*. Buenos Aires: Paidós.
- Laplanche, J. (2001). Fundamentos: Hacia la teoría de la seducción generalizada. En: *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis* (pp. 93-106). Buenos Aires: Amorrortu.
- Martín Cabré, L. (coord.). (2017). *Autenticidad y reciprocidad: un diálogo con Ferenczi*. Buenos Aires: Biebel.
- Martín Cabré, L. (2011). De la introyección a la intropresión. En: P. J. Boschán (comp.), *Sándor Ferenczi y el psicoanálisis del siglo XXI* (pp. 301-310). Buenos Aires: Letra Viva.
- Neyraut, M. (1976). *La transferencia*. Buenos Aires: Corregidor.
- Perez, A. (1997). Acerca del funcionamiento mental: la vincularidad asimétrica [Trabajo inédito presentado a la Sociedad Argentina de Psicoanálisis].
- Szecsody, I. (2013). Sándor Ferenczi: el primer intersubjetivista. *Revista de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis*, (17), 83-109.
- Torok, M. ([1968]). Enfermedad del duelo y fantasía del cadáver exquisito. En: N. Abraham y M. Torok, *La corteza y el núcleo* (pp. 207-226). Buenos Aires: Amorrortu.

¹Artículo presentado por Alicia Casullo en Florencia, Italia, en mayo de 2018, en el 13º Congreso Internacional Sándor Ferenczi, “Ferenczi en nuestro tiempo. Un renacimiento del psicoanálisis”.

² Anuario de Psicoanálisis.

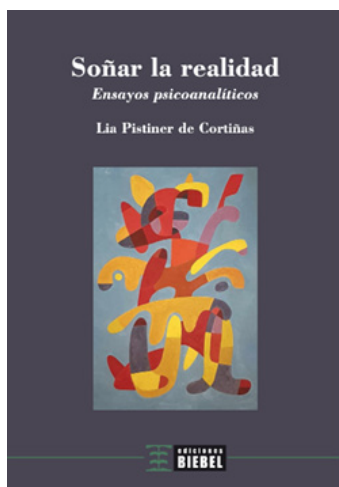
³ Esto les “provoca una ansiedad permanente que el enfermo se esfuerza en apaciguar”; una parte de esa “excitación” se “puede convertir en síntoma orgánico (histeria) o bien desplazarla sobre una idea de carácter compulsivo (neurosis obsesiva). (Ferenczi, 1909, p. 106).

⁴ Está citando *El niño mal recibido y su impulso de muerte*.

⁵ La traducción usada es la de *Conjetural*, sin embargo transigencia es la palabra que usa la de Amorrortu, que considero más acertada que sujeción, usada por Beatriz Castillo, traductora de *Conjetural*.

4. Reseñas

Soñar la realidad



Autor: Lia Pistiner de Cortiñas

Título: Soñar la realidad

Año de edición: 2019

Editorial: Biebel

ISBN: 978-987-1678-94-5

Páginas: 154

Reseña: María Pistani

Este nuevo libro de Lia Pistiner, de clara impronta bioniana y múltiples vértices, está prologado por Rafael Paz quien nos anticipa y nos introduce con solidez en el recorrido valioso que hace la autora.

A lo largo de “Soñar la realidad”, Lia re-visita a sus referentes, la obra de sus maestros, donde halló ideas que la inspiraron. Conoce de cerca el pensamiento de Liberman y el de Bion, tiene una capacidad especial para transmitir con soltura las ideas de ambos y las reúne con sus propios desarrollos teórico-clínicos en un prolífero y creativo diálogo.

Re-visitar. ¿Qué es re-visitar? Pienso que es volver a aquel lugar donde se halló algo que resultó novedoso, original. ¿Cómo definir eso que nos llegó fugazmente? Dicen que no hay definición de poesía que convenza al poeta pues es eso que queda afuera cuando se ha terminado de definirla, se

escapa y no está dentro de la definición. Nos pasa con ciudades, lecturas, grupos de estudio, obras de arte, también con maestros, con amigos... Se vuelve con la expectativa de volver a encontrar aquello que nos llegó al alma. Sabemos que cada experiencia es irrepetible por lo cual, en ese re-visitar no se halla lo mismo sino algo distinto, se abre un camino al pensamiento, a ir más allá, se establecen relaciones, se estimulan posibilidades de evolución.

Es lo que sucede con cada capítulo del libro, es una adecuada selección de ideas psicoanalíticas vinculadas con observables de la clínica actual. Considera el valioso aporte de sus referentes: Freud, Klein, Bion, Meltzer, Liberman, Winnicott, Tustin, Ogden. Toma las ideas principales de cada uno, abre interrogantes y describe con sencillez lo que ha tomado de ellos como base para pensar sus ideas. Maestros de maestros en unicidad.

Leal a la disposición a conocer, a investigar psicoanalíticamente. Atenta a los embates que se presentan tanto en pacientes como en analistas por la fuerza que tienen las emociones. Lia no se detiene ante las dificultades que pueden presentarse en la clínica. Se atreve a *soñar realidades* permitiendo que se alojen en su mente pensamientos salvajes, una manera de pensar lo que parece impensable. Se nota el trabajo comprometido en hallar modos de conformar continentes posibles que den cabida a las distintas realidades psíquicas de los padecimientos humanos.

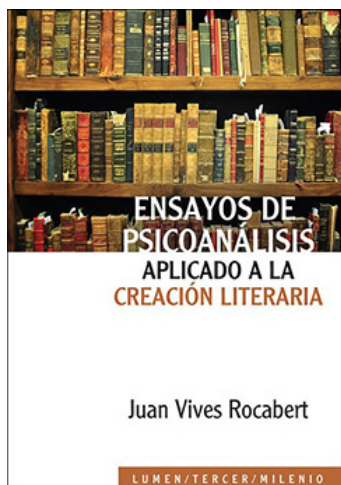
Entrar en contacto con las ideas de Bion genera turbulencia emocional, oscilaciones entre no-entender $\leftarrow \rightarrow$ entender. Y en este movimiento, Lia acerca “modelos/ejemplos-digestores” que armonizan el impacto que produce leer a Bion. Emplea modelos, mitos, personificaciones como recursos técnicos que generosamente aporta con sólido fundamento y que funcionan como intermediarios entre los problemas que plantean los pacientes y la teoría psicoanalítica. Favorecen, tal como lo manifiesta, la

puesta en marcha de un proceso de simbolización tan necesario y faltante en muchos pacientes.

Lia ha establecido un estrecho vínculo con el pensamiento de Bion. Me atrevo a decir que es su principal fuente de inspiración. Se nota el fuerte lazo amparador al que aún recurre y en este re-visitar continúa ampliando y expandiendo sus ideas. Tal vez en este libro se halla el preludio del próximo.

Sñar la realidad es la gratitud hecha homenaje a sus maestros. Es una transformación elaborativa de cada encuentro $\leftarrow \rightarrow$ re encuentro con el pensamiento de Bion.

Ensayos del psicoanálisis



Autor: Juan Vives Rocabert

Título: Ensayos de psicoanálisis aplicado a la creación literaria

Año de edición: 2019

Editorial: Lumen

ISBN: 978-987-00-1107-1

Páginas: 246

Reseña: Ruth Rajchenberg (UNTreF / CONICET)

Ensayos de psicoanálisis aplicado a la creación literaria es un escrito conformado por una selección de análisis de producciones literarias y de las biografías de sus autores, a partir de nociones de la teoría psicoanalítica, fundamentalmente desde los aportes de Freud y de Winnicott. Juan Vives Rocabert es un psicoanalista mexicano con una prolífica producción ensayística, dentro de la cual se ha dedicado al análisis del arte, tanto de obras visuales (*Pintura y psicoanálisis*, 1993. Universidad de Guadalajara: México) como literarias (*Charles Bukowski. El lado oscuro del último poeta maldito*, 2014. Paradiso: México).

Las obras seleccionadas por el autor son novelas, poesías y ensayos escritos en español y en portugués, producidas en España, México y

Portugal, desde el año 1600 hasta la actualidad, de este modo su mirada realiza un análisis transversal de un lapso temporal muy extenso, casi 3 siglos, de cultura escrita. Así mismo abarca múltiples estilos literarios, desde el barroco mexicano, a la literatura contemporánea.

Los análisis oscilan entre el entendimiento de las producciones literarias desde categorías conceptuales del psicoanálisis y la consideración de cómo la teoría psicoanalítica desarrolló sus conceptos gracias a los aportes de la literatura, la cual lo nutre de conocimientos. De este modo se establece en el libro un *continuum* indiferenciado entre conceptos psicopatológicos y construcciones ficcionales. A su vez en el ensayo se entremezclan datos biográficos de los autores de las obras consideradas, que según el autor son causa justificativa de los elementos presentes en sus obras. Esta operatoria es habitual en el psicoanálisis del arte.

Sus análisis también toman aportes de otros autores que han indagado las obras de los literatos seleccionados desde diversos marcos teóricos que exceden al psicoanalítico, sobre todo biografías que le ayudan a complementar sus observaciones. A lo largo del escrito se pueden apreciar fragmentos de las obras analizadas, sobre todo las poéticas.

En los Capítulos I y II, un poco menos de la mitad del libro, estudia *El Quijote* de Cervantes y la influencia de este autor sobre el pensamiento freudiano. Considera cómo los temas de la locura, los sueños y el delirio se hacen presentes en la primera novela moderna española. Observa el Ideal del Yo presente en el Quijote, como representante de la supresión de la distinción entre el mundo real y el de la fantasía. De este modo realiza una analogía entre Schreber, emblemático caso freudiano que personifica la locura, y el personaje de Cervantes, el cual también es utilizado por el autor para explicar nociones del narcisismo.

En el Capítulo III toma como motivo de reflexión la producción poética de Sor Juana Inés de la Cruz, la única autora mujer considerada en los análisis literarios de este libro. Rocabert la considera precursora del movimiento feminista por su defensa al derecho de las mujeres al acceso al conocimiento, al mismo tiempo que plantea su epistemofilia como actividad sublimatoria, así como el enigma acerca de su sexualidad y la presencia de pensamientos de tipo obsesivo. También considera el aporte de la poetisa a la comprensión del mundo de los sueños y del fantaseo.

En el Capítulo IV describe la vida y obra poética de León Felipe, considerándolo un poeta de la desmesura. Analiza su producción literaria como resultado de ciertas cualidades psicopatológicas que atraviesan su derrotero vital, por ejemplo vincula su autobautizo al hecho de no haber desplegado la paternidad y sus múltiples viajes y mudanzas como resultado de su angustia de castración, resultante de una dromomanía. Finaliza el capítulo enumerando rasgos psicopatológicos de su personalidad, reconociendo su sensibilidad y sus cualidades proféticas.

En el Capítulo V trata explícitamente el tema de la sexualidad y el erotismo, tomando como motivación el texto *La llama doble* del escritor mexicano Octavio Paz. El análisis expresa una visión hétero y mono normada de las temáticas en cuestión, patologizando la llamada “liberación sexual” mediante la condena moral a la promiscuidad. Justifica este análisis por medio de la estigmatización de la enfermedad del SIDA. El autor la homologa con la muerte, desconociendo que miles de personas en el mundo llevan adelante sus vidas siendo portadoras del virus del HIV. El análisis se entremezcla con una breve historización del amor cortés, mezclándose en la redacción del capítulo los puntos de vista de Paz y de Rocabert.

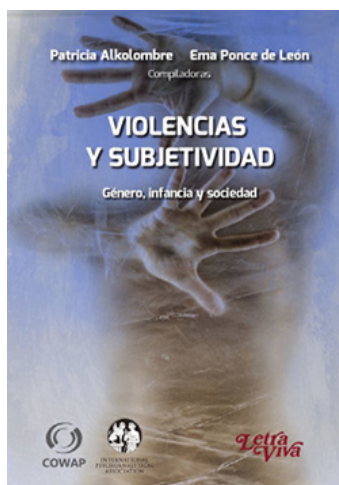
El Capítulo VI relata las novelas de Saramago *Ensayo sobre la ceguera* y *Ensayo sobre la lucidez* haciendo hincapié en las tramas argumentales y en

el mensaje político ideológico de las obras, como cuestionamiento a las democracias modernas. Rocabert interpreta fragmentos de los relatos a partir de las nociones psicoanalíticas de madre suficientemente buena, de Winnicott y de trabajo de lo negativo de Green. En el capítulo siguiente, expone otra novela del mismo autor portugués *El año de la muerte de Ricardo Reis*, analizando el vínculo entre fragmentos de identidad: el del heterónimo de Pessoa, junto al de este autor devenido personaje, y el de Saramago mismo. Considera el concepto de núcleos del yo de Glover a la vez que aplica la noción de histeria de conversión para dar entendimiento a un fragmento del relato.

Por último Rocabert introduce la metapsicología de los entes ficticios. Este concepto condensa a distintos seres elaborados por la imaginación humana como deidades, representaciones visuales y personajes de ficción, que según la descripción del autor, conviven en el plano de la realidad gracias al rol de cocreador de quien los observa o lee. En este sentido valora los procesos identificatorios que estos entes promueven, facilitando la catarsis de aspectos profundamente humanos.

El ensayo presenta interesantes articulaciones entre el psicoanálisis y las artes literarias, pero cae en la falacia de la interpretación del contenido, sacándolo fuera de su contexto cultural y dejando entrever actitudes morales reaccionarias en el afán de traducir su significado.

Violencias y subjetividad



Compiladoras: Patricia Alkolombre y Ema Ponce de León

Título: Violencias y Subjetividad. Género, infancia y sociedad

Año de edición: 2019

Editorial: Letra Viva

ISBN: 978-950-649-854-2

Páginas: 319

Reseña: Luisa I. Acrich

Violencias y Subjetividad. Género, infancia y sociedad, es una publicación de COWAP, el Comité de Mujeres y Psicoanálisis de la IPA (Asociación Internacional de Psicoanálisis), establecido en 1998 por Otto Kernberg con el objetivo de proveer un marco de exploración sobre temas referidos a la mujer que se amplió a las relaciones entre hombres y mujeres, junto a una articulación entre psicoanálisis, sexualidad y género. Su política de intercambio científico ha tendido a estrechar vínculos entre sociedades de un mismo país, con las de su región dentro del ámbito general de la IPA y abierto a la comunidad.

Este libro compilado por Patricia Alkolombre y Ema Ponce de León reúne la producción científica del XIII Diálogo Latinoamericano Intergeneracional entre hombres y mujeres, realizado en Montevideo en abril de 2018, manteniendo el espíritu del amplio debate y reflexiones teórico-clínicas que allí se dieron.

Lo componen seis capítulos: Violencias contemporáneas; La violencia de género y la diversidad sexual en la clínica psicoanalítica; Violencias en la infancia y la adolescencia; Infancias vulnerables e institucionales; Femicidios y contextos violentos y Violencias en los vínculos. A lo largo de los mismos, treinta y ocho autoras y autores –entre los que podemos encontrar, además de psicoanalistas, especialistas en ciencias jurídicas, en ciencias sociales, en educación, en psiquiatría, en pediatría, en comunicación y en políticas públicas- dan cuenta de su pensamiento y experiencia en esta temática.

El primer capítulo lo componen textos que nos introducen de un modo general y conceptual al tema de las distintas formas de violencia social. En el segundo podemos ver el despliegue de las temáticas mencionadas pero ya desde la perspectiva de la singularidad clínica. El tercero nos va situando en los efectos en la infancia y la adolescencia de las variadas formas de violencia que podemos encontrar en los ámbitos de la parentalidad, de la escolaridad, del abuso sexual y el maltrato infantil. El cuarto capítulo hace referencia a las actuales características de la calidad de amparo que ofrecen las instituciones, es decir el rol del Estado, frente al desamparo infantil y adolescente y la urgente necesidad de ser creativos para generar tramas y redes de sostén –parafraseando a Ignacio Lewkowicz- ante el desfondamiento de las instituciones. El quinto capítulo aborda el tema de los femicidios, diferenciando feminicidios, como la forma de matar simbólicamente la subjetividad de la mujer, de femicidio en tanto homicidio

de mujeres en el ámbito público y privado. Subrayando que esta violencia hacia la mujer es un problema de hombres y mujeres. El último capítulo nos introduce en distintas formas de violencia en los vínculos de pareja, el cyberbullying, el sexing y el matching.

Es sin duda un libro plural al abordar *las violencias* como un fenómeno cotidiano y complejo, atravesado por múltiples variables individuales, vinculares, sociales, culturales, históricas y políticas. Dejando claro que los determinantes sociales y culturales no solo atraviesan las subjetividades sino que también las construyen.

La lectura ofrece recursos para pensar este problema más allá de los límites que nos imponen los prejuicios, como lo es por ejemplo, el de *la mujer* sinónimo de *ser vulnerable*, en lugar de pensarla como *ser culturalmente establecido en una situación desfavorable*, abriéndonos a la posibilidad de deconstruir identificaciones naturalizadas y brindando entusiasmo para inventar subjetividades alternativas donde lo vital pueda prevalecer en los vínculos. Y también nos invita a implicarnos en una responsabilidad compartida donde como psicoanalistas, inmersos en estas violencias, *podamos cuidarnos* para ayudar a quienes nos consultan e intentar proponer formas diferentes al sometimiento y la estigmatización de la víctima para que quienes la padecen *aprendan a cuidarse*.

Revista de la SOCIEDAD ARGENTINA DE PSICOANÁLISIS
Componente de la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA)
Integrante de la Federación Psicoanalítica de América Latina (FEPAL)
Número 23 • 2019

© Sociedad Argentina de Psicoanálisis
Virrey Olaguer y Feliú 2462, 8 "A" (1426) Buenos Aires, Argentina Tel. (54-11) 4781-3236
www.sapsicoanalysis.org.ar • e-mail: secretaria@sapsicoanalysis.org.ar

Diseño de cubierta y diseño gráfico interior: Cálamus, Servicios de edición
Conversión a formato digital: Libresque